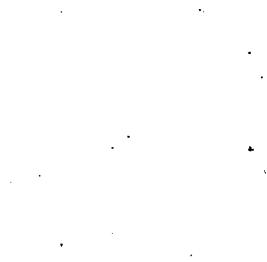


www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EDUARDO BLANCO

www.libtool.com.cn

LAS NOCHES DEL PANTEÓN

HOMENAJE AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

ANTONIO JOSÉ DE SUCRÉ

EN SU PRIMER CENTENARIO



CAPACAS

TIPOGRAFIA EL COLO

1896

PORTADA DE LA REVISTA DEL COLO
Archivos de José Carrasco y Valeriano

s
a
os
e
e-

ra
a-
el
ja,
fa-
osa
za.

en á
dida
alles,

F2235.5

www.librocl.com.ve
S9B4

*Al señor Don Marco Antonio Saluzzo,
Director de la Academia Nacional de
la Historia, dedico estas páginas en
testimonio de merecida estimación y
de sincero afecto.*

Eduardo Blanco.

Caracas: 3 de febrero de 1895.

www.libtool.com.cn

Eduardo Blanes

LAS
NOCHES
DEL
PANTEON



L. A. V.

www.libtool.com.cn



ANTONIO JOSE DE SUCRE,
Gran Mariscal de Ayacucho



El 9 de Diciembre

CUADRO I

EL FANTASMA

I

CARACAS duerme.

Tras de lluviosa tarde, reina profunda oscuridad en las desiertas calles y aun mayor lobreguez bajo el arbolado de las plazas, donde la escasa luz de entristecidos reverberos no alcanza á combatirla. Espesos nubarrones cubren la luna, ennegrecen el cielo; fúnebre manto tiende la niebla sobre la muerta ciudad; y cual derrüidos muros de vasto cementerio se divisan apenas los primeros contrafuertes del Avila.

Próxima está la media noche. Prolongado silencio guarda la tierra humedecida. No se perciben en el poblado ni el tenue ruido de lejanos pasos, ni el susurrar del viento en el ramaje de los árboles, ni el chirrido agorero del buho en la vetusta torre, ni una amorosa queja, ni el más débil suspiro: todo calla, nada turba el reposo de los que fatigados de vivir sin ventura ceden al sueño, reparador de angustiosa vigilia: solemne, inalterable, es la quietud letárgica de la naturaleza.

II

Absorto en dolorosas reflexiones, en las que á par concurren á reamargar crueles pesares, las tristes remembranzas de la dicha perdida y los recuerdos de remoto pasado, errante cruzo las desiertas calles,

como mi alma triste, como mis pensamientos lúgubres; y solo conmigo mismo y con mi sombra; mi propia sombra que me precede ó sigue; que se agiganta osada hasta sobrepasar los altos muros ó se empequeñece de súbito hasta ocultarse humildemente bajo la planta de mis pies, discurre distraído, sin rumbo fijo, después de gran rodeo, entre la doble hilera de mudos edificios que ascienden hacia la plaza del Panteón.

Precisamente no sé dónde me encuentro ni de ello me doy cuenta. Sólo percibo en torno mío formas veladas e indecisas, estática inmovilidad, insondable vacío. A dónde me dirijo, no lo sé ni lo pienso: adormitados los sentidos, divaga el alma, indiferente á cuanto la rodea, por espacios nublados de profunda melancolía: la Patria! . . . sus pesares! Cuántos deberes bajo la planta de tenaz infortunio! Cuánta amargura apurada en el cáliz de las mezquindades humanas, que los labios rechazan y en vano anhela el corazón hacer pedazos!

Sin causa determinante me detengo de pronto lleno de turbación; la oscuridad y el silencio se me imponen terribles cual si hasta entonces me hubiesen sido inadvertidos; y no embargante que nada ven los ojos, que nada escuchan los oídos, pareceme percibir á lo lejos lastimeros clamores, y ver surgir de entre las sombras pavorosos fantasmas.

La suprema quietud impone recogimiento y á las veces espanto: el ruido, la luz, el movimiento son tan inseparables de la vida que acaso no sea errado aventurar sean la vida misma. Con poco esfuerzo podría creermé en una selva virgen, en medio de un desierto, en un sepulcro. Como al amago de peligro desconocido é inmediato siento latir violento el corazón; intento retroceder, huir de la soledad, de las tinieblas, de mí mismo, y extraña fuerza me lo impide, impulsándome por el contrario, de modo irresistible, á penetrar de la oscuridad la mayor lobre-guez. Aunque no alcanzo á distinguir la mole renegrida del Templo donde reposan las sagradas cenizas del Libertador, presiento su proximidad con invencible atracción hacia el glorioso monumento. Hacia él se dirigen mis pasos, hacia él ha volado mi alma. . . Allí están los que fueron grandes por el intento, el amor á la patria, la virtud austera, el genio y la osadía; allí reposan los que de gloria y de marcial estrépito te llenaron ¡oh Patria! en días inolvidables para toda la América!

A medida que mis facultades se someten, sin mayor resistencia, á aceptar como lógico lo sobrenatural, corresponden las agitaciones del espíritu al misterioso tinte de aquella noche singular, que se me antoja

LAS NOCHES DEL PANTEON

tan callada y solemne por razón de las grandes congojas de Venezuela; y de tal suerte hace contraste la actividad fantástica de la imaginación con la prolongada parálisis de la naturaleza, que llego á figurarme estar soñando y me ocurre la duda de si realmente estaré ó no despierto.

III

Cual si llevaran alas negras, para con más holgura solazarse en las sombras, vuelan mis pensamientos y con ellos las mil visiones de la imaginación, á darle vida y forma á los quiméricos engendros de la noche, que finge la oscuridad y que mi alma evoca. Sin oponer reparo a la sugestión que me domina, sigo con lento paso la faja cenicienta de la húmeda acera hacia el Templo invisible, y cuánto alcanzan á divisar los ojos: ángulos indecisos, descalabrados muros, rejas, puertas, ventanas y agonizantes reverberos, se me representan como espectros inmóviles agobiados de torpe soñolencia, mirándose con suprema tristura en las charcas de lodo del hundido empedrado, las que á su vez semejan abismos profundísimos en donde sobrenadan claridades siniestras.

Sonó la hora, pienso, en que las sombras se pueblan de fantasmas; en que los negros ángeles de la noche se despiertan para sorprender á sus víctimas: agítanse las invencibles alas del vampiro adormeciendo á la cuitada presa; y el buho se lanza de ignorado escondrijo presagando desgracias.

Con tan extravagantes devaneos acrecen de la ofuscación las asechanzas: se me figura estar solo en el mundo, ser de la especie humana el único sobreviviente á la desaparición de la luz, á la catástrofe final del universo. Y tiemblo, y no hallo medio de evitar mi destino, y me pierdo en la oscuridad como una sombra, y vuelvo en mí con enérgico esfuerzo, y reconozco mi extravío, y me doy cuenta de la sugestión que experimento: alucinamientos del espíritu, infantiles preocupaciones; y pretendo reirme de mis vanos temores, de mi debilidad, de mi locura; y torna á dominarme la atracción misteriosa del Templo, la soledad, el aislamiento, la pesadumbre de aquella noche inolvidable, la quietud inmóvil de cuanto me rodea. Y pienso en los que viven porque duermen y en los que han dejado de existir que ya no dormirán; y me absorbe esta idea e inadvertidamente se entreabren mis labios y dejan escapar esta pregunta, trivial de suyo y excusada:

—¿Qué diferencia entre el sueño y la muerte?

El ruido que ocasiona mi propia voz me espanta: ella rompe el silencio como quejido lúgubre de lastimera resonancia; pero mayor asombro experimento cuando al expirar la última sílaba de aquella pregunta aventurada, que no podía tener respuesta sino en el fondo de mi sér, oigo otra voz desconocida, extraña, cavernosa, cual si viniera de ultra-tumba, contestarme suavemente al oído:

—Los que duermen son esclavos, los muertos son libres.

IV

Sobrecogido de pavor me vuelvo con presteza hacia el interlocutor inesperado que me ofrecen las sombras, y mis ojos tropiezan con un singular desconocido de talla gigantesca y aspecto venerable aunque sombrío, que embozado en un burdo capote y calado hasta las cejas el sombrero, me contempla con especial curiosidad.

—¿Quién sois? alcanzo á articular retrocediendo ante el extraño aparecido, que al punto me contesta:

—Una sombra.

—Una sombra! repiten trémulos mis labios.

—Sí, la de un viejo soldado. Pero no os alarméis, soy y fui inofensivo.

—Si tal es vuestra condición, ¿por qué os hacéis visible? ¿Qué me queréis? ¿Existe de común entre nosotros algo que ignoro y que no se me alcanza?

—Invadís mis dominios, me habéis interrogado y he accedido á responderos. Además, añadió con voz sorda, creo adivinar vuestros propósitos y tócame impedirlos.

—Propósitos! decís, exclamé confundido. Si no los tengo! Soy el juguete de una alucinación, de un desvarío. Vos mismo no existís...

—Andáis desatinado...

—No lo dudo. Pero ¿quién sois, en fin? ¿Cómo os llamáis? Debéis tener algún nombre que acaso explique vuestra presencia entre los vivos, torné á decir lleno de confusión, contemplando al singular aparecido cuyas formas cobraban de la vida toda la plenitud. Y el espectro (porque mi interlocutor en realidad era un espectro), inclinó modestamente la elevada cabeza y en tono humilde dijo un nombre á mi oído.

—No os conozco, exclamé con profunda extrañeza.

—Bien se ve que sois joven, me dijo sin malicia; pero á vuestros mayores no les fui como á vos desconocido; por el contrario, pudieron apreciarme y galardonándome con su benevolencia y su justicia me concedieron plenísima confianza. Los buenos me honraron con su estimación, los malos me temieron, . . . y estoy seguro que de los labios de vuestros propios padres, más de una vez mi oscuro nombre habrá llegado á vuestro oído.

—Sería posible! exclamé exaltado de súbito por un recuerdo de la infancia.

—El mismo. Sí, señor, á qué negarlo, me contestó sonriéndome. El mismo viejo soldado cuyo nombre si amedrentaba á los chicuelos callejeros era eficaz para velar por la seguridad individual, por el reposo público.

—Pero, ¿cómo es posible que habiendo dejado de existir ha tantos años, os encontréis de nuevo entre nosotros? —me atreví á preguntarle, no sin algún recelo, á pesar de su manifiesta mansedumbre—. Y como tardara en contestarme añadí con más resolución: ¿Penáis acaso y en expiación de vuestras culpas os veis forzado á peregrinar entre los vivos, á padecer con nuestras desventuras y á tomar parte activa en las miserias que nos afligen?

—Ay! ¿Quién no ha tenido faltas? exclamó suspirando. No obstante, mi buen señor, las mías han sido purgadas; y aunque no del todo redimido, gozo de plena libertad que empleo á las veces en recorrer de noche estas desiertas calles, como guardián que soy de las afueras del Panteón.

—Encargo que bien se compadece. . .

—Con mis antiguos hábitos; ahora habéis acertado.

—Y ¿estáis contento con vuestra suerte de ultratumba? —le pregunté de nuevo—, comenzando á familiarizarme con la inofensiva compañía del espectro.

—¿Por qué no, replicó prontamente, si estoy entre los míos?

—Lo que quiere decir que á ningún precio cambiaríais tan honorable sociedad por volver á la vida.

—Por volver á la vida! exclamó el espectro como espantado de mi proposición. A vivir con vosotros? A sentir cual vosotros? A pensar y proceder como vosotros? Oh! jamás, jamás! El cambio que se ha

operado en nuestra tierra ha sido radical; los del pasado no tenemos cabida ni razón de ser en el presente. Por desgracia vuestra y de unos cuantos como vos... desgraciados, lo que ayer no existía sino en pequeño abunda hoy hasta causar espanto.

—¿A qué aludís? —le dije sorprendido, por el tono y el gesto que acompañaron sus palabras. ¿Será á la profusión de luz y monumentos que ostenta la ciudad? Presumo que ha de ser eso lo que más os sorprende.

—Entre otras cosas, no lo puedo negar, que a vosotros se os antoja verdadero progreso. Por ejemplo, añadió sonriéndose socarronamente, ya no hay necesidad de reclamar todas las noches la de afuera (1) como lo hacíamos antes; y respecto á fachadas, así políticas, sociales ó de piedra, el disfraz es completo y la mascarada numerosa. Mas, no por ello debéis envaneceros: la luz de vuestros faroles sólo alumbraba las calles... y cuántas cosas de mayor entidad no habéis dejado á oscuras! Presumiendo avanzar habéis retrocedido. Ansiosos de llegar rápidamente en el orden político-social á aquella perfección que no se obtiene sino por el desarrollo lento y progresivo de la educación, la inteligencia, los hábitos sociales y las prácticas de la moral republicana, derribásteis cuanto cimentaron vuestros padres en el decoro personal, la justicia, el derecho y los fueros del ciudadano. Y en compensación, ¿qué habéis edificado? ¿Qué obtuvisteis sino mentidas apariencias y realidades dolorosas, que de seguro os avergüenzan?

—Exageráis! le dije confundido por la manera de expresarse, quien tan sencillo y rústico había sido en la vida.

—Libreme Dios de calumniaros —repuso prontamente—; y por lo que pueda conveniros, es bueno que sepáis, que la muerte es un crisol en donde el barro cuando no es inundo, se convierte en oro, y el oro en luz de inextinguible claridad.

—Nos tratáis con dureza.

—Merecida, sí, muy merecida. Si nó; cuánta desemejanza entre vuestros antepasados y vosotros! ¿Qué lazo pretendéis que pueda á ellos uniros? ¿Qué sentimiento grande y generoso que á ellos logre acercaros? Vuestro egoísmo y su desprendimiento se excluyen. Su

(1) Luz que se exigía á los vecinos poner en las ventanas para suplir el alumbrado público.

LAS NOCHES DEL PANTEON

altivez y vuestra postración se rechazan. Oh! Si tornaran á vivir no os reconocerían! www.librosgratis.com El interrumpiéndose de pronto cual si escuchara en el silencio de la noche ruido de voces para su solo oído articulado, añadió saludándome:

—Adiós, señor, disimulad si os he mortificado. Próxima está la hora que ha de hacerme olvidar vuestras miserias.

—Volvéis al gran misterio.

—No, todavía. Pero antes de sonar la media noche debo hallarme á las puertas del Panteón.

—¿Esa es vuestra consigna?

—Algunas veces.

—¿Por qué no siempre? si no soy indiscreto.

—Porque no todas las noches son de fiesta.

—De fiesta! ¿Os he entendido bien?

—Perfectamente.

—Y esa fiesta, á la que concurrís, ¿en dónde se celebra?

—¿Dónde ha de ser? en el Panteón.

—¿En tan fúnebre estancia?

—Aquí en la tierra no tienen otro alojamiento.

—¿De quién habláis?

—De los que no existen ya materialmente.

—De los muertos!

—No os alarméis, se trata de inmortales.

V

A tan concluyente razonamiento nada encontré qué replicar; pero mi asombro fué tan grande como estrafalario y vehemente el deseo que llegó á dominarme á consecuencia de aquella fiesta singular. Así, sin darme cuenta de lo que pretendiera, exclamé obedeciendo a un desatentado propósito:

—Y esta noche, ¿decís...?

—Es la celebración de un fausto aniversario; pero excusad, estoy de prisa, agregó mi interlocutor alejándose.

—Concededme un instante. Quiero saber de qué aniversario habláis: obra de las tinieblas, celebrado á la sombra de oscura noche por espectros terribles!

—Extraño que lo ignoréis, contestó deteniéndose.

—Todo lo ignora quien trata con fantasmas, quien no recuerda nada...

—Bien triste es lo que decís. Creía inolvidable la fecha de Ayacucho.

—Oh! Tenéis razón!, balbucí avergonzado. Mañana es un glorioso día para toda la América.

—Mañana va á empezar ahora mismo; sólo faltan unos cuantos minutos.

—Vos, sí, que no habéis perdido la memoria.

—Para las grandes fechas, se sobreentiende, porque las otras entre nosotros no se cuentan, son arenas del mar. Nuestro reloj marca las horas, no apunta los minutos. Adiós, pasadlo bien.

—Oh! deteneos, deteneos, si no queréis que por el resto de mi vida maldiga haberos encontrado.

—Sea. ¿Qué más deseáis? díjome revolviéndose sin manifestar contrariedad.

—Dudo en atreverme á proponéroslo.....

—Atreveos.

—Sería posible!

—Ya me esperaba esa exigencia, debida a la curiosidad.

—Os engañáis: á la admiración que imponen nuestros héroes.

—Bien puede ser.....

—No lo dudéis.

—Y ¿si no está á mi alcance complaceros?

—Un halagador presentimiento me dice lo contrario.

—Pero, ¿tenéis conciencia de lo que pretendéis?

—¿Por qué dudarlo?

—Entonces no se os oculta que deseáis presenciar lo nunca visto.

—Me doy perfecta cuenta de mis aspiraciones.

—Y ¿lo deseáis de todo corazón?

—Si podéis penetrar con vuestro espíritu en lo recóndito del alma, la respuesta que me exigís está escrita en la mía.

Yo estaba delirante, fuera de mí y como enloquecido. El espectro me miró con asombro, luego pareció reconcentrarse y quedó pensativo. La expresión de su rostro se hizo menos adusta; por sus pálidos labios pasó, como un relámpago, una triste sonrisa; y sin embargo, parecía

irresoluto. Pero de pronto, cuando yo menos lo esperaba, irguió la frente con cierto garbo marcial, me saludó quitándose el sombrero, y cual si obedeciera órdenes superiores que no le fuera grato ejecutar, exclamó con profundo convencimiento:

—Seguidme. No sois de los que, maldiciendo la sagrada memoria de nuestros libertadores, han intentado mancillarla.

Y cubriéndose de nuevo, pasóseme delante para guiarme; y ora pisándome la sombra, ora haciéndome caminar en la penumbra de aquel su cuerpo singular, nos dirigimos lentamente hacia el invisible monumento.

VI

¡Vuelve! ¡oh! numen propicio de la Patria! torna á encender en mi alma entristecida el fuego abrasador del entusiasmo por nuestras puras glorias; arrebátame en tus robustas alas de ese misero polvo, donde se agitan con esfuerzo, encontradas miserias que avergüenzan y depravaciones que espantan. Llévame allá muy lejos de esta profunda oscuridad, de esta noche sin meteoros, sin estrellas, en la que erramos como á tientas, desesperados de no llegar al fin, para ponerle término á la constante afrenta de la vida, en pugna siempre con las malas pasiones. Oh! llévame lejos de tanta ruin mentira, de tanto corazón emponzoñado por el odio impotente, por la crueldad no satisfecha, por el rencor y la venganza; y siquiera con los ojos de la imaginación y de la fantasía, déjame contemplar como en días ya lejanos, aquella excelsa claridad, aureola de la Patria en los gloriosos tiempos de sus heroicos sacrificios, de su fe inquebrantable, de sus nobles propósitos. Permite que torne yo á entrever, lleno de arrobamiento y como deslumbrado, la ancha vía esplendorosa que recorrieron nuestros padres, entre palmas de triunfo y gritos de victoria, desde el Avila altivo hasta las centelleantes cumbres de Ayacucho. A tu amparo tornaré á narrar, para regalo de los que guardan todavía vivo en el alma el santo amor de Dios y de la Patria, las proezas de aquellos hombres fuertes, probados en la adversidad, en el martirio, en la cruenta labor de la terrible lucha, más allá del linde de la tierra nativa, al través de pueblos y naciones en remotas comarcas, a donde llevan, victoriosa con el esfuerzo de la inteligencia y de los brazos, la idea atrevida, cual ninguna, jurada el 5 de julio de 1811 en el primer Congreso de Venezuela.

Alejaos, recuerdos dolorosos; id á perderos entre las claridades de las gratas, nobles memorias de otros días ya distantes; dejad que irradie toda su luz el astro ineclipsable de nuestras puras glorias, y al amor de tan excelsa lumbre, penetre una vez más con el corazón levantado y lleno de entusiasmo, en el campo glorioso de aquella nuestra insigne epopeya que preside Bolívar: el primero de tus hijos ¡oh Patria! el primero de tus héroes! ¡oh América! El Gran Libertador de pueblos y naciones ¡oh humanidad!

Así exclamé exaltado por extraña pujanza, siguiendo los lentos pasos del espectro que me guiaba al Panteón.

VII

Sin cambiar una sílaba atravesamos el antiguo puente de la Trinidad: estrecha cinta blanquecina extendida entre negros abismos. Nos descubrimos con piadoso respeto frente al sitio, hoy vacío, de aquella cruz de piedra que besara de niño como lo hicieran mis mayores; y la espaciosa plaza del Panteón, semejante á una devastada necrópolis, ofrecióse a mis ojos llena de sombra y de misterio.

Violentas ráfagas de húmeda neblina la cruzaban en varias direcciones, azotando con furia el bronce airado del veterano de Nerwinde, cual las pasiones rencorosas que en otro tiempo se cebaron en la reputación del héroe mártir; pero el combate sostenido contra el inmoble monumento era tan silencioso aquella noche, que apenas se escuchaba el silbo quejumbroso lanzado por el viento al chocar y cortarse en la desnuda espada de Miranda.

Oculto en tenebrosa oscuridad la gótica fachada de nuestro Templo consagrado a la terrena gloria, apenas se adivina por la fosforescencia de las agudas flechas, revestidas á la sazón de inúmeras luciérnagas; éstas, que no el espectro, confundido á las veces con la negrura de la noche, guiaron mis pasos hasta la gradería del Templo, donde al punto que la suben mis pies acláranse las sombras, desaparece la neblina, cesa el viento, y al par que canta un gallo á lejana distancia, se filtran de la luna los misteriosos rayos al través de las nubes que despejan el cielo.

Mudo hasta entonces mi fantástico guía, detiénese á dos pasos de la puerta mayor del silencioso monumento; gira con lentitud volviendo

las espaldas al callado recinto; extiende al sur la diestra con animado gesto, indicándome el ángulo visible de la plaza Bolívar; recógese un instante, y luego exclama con solemnidad:

—Antes de asistir á la apoteosis, participad del duelo, de las afrentas, del martirio de aquella generación incomparable que todo lo sacrificó por redimirnos de secular esclavitud. Presenciad por un instante como episodio del cuadro aterrador de la gran lucha, las trágicas violencias á que sirvió de escenario sangriento esta heroica ciudad, después tan abatida.

VIII

—Transportémonos al 19 de mayo de 1799. Contemplad aquella escena dolorosa y terrible que tenéis á la vista: el cadalso que veis allá en el propio sitio donde hoy se ostenta la estatua del Libertador, es el de España; el primer mártir por la Patria. Singular coincidencial el verdugo y la víctima llevan el mismo nombre. A la cola de vil rocín va arrastrado al suplicio el rebelde colono. Con la vida, y ¿qué más? paga su rebeldía; pero no basta tan tremendo castigo á la feroz venganza: mirad cómo se ceban los sicarios mutilando el cadáver para esparcir sus miembros. Pobres hijos! Ya se aleja el estúpido populacho con los despojos del infeliz ajusticiado, ya no queda sino el recuerdo del mártir y la mancha del crimen.

Sin perder uno solo de los despiadados pormenores de aquella evocada ejecución, mis ojos la contemplaron con asombro, cual si realmente estuviera pasando en mi presencia.

IX

—Han transcurrido diez y ocho años, prosiguió el evocador tras breve pausa. Fijaos de nuevo en el mismo lugar del anterior suplicio. Dos son las horcas que ahora veis allí, mudas, terríficas, esperando las nobles víctimas á quienes han de estrangular. Oíd el rumor lejano de la adolorida muchedumbre; ya se acercan á la plaza los elegidos al martirio; ya asoman. vedlos. ya los tenéis. Herido recientemente uno de ellos en gloriosísimo combate, viene cargado por el presidio en infamante parihuela; el otro cristianamente resignado pero sin demostrar flaqueza, marcha al compás de destemplados tam-

bores, rodeado de penitentes y esbirros. Son dos héroes vencidos en la horrenda matanza de la Casa-Fuerte de Barcelona. Ved cómo mueren por la Patria! El primero que da á la cuerda el desnudo cuello con marcial arrogancia, es el bravo General Pedro María Freites; el segundo que expira, es su mejor amigo: el ex-gobernador de Barcelona don Francisco Rivas. . .

X

—Volveos ahora hacia la parte Norte del poblado, tornó á decir el espectro visiblemente conmovido, indicándome en la falda de la montaña el sitio de antaño conocido con el nombre de la Alcabala ó Puerta de Caracas, donde empieza el antiguo camino de La Guaira ¿Veis aquel poste aislado, negro, mugriento, que sostiene una jaula de hierro enmohecida por la intemperie, columpiada por encontrados vientos que, ora le arrancan prolongados gemidos, ora rechinamientos lúgubres, y cuya sola vista hondo pavor infunde al caminante á quien se impone como atroz amenaza? Procurad descubrir, por entre los barrotes herrumbrosos, el objeto que encierra. ¿Lo veis? Una cabeza de hombre, frita en aceite, enjuta, renegrida y de expresión horripilante, á la que aves inmundas velan de noche y acometen de día con feroz aleteo. Ay! Descubríos! Es la cabeza de José Félix Ribas; del vencedor de los tiranos, como lo apellidó el Libertador. Tal cual la veis expuesta á riguroso ultraje, duró más de siete años en ese mismo sitio, comprobando la implacable venganza de los que humilló con su heroísmo el soberbio guerrero.

Prolongado silencio siguióse á la evocación de aquella cabeza pavorosa, cuyos ojos, cargados de tinieblas, me dominaron largamente hasta que plugo al evocador cambiar la escena diciéndome en voz baja:

XI

—Esta vez reconcentrad vuestra atención más cerca de nosotros. Mirad á vuestros pies esas sombras que pasan blandiendo sables y puñales ensangrentados; y aquellas otras, trémulas de pavor, inermes, abatidas, que de ablandar el corazón de sus verdugos tratan en vano con lamentos y lágrimas, no obteniendo sino insultos procaces. ¿No

las reconocéis? Son las víctimas de Moxó, á quienes el malvado de Chepito González lleva á inmolar con su propia mano á Cotizita. Oíd las vociferaciones de los degolladores y las súplicas de tántos infelices arrebatados traidoramente á sus esposas, á sus madres, á sus hijos que ya no verán más. Esa ración copiosa de sangre americana fue con harta frecuencia renovada durante largos años: nuestros dominadores desconocieron la piedad. Notad cómo se extremece la estatua de Miranda: el Gran Patriota que ella simboliza, también pereció mártir. Y si me fuera dado haceros ver más lejos, ¡cuántas atrocidades os habría de mostrar! Pero venid, venid, añadió con precipitación; llegó la hora, apresuraros si queréis presenciar otras escenas de distinta naturaleza.

XII

A fe que ya era tiempo de que cesaran tan terribles visiones; ellas habían reproducido en mi organismo idénticas torturas á las que viera padecer: el apretado lazo de la horca parecíame sentirlo en la garganta; en el rostro indefenso, el aleteo feroz de las aves inmundas; y en las propias entrañas el frío de los puñales y la muerte.

—Patria! Patria querida! merecias otra suerte después de tántos sacrificios! exclamé á toda voz, dando expansión á mis oprimidos pulmones, á mi corazón acongojado.

—Apresuraos, volvió a decir el espectro, dirigiéndose al Templo: obras son amores que no buenas palabras. Y como me viera irresoluto, añadió con marcada impaciencia: —Ahora ó nunca: van á sonar las doce. Y abrió el postigo de una de las puertas.

A mi pesar le obedecí, pero sin saber á punto fijo lo que hacía, pues tan profundo era ya mi aturdimiento, que hasta el recuerdo del propósito que me llevara al Panteón se me había oscurecido.

—Entrad y ocultaos como mejor podáis, agregó mi fúnebre cicerone, empujándome suavemente hacia el sombrío recinto.

—Y voz ¿no entráis? le pregunté todavía vacilante al cruzar el umbral, notando con sorpresa que se quedaba inmóvil, y apoyado en la puerta.

—No puedo, me contestó con profunda tristeza; mi puésto es aquí afuera. Y tras de mí cerró el postigo, dejándome abismado en tenebrosa oscuridad.

CUADRO II
EN EL TEMPLO

I

Me hallaba en el Panteón; en el mudo recinto poblado de tinieblas donde yacían bajo mis plantas veneradas cenizas y trágicas historias que no absorbió la muerte.

Sin detenerme á recapacitar en lo fantástico de aquella insólita aventura, quedé perplejo y como atónito al encontrarme solo entre los muros del lóbrego edificio. Era á mi alrededor todo tan negro, tan compacto, tan profundamente impenetrable y silencioso, que los ojos, cansados de nada distinguir, se me cerraron, y á falta de otros ruidos, llegué á oír como golpes los violentos latidos de mi angustiado corazón. Y pasó largo tiempo, quizá sólo un minuto, que me pareció un siglo. Y experimenté intensísimo frío y calor extremado: hielo en la circulación, fuego en la frente, terrores en el alma, así como la indefinible sensación de quien precipitado de improviso en abismo profundo, descende con vertiginosa rapidez hacia una muerte inevitable que no llega jamás.

Si al entrar en el Templo pude á favor de un tenue rayo de luna que penetró conmigo, dar unos cuantos pasos en el terrífico recinto, cerrado el postigo no supe a dónde dirigirme; me detuve en el propio sitio donde la luz me abandonó; y allí permanecí mudo é inmóvil como una sombra más, confundido, tragado, por aquel mar de sombras.

Horrible pesadilla! pensé lleno de turbación, sin atreverme á articular palabra. Pero ¿cómo soñar si estoy despierto, si no he perdido

LAS NOCHES DEL PANTEON

en absoluto la conciencia, si todavía me asisten las facultades físicas y á voluntad pueda retroceder y escapar de este antro? Escapar! Huir de él para siempre. Pero ¿la puerta.? ¿Dónde se halla la puerta? ¿qué dirección seguir para encontrarla?. Y luégo, ¿á quién llamar que pueda abrirme? ¿A un espectro? ¿A una sombra?. En verdad que deliro. Todo es pura ficción: realmente estoy soñando. Pero no puede ser. Estoy aprisionado en un sepulcro. ¡Si estaré muerto! ¡Si con estas torturas será como expían las almas sus terrenales faltas! O peor aún, ¡si este lugar no es otra cosa que un vulgar cementerio, donde creyéndome cadáver me han enterrado vivo!

Semejante suposición me dejó atónito. Pretendí gritar, pedir socorro al cielo, á los silentes manes de nuestros inmortales y hasta al mismo fantasma que allí me había encerrado, menos aterrador que las tinieblas, el silencio infinito y mis lúgubres alucinaciones; pero la voz se me ahogó en la garganta. Desfalleciente dí algunos pasos, que no tuvieron eco, buscando á tientas dónde apoyarme para no caer; y, aturdido, giré al acaso en varias direcciones, hasta tropezar con un objeto resistente y frío, sobre el cual me arrojé con desesperación.

II

¡Inexplicables misterios los del alma! Aquel inesperado sustentáculo, aquella masa inerte de mármol o granito donde se apoyaron mis manos, me pareció una égida, un refugio, un puerto de salud. Con nerviosa curiosidad la acaricié rápidamente, palpando las huellas del cincel en las labores que la habían transformado, de piedra bruta, en monumento artístico. Relieves semejantes á ramas de laurel y palmas y banderas, entrelazadas con números y letras, en mi tribulación indecifrables, encontraron mis manos; y por coronamiento de estos emblemas terrenales, un símbolo expiatorio de más excelsa ejecutoria y de mayor alteza: una cruz, cuyos brazos me ofrecían protección.

¿Quién dormirá bajo esta égida redentora? me pregunté, sintiéndome menos atribulado. ¿Qué noble corazón oprimirá esta piedra, menos pesada que los remordimientos de una vida culpable, que la ingratitud ó el desprecio de los hombres? ¿Yace aquí alguien de mi sangre? ¿Algún guerrero insigne de perdurable nombradía, un varón justo de reconocidas virtudes? O por mi mal, ¿guarda esta tumba los restos de

un esclavo, de un impostor ó de otro desgraciado de funesto renombre? Vale más ignorarlo. Y apoyé en la cruz mi ardorosa cabeza y casi al punto me sentí confortado.

Lentamente los supersticiosos terrores fueron desvaneciéndose; la imaginación plegó las alas, como adormecida; y á semejanza de aquel mudo sarcófago, quedé insensible á las agitaciones del pensamiento y de la vida, sumido en pérfido letargo, del cual desperté casi al instante sobresaltado y sin aliento.

III

El reloj de la Metropolitana dió las doce. Como quejido desgarrador y prolongado, repercuten en las naves silenciosas las lentas campanadas; y á tiempo que desfallece el eco triste de aquel postrer adiós del día que muere al que le sigue, retumba estremeciendo las bóvedas del Templo el estampido de un cañón invisible disparado en el propio recinto. Un grito de pavor, que apaga otra explosión con formidable estrépito, se me escapa del alma; sucesivamente llego á contar veintiún disparos; y de súbito, al terminar la fantástica salva, ilumínase el templo con tan intensa claridad, que quedo deslumbrado.

—Luz! luz! emanación divina, polvo de oro que esparcon en lo infinito las alas de los ángeles al sacudir el manto de Jehová! presta á mis ojos débiles, á mi corazón desfallecido, el singular poder de penetrar por un instante los arcanos vedados á nuestra inteligencia. Tú eres vida y amor, ¡oh antorcha inmaterial del universo! inflámame y llegaré á ser sol!

Esto dije sin meditar lo que mis labios proferían, y al punto ví como jamás pudieron ver mis ojos.

Pero aquella luz no era la de los astros, ni menos el reflejo de inmenso foco alimentado por el hombre con el misterioso combustible de la electricidad. Oh! todos los bosques, todas las selvas de la tierra, hacinados y ardiendo en una sola hoguera no habrían bastado con sus llamas á producir la claridad que me rodeaba, no alterada por una sola sombra. Era como la luz de la verdad reflejada por Dios en el gran prisma de la historia y de la creación, la que penetraba mi cerebro, prestando á mis facultades poderosos alcances.

Con el ruido y la luz recobro al punto la perdida energía. Avanzado de mi audacia, busco donde ocultar mi curiosidad irreverente á los misterios de tan gloriosos muertos; hallo refugio tras un pilar distante del foco deslumbrador que irradia de la cúpula; y allí, único y mudo espectador hasta entonces, de aquel inexplicable cambio, que por arte de magia ha convertido el oscuro Sepulcro en suntuoso escenario, digno de héroes y de olímpicas divinidades, miro lleno de asombro estremecerse el blanco mármol cincelado por Tenerani, y cobrar vida la estatua de Bolívar.

IV

Atónito contemplo tan singular metamorfosis. La dura piedra adquiere lentamente naturaleza humana: activa luz los ojos, hasta brotar relámpagos de las negras pupilas, sombreadas por el arco airado siempre de las tupidas cejas; recobra el rostro el gesto dominador en los combates; resplandece la enhiesta frente donde se anidó altiva, como cóndor andino en la alta cima del Chimborazo, la idea grandiosa de arrebatarse a España la secular dominación de todo un continente y darlo á la libertad como trofeo de gloriosa victoria; y la diestra potente del luchador infatigable recupera el vigor de los primeros años de la enzañada lid, busca la empuñadura de la espada y desnuda el acero, rayo exterminador en cien batallas.

—El es! él es! exclamé palpitante de admiración y de entusiasmo. El es, cual lo he soñado! El Bolívar olímpico de 1813, que reta á España á guerra de exterminio desde las cumbres de los Andes. El Bolívar creador de Estados independientes, soberanos, que hace surgir de los sangrientos surcos de Boyacá una Nación armada, cual Minerva, de singulares atributos. El Bolívar heraldo de victorias, que proclama á Colombia en el Congreso de Angostura. El Bolívar, en fin, de Carabobo, que redime la Patria y vuela entre relámpagos y va á seillar la libertad de un mundo con las hazañas y prodigios de su genio inmortal.

Así, terrible, airado, como si pretendiera con su sola energía desbaratar legiones y conjurar catástrofes, parece que apostrofa, con reprimido orgullo, á imaginarios enemigos, diciéndoles:

—Venid: osad de nuevo contra la libertad. Al despotismo de tres siglos le dió muerte esta espada. Colombia, como Esparta, vivirá eter-

namente en la memoria de los hombres; sus glorias dominarán la destructora acción del tiempo, y á medida que se las contemple de más lejos aparecerán más excelsas.

Tal arrogancia en la expresión y la actitud no dura, empero, sino cortos instantes. Después, como abismado en contemplaciones dolorosas, permanece algún tiempo, alta la frente aunque nublada de profunda tristeza. La expresión de su rostro joven aún, aunque ya demarcado, adquiere entonces notable semejanza á la del bronce modelado por David (1); y en su nueva actitud, severa, pensativa, con la casaca de paño azul y peto rojo, el áureo talabarte, la banda tricolor, las altas botas con espolines de oro, y las pesadas charreteras, ofrecióse á mis ojos la típica figura, llena de gallardía, de aquel predestinado á tan altos designios, tal cual la reproducen los antiguos grabados.

Las alegorías del monumento donde el héroe se ostenta en toda la plenitud de su grandeza y de su gloria, alcanzan igual transformación. La Prodigalidad y la Justicia, atributos de su carácter, se animan y aparecen cual mitológicas deidades de escultural belleza; sacude el león vencido la poblada melena, y las tres hermanas que simbolizan á la antigua Colombia, talladas de relieve en la parte superior del basamento, míranse de reojo y como avergonzadas sobre el yugo emblemático donde posan los pies, y unas á otras se vuelven las espaldas.

V

Imposible expresar lo que experimenté ante tan insólita mudanza: lo sobrenatural es un secreto vedado al hombre mientras el árbol de la vida no se deshoja y cae y se transforma en el abismo de la muerte; mas, ¡ah! de aquel momento en lo adelante ¡á cuánta altura no iba á rayar mi asombro!

No obstante la presencia del Libertador, desierto estaba el Templo, mudos sus invisibles moradores bajo las blancas losas esparcidas sin orden en el frío pavimento, cuando lejanas resonancias llegaron á mis oídos. Siento en el aire como rumor de alas que se agitan, en la tierra estremecimientos convulsivos, fragor de todas armas, himnos de triunfos y estrepitosos vítores. Y suena en el recinto marcial orquesta de vi-

(1)—D'Angers.

LAS NOCHES DEL PANTEON

brantes acordes, y redoblan invisibles tambores, y en un rayo de luz desciende de lo alto el ángel de la gloria, coronada la frente de vivos resplandores y armada la diestra de verde rama de laurel.

Arrastrando tras sí los anchos pliegues vaporosos de su manto de luz, donde se ostentan los colores del Iris, acércase al Libertador aquel sublime enviado del Olimpo, tócale la frente con el laurel divino, como en las jornadas memorables de "San Mateo", "Boyacá", "Carabobo" y "Junín"; y ya como advertido del noble encargo que ha de cumplir en el sacro recinto, recorre el Templo en todas direcciones y con aquella rama prodigiosa golpea las losas sepulcrales, cual si llamase a las cerradas puertas de la Eternidad. Abrense aquéllas, y surgen de sus tumbas como en los días gloriosos de sus mayores triunfos, en todo el esplendor de su bravura, de su fe, de su ingenio, de sus reconocidas virtudes y física arrogancia, aquellos de nuestros libertadores que han encontrado asilo en el glorioso Templo.

VI

Así, radiante la mirada, la espada al cinto, en los dorados uniformese las cruces y medallas, conquistadas a costa de la propia sangre ó de la vida, aparecen al punto:

Páez, el victorioso; el de las proezas mitológicas, el de la dualidad afortunada, en quien no se sabe á quién rendir mayor admiración, si al insigne guerrero ó al magistrado eximio de los primeros tiempos de la República.

Y Mariño, el magnánimo, el primero de los caudillos orientales.

Y Urdaneta, un forjador de rayos, una voluntad irresistible, á quien no amenguan los reveses, a quien le sirven de pedestal glorioso las barricadas de Valencia en 1814.

Y Arismendi, el insular terrible de la heroica y combatida Margarita; el primer espartano de aquella nueva Esparta.

Y Bermúdez tan impetuoso como temerario, que así arrebató á la Fortuna victorias imposibles, como asombra y resplandece en los desastres.

Y el anciano Marqués del Toro, á quien cupo la gloria de disparar antes que otro las armas de la República contra la monarquía, rom-

piendo así sus propios privilegios ante los más sagrados de la Patria y de la humanidad.

Y su hermano don Fernando, de las primeras ilustres víctimas de la ensañada lucha.

Y Brión, el generoso, jamás recompensado en sus merecimientos por la gratitud nacional.

Y José Tadeo Monagas, el tenaz luchador, el que sostiene, cuando todo sucumbe, el fuego sagrado de la guerra con su terrible espada.

Y José Gregorio, su hermano, á quien anima igual bravura en todos los combates, y aun mayor caridad y elevación de sentimientos en las altas regiones del Poder.

Y Francisco Esteban Gómez, el vencedor en Matasiete; otro espartano, digno de encomio por su valor y sus virtudes.

Y Francisco Carabaño, probado en lides y en esfuerzos temerarios.

Y Diego Ibarra, el valeroso edecán del Libertador.

Y José Ignacio Pulido, patricio de relevantes méritos y aguerrido soldado.

Y Justo Briceño el denodado. Y O'Leary el distinguido. Y Juan Sotillo el indomable. Y Carlos Minchin, de los valientes de la Legión Británica. Y Miguel Zárraga, de los "Bravos de Apure" en Carabobo. Y Manuel Blanco, el intrépido. Y Parejo el constante. Y Francisco de Paula Alcántara, de los de la atrevida expedición de los Cayos. Y Demetrio Alfaro, Juan José Conde, Pedro Rodríguez, Carlos Núñez y Manuel Olivares, valerosos soldados, de igual manera que los Guevara, Andrés Ibarra, Monzón, Castelli, Bustillo, Torres y Navarro; Luzón, Ojeda, Green, Correa y Muñoz y Ayala, el último de los sobrevivientes hasta ayer de los héroes de La Victoria.

Con aquellos guerreros surgen al propio tiempo de sus tumbas los próceres civiles, que en muy escaso número duermen en el Panteón su último sueño. Como en los días de gala del patriotismo y la magistratura, aparecen con Angel Alamo el ferviente revolucionario de 1811, Diego Bautista Urbaneja, antiguo patriota de clara y cultivada inteligencia, Domingo Briceño, de reconocida rectitud, de inflexible energía. José Luis Ramos, varón justo y letrado distinguido. Pedro Bárcenas y José Prudencio Lanz, honorables jurisconsultos. Tomás Lander, célebre estadista de avanzadas ideas, nobles y generosas, aunque rayanas en la temeridad, pero de sincero convencimiento. Y entre

LAS NOCHES DEL PANTEON

aquellos patricios la heroica esposa de Arismendi, la niña mártir del castillo de Santa Rosa, la mujer fuerte, la virtuosa matrona de imperecedera memoria. (1)

VII

Todos aquellos héroes y eximios patriotas se vuelven hacia el Libertador y lo saludan con amor y respeto. Todos en la mirada fulminante del incomparable caudillo, fijan los ojos como atónitos esperando oír orden suprema. Todos aguardan el sonido de aquella voz vibrante, como el clarín de guerra en las batallas, y todos al escucharla se estremecen y sienten revivir el corazón.

—Y qué! exclama el Libertador con airada sorpresa, contemplando el reducido grupo de inmortales que se ofrece á sus ojos ¿no están todos aquí, mis compañeros de armas, los hombres de la lucha y la Revolución? Y volviéndose con presteza á la Gloria: vamos, le dice, continúa tu justiciera obra que aun no la has terminado.

—Señor, tenéis en vuestra presencia todos los próceres que aquí yacían hace un instante.

—Y esas huesas que todavía permanecen cerradas! ¿Por qué no despertar á los que en ellas duermen?

—Ya lo he intentado, pero en vano. Tan sólo algunos al contacto de esta rama prestigiosa, parecen revivir, y acaso esperan vuestro permiso para hacerse visibles. Los otros... no responden.

—Yo los llamaré á todos, no importa quienes sean, ni la razón que les asista para encontrarse entre nosotros, dice el Libertador; y con voz poderosa: Levantáos! exclama. Hoy, en este recinto, no ha de haber sino hermanos. La fiesta es de la Patria y para todos. Levantáos!

Luégo dirígese á la Fama, que á su vez aparece como evocada por el espíritu del Héroe.

—Y tú, que dilataste en los ámbitos del mundo el grito de nuestra protesta, el estruendo de nuestros esfuerzos y el juramento de nuestro grande intento, así como proclamaste nuestros derechos y nuestras múltiples victorias, vé á llamar desde las torres de este Templo á mis

(1) Estos son los nombres de los *próceres militares y civiles*, cuyos restos reposan en el Panteón Nacional. - 1895.

ausentes compañeros. Haz de modo que escuchen en las entrañas de la tierra, o en los espacios infinitos, doquiera hayan fijado su gloriosa estancia, el toque de llamada á esta asamblea, en la que nos reúne la conmemoración de una fecha inolvidable. Que todos vengan! Yo los espero aquí!

VIII

Mientras la Fama desde lo alto de las torres lanza á todos los vientos las portentosas notas de su trompa inmortal, despertando los adormidos ecos de las pampas, de las selvas profundas, de la empinada cordillera, hasta llevar su prodigiosa voz á remotas regiones, más allá del océano, al través del espacio; ábrense sin estrépito las huesas que en el Templo aun quedaran cerradas, y llenos de turbación y de sorpresa aparecen al punto los que allí fueron sepultados.

Instintivamente, por asimilación, se reúnen en dos grupos diversos; henchido el uno de noble asombro y de entusiasmo, presa el otro de ansiedad y de espanto. Este, el más numeroso, procura desde el primer instante esquivar la luz que lo amedrenta, busca la oscuridad, sin encontrarla, y retrocede hasta el extremo de una de las naves, no distante del propicio pilar donde me he refugiado. El otro, por el contrario, más limitado y de mayor relieve, permanece á una distancia respetuosa de Bolívar y sus conmlitones, y en él descuellan por la noble apostura, la serenidad de los ánimos y la patriótica admiración que expresan los semblantes, figuras para mí bien conocidas: como la del primero de nuestros sabios eminentes, honra de Venezuela y de la humanidad. La de un poeta y orador insigne, de alma nobilísima, siempre inspirado en grandes ideales, que, como el Taso habría cantado á Godofredo, y como éste combatido por libertar el sepulcro de Cristo. La de magnánimo guerrero, digno de justo encomio y merecida indicación. La de experto soldado de popular renombre y entre otras de apreciables ejecutorias, las de algunos bien reputados estadistas, visionarios sinceros de halagadores espejismos, pero de indiscutible probidad.

CUADRO III

A LA VOZ DE LA FAMA

I

No bien se muestran á mis ojos aquellos nuevos aparecidos, como yo espectadores de una escena jamás imaginada, estruendo ensordecedor vibra en los ámbitos del Templo. Todos los ruidos, todos los estrépitos, todo el fragor inmenso y pavoroso que produce la guerra; clamores infinitos, gritos de odio y de venganza, ayes desgarradores mezclados al rumor de multitudes que se chocan produciendo como lejanos truenos; y el golpear de las armas, y el pesado rodar de numerosa artillería, y el agudo relincho y el piafar tempestuoso de espantados corceles, y el galope violento de compactados escuadrones, y las sucesivas descargas de la fusilería, y el resonar de las cornetas, y el redoblar de los tambores, y el ritmo electrizante de las músicas marciales, y el tumulto iracundo, y la aturdidora vocería de los que se acuchillan:

**Y del cañón la altisona
Rugiente tempestad,**

como dijo inspirado poeta. (2) Todos estos rumores, todos estos estrépitos, que se perciben al principio como á larga distancia, crecen

(2) Francisco Guaicaipuro Pardo — Oda á Páez.

con rapidez, se acercan, llegan é invaden por las altas ventanas las sonoras naves, donde si á algunos ánimos conturba, á otros alienta y de supremo orgullo los hace palpar.

No dura, empero, largo tiempo tan singular estruendo; enmudece de pronto el ruido de las armas; sólo llegan á mí gritos frenéticos, que repiten entre innúmeros vítores, un nombre esclarecido por la gloria, sublimado por el martirio, y extrañas voces que en extranjera lengua cantan himnos guerreros, mientras que allá muy lejos resuena ensordecido el eco de los cañones de Maestricht, de Amberes, de Nerwinde, unido á la terrible *Marsellesa* y al canto popular de nuestros padres, entonado por millares de voces, que atronando el espacio, van acercándose á las puertas del Templo: éstas se abren al fin con prolongado estruendo y aparece Miranda! . . . el gran patriota, el filósofo austero, el mártir de la libertad y su apóstol ferviente en ambos mundos. . .

Reina asombro simpático entre los circunstantes. Allí está, como en sus días de triunfo el viejo soldado de la República, el compañero de Dumouriez, en las gloriosas campañas del Argonne, de Bélgica, de Holanda; el vencedor en Amberes, Valencia y cien combates; el émulo brillante de los que se ilustraron en Jemmapes y en la célebre jornada de Valmy.

Bolívar se adelanta á su encuentro, tiéndele los brazos á los que el antiguo girondino se arroja enternecido; y aquellos héroes singulares, aquellos dos gigantes, hijos de Caracas, glorias de Venezuela, de la América y de la humanidad, confunden un instante el latir presuroso de aquellos sus grandes corazones, y se dicen palabras dignas de entrambos y propias de inmortales.

II

Tras el *Generalísimo*, (3) que va á ocupar el primer puesto á la diestra del Libertador, llegan al Templo entre rumor de aplausos los egregios patricios que el 5 de Julio de 1811 estamparon sus firmas al pie del Acta de nuestra Independencia; y con ellos concurren á aquella cita extraordinaria, los audaces iniciadores de la revolución, los pri-

(3) Título acordado con la Dictadura al General Miranda en 1812.

LAS NOCHES DEL PANTEON

meros que osaron sustentarla y los fervorosos patriotas del 19 de Abril de 1810, no menos dignos de merecido encomio.

En tan crecido grupo se distinguen al par de Roscio y Cristóbal Mendoza y Madariaga, de perdurable nombradía, el desgraciado España, primera víctima de la idea redentora, y Gual y Picornel y Campomanes, y sus infortunados compañeros. Y el atrevido Salias. Y el austero Martín Tovar. Y Sanz, el sabio de esclarecido ingenio, á quien cupo fatal destino en las pampas de Urica. Y aquel Juan de Escalona, que bajo la toga del magistrado lleva la espada heroica con que ilustra su nombre en el segundo sitio de Valencia. Y Francisco Javier Uztáriz:

**Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,**

que dió á la Patria con la vida, saber, reposo, inteligencia y prudentes consejos. Y Rodríguez Domínguez, dechado de liberalidad con libres y esclavos. Y Revenga, de reconocida importancia. Y Espejo, tan elocuente como desventurado. Y el sacerdote Unda, fervoroso revolucionario. Y el docto entre los doctos, Francisco Javier Yanes. Y Zea, de múltiples, brillantes facultades. Y Miguel Peña, alma templada en las catástrofes, propia para las luchas tumultuosas del pensamiento y de las armas. Y Felipe Fermín Paúl, alta honra de la magistratura nacional. Y Ramón Ignacio Méndez, patriota esclarecido. Y Antonio Nicolás Briceño, el fanatismo de la revolución encarnado en una voluntad incontrastable, en un espíritu ofuscado, no por falta de luz. Y el immaculado Peñalver. Y Ramírez, Juan Toro, Quintana, Maya, y López Méndez, alta la frente y sin cuidados. Y el noble Ponte. Y Pedro Gual, de apreciadas ejecutorias. Y Lino de Clemente, de los héroes de "San Mateo". Y Sata y Bussi, orador tribunicio. Y aquel Manuel Palacio, que adivinaba el porvenir y lo esperaba sonreído. Y el casi adolescente Muñoz Tébar, el enamorado entusiasta de la República y de la Libertad, el niño prodigioso, que piensa, escribe, habla, lucha y sucumbe, maduro ya para la gloria a los veinte y tres años. Y los Tejera, Maíz, Martínez y Navarte, de gran relieve en las vicisitudes de la política, en los consejos de la administración. Y el eminente Aranda. Y el ilustrado Isnardi. Y el distinguido García de Sena, quien como Aldao, Muñoz Tébar, Jalón, Yépez y Antonio Freitas, hallan trá-

gica muerte en el funesto campo de La Puerta. Y entre otros de no menor relieve, el de los arrebatos frenéticos, el de las rudas sacudidas á los que conceptúa poco resueltos en el camino de la Revolución: aquel Coto Paúl, de alma volcánica, exaltada, que osa exclamar con voz de trueno en la más tempestuosa de las Juntas de la Sociedad Patriótica: "La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera undosa. La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor, la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia" . . .

III

Pero ¿qué nuevo estruendo torna á agitar los vientos, á conturbar los ánimos, á estremecer los muros del poblado recinto? ¿Será el mar que iracundo brama y golpea con furia las rocas de un escollo en la remota playa? ¿Será la tempestad que en el espacio hace bramar el trueno y nos fulmina el rayo? O ¿acaso el huracán, el que desata sus formidables ímpetus, y desarraiga gigantescos cedros y abate inmensas selvas, y ruga, grita y silba en las cavernas de los montes, en la dilatada llanura, y en las góticas flechas de las torres? Oh! todo á la vez y al propio tiempo: el mar embravecido, el huracán, el rayo: es José Félix Ribas! el vencedor de los tiranos, que penetra en el Templo.

Cuánta arrogancia en la actitud y en el gesto del soberbio guerrero! Su aliento, como el del león, se produce en rugidos; su mirada entre llamas; y aquel su noble pecho, donde se cruzan las solapas del antiguo uniforme republicano, levántase y deprímese con las ondulaciones del océano. Mas ah! aquella noble frente, aquella erguida y hermosa cabeza de Júpiter tonante, que cubre el gorro frigio, no parece segura en los robustos hombros! Y ¿cómo no? si el cuello que la sostiene muestra huella indeleble de haber sido cortado á cercén por el hierro enemigo: allí el hilo de sangre que rodea su garganta, que extrema la palidez del rostro, y su expresión terrible.

Un estremecimiento simultáneo produce la presencia de aquel atleta formidable. Con él reviven los pavorosos recuerdos de la guerra á muerte; los del batallar desesperado, la lucha incesante y la prolongada agonía. En él, puede decirse, se compendia aquella época de sangrientas victorias y de inmensos desastres, en que hizo gala de su

temeridad, de su heroísmo, sellando con su sangre el primer lustro de la ensañada lid www.libtool.com.cn

Como el de Ajax al grande Aquiles, es el saludo que dirige al Libertador, quien extasiado en la contemplación de tan intrépida arrogancia, á par que en los recuerdos que ella le evoca de aquellos días terribles, exclama tendiéndole la mano:

—Hubo un tiempo en que llegué á creer que ni la muerte lograría venceros;... y bien lo comprobásteis!

IV

Entran con Ribas en el augusto Templo una legión de héroes. Allí los que empeñaron los primeros combates dirigidos por el Marqués del Toro ó por Miranda. Allí los de la insólita invasión de 1813 con Bolívar. Los de Chacachacare y Güiría con Mariño. Los del año terrible de 1814 con el Libertador y Ribas, y Arismendi, Mariño, Piar, Urdaneta y Bermúdez...

Allí, Miguel Uztáriz y González Moreno, Santineli y el impetuoso Villapol. Los dos Ayalas, de antigua raza de guerreros. José Leandro y Florencio Palacios, dos fieros legionarios. Adrián Blanco, un bravo, Felipe Esteves, intrépido marino. Y el austero Francisco Conde. Y Urbina el veterano. Y el arrebatado Campo Elías. Y Mesa, Arévalo, Camacho, Benítez, Sánchez, Salcedo y Alcover, tan distinguidos. Y los Jugo, una familia de arrojados. Y los Buroz, otra de Mártires. Y el denodado Rivas-Dávila, que en La Victoria resplandece y sucumbe. Y Ron, Picón y Canelón, que dan la vida por la patria en aquel mismo campo de batalla. Y los aguerridos Carabaño. Y aquellos dos Montilla, á cual más esforzado: Tomás, á quien Bolívar profesa grande afecto: Mariano, a quien levanta, si cabe más, la gloriosa campaña del Magdalena y la rendición de Cartagena. Y el mutilado en los Cerritos-Blancos, el ilustre Carreño, á quien herían todas las balas. Y Mesa, el fuerte. Y Gogorza, el sereno. Y ¿quién aquél de talla esbelta, de superior inteligencia, consejero de todo grande intento, que se adelanta entre unánime aplauso? Soublette, gran patriota, bravo soldado, y mejor ciudadano, á quien el Libertador le dice al saludarlo:

—Si el pueblo que os tocó gobernar hubiera estado á vuestra altura y sido digno de un magistrado como vos, vuestra gloria cívica habría eclipsado muchas glorias.

Mas allá veo á Manrique, á quien "Araure" impone notoria nombradía. Aparecen después los dos Piñangos, cuyos nombres, grandes conflictos y victorias, recuerdan á la Patria. Aquel, el donoso batallador Pedro León Torres, de audaz talante y gallarda presencia, que á trueque de disputadísima victoria da la vida y se inmortaliza en Bomboná. El otro, es Bernardo Bermúdez, no menos valeroso, sacrificado en los albores de la guerra. Este, el discreto José Félix Blanco, severa historiador. Los que le siguen, los esforzados Alcalá, Guerrero y Carvajal, el famoso tigre encaramado; y Arrioja, Isaba, Tango, el tenaz Andrés Rojas, Barreto, Armario, Calderón y Mejías, siempre alentados. Muéstranse luégo, Paz del Castillo, que no sabe retroceder y sucumbe en Urica; y Uzcátegui y París, que caen asesinados en Valencia. Y el gran Genaro Vásquez, como el que más, intrépido; y el honrado Loinaz, y los antiguos edecanes del Libertador: Bernardo Herrera, Marcelino Plaza, Santamaría y Miguel Arismendi. Y el perseverante Zaraza que no desmaya mientras existen enemigos. Y Austria, Avendaño, Lucas, Juan Antonio Paredes y Dolores Hernández, de relevantes méritos. Y ese que llega, como envuelto por una tempestad en los jirones de la desgarrada bandera que tremolara en Bárbula, es el heroico Girardot. El que le sigue D'Eluyar, su vengador en Las Trincheras. Y aquél de rostro fiero con reflejos de aureola, que ufano se adelanta entre ruidosos vítores, satisfecho de su espontánea inmolación: Ricaurte! cuya gloria, ilumina y realza la del campo inmortal de San Mateo.

V

Cuántas hazañas, cuántas heroicidades en aquel grupo de guerreros! Pero ¿cuántos son ya? Casi no caben en el Templo y todavía resuena la acompasada marcha de los que no han llegado. Ya se divisan los fieros insulares, los del épico batallar en la indomable Margarita, ora con Arismendi, ora con Gómez el vencedor en Matasiete. De paso por la plaza llena de gente de armas, caballos y furgones, dejan sus valerosos guaiquerías, y aparecen José Rafael Guevara, Manero y Juan Bautista Coba de sus buenos patriotas. El fogoso Tenías, el resuelto Cayetano Silva, y los Mata, Antolín Villalba, Adrián, Rodolfo y Figueroa, Aguirre, Paz y Ruiz y el atrevido Juan Fermin que el polvorín incendia de Juan-Griego y se arroja á la mar. Y aquel marino insigne, Antonio Díaz, cuyas victorias y combates sin cuento dan

LAS NOCHES DEL PANTEON

la medida de su pericia y de su arrojo. Y sus valientes émulos: José María García, Gutiérrez y Rosales; y cuántos más, de todas armas, que viven en la historia y en las tradiciones populares de la isla guerrera, se ofrecen á mis ojos.

VI

Llegan ahora los de la audaz expedición marina de "Los Cayos"; los de la nunca bien ponderada y aplaudida Invasión de los seiscientos, ó retirada de Ocumare, hasta Barcelona y "El Juncal", entre los cuales diviso, á par de muchos ya nombrados, al noble escocés Gregor-Mac-Gregor de dura raza y poderosa, enamorado de la gloria y de la libertad: trae en la diestra los descoloridos jirones de la que fué gloriosa enseña en Alacranes, y orgulloso se muestra de lo que conmemora tan glorioso trofeo. Siguenle Ducoudray, Vélez, Borrás, Rapozo, Teodoro Figueredo, y el desventurado Landaeta, muerto en las cumbres de Ocumare. Y el siempre leal é inteligente Pedro Briceño Méndez. Y Felipe Macero, José María Zamora, el valiente Martín y José Gabriel Lugo, á quienes se aparejan, entre otros, Francisco y Juan Padrón, Basilio Belisario, de belicosa casta, Lope María Buroz, Cancino, Mateo Guerra y Renato Beluche.

VII

Otra época no menos memorable, con sus esfuerzos de más prez y valía, llega representada en los guerreros que la caracterizan. Sube la gradería del Templo apuesto paladín á quien he visto hace un instante y como en sueños, en su hora postrera; es el heroico defensor de la Casa-Fuerte de Barcelona, el General Pedro María Freites, que blande aún amenazador la espada rota en la feroz matanza. Le sigue su compañero de gloria y de infortunio don Francisco Rivas, y los valerosísimos tenientes que en tan cruenta jornada se ilustraron: Godoy y Lovatón, Ortiz, Alvarez, Pérez, el bravo margariteño Agustín Reyes, Mesa, Bordonos, Canelón, Navas y Chamberland.

VIII

Mirad, nueva falange. Viene de donde el sol fulmina sus primeros rayos. Ya se distinguen en la invadida plaza los erguidos penachos

y flotantes banderas. Un hombre de aspecto lúgubre, de mirada sombría, se adelanta con paso tardo y como perezoso á sus compañeros de gloria llenos de audacia y de entusiasmo. Viste el rico uniforme de los Capitanes-Generales, pero desgarrado en el pecho por no enemigas balas. Su nombre, aunque velado por fatídica sombra, suena á la de los de más valía en los primeros años de la guerra, y lo repiten con perdurable resonancia el Manzanares, el Guarapiche, el Caura, el negro Caroní y el Orinoco gigantesco, fieles testigos de sus grandes proezas, de su extravío fatal, de su trágico, triste fin, y de su incomparable bizarria.

Con el pesado pomo de la espada vencedora en "San Félix", golpea las puertas del glorioso recinto, como anunciando su presencia antes de aventurarse á cruzar los umbrales. Todos se vuelven hacia él, todos le miran con sorpresa, y profundo silencio reina en torno de aquel inesperado aparecido. Pero la voz dominadora de Bolívar vibra al punto en las silentes naves dirigiéndose al héroe:

—Adelante, le dice, con olímpica serenidad. Cuando con mano ruda, cumpliendo altos deberes, detuve vuestros esfuerzos para amparar los de la Patria, de hecho ya antagónicos, no pensé despojaros de los merecimientos que teniais adquiridos; éilos, vuestras antiguas glorias, os dan entrada aquí, sed bienvenido!

Y Piar penetra al Templo de los inmortales, mustia la frente, pero ceñida de laureles.

Vienen con él, sus compañeros de lucha y de victorias en Cumaná, Maturín y Guayana, y á par de otros de sus tenientes ya nombrados, distingo al impertérrito Chipia, al pertinaz Landaeta, al reposado y valeroso Pedro Hernández y á los Armas, Moreno, Suárez, López, Ortega y Olivares, á quienes baña la misma ola de sangre en las batallas, á quienes galardona con igual prez la gloria.

IX

Trueno violento, retumbante, como el golpear de innúmeros corceles impulsados á escape en la sonora pampa, se oye en seguida, rememorando las intrépidas catorce cargas de "Mucuritas" y el revolver pasmoso y la arremetida sin ejemplo de Páez en "Las Queseras".

LAS NOCHES DEL PANTEON

Son ellos, los llaneros indómitos, los de las proezas mitológicas en las llanuras de Apure, Casanare y Barinas, cuyos caballos, veloces como el viento, han cruzado distancias infinitas, salvando montes, bañándose en las aguas de caudalosos ríos en remotas regiones, y respirando el humo de la pólvora en más de cien batallas. Vienen á toda brida á la cita gloriosa, empinados con extrema arrogancia en los triangulares estribos, blandiendo amenazantes las formidables lanzas de "La Miel", "La Cruz", "Cojedes" y "El Yagual", y atronando el espacio con sus gritos de guerra y estentóreos vítores á su insigne caudillo, el león de Apure, el atleta inmortal en "Carabobo".

Qué vocería! Qué estruendo! Diríase un formidable asalto de centauros, pugnando enardecidos por escalar el cielo!

Entre nube de polvo y centelleo deslumbrador de picas y de espadas, llegan los poderosos escuadrones, é invaden como rugientes alborotadas olas, todas las avenidas y la espaciosa plaza que se ensancha para darles cabida; páran de súbito el afanoso empuje, echan pie á tierra los terribles ginetes, y mientras suenan los clarines, y piafan y relinchan los cerriles bridones, golpeando con los cascos la gradería del Templo, buena parte de la indómita gente penetra en el recinto, haciendo resonar en las baldosas los rudos acicates, y los ferrados regatones de las pesadas lanzas.

Y veo al fiero Aramendi, de indomable bravura; á Carmona el temido; á Mina el impetuoso; y á Rondón el intrépido, que le arrebató la victoria á Barreiro en "Pantano de Vargas", al bote de su lanza. A Cornelio Muñoz, de igual talla y coraje; y á Juan Gómez, Farfán, Angulo, Infante, Figueredo, Arráiz y González, Mujica y Olmedilla (1), una jauría de leones. Y al afamado Ortega, el tipo clásico de los hijos del llano; y al irascible Castejón; y á aquel negro famoso por su temeridad y su ardimiento, á quien sus compañeros apellidaron El Primero. Luégo diviso al sin par Angel Bravo, tan digno de su nombre; y á Mirabal, Abreu, Curzate, los Pulido, Salazar y Torrealba, irresistibles. Y al pertinaz Mellado, que acosa a "Valencei" hasta Barrera, donde rinde la vida entre sus bayonetas; y á tantos otros no menos impetuosos, de merecida nombradía, que no alcanzo, por más que quiero, á enumerar entre tantos valientes.

(1) Hijo.

X

www.libtool.com.cn

Tras los llaneros de nuestro patrio Aquiles, llegan nuevas cohortes y campeones gloriosos. Los que escalaron la sierra andina bajo el fuego enemigo, entre abismos profundos y amenazantes ventisqueros.

Los de la audaz campaña de 1819, soñada en Casacoima por el genio de América. Los que combaten en el torneo magnífico que dió ser á Colombia.

Como elevada cumbre miro á Anzoátegui, campeón afortunado en recias lides, cuya cabeza ostenta el preciado laurel de "Boyacá", y quien predestinado á más altos destinos, cayó vencido por la muerte cuando la gloria y sus merecimientos le abrían ancho camino.

Advierto luégo á Santander, por descollar entre los más notables su altiva frente de pensador y de guerrero en extremo turbada. Hombre de alcances, estadista, filósofo, probado como pocos en las labores de la administración, de la política, á quien le cupo la insigne honra de colaborar con el Libertador en la organización de la gigantesca República, en darle instituciones que ante el mundo la presentasen digna del puésto conquistado, como modelo de virtudes patrióticas y de nobles estímulos.

Vienen después los bravos de "Casanare", "Paya", "Corrales" y "Gámeza": el brillante Arredondo y Guerrero el impávido que allí sucumben cuando vencen; y Fortul, buen soldado y antiguo patriota; y París, como los de su nombre gallardo y generoso; y Antonio Obando, de los primeros que se alistaron en la Revolución; y el enérgico Rook, el belicoso Nonato Pérez, Hermenegildo Mujica, Caraballo, Durán, Loboguerrero, Jackson y Ascanio, y Valentín García, apodado el valiente; y cuantos á la par del denodado Cruz Carrillo ilustraron su nombre en "Pantano de Vargas" y en la gloriosa "Boyacá".

XI

Otros guerreros, poderosa legión fulminatriz, como la antigua, célebre en nuestros fastos militares, acuden presurosos. Todos llevan al brazo el escudo triunfal de "Carabobo". Todos cuentan por centenares los combates donde se han distinguido.

LAS NOCHES DEL PANTEON

En torno al monumento de Miranda desfilan las tres pujantes Divisiones que Páez, Cedeño y Plaza, comandaron en la insigne jornada. Cuánto soldado ilustre, cuánto soberbio paladín, no surge de esas filas y penetra en el Templo!

Allá el intrepidísimo Juan Torres, el primero que osó venciendo la agria cuesta y la montuosa pica, posar su planta audaz en el campo enemigo, en la llanura fulminante. Acá el bizarro Vásquez. Luégo distingo á Heras, que en la empeñada lucha arrebató con furia buena parte de gloria. Y á Farriar tan impávido, á Davy tan sereno, y á los inconmovibles capitanes que á pie firme sucumben en la recia jornada. Aquel de noble porte, mirada inteligente y resonante nombradía, es Rangel, todo un bravo, que apenas sobrevive cortos días á tan grande victoria. Le sigue Flores, á quien, por el contrario, á excelsa altura lo eleva la Fortuna. Estos, Patria y Arguindegui, duros en la pelea. Aquellos Iribarren, Flegel y Smith, no menos aguerridos; y Uzlár, el fiel y valeroso hanoveriano; y Melián el brioso; y Ramos Woodberi, Acevedo, Meyer y Calderón, de notoria pujanza; y Flinter, Asdhon, Briceño, Celis, y el impetuoso Cala, de los asaltadores de Puerto Cabello al través del manglar y al arma blanca. Y el brasilero Abreu y Lima, de relevantes méritos, y Domingo Hernández, Sagarzazu, Gonel, Umaña, Ibañez y Piñeres, y otros y otros de notoriedad bien merecida. Y aquellos dos campeones de prestigiosos nombres, a quienes cabe, el mismo día, idéntico destino: Ambrosio Plaza, el de la ruidosa inmolación al rendir el regimiento del Infante; un héroe de leyenda, como otra vez dijimos, digno de ser cantado por Ossían, de ser llorado como Eneas. Y el formidable atleta que muere como Ajax en medio á Valencei, el terrible Cedeño, el bravo de los bravos, como lo apellidó el Libertador.

XII

No obstante tal acopio de gente de armas, de magistrados célebres y de ilustres patricios, masas compactas, numerosas, divísanse á lo lejos marchando bajo el iris de nuestras banderas victoriosas. Son los probados tercios en la brillantísima campaña al través de la América. Los que ejecutan los prodigios que sueña aquel sonámbulo asombroso, que, ora á la propia espada le da vida, ora improvisa héroes

singulares que como él realizan verdaderos portentos. Los que se lanzan con Bolívar, como bandadas de águilas, de las cumbres del Avila; tramonían la formidable cordillera, cruzan el Juanambú bien dirigidos por el volcán de Pasto, y vencen con el Libertador en Bomboná, y con Sucre en Pichincha. Los invasores del Perú; los que tras recia acometida se ven triunfantes en la laguna de los Reyes, espejo de Junín, y victoriosos van hasta el Desaguadero y el remoto Potosí, libertando naciones, reorganizando pueblos, afianzando de modo inmovible la independencia de todo un Continente, y asombrando al mundo con el esfuerzo propio y los prodigios de su inmortal Caudillo.

Todos vienen, todos han respondido obedeciendo á la suprema voz que los llama á la cuna de la independencia americana, al Panteón Nacional, á la presencia de Bolívar.

Del seno de los mares, de la ignorada fosa perdida entre las breñas, la recia cuesta ó la pavorosa hondonada. Del limo de los ríos, de la arena infecunda, de las praderas hoy floridas y ayer regadas con generosa sangre; del páramo desierto, del bosque virgen, de la pampa, de la raíz profunda de árbol añoso y corpulento, del polvo, del pantano, de la cepa de hierba, de la playa inclemente y de las rocas que coronan nevadas cumbres, tristes, y sierras calcinadas; de donde plugo al hado cortar la vida á tantos luchadores por el patrio derecho, surgen aquellos, como en sus días gloriosos: la adarga al brazo, al cinto el talabarte y la espada desnuda. Nadie se queda atrás, no hay rezagados. Capitanes y tropa, sin establecer más jerarquía que la que abonan altos merecimientos comprobados por sacrificios y heroísmos, se reconocen y se aclaman. Todos están presentes; sólo demoran los de la última trascendental jornada, los que en las faldas del fulminante Cundurcunca nos vela aún espesa nube misteriosa surcada de relámpagos.

XIII

La Fama, empero, no deja de sonar el áurea trompa en las torres del Templo. La invitación se extiende á cuantos combatieran en la latina América, por la independencia y libertad del patrio suelo.

Y vienen los del antiguo Virreinato de la Nueva Granada, nuestros hermanos en la común aspiración, en la lucha terrible de quince años,

los sacrificios y el martirio. Y veo llegar los eximios patriotas del 20 de Julio de 1810, en Bogotá, los eminentes del saber y la espada, que preside www.libroo.com.cn, el primero de tan ínclitos próceres, cumbre empinada entre excelsas alturas. Y al par de los trofeos de la antigua Colombia, de los escudos, armas y estandartes resplandecientes en Alto Palacé, Calibío y Tasines, de perdurable gloria, distingo aquel Camilo Torres, de alta virtud y esclarecido ingenio, á quien realzan, que no afrentan, los sangrientos ultrajes del suplicio. (1) Al sabio Caldas, tan eminente como desventurado. Al immaculado Torices. Al enérgico e idóneo García de Toledo. Al Marqués de San Jorge, (2) distinguido patriota cuya sangre, en las venas de Ricaurte, va á sublimarse en San Mateo. Y á aquellos tres Gutiérrez, á la par beneméritos. Y Ayoa, Ribón, Camacho, Dávila, Portocarrero y Díaz Granados, Benítez, y Castillo, no menos dignos de justiciero encomio. Y el íntegro Palenzuela. Y Baraya el fogoso, á quien corona la victoria en Bajo Palacé. Y Anquina, Ulloa, Amador, Stuart y Carbonel, Villavicencio y Rivas, Joaquín Caicedo y Macaulay el vencedor en Popayán, Puente del Cauca y Catatumbo, jamás desanimados en la cruenta labor de su constancia. Y Vélez, Chávez, José Bernardo Alvarez, Durán, García de Evidia, Navas, Céspedes, Hayos y Rovira, tan meritorios y abnegados. Y el poeta y jurisconsulto Montalbán, que con un pie en el sepulcro, burlescas coplas improvisa a la muerte. Y aquel viejo soldado, tan bravo como estoico, José Ayala y Vergara que de camino hacia el patíbulo, le dice al jefe de la escolta con amarga sonrisa: no vayamos más lejos, va á llover y me es nociva la humedad. Qué hombres! Qué pujanza! Así les cupo a todos idéntico destino: el cadalso! Así el martirio hizo impercedero su memoria.

Tras estos ínclitos varones que todo lo sacrifican por la Patria, otros no menos dignos de alabanza penetran en el Templo. Aquel es Pey, austero y respetable, de los primeros que se enfrentan á la secular dominación y la hieren de muerte. Este, Acevedo Gómez, el popular tribuno de altos merecimientos. Los otros son Moledo, José Díaz y el brioso Cabal, tan esforzados. Y Don Joaquín Ricaurte, Morales, y

(1) Fué fusilado, colgado el cadáver de la horca, cortada la cabeza, que exhibieron en una jaula de hierro, y esparcidos sus miembros.

(2) Abuelo materno de Ricaurte.

Numerosa, brillante, es la agrupación de estos soberbios próceres. Cuántos magníficos arreos! Cuántos trofeos de inestimable precio! Qué profusión de nombres resonantes, de varones ilustres, célebres capitanes y aguerridos soldados!

Diversas las nacionalidades entre ellos, que no la sangre, ni la lengua, ni la vehemente aspiración, unidos vienen por los sagrados lazos de la gloria, los mutuos sacrificios, el heroísmo y el martirio, bajo la noble égida del primero de sus grandes guerreros, el héroe de Chacabuco y de Maipú.

Todos se agolpan á la entrada del Templo, y todos retroceden para cederle el paso. El es, lo reconozco. Aquél de austero rostro, de marcial continente y reposado andar, cuyo penacho erguido, como el de los volcanes que iluminaron sus campañas, que presenciaron sus victorias, sólo le cede en brillo y en altura al del Libertador, es San Martín, el insigne batallador del Sur, el patriota abnegado, verbo y espada de la transformación de tres grandes Estados. Jubiloso rumor de admiración y de respeto, acoge su presencia en las pobladas naves. Sus grandes hechos, su labor admirable, sus virtudes, mueven todos los labios á espontánea alabanza, las manifestaciones de su generoso corazón, todos los corazones. El Libertador se adelanta á su encuentro, con el alma abrasada en gloriosos recuerdos, preséntale la diestra, y aquellas, de entrambos, las nobles manos poderosas en la cruenta batalla, que sólo se encontraran en Guayaquil, para reconocerse, y adiós decirse para siempre, bajo las más contrarias impresiones, estréchanse esta vez con la efusión sincera del más puro entusiasmo, y juntos van á estrechar las de Miranda, quedando así completa la trinidad augusta, la síntesis gloriosa del genio, el patriotismo y la labor en la América hispana.

Después del Protector, aparece como evocado por los recuerdos de una raza vencida y humillada, extraño personaje, en cuyas venas corre tempestuosa la sangre de Manco-Capac y de Pizarro. Es Tupac-Amarú, el postrero de los pretendidos descendientes de los antiguos soberanos de la tierra del Sol; descuartizado en la Plaza del Cuzco, cuando tras recio batallar y porfiada insistencia, cayó vencido sin dar cima á su intento de vengar sus hermanos y libertar la Patria.

Luégo, entre los primeros, miro á Caro, que á la idea redentora le dió las alas de su inteligencia y su entusiasmo. A Angulo y Puma-

cahua, víctimas expiatorias de patriótico intento. Al Cabildo de Lima que autoriza la independencia del Perú, donde descuellan por sus merecimientos: el noble San Isidro, y Zárate, Ravago, Francisco Valles, Echagüe, Arias, La Puente y La Vega del Rey.

Asoman en seguida los de la Junta Ejecutiva, que á más de un guerrero eminente que ha de venir después, la forman Villa Florida y Alvarado. Tras éstos veo á Orbegozo, dechado de patriotismo y liberalidad. A Correa, López Aldana, García del Río, Sánchez Carrión, Menéndez, Echenique y el valeroso y meritorio Gutiérrez de la Fuente. Y á nuestros compatriotas: Manuel Valdez, de gran coraje y probada constancia. Al ilustre Salom, a quien le toca la merecida honra de rendir la fortaleza del Callao, (1) Postrer baluarte donde flameara la bandera española. Al perseverante Valero, bravo soldado de generosos sentimientos. A Mires, el impetuoso peninsular de valiosos servicios á Colombia. Al gallardo argentino Necochea, de los héroes gloriosos de Junín, donde por siete heridas se le escapa la generosa sangre. A los expertos Paz del Castillo y Antonio Morales, probados como buenos en la adversidad y en la victoria. Al distinguido Heres, á José Gabriel Pérez, O'Brien, Soler, Cestoris, Rasch, Cabal, Jurado, Grau y José María Ortega. Y al marino Hellingrot de grandes méritos á nuestra estimación; y Tello, Torres, Bustamante, Molina, Antique y Colmenares, y los que de algún modo unieron su voluntario esfuerzo al movimiento civilizador que echó por tierra la poderosa fortaleza de secular dominación.

XVI

Nuevo golpe de aguerridas falanges, de nervudos atletas, apuestos paladines y esclarecidos ciudadanos, llegan atronando el dilatado espacio con prolongados vítores al Padre de Colombia, y á las nobles insignias de aquella su otra hija predilecta á quien le dió su nombre. Vienen de excelsas cumbres, de donde mora entre las nubes el tempestuoso Titicaca, y del remoto y culminante Potosí, ufanos de su gloria y de los grandes hechos que ilustraron el suelo de la Patria.

Bolivia— exclama el Libertador al divisarlos, visiblemente conmovido. Bolivia! dicen cien batallas con el chasquido de las lanzas,

(1) En 1825.

las arenas de Paria, hasta la enhiesta cima de Ayacucho que fulmina y consagra. Y, Bolivia! repiten, como himno de perdurable gloria, los ecos rumorosos de las sonoras naves, la voz solemne de las selvas del Avila y el palpitir acelerado y entusiasta de nuestros corazones.

Entre murmullo halagador de deferente simpatía, penetra al templo aquel Pedro Murillo, enérgico patriota, de los primeros que en el Alto-Perú, osa ser el apóstol, y la espada de fuego de aquella nueva religión del patriotismo americano: la libertad! tan combatida como la sublime del Cristo, y como élla victoriosa del hierro devastador, de las preocupaciones y el martirio. Vienen con él sus severos colegas en la Junta "Tuitiva de los derechos del hombre", y sus infortunados compañeros de lucha, con él sacrificados tras la derrota cruel de Chocaltaya.

Llegan después, los bravos lidiadores de Ayouma y Vilcapugio, que con tan mala suerte disputan la victoria á trueque de la vida; y los que vencen en La Florida y en Aroma; y los que mueren en Viluma; y aquel cura Muñecas, exaltado revolucionario; y Warnes tan osado; y el atrevido Lanza, y Camargo y Padilla.

Luégo aparece Santa Cruz, fiero soldado que se ilustra en Pichincha. Y Velazco, que combate en Junín. Y Ballivián, Portocarrero y Salazar. Y los de la insurrección de Cochabamba, ahogados en la sangre que se prodiga en Huaiqui y Sipesipe. Y el osado Arenales y cuantos tomaron parte activa en la lucha sin tregua á que dió fin una excelsa victoria.

No bien la Gran Colombia, Perú y Bolivia, personificadas en sus más eminentes ciudadanos, habían entrado al Templo de la Gloria y saludado al inmortal Caudillo, cuando nuevos guerreros y otros próceres de la gran causa americana, asoman en varias direcciones guiados por sus pró-hombres y sus banderas victoriosas.

XVII

Esos que llegan, los primeros, son los del Plata, generosos, que á par que luchan por redimir el suelo patrio, acuden con noble esfuerzo á auxiliar á sus vecinos, como éellos empeñados en ser libres. Los que tramontan con San Martín la abrupta cordillera, vencen en Chile, á con el tronar de los cañones, desde la muerta ola que lame perezosa quien devuelven la libertad perdida, y combaten en el Perú, constantes

y abnegados. Los que siembran, con la suprema audacia del más gallardo de sus héroes, (2) la simiente de la Revolución en el alma indiferente y descuidada de los hijos del Paraguay; y aquellos que de poderosas manos recuperan la codiciada Banda Oriental del Uruguay, y dan á Sur América un nuevo Estado independiente, autónomo.

Presídelos Belgrano, el más conspicuo de sus ilustres hijos, después de San Martín. Un héroe, como pocos, de condiciones varias, á cual más seductora: enérgico, valiente, generoso, ilustrado, candoroso como un adolescente, prudente y reposado como un sabio. Todo entusiasmo, desinterés y poesía, fascinado constantemente por la gloria y por la libertad. El vencedor en Tucumán y en Salta, que á los honores con que le abrumaban sus conciudadanos, contesta, rechazándolos, con esta frase de sencillez suprema y de sin par abnegación: "Yo nada quiero ser"

Su presencia produce en el olímpico concurso, agitación simpática y ruidosos aplausos.

Seguidamente llega el Cabildo, que el 21 de mayo de 1810, llamó al pueblo á imponer su dictamen; y los favorecidos para formar la Junta de Gobierno, en sustitución del Virrey. Allí Saavedra, que la preside ufano. Luégo Azcuénega; después, los diputados á la Asamblea de 1813, que establece los símbolos nacionales y declara libres á los hijos de esclavos. Y los del Directorio Ejecutivo, que encabeza Posadas; y Brown, que contribuye eficazmente á la ocupación de Montevideo con la marina que comanda. Y Alvear, Tomás y Martín Pueyrredón, que se suceden en el mando de las provincias insurrectas. Y los patriotas, que firmaron el acta solemne de Tucumán. Y el decidido y perseverante Rondeau, á quien ilustran triunfos y derrotas en el Alto Perú. Y el Bayardo Argentino, el bravo De las Heras, cuya espada salva los restos del ejército patriota en la sorpresa de Cancha-Rayada, hiere en Maipú, terrible, vengando el gran desastre, y sola y vencedora se muestra en Gavilán. Vienen después los distinguidos veteranos, Soler, Balcarce, Otero y Paz, tan renombrados. Y Martínez Rodríguez, Montes Larrea, el eminente Rivadavia, García, Viamonte, De La Cruz, López, Dorrego y Aldunate, Guido y Lavalle, de perdurable fama. Y los Castelli, Rodríguez Peña, Moreno, Vietes, Alvarez Condarca y Sarraatea, y

(2) Belgrano.

los que se le escapan á mis ojos, que no al aplauso y el respeto de las generaciones, á quienes dieron patria, independencia y libertad.

XVIII

A los patriotas argentinos, siguen los de mayor relieve en las variadas peripecias de la guerra, en La Banda Oriental, hasta constituirse el Uruguay como Nación independiente; y los arrojados paraguayos, que nacen á la vida de la Revolución, merced al vencimiento de Belgrano, y al armistio de Tacuarí, que obtiene á expensas del mayor heroísmo, de un enemigo numeroso, pero lleno de admiración y como atónito de tanta valentía. Idea fecunda, la de la libertad, que hasta vencida hace prosélitos de sus mismos contrarios! Y aparecen á las puertas del Templo, Yegros, Ceballos, Caballero, Iturbe, Sarco y Bagarín, como aparecieron en la Junta y Gobierno de La Asunción, en aquella tan corta aurora de libertad republicana, que luégo amengua y oscurece un sombrío Dictador.

XIX

Y Chile, la de la fama de adelantada y culta, aun en la edad primera de su transformación, la del renombre adquirido con sus triunfos, de poderosa y aguerrida, acude á la gloriosa cita representada en sus prestigiosos ciudadanos y egregios capitanes.

Y llega O'Higgins, el primero de sus preclaros hijos, á quien Miranda había iniciado en el secreto de libertar la América; hábil batallador é infatigable, á quien populariza que no humilla, el desastre sangriento de Rancagua; y cuyo nombre suena en Chacabuco como el de los héroes de la Iliada, y crece y se agiganta en la jornada de Maipú.

Y entran con él, Sambrano, Martínez de Aldunate, Márquez, Reina, Rosales, y el esclarecido Juan Martínez de Rosas, iniciadores de la Revolución. Y tras éstos, Calvo Encalada, Juan Aldunate y Benavente; y sus rivales y contrarios en las disensiones intestinas: Mackenna, á quien ilustra su valor sereno, su decisión y sus campañas, y Martín Calvo, Rosas, Marín y Echeverría. Y el gallardo José Miguel Carrera, espíritu aventurero y belicoso, que lucha como desesperado por alcanzar la

LAS NOCHES DEL PANTEON

mayor gloria, y muere frío é impávido como los héroes clásicos. Y sus otros hermanos, valientes agueridos y como él desventurados. (1) Y Cienfuegos, los distinguidos Eyzaguirre y el eminente Infante. Y Don Julián Uribe. Y el perseverante Zenteno, que amén de triunfos de armas, que le honran, tuvo á gloria mayor sancionar con su firma el Acta de Independencia de la Patria. Y Sañartú y Villegas, sus colegas, en tal merecimiento. Y el esforzado Freites, el brioso Campino y Santiago Aldunate que glorifican con sus hechos el suelo donde nacen. Y Prieto, Viel, los Cruz, Búlnes y Gana, probados en los combates de Chillán, Paso del Maule, Membrillar, El Roble y Quecheraguas, como en las batallas de Hierbas Buenas y San Carlos, y en las más importantes que libra San Martín, y en las campañas del Perú. Y admiro á Lord Cochrane, de altos merecimientos para toda la América. Al ilustrado Pinto, guerrero y diplomático, al honrado Vicuña y aquel Blanco Encalada, dechado de virtudes, tan abnegado como heroico en las duras vicisitudes de la guerra, á quien le debe Chile, patria de sus afectos, más de una página gloriosa en donde resplandecen los servicios del experto marino, y del bravo soldado.

XX

No ya del sur invade el Templo crecida masa de guerreros. El gran Imperio Azteca, convertido en República independiente y libre, viene con sus insignes capitanes á la cita inmortal.

Como extraño al respeto que todos le prodigan, y hasta la propia gloria, pero con nimbo refulgente sobre el guerrero casco, entra el anciano Hidalgo, humilde párroco de apartada aldea, que rompiendo con las preocupaciones y la tradición del vasallaje, cede á los generosos sentimientos del amor á la Patria, é inicia la Revolución llamando á misa á sus desprevenidos feligreses, exhórtalos desde la cátedra sagrada, los transforma en soldados, y da con ellos el célebre grito de Dolores. Grito de muerte ó libertad, que recorre veloz la tierra mejicana; que levanta legiones de enardecidos combatientes, crea caudillos, se impone, lucha, vence, decae, torna á crecer y apágase, aho-

(1) Los tres Carreras fueron fusilados en Mendoza. El 8 de abril de 1818, Juan José y Luis; y el 4 de setiembre de 1821 José Miguel, el más ilustre de los tres.

gado en sangre generosa, suena de nuevo, más poderoso y exigente, hace prodigios de energía, de abnegación y de entusiasmo, hiere de muerte á sus contrarios, á los predispone á las nobles aspiraciones que han de llevarlos hasta aceptar más tarde el victorioso Plan de Iguala, y triunfador al fin, dilátase del uno al otro océano, como la voz solemne de Jehová, anunciando á la Patria de Guatimozín y Moctezuma, la nueva era de la República, de la independencia y de la libertad.

Sigue al ilustre anciano, á quien no fueron parte á redimir del cruel suplicio, ni su avanzada edad, (1) ni su bravura, el insigne Morelos, tenaz y emprendedor como su antiguo jefe, á quien proclaman como experto caudillo y valeroso, numerosas batallas. Y Guerrero, que prolonga la lucha con poderoso empuje y dura resistencia, hasta ver triunfadora la causa de la emancipación, la de sus sacrificios. Y Matamoros, el vencedor en la célebre jornada del Agua de Quichula. Y Alende, Aldana, Albasolo é Iriarte, de los primeros que se lanzan en la Revolución. Y los de la Junta insurrecta de Jausilla. Y aquel Bravo, tan heroico y magnánimo. Y Lesma, Terán, Rayón, y el padre Torres. Y el brillante Iturbide, á quien no abona la postiza diadema de Emperador que ciñera á su frente, sino los resultados posteriores al renombrado Plan de Iguala. Y los que por los fueros de la libertad y de la democracia conculcados, vuelven y vencen y definitivamente los sancionan. Y los patriotas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, sometidos, por obra de la fatalidad, á duras pruebas y abrumadores sacrificios, antes de conquistar con su heroísmo la apetecida libertad.

XXI

Luego aparecen los reivindicadores de la República, de la honra propia y del derecho americano, en la antigua Española. (2)

Los que olvidados en solitarias huesas duermen en Cuba el sueño de los héroes, y esperan con la justicia de la Historia, su bien ganado título á la inmortalidad: Abnegados patriotas! intrepidísimos guerre-

(1) Hidalgo fué fusilado en Chihuahua, el 1º de agosto de 1811, á los 78 años de edad.

(2) Santo Domingo.

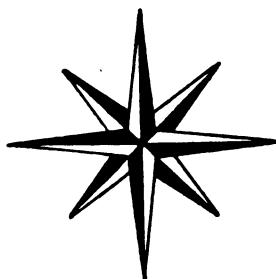
LAS NOCHES DEL PANTEON

rosl... y para mí, no pocos, pedazos del corazón, nobles amigos, sacrificados en la flor de los añosl...

Cierra la entrada de tan preclaros próceres en el recinto augusto de la gloria, el generoso amigo de Bolívar, en las horas de prueba de la adversidad y el desaliento: el ilustre Petión, á quien en nombre de Venezuela, de sus instituciones y sus glorias, hemos de protestar eternamente nuestra sincera gratitud, y á quien acogen, entre los inmortales, aclamaciones entusiastas y demostraciones fervorosas de merceda simpatía.

El áurea trompa de la Fama cesa de resonar en las torres del Templo. Todos están allí: los que la gloria ambicionaron y tras élla corrieron poseídos de generoso aturdimiento; los que á la patria no le excusaron sacrificios, y reposo, fortuna, privilegios, inteligencia y sangre le ofrendaron; los que nos dieron independencia, gloria, derechos y puésto distinguido en el Senado de las naciones cultas, de los pueblos civilizados.

Todos están presentes: no faltan ni los contritos peregrinos al santuario del Héroe, en cumplimiento de la ley fatal que nos condena á la expiación de graves faltas. Sólo demoran los de la última trascendental jornada, los que en las faldas del fulminante Cundurcunca, nos vela aún espesa nube misteriosa, surcada de relámpagos.



CUADRO IV

LA GRAN VISION

I

A medida que llegan á la gloriosa cita nuestros ilustres próceres, desde el magnate de prestigiosa ejecutoria, hasta el soldado humilde y el labriego sin nombre y olvidados; dilátanse los ámbitos del Templo y la espaciosa plaza para darles cabida, y todo crece, se magnifica y se transforma. A la grosera piedra y la humilde argamasa, las sustituye el blanco mármol del Pentélico, tallado, como de antiguo, por el cincel de Phidias, en profusos relieves alegóricos, bustos y estatuas de divinidades mitológicas, y emblemas adecuados á la magnificencia y majestad que adquiere por instantes el transformado monumento. Y no aturdido ya sino más bien embelesado, contemplo cómo se abultan, se agigantan y suben las monolíticas columnas que sostienen el rico artesonado de las naves, que soportan la suntuosa cúpula; cómo esta se eleva hasta perderse en prodigiosa altura, rayana al sol que me deslumbra; cómo el espeso muro, de base poderosa, se diafaniza como vapor ligero, desaparece y deja ver por todos lados espacios infinitos; y cómo, en fin, el mismo suelo donde se asienta tan grandioso edificio: moderno Partenón, de proporciones colosales, que no alcanzaron á idear ni el genio ni la osadía de Calicartes y de Ictinos, se levanta á su vez, asciende pausadamente y sobrepasa las cercanas colinas, la elevada montaña, la erguida cumbre de la Silla en el dorso del Avila, y supera los nevados de Mérida, el imponente Chimborazo

LAS NOCHES DEL PANTEON

y los picos más culminantes de Los Andes, que veo á mis pies, al par del Continente, del uno al otro océano, desde la sierra de Arizona en el extremo Méjico, hasta el volcán de Apaca en la Tierra del Fuego.

II

Desde la altura prodigiosa de aquel soberbio Acrópolis que domina la América, qué inmensidad! qué vasto panorama! qué circo máximo del heroísmo patrio, se le ofrece á mis ojos! Esa la liza inmensurable donde hubo de decidirse en sangriento torneo, aquel terrible Juicio de Dios tan disputado, entre La Libertad y El Despotismo, que dió toda la gloria á la República. Qué mayor campo para la cruenta lucha! Y allí estaba á mis piés, y lo que es más extraordinario todavía, al alcance natural de mis sentidos, tanto en sus grandes masas, como en sus más pequeños pormenores.

Así, de aquel como grandioso estrado de los héroes, en el inmenso teatro de sus propias proezas, abarca el brillantísimo concurso á dominar toda la América, escenario infinito donde á la vez se reproducen cuantos sucesos ocurrieron desde el principio de la Revolución, hasta la fecha histórica y gloriosa del culminante desenlace de la épica tragedia. Allí de sus victorias y desastres la escena viva, el episodio palpitante, atrae las ávidas miradas, los corazones todos henchidos de entusiasmo. Revivir en la obra que glorifica y enaltece, cuánta satisfacción! Y ellos la tienen.

Al norte la cruenta lucha que iluminan los penachos de llamas del Popocatepelt, el Orizaba y el Nevado de Toluca, donde se fijan con orgullo los ojos del victorioso Hidalgo y de sus compañeros de aventura. Y el mar azul que surcan nuestras escasas naves con Miranda y la flota española. Y las verdes antillas, canastillos de flores y ramilletes de palmeras, esparcidos entre las espumas del Caribe, salpicadas de generosa sangre. Luégo el Istmo, cintura de la América, límite de Colombia; y la estendida costa donde braman las tumultuosas olas, reproduciendo el ardimiento de la fulminante Cartagena, el estampido del cañón en los choques navales de Punta de Palma y Maracaibo; el trueno de la fusilería en las playas de Coro, Puerto Cabello y Ocumare; el grito de independencia, lanzado como reto de muerte

en las faldas del Avila, donde nace Bolívar; y el eco adolorido de la aterrada emigración de 1814, (1) que se arrastra, en demanda de la vida, camino del Oriente.

III

Allá, no obstante, Aragua de Barcelona, destrozado palenque, convertido en vasto cementerio; El Salado, una charca de sangre; Margarita, fragua ciclópea, donde se forjan rayos para los grandes héroes; Maturín, tres veces vencedora y á la postre acuchillada; y Urica una hecatombe.

Luégo las selvas; el Orinoco majestuoso; San Félix, donde reviven desfallecientes esperanzas; y la estratégica Angostura, baluarte poderoso, que luégo de adquirido, mantiene á la Revolución firme y amenazante.

Si al occidente tornamos la mirada, lo primero que nos hiera los ojos es la explosión de San Mateo, con el sacrificio de Ricaurte. Mas lejos, La Victoria, corona de relámpagos que ciñe la cabeza de Ribas. Y Valencia, por dos veces heroica. Araure una protesta, al lúgubre clamor y al vencimiento de Barquisimeto y de Bobare. Vigirima, gloriosa escuela práctica donde imberbes adolescentes aprenden á morir por la patria. Bárbula, soberbio pedestal donde se ostenta un héroe. Las Trincheras, una justa venganza. Carabobo, el remate sublime de la tragedia griega cantada por Homero. La Puerta, osario inmenso donde blanquean los restos insepultos, los despojos de tres rudos combates. Y Trujillo, la cima en donde vibra el rayo del audaz desafío, de las terribles represalias.

Al sur, la sucesión no interrumpida de brillantes combates, los más al arma blanca: intrépidos alardes de sin igual pujanza, y atrevimientos singulares, donde relampaguean como centellas, haces de lanzas prodigiosos que ora deslumbran en El Yagual y Mucuritas, ora en La Miel y Las Queseras. Aun más al sur, las huellas de una inmortal campaña; las extendidas y anegadas pampas del Apure, de Arauca y Casanare; los empinados montes; los desolados páramos; el Pisba en-

(1) El autor, á propósito, no sigue en esta enumeración la cronología de los hechos históricos, sino que se fija en las distancias á que se hallan los lugares citados, vistos desde Caracas.

vuelto en su manto de escarcha, sombrío y amenazante; y Pantano de Vargas, una hondonada que reboza de sangre; y Boyacá, iris halagador de innumerables promesas.

Más allá, Calibío, Tacines y Alto y Bajo Palacé, que repercuten las protestas del derecho y de la libertad contra el impuesto despotismo. Yaguachi, una estocada á fondo en el corazón del enemigo. Bomboná, asalto desesperado de Titanes, en que hasta los vencedores sudan sangre. Guachi, celada cruel de donde sólo escapan los afortunados. Riobamba, el desquite de la infausta aventura. Y Pichincha, el pavés, donde aparece ya con casco de oro y espada de fuego, el héroe afortunado que ha de cerrar nuestra epopeya con la más grande y trascendental de sus victorias.

IV

Después del Ecuador y sus montañas humeantes: Cotopaxi, Sangai y Tunguragua; y la soberbia y cana frente del empinado Chimborazo, que holló la planta audaz de aquel otro gigante, vencedor de imposibles, que se llamó Bolívar; dilátase el poderoso Marañón, como una extensa faja de acero refulgente, entre las negras selvas del Brasil y las soledades infinitas, hasta morir venciendo en el Atlántico las olas formidables que le cierran el paso. Y diviso los Andes del Perú, poblados de trágicas leyendas, donde el cóndor anida, y soberano del espacio se cierne en las alturas. Allá el templo del Sol, abatido santuario; y el renombrado Cerro de Pasco, donde se dieron cita el ardimiento y la osadía; y Mamacona, un oscuro desastre; Tarata, otro funesto golpe; Junín, furioso choque formidable, de tumultuosas lanzas, como de tiempos mitológicos; El Callao, la negra pesadilla de los independientes; y Corpahuaico ó Matará, desgarradora espina que labra los hijares del león al entrar en combate, y le sirve como de espuela á su pujanza.

V

Más al Sur todavía, la encarnizada brega que contemplan, desde las cimas del Illimani y el Sorata, los manes de los Incas y de las tribus aborígenes. Y el Titicaca, la misteriosa cuna de los hijos del Sol. Y las nieves perpetuas, por donde se abren paso los libertadores, para auxiliarse mutuamente, enrojecidas con su sangre.

Aun más al Sur, la cadena no interrumpida de peñascos, nevados picos y volcanes que desafían el cielo, extendida á lo largo de Chile y de la indómita Araucanía: El temido Aconcagua, el Chillán, Copiapó, Villarica, Osorio y Tucupal... Aquella acometida de leones al tramontrar la cordillera, es Chacabuco. Rancagua, aquella infausta resistencia donde muere un ejército. Gritos de triunfo son Membrillar, San Carlos, Hierbas-Buenas. Cancha-Rayada, no se oculta, es una negra sombra. Y Maipú, la esplendente llanura, en donde mano experta y poderosa, mueve el ariete que echa por tierra los pesados muros de secular dominación.

En el opuesto mar, la ría del Plata majestuoso, donde extranjeras naves combaten ó amenazan; y la anchurosa pampa, abierta liza de ruidosa pelea. San Lorenzo, el bautismo de sangre de los granaderos de San Martín. Tucumán, doblemente gloriosa; y Salta, donde se ostenta un gran trofeo.

Luégo, siempre hacia el Sur, la costa del Atlántico bravía como sus moradores y sus olas. La desierta y callada Patagonia. El estrecho famoso, que lleva el nombre de su inmortal descubridor. La desolada Tierra—del—Fuego y su volcán de Apaca. Los repetidos archipiélagos sembrados de bancos movedizos y de escollos. Las rocas esparcidas en el extremo austral del continente, como monstruos marinos hartos y soñolientos. El Cabo de Hornos, combatido por encrespadas olas, que hacia el Sur se adelanta con porfiada insistencia, cual si aspirase en su osadía á hender el mar profundo y unir al Polo la tierra americana.

Y allá, muy lejos, si volvemos al Septentrión los asombrados ojos, una Aurora Boreal se nos presenta, coronando la excelsa sombra del padre de la República del Norte, cuya diestra extendida hacia Bolívar y sus egregios compañeros, les ofrece una palma de luz resplandeciente, que todos admiramos.

VI

Qué cuadro más espléndido! ¡Dónde mayor inmensidad favorecida por tan violentos y opuestos contrastes! El Sur oscuro en su remota extremidad y el Norte luminoso. El cielo azul, sereno y las espesas brumas, las negras sombras y la misteriosa agitación de los abismos y

— LAS NOCHES DEL PANTEON

los bosques. La cumbre immaculada, donde el sol quiebra sus ardientes rayos en la virgen blancura de la nieve, y las verdes campiñas regadas con el sudor del cuerpo y cultivadas por amor á la vida. La tempestad, terrible y bulliciosa en las llanuras, y la quietud silente de los nevados picos en las altas regiones de la atmósfera. Ríos gigantescos que ahondan en la tierra, y lagos transparentes que se ocultan en el regazo de las nubes. Torrentes que remedan los retumbos del trueno, y las pasiones de los hombres, y arroyos cristalinos que murmuran, como dulcísimas plegarias. Mares, que ora revuelcan sus apacibles olas, como corderos blancos, en las arenas de la playa, ora golpean con furia los escollos, y la inmoble, serena cresta de los Andes, dentada de volcanes, donde silban los vientos que alborotan las olas. Y el fuego de los conquistadores, que luégo de vencer se les apaga y se dejan dominar por la molicie, aún más que por el oro. Y los vencidos Incas, postrados de humillación y asombrados. Y los hijos de aquellos capitanes, de imponderable valentía, que le dieron á España el Nuevo Mundo, á su vez reprimidos por leyes opresoras y la mano de hierro de los orgullosos Virreyes. Y la libertad y el despotismo librando enardecidos la última batalla que ha de afianzar la independencía del vasto continente. Y allí, cuántos esfuerzos combinó el saber, la inteligencia y la osadía. Allí las tempestuosas y ocultas sociedades patrióticas, las Juntas y Congresos, con sus tribunos de ocasión y sus elocuentes oradores; y el pueblo ora abatido ó exaltado. Y las grandes agitaciones del encono político, de las aspiraciones y la ambición sin valla. La trabajosa marcha de los asuntos del Estado, dirigido á las veces por inexpertas manos, ó mal intencionados procederes. Y las fiestas conmemorativas de las grandes etapas de la Revolución, y las catástrofes, la desesperación y el vencimiento.

Todo se ve á la vez y al propio tiempo; y éste transcurre, pasa y deja, en el cuadro inmortal, huella profunda.

VII

Inclínase en el soberbio Acrópolis, el brillante concurso que lo puebla, sobre la tierra amada, para seguir, con ojos anhelantes, las múltiples escenas de aquella vida tempestuosa que ellos vivieron, y en la que se esforzaron por alcanzar alto renombre, y también las etapas

venturosas ó tristes de la magna epopeya y la Revolución. Y ávidos de emociones y deslumbramientos de gloria, así como inspirados en el más puro sentimiento de abnegación y de justicia, buscan por todas partes con inquieta mirada para galardonar con sus aplausos, á los héroes del postrimero esfuerzo que aun no han logrado ver; y no encontrándolos, exclaman todos como una sola voz:

—Oh! Sucre! Sucre! ¿En dónde estás? ¿Por qué te ocultas á nuestra admiración?

Y, otra voz poderosa, la del Libertador, contesta al punto:

—Allí; en la cumbre de la grandeza humana, envuelto entre los resplandores de la gloria.

Todos se fijan en la dirección que les indica el extendido brazo y la diestra del Héroe, y todos ven rasgarse la nube misteriosa surcada de relámpagos, que hasta entonces había ocultado á nuestros ojos el fulminante Cundurcunca; y aparece el inmortal palenque, el campo resplandeciente de Ayacucho.



CUADRO V

APOTEOSIS

I

Como vistoso manto de púrpura y azul, recamado de oro y reluciente acero, luce extendido con arte peregrino en la falda del monte, el poderoso ejército español, de gala aderezado para entrar en combate. Mientras que en la llanura, de sol bañados y de altivez sublime poseídos, se ven los patrios adalides, con su modesto arreo, prestos á combatir.

Orden suprema, emanada del genio que dirige el todo múltiple de la cruenta labor, había alcanzado en su brillante retirada al Ejército Unido, á quien le manda con rara previsión detenerse á pelear. Y Sucre se detiene: desenvaina la espada que resplandece con sin igual fulgor, y es Ayacucho, y empieza la batalla.

Jamás tanto ardimiento, más coraje y pericia mayor. A la bravura hispana, oponen nuestras huestes, la bravura española y la fiereza de la raza nativa en las nuevas generaciones, cuya sangre, recalentada por el sol de los trópicos, corre en las venas con extrema violencia.

Ruge el cañón. La tempestad de la batalla crece en fragor, en zaña, en ardimiento: culmina rayos que aterran batallones; siembra por todas partes, desolación, venganza, espanto, estrago, y prolonga su voz atronadora del uno al otro extremo de los Andes, como el pos-trer bramido de rabia y de despecho que se le escapa al león soberbio de Castilla, con la presa que oprime entre sus garras.

En tan ruda jornada, Sucre se empuja y se excede á sí mismo. Prevalece su voz sobre el estruendo de la recia embestida. Su voluntad impera. Con gesto dominador, azuza y lleva al fuego sus escasas legiones, ó las refrena para darles aliento. No desmaya un instante, ni pierde en el mayor conflicto su olímpica serenidad y la expresión afable de su rostro, en donde se refleja la nobleza de su gran corazón. No airado blande la terrible espada del ángel de Ezequías. Sube más alto, él no aspira á destruir, sino á hacer libres.

Y nadie, empero, comprende como él, el instante supremo en que se encuentra; la importancia trascendental para la América de vencer en aquella jornada... Si triunfa, el término de la batalla que pelea, es el remate de nuestra guerra con España; la consolidación de todos los esfuerzos de quince años de lucha; la independencia del patrio suelo, definitivamente asegurada; la República y la libertad por siempre soberana en la vasta región del Nuevo Mundo; y las múltiples glorias de Colombia, la suya propia, la del Libertador, realizadas hasta el mayor nivel que haya alcanzado hombre alguno ó nación con su genio y su espada. Por el contrario, si adversa le es la suerte, qué catástrofe más estrepitosa! qué ruina! qué baldón! Los más nobles esfuerzos soterrados; los propósitos más generosos y más santos, desconocidos ó tergiversados con acerba impiedad; la envidia satisfecha, y de plácemes, todas las mezquindades de las almas innobles, tras la careta de hipócrita prudencia y de exaltado amor patrio. La guerra ya sin término y de nuevo encendida con mayor ardimiento, y más sangre, más luto y más estragos. Las armas españolas preponderando en el Perú y amenazando á Chile, á la Argentina y á Colombia, con los poderosos refuerzos que habrían de suministrarle con el terror del vencimiento, la anarquía, el desencanto y las traiciones, amén de los que le vinieran de ultramar. El Libertador, aislado de los suyos, cogido entre las redes de pérfidas intrigas, tumultosas facciones y menguados partidos que ya se señalaban, debatiéndose con desesperación y haciendo frente al propio tiempo, sin tropas ni recursos, á un enemigo formidable, que lo amaga, lo oprime, lo fatiga y lo repele al fin á las fronteras de Colombia, empequeñecido en su gloria, frustrada la colosal empresa, y donde le esperaba lo que á todos los que descienden de supremas alturas: rivalidades ruines, crueldad, odio, venganza, la más completa

LAS NOCHES DEL PANTEON

ausencia de la justicia, para fallar respecto de sus procederes y sus actos, los menos criticables, y por añadidura, la jauría alborotada, el enjambre rabioso de las exigentes medianías, ávidas de poder, ciegas de encono, que abofetean a Cristo, si es necesario, para alcanzar sus fines.

III

No se le escapa á Sucre lo grave de la situación, lo arduo de la empresa. Y sin embargo, su levantado espíritu que nada amenguar puede, se inflama ante las faces antitéticas del cuadro que su imaginación le representa, y crece en bríos, en penetración, poder intelectual y valentía. Y si la voz de las responsabilidades que tanto lo engrandecen, le murmura al oído: —Aventurado cumánés, arriesgas en este instante la suerte de la Patria y la de un mundo! El le replica, dándole rienda suelta á los fogosos ímpetus de su corcel de guerra:

—A vencer pues! que es necesario y así lo quiere Dios!

Y refuerza al impertérrito Lamar que, á pie firme resiste con la hueste peruana, menor de por mitad que su contraria, las repetidas cargas de Valdez, embates de formidable marejada, contra muro de rocas. Y espía el instante favorable de acometer con todo empeño. Y llega aquél, propicio y oportuno, después de una hora larga de sostenido fuego, con el descenso á la llanada de las divisiones de Villalobos y Monet, estacionarias hasta entonces en el recuesto de la montaña, tras de las quiebras del terreno, de donde fulminaban á mansalva; y la bajada rápida de varios escuadrones de jinetes, con los caballos de la brida, á tiempo que fijada la batería del centro, por el propio Virrey, en posición más ventajosa á sus intentos, rompe certeros fuegos que acribillan á nuestros batallones.

Sucre acoge con júbilo la esperada oportunidad que le presenta el enemigo, no la deja escapar, y ordena á Córdoba acometer de firme y dominar la altura.

IV

Y aquel predestinado á la excelsitud de altísimo renombre, que ya produce como irradiaciones; aquel Córdoba audaz, Apolo y Marte juntamente, que hasta entonces nervioso y no avenido con su inmovilidad en la batalla, tasca impaciente el freno de la obediencia militar;

aguja al punto el fiero bruto enardecido, se empuja en los estribos, adquiere proporciones de gigante, y arenga á sus soldados, como Sucre lo hiciera con todos los cuerpos del ejército al comenzar la lucha. Luego se pone a la cabeza de sus compactos batallones, saluda con el sombrero y con la espada el campo de la ensañada lid, y se lanza al combate gritando con voz de trueno á los aguerridos colombianos: **Armas á discreción! Paso de vencedores!**

Y choca contra las bayonetas españolas y las lanzas del escuadrón "San Carlos", que se le enfrenta; escuadrón éste que va á estrellarse en el muro de acero que le opone el "Pichincha", de propio movimiento formado en cuadro resistente. Y trepa el agria cuesta, mientras los otros escuadrones de la caballería peninsular, que pasan entre "Pichincha" y los "Voltígeros", van á medir sus armas con los Húsares de Colombia, que manda aquel Laurencio Silva, de singular intrepidez, á quien todos distinguen por la manta escarlata, por el insigne apodo de la gloriosa lanza de Junín.

V

Entonces fue el estruendo y la brega mayor: caballos y jinetes se encuentran, se hieren, se encabritan; revuélvense furiosos y tornan á chocarse, dejando el campo cubierto de cadáveres. Córdoba empuja con su ardor indomable el "Bogotá" descuartizado, que dirige Galindo, todo un bravo; el "Pichincha" sangriento, con el valiente Leal á la cabeza; y el terrible "Voltígeros" que Gúas, su enardecido comandante, azuza á la venganza; mientras "Caracas", con supremo heroísmo, se defiende solo, fiado en su jefe León que le da aliento y que, á poco sucumbe. Y Lara, experto en cien batallas, después de haber enviado á "Vencedor", con el brioso Luques, á reforzar la División peruana, contiene los belicosos ímpetus de Sandes y de Morán, y de sus respectivos batallones "Rifles" y "Vargas" que ansían por tomar parte en la brillante acometida, y espera el instante oportuno de ir á apoyar con la reserva al más necesitado. Y Lamar firme, sin cederle á Valdez un palmo del terreno que sostienen Otero, González, Benavides y Plaza. Y Miller, con la caballería republicana, "Húsares de Junín" que guía Isidoro Suárez, admirable; y los escuadrones peruanos de Blanco, Bruix y Olavarría, que se mueven ya en masa para emprender la formidable carga. Y Silva, Herrán, Carvajal, Cruz Pa-

LAS NOCHES DEL PANTEON

redes y el denodado Zurbarán, que arremeten frenéticos con sus caballos impetuosos.

Todo es fragor, y confusión, y muerte; con el silbido de las balas y las vibrantes notas del clarín y de las músicas marciales, mézclase el trueno de la fusilería, el galopar de los caballos y los retumbos del cañón, lentos y atronadores. Y ya no se distinguen bajo el hálito espeso del combate, sino compactas masas que se mueven, vacilan, se apresuran, chocan con otras semejantes en la misma llanada, en las faldas del monte; bajan y suben presurosas el recuesto empinado del campo real, donde fulguran las bayonetas y las picas; y luce, entre el revuelto torbellino, aquella manta roja, distintivo de pujante guerrero, que, cual nube de llamas vuela veloz, se agita en vertiginoso movimiento, detiéndose á las veces, torna á girar en varias direcciones despidiendo relámpagos y fulminando rayos, hasta que pliega al fin el raudo vuelo y cae gallardamente, desgarrada á lanzazos, que recibe en el pecho el inmortal llanero. ¡Oh Silva! Si Junín pregona tu bravura, Ayacucho le da á tu nombre el esplendor de los héroes de Homero!

Confiado en la victoria que mira ya surgir de los relámpagos de nuestras armas ascendentes, concierta Sucre todo el esfuerzo de sus tropas sobre la cuesta disputada, donde el Virrey La Serna lucha en persona, al frente de su guardia, tratando de conjurar con gran denuedo la inminente catástrofe.

VI

Aquella altura, para el héroe venezolano, es cual otro Sináí; es el monte sagrado donde deben fijarse para siempre las tablas de la ley: código excelso de la América hispana, dictado por la República desde la cima de sus triunfos, en resguardo de los derechos del hombre y de la humanidad.

A las patrias instituciones sólo falta la consagración de aquel último esfuerzo, la luz suprema que ha de darle tan esclarecida victoria. Y allí la alta montaña que ha de quedar flameante en la memoria de nuestras sucesivas generaciones; allí la zarza ardiente, y el terror sagrado.

A semejante consideración nada resiste. En vano el ardimiento temerario y la porfiada valentía de la ibérica raza, opone á nuestras armas desesperada resistencia; en vano el renombrado Conde de Los

Andes, don José de La Serna, el intrépido Canterac, el célebre Valdez y Monett, Villalobos, Carratalá, Vedolla, Bamba, y mil y más valerosísimos soldados, hacen prodigios de bravura y de tenaz y extraordinaria fortaleza; todo cede y se abate al poderoso empuje de nuestros batallones. Córdoba, el huracán furioso de la cruenta jornada, cambia de frente por orden superior, vuela entre granizadas de metralla, se une á Lamar, y apoyado por Miller y su caballería, arrolla y desbarata el ola de Valdez; mientras que Lara trepa con "Rifles", entre violentas llamas, el formidable Cundurcunca, siembra espanto y terror en todas partes, y asciende hasta la cumbre tempestuosa llevando en sus banderas las glorias de la patria, iris deslumbrador en tan alta victoria.

Luégo, al estruendo de las armas en la recia batalla, la generosidad del vencedor, aun más ruidosa, porque no muere con la explosión que agita el aire en un instante, sino que sigue resonando en todo noble corazón, llevada por las alas de la historia al través de los tiempos.

Y todo el ejército español, vencido y prisionero.

Para cuantos contemplábamos, con el alma anhelante, aquel cuadro de sublime esplendor, viva reproducción del más trascendental de nuestros grandes triunfos, fué la escena final como un deslumbramiento; nadie la pudo ver entre tan ofuscante claridad, y pasó como esos meteoros rapidísimos que sorprenden, iluminan y pasman.

A los aplausos prodigados en los primeros choques, y á las primeras impresiones de férvido entusiasmo, que despertara la batalla, había seguido el profundo silencio, la estática inmovilidad, que impone siempre lo verdaderamente grande en las obras del hombre, como lo verdaderamente excelso en las obras de Dios. Nuestra sensibilidad profundamente herida no tuvo cómo expresar lo que sintiera. Y pasó largo rato; y después, como un soplo reparador del ánimo ofuscado, se oyó la voz de singular heraldo que decía: —Ya viene el vencedor!

VII

Manifiéstase entonces nueva emoción, pero esta vez de júbilo, en el agitado concurso. Todos ansían por ver llegar los héroes, retardados á la cita inmortal; todos aspiran, ardiendo en generosos sentimientos, en hidalgos propósitos, á galardonar de modo extraordinario al insigne adalid que fija en Ayacucho el deseado término de

LAS NOCHES DEL PANTEON

la guerra sangrienta, cierra el templo de Jano abierto durante quince años, y viene á unirse á sus compañeros de sacrificio y de glorias, sin sospechar siquiera en su modestia, que cuanto allí ha de ver se ha dispuesto en su obsequio y para honrarle.

Prolongado redoble de tambores anuncia al fin la presencia de Sucre y sus valerosísimos tenientes. Suenan todas las músicas de los diversos y numerosos cuerpos estacionados á la entrada del Templo. Todos los regimientos de la antigua Colombia, del Perú, de Bolivia, le presentan las armas al sorprendido vencedor. Las banderas gloriosas, nobles enseñas de las Repúblicas, de la América libre, é inmensa profusión de matizadas grímpolas de reluciente seda, flamean en el espacio como las llamas de poderoso incendio, ó cual revueltas olas, de distintos colores, de alborotado mar. Déjase oír, solemne, el estampido del cañón, como si fuera el eco de Ayacucho resonando en las bóvedas del Templo. Fórmanse en alas, en el interior del edificio, los guerreros todos que lo pueblan, presididos por el Libertador, que allá en el fondo de la nave, de pie y erguido entre Miranda y San Martín, con quienes comparte la gran supremacía de aquel divino Olimpo, se divisa imponente como el Zeus griego en el concurso de los dioses. Y todas las espadas se desnudan y aparecen como rayos de fuego que alcanzan al cielo vigorosos brazos. Y un sólo victor, inmenso, poderoso, lanzado por un millón de voces entusiastas, acoge la presencia del inmortal guerrero.

Sucre penetra en el augusto Templo, donde se pone á prueba su ingénita modestia, con aquella incomparable serenidad de ánimo y sencillez antigua, que lo distinguió siempre. Y entran con él, el rostro enrojecido y empolvado el arnés, cual si vinieran en realidad de reñir la batalla, Lamar, Gamarra, Córdoba, Lara, Miller, Silva y Carvajal, y cuantos se ilustraron en la insigne jornada.

Asombrado el invicto guerrero de hallarse en tan soberbia Acrópolis, dominador de un mundo, no solamente con el Libertador, sino con todos sus compañeros de armas, y los egregios próceres de la América hispana, no se le ocurre cuál puede ser la causa de aquella reunión extraordinaria, de aquella suntuosidad no imaginada, ni el primordial objeto de aquella cita singular á la que ha concurrido violentado por una fuerza superior á su voluntad y á su modestia. Y en vano busca, inquiere é interroga con ansiosa mirada, la causa que no

encuentra y que no se le alcanza de tal congregación; y sólo cuando Bolívar, profundamente conmovido, lo estrecha contra su corazón, es cuando divisa la fecha clásica de la más alta de sus glorias, escrita con el fuego del cielo y en caracteres como soles, en el arco toral del monumento.

Entonces, todo lo comprende, y palidece y dobla la cerviz, que jamás pudo hacerle inclinar fuerza ninguna, y ahoga en el noble seno del Héroe y del amigo, la tempestad de inmensurables sensaciones que lo embarga y domina.

VIII

De nuevo irguióse el Libertador con suprema altivez, y silencio solemne imperó en el recinto.

—Ven, dice dirigiéndose al primero y más leal de sus Tenientes: ven y recibe con la gratitud de las naciones libres del mundo de Colón, la merecida recompensa á tu labor insigne.

Lo que fuiste para la independencia y libertad de América, está escrito de manera imborrable en los fastos gloriosos de nuestra patria historia. Lo que para mí eras, bien lo sabes. Mientras viviste no temí por mi obra, al yo desaparecer, me veía reemplazado, y con ventaja, al frente de los negocios públicos, por tus grandes virtudes. Así, la bala cruel que te hirió el corazón mató á Colombia y me quitó la vida y la esperanza. . .

Como soldado, fuiste la Victoria: como magistrado, la Justicia: como ciudadano, el patriotismo: como vencedor la clemencia; y como amigo la lealtad! Ella, no obstante, aceleró tus días y fué la única falta que te pudieron enrostrar. Feliz oh tú! á quien por toda mancha se le imputa una excelsa virtud.

Vivirás en la memoria de los hombres mientras existan nobles corazones y tengan culto nuestros grandes esfuerzos, y la República, la libertad, la independencia sean respetadas en América, ó las olas del mar no hayan cubierto la cima de los Andes. Y vivirá tu nombre esclarecido como un ejemplo halagador del patrio orgullo, y á la vez como un remordimiento imposible de expiar sino imitándote. . .

Tú fuiste el ángel bueno, en medio de las agitaciones tempestuosas de las pasiones todas soliviantadas por la lucha, los repartimientos de la gloria, la envidia triste y la ambición desatentada; y para honra

tuya, y nuestra y de la América, serás nuestra protesta y nuestra absolución.

Que hicimos bien en rebelarnos, en conquistar la independencia y libertad del suelo en que nacimos ¿puede ponerse en duda? Yo tornaría á emprender la gloriosa cruzada, tranquila la conciencia y ardiendo el corazón en el fuego sagrado de los nobles intentos. Si nuestra posteridad no ha sabido corresponder á tantos sacrificios, suya es la falta que no nuestra.

Y tomando la corona de mármol que deja en el zócalo del grandioso Sarcófago, la que en sus manos se transforma en manojos de luz, continúa, dirigiéndose á Sucre:

—Te doy cuanto poseo: esta corona de inestimable precio forjada en cien batallas con el fuego de nuestros corazones y el acero de nuestras bayonetas, de nuestras lanzas y de nuestras espadas. Cada uno de sus múltiples laureles corresponde á un esfuerzo supremo, á una cruenta victoria, á un sacrificio consumado. Y si quiero generalizar el pensamiento, diré: hé aquí á Maipú, Tucumán, La Alhondiga (1) y Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, en que se simbolizan todos nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, nuestra gloria.

Esta corona, aureola de la inmortalidad, te pertenece y en nombre de la gran patria americana y de la gran familia de sus libertadores aquí presentes para honrarte, la colocamos en tu frente, con nuestras propias manos; el eximio Miranda, que soñó el primero nuestra emancipación y fue ferviente apóstol de la Libertad en ambos mundos; al esclarecido San Martín, protector ilustre y abnegado de todo generoso y noble intento; y yo, que con la espada de Colombia golpée el bronce inmortal de todas las resonancias de la gloria, hice pedazos las cadenas que aprisionaban pueblos y naciones, y afiancé, de modo inmovible, la independencia del suelo americano. . .

Para tu gloria, lo tienes todo ya, lo que te falta, sólo á Dios le corresponde darlo! . . .

Y vosotros, compañeros de armas, campeones de la libertad, ilustres ciudadanos de la libre é independiente América, que habéis querido honraros viniendo á enaltecer esta apoteosis, digna de entrambos: del

(1) Alhondiga de Granadillos, Méjico. Combate ganado por Hidalgo.

Abel de Colombia, y de vosotros; unámos hoy nuestros fervientes votos, como unimos ayer nuestras espadas, y pidámosle al Gran Dispensador de todos los favores, proteja nuestra obra é inspire á las generaciones que hayan de sucedernos, el amor á la Patria y las virtudes que fueron necesarias para elevar á dogma los derechos del hombre, á ley nuestras conquistas. Que no repita la posteridad la frase cruel que en un instante de suprema tristeza y de dolor profundo se me escapó del alma: **¡Aramos en el mar!** . . .

Calló la voz solemne que llenara el recinto; pero el eco de las naves continúa repitiendo, no obstante, con prolongada resonancia, la última frase de aquella arenga olímpica: **Aramos en el mar!** Y la inmortal corona de la gloria ciñe las sienes del vencedor en Ayacucho. .



Luégo, y casi al punto, atenuación de luz; cordial abrazo entre guerreros que han combatido por una misma causa; agitado murmullo de voces y palabras cambiadas con efusión y entusiasmo; rumor de pasos que se alejan; silencio, oscuridad, nada. . . misterio! Tales las últimas escenas y los postreros ruidos que llenaron el Templo.



www.libtool.com.cn

CUADRO VI

D E S P U E S

I

QUE mutación! qué cambio!

La intensa claridad que iluminara, no sólo el gran recinto, sino toda la América visible hacía un instante á nuestros ojos, había pasado gradualmente del mayor esplendor á remiso crepúsculo y á lóbrega noche; en la que apenas se divisan los penachos de fuego de los inflamados volcanes, semejantes a gigantescos fúnebres blandones, cabe el lecho de muerte de un glorioso pasado... Y aquellos mismos resplandores no aparecen empero, sino a cortos intervalos, para dejarme ver en la mayor oscuridad, cómo se amengua todo! Cómo la altura á que ascendimos se transforma en abismo, torna á su sér la piedra bruta y la humilde argamasa, y todo se empequeñece y se rebaja al nivel ordinario! Cómo se agitan en las sombras los siniestros puñales prestos á perpetrar horrible parricidio! Cómo cae, por mano aleve herido, **come corpo morto cade**, aquel justo, aquel héroe, á quien nadie le niega hoy una alabanza! Y cómo, en fin, se extingue aquella excelsa aurora de perdurable gloria, que surge, como por encanto, de la noche triste de la colonia, para sepultarse en breve plazo en otra noche aún más profunda y más desventurada!...

Un tenue rayo de la luz matinal, la verdadera luz del día que nace, se filtra por entre el velo espeso de las sombras, al través de oculta claraboya, en el interior del edificio. Y me veo solo, completamente solo, en el Templo desierto, y casi tengo miedo. Allá en el

fondo de la nave blanquea la estatua del Libertador, pálido espectro en un solio de mármol. Acá y en todas partes las losas sepulcrales, con los nombres de los allí sepultos. Y qué triste y desconsolador el ámbito vacío de lo que fuera trono de luz y gloria de inmortales, hacía sólo un instante. Qué frío el silencio aquél, inalterable! Qué soledad, aquella soledad!

Quedo, muy quedo, cual si temiera despertar de nuevo aquellos muertos, me dirijo al postigo que me había dado entrada, abro sin ruido la cerrada hoja y me lanzo á la plaza, donde el Sol que despunta en las cumbres del Avila, me produce una impresión mayor de espanto y frialdad que las calladas sombras que dejaba en el Templo.

Todo duerme en la silenciosa ciudad, nada se mueve; de la vida, muestra palpable, sólo la dan mi agitación profunda, mi tristeza, mi duelo.

—Oh, día! exclamo apostrofando la claridad que dirige mis pasos hacia mi pobre hogar.— Oh, día! las sombras que han desaparecido valen más que tu sol!

Y resignado, no conforme, entro de nuevo en la noche profunda de la vida real, después de haber pasado tantas horas entre las claridades de la muerte y los sueños radiantes de la inmortalidad.

Sic Transit Gloria Mundi.



www.libtool.com.cn
BATALLA DE AYACUCHO

9 de Diciembre de 1824.

JEFES Y OFICIALES

del Ejército Unido, libertador del Perú, vencedor en la batalla
de Ayacucho (*)

General de División Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe
del Ejército Unido.

General de División José de Lamar, Jefe de la División peruana.

General de Brigada Agustín Gamarra, Jefe de Estado Mayor General
del Ejército Unido.

General de Brigada José María Córdoba, Jefe de una División
colombiana.

General de Brigada Jacinto Lara, Jefe de otra División colombiana.

General de Brigada Guillermo Miller, Jefe de las caballerías.

Coroneles.—José Laurencio Silva, Lucas Carvajal, Ignacio Luque,
José Leal, León Galindo, Salvador Córdova, Mariano Agear, Manuel
Martínez de Aparicio, Antonio Elizalde, Marcelino Carreño, Francisco
de Paula Otero, José María Plaza, Gregorio Fernández, Antonio Pla-
cencia, Juan Pardo de Zela, Antonio Martínez Payares, Arturo Sandes,
Federico Rasch, Francisco Burdett O' Connor, Juan O'Brian, Federico
D'Cros, Miller Halloves, N. Bruix, Félix Jaskan, Clemente Althau, (ingeniero).

Comandantes.—Trinidad Morán, Manuel León, Manuel Blanco,
José de la Cruz Paredes, Francisco Casanova, Trinidad Portocarrero,
Celedonio Medina, Juan Torres, Lorenzo Moyano, Francisco Torres, Flo-

(*) Esta lista ha sido tomada de una publicación del señor Manuel
Landaeta Rosales.

rencio Jiménez, h., José María Camacaro, Juan Bautista Arévalo, Antonio de la Guerra, José Belois, José Pietro, Demetrio Díaz, Pedro Alarcón, N. Barrera, Manuel Medina, Miguel Delgado, Francisco de B. Adarraga, Pedro Guasch, Antonio Zornosa, Rafael Cuervo, Agustín Gerardino, Pedro Alcántara Herrán, Antonio Merich, (cirujano mayor) José Roca, Ramón Castilla, N. Luriaga, Domingo Infantas, José Antonio Henríquez, José Raidaga, Pedro Bermúdez, Pedro Blanco, José Ramón González, José María Garzón, Manuel Fuentes, Juan Pedro Luna, Isidro Suárez, Juan de Dios González, José Litardo, Francisco Aguilar, José Olavarría, Francisco Aldao, N. Alegre, Eugenio Garzón, Miguel Benavides, Vicente Tur, Manuel Oliva, Domingo Peláez, Domingo Sánchez, Felipe Braun, Guillermo Fergusun, Diego Whittle, Tomás Dusbury, Doctor Hugo Blain (médico cirujano).

Oficiales subalternos.—José Escolástico Andrade, Juan Garcés Vicente Moyano, Ramón Escobar, Francisco Moyano, Francisco Paredes, Juan Bautista Rodríguez, Demetro Alfaro, Santos Marquina, José Joaquín Veroes, Simón Pachano, Santiago Mercado, Florentino Dorronzoro, N. Urquiola, N. Oliva, N. Colmenares, N. Ramírez, N. Gil, N. Infante, N. Silva, N. Suáres, N. Malavé, N. Terán, N. Pérez, N. Paredes, N. Landaeta, N. Miranda, Nicolás Moreno, N. Alcalá, José Muñoz, Domingo Sabino, Pedro Hernández, Ramón Madrid, Pedro de la Peña, José Tejada, Felipe Bravo, Manuel Baquero, Francisco Coquis, José Rodríguez, José Ramón Soto, Lorenzo Sánchez, Juan González, Santos Molina, José María Saens, Francisco Satisabal, Juan Caraballo, Joaquín Dabonza, Pedro Dorronzoro, José María Tello, José María Blanco, Manuel Bravo, Cecilio Bravo, Anselmo Belloso, Rafael Piña, Luis Villalobos, Andrés Escola, Pablo Avila, Joaquín Villasmil, N. Sevilla, N. Ramonet, N. Córdova, N. Ureña, N. Bonilla, Manuel Antonio López, N. Vallarino, N. Otálora, N. Galindo, N. Calles, Jerónimo Troyano, Vicente Granado, José Miro, N. Pasaga, N. Ornás, N. Posadas, N. Montoya, José María Piedrahita, N. Ariscum, Francisco J. Quijano, Manuel Taramán, Rafael Grueso, Manuel Ignacio Vivanco, José Allende, José Méndez, N. Isa, Miguel de San Román, N. Alvarado, N. Bernachea, Pablo Asor, José Villar, Juan Castillo, José María Mendoza, José López, Carlos Smith, Henrique Luzón, N. Chabur, N. Frenech.

OTROS DETALLES DE AYACUCHO

Comando en Jefe

Comandante en Jefe, General de División, Antonio José de Sucre, venezolano.

Primeros Edecanes del General en Jefe: Tenientes-Coroneles graduados, Pedro Alarcón y Ramón Molina. Secretario del General en Jefe, Sargento Mayor Agustín Geraldino, venezolanos.

Estado Mayor General

Jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido, General de División Agustín Gamarra. Primer Ayudante General, Coronel Francisco B. O'Connor; Segundo y Tercer Ayudantes Generales, Coronel graduados, Antonio Elizalde y Teniente-Coronel graduado, José Bustamante; Adjuntos: Capitanes José María Tello y Juan Meléndez.

Primera División

Comandante General, General de Brigada José María Córdova; Ayudantes, Capitanes graduados, Baltasar García y José María Piedrahita; Cirujano militar, Coronel graduado, Antonio Maricho.

Estado Mayor de la Primera División.—Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Antonio de la Guerra; Adjuntos, Capitanes José María Gaitán y Juan Valero.

Cuerpos.—Batallones "Bogotá", a las órdenes del Coronel León Galindo y con fuerza de 689 hombres al mando de 20 oficiales.

"Voltijeros", Comandante, Coronel Pedro Guach con un efectivo de 682 hombres y 20 oficiales.

"Pichincha", a cuyo frente estaba el Coronel José Leal y que constaba de 614 hombres y 23 oficiales.

"Caracas", cuyo Jefe era el Teniente-Coronel Manuel León Sierra, venezolano, con un efectivo de 604 hombres y 15 oficiales.

Caballería de Colombia.—Regimiento de "Húsares", a las órdenes del Coronel Laurencio Silva, venezolano, con un efectivo de 217 jinetes comandados por 15 oficiales. Regimiento de "Granaderos", bajo el mando del Coronel Lucas Carvajal, venezolano, y compuesto de 321 jinetes y 12 oficiales.

Segunda División (peruana)

Comandante General, Mariscal José de La Mar; Edecanes, Tenientes-Coroneles Juan de Dios González, José Roca, N. Luriaga y Capitán Smith.

Estado Mayor de la Segunda División.—Jefe de Estado Mayor... (vacante); Ayudantes del Estado Mayor, Tenientes-Coroneles Vicente Tur y Eugenio Garzón y Mayor José Garzón; Agregados, Coroneles Pedro Chirinos y Bernardo Monteagudo.

Cuerpos.—"Legión Peruana", al mando del Coronel José María Plaza, segundo, Coronel José Prieto; Mayor José María Raygada, con 270 plazas.

Batallón "Nº 1", a las órdenes del Coronel Francisco de Paula Otero y Mayor Pedro Bermúdez, compuesto de 303 hombres.

Batallón "Nº 2", comandado por el Coronel José Ramón González, segundo, Mayor José Libardo, con 399 plazas.

Batallón "Nº 3", a cuyo frente estaba el Coronel Juan Pardo de Zela y el Teniente-Coronel Miguel Benavides, con 195 plazas.

Caballería, al mando del General Guillermo Miller:

"Húsares de Ayacucho", Comandante, Coronel Miguel Plasencia, segundo Jefe, Francisco Aguilar, con 236 jinetes.

Tercera División

Comandante General, General Jacinto Lara; Ayudante, Teniente Miguel Ramírez, venezolanos.

Estado Mayor de la Tercera División.—Jefe de Estado Mayor, Coronel Manuel de Aparicio; Adjuntos, Capitán Nicolás Moreno y Teniente Santiago Yépez, venezolanos.

LAS NOCHES DEL PANTEON

Cuerpos.—Batallones "Rifles", Comandante, Coronel Arturo Sanders; fuerza, 731 hombres y 22 oficiales.

"Vencedores en Boyacá", a las órdenes del Coronel José Ignacio Luque, venezolano, con 672 plazas y 20 oficiales.

"Vargas", bajo el mando del Coronel Trinidad Morán, venezolano, con 701 plazas y 26 oficiales.

Número de combatientes:

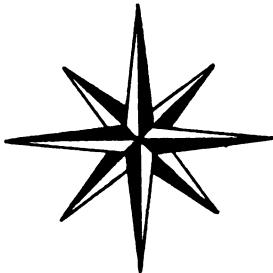
Colombianos	4.500
Peruanos	1.200
Argentinos	80
	<hr/>
Son	5.780

Muertos:

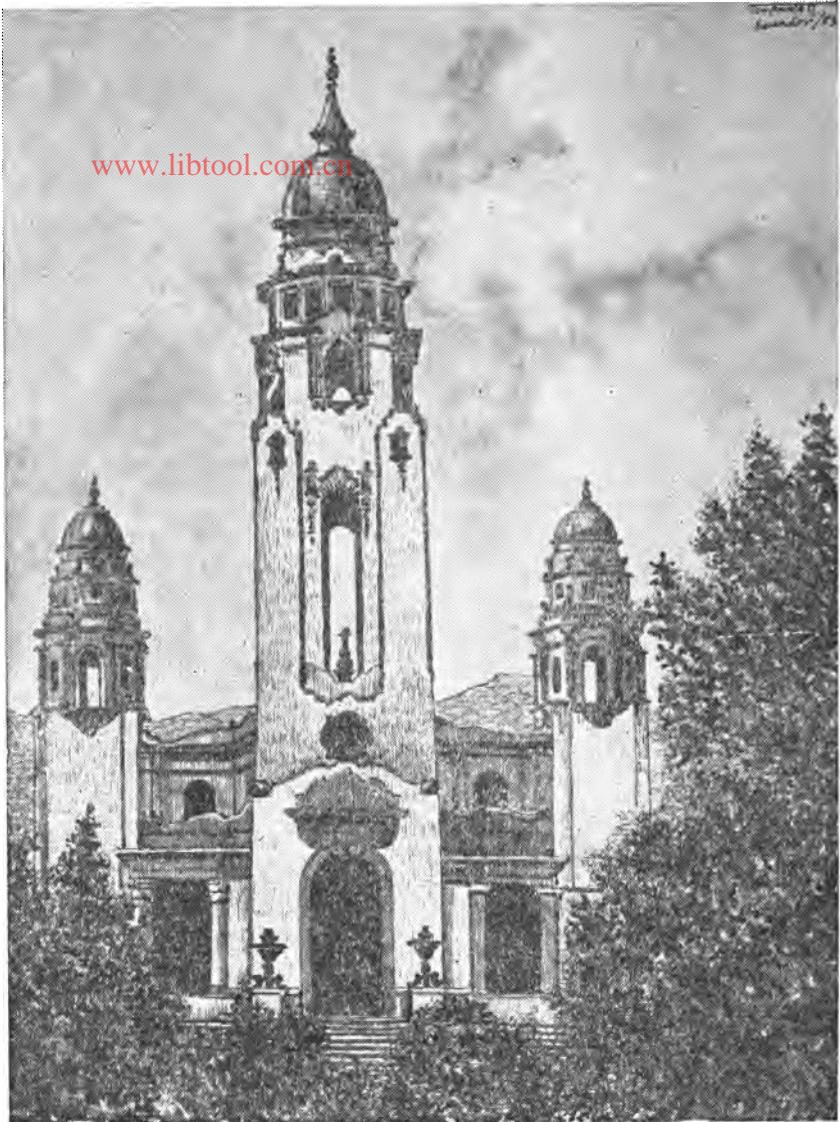
Colombianos.—Jefes y oficiales 9

Heridos:

Peruanos.—Jefes y oficiales 18
Colombianos.—Jefes y oficiales 40



PANTEON NACIONAL



Con el mayor afecto para el
intelectual *Dr. José*
Raúl Carrasquel y Jabante
Directo de Educación. Líneas Telegrá-
ficas Venezolanas.

En administración
Manuel Toapanta Ronquillo
ecuatoriano
- Caracas 27 IV/54

El Panteón Nacional (reconstruido en 1930) visto por el laureado artista ecuatoriano Manuel Toapanta Ronquillo.

www.libtool.com.cn

**EL JARDINERO
DE
''LA VIÑETA''**



Páez en 1819

Sin disimulo ni excusadas supercherías, era de verse cómo crecían ufanas y en estrecho consorcio en el jardín presidencial, las blancas azucenas y las camelias blancas con los rojos pimientos y el estirado cebollín; por lo que no era extraordinario que a las veces, entre el aroma deleitoso de los nardos y el más suave y atractivo de las violetas y las rosas, se deslizara osado, reminiscencia ruin de la cocina, el sutil olorcillo de los ajos, en extremo prosaico.

Pero fuera algún desprevenido a evidenciar aquellos desperfectos, que ya vería como se las hallaba con la afectuosa ceguedad de la familia del General por el inmune criticado, y con la reprimenda del mismo personaje, dueño de la casa y Presidente entonces de la República, si por caso llegaba a su noticia la más baladí de las censuras contra su trasnochado jardinero. El coro de las lamentaciones femeninas, cuando esto acontecía, era de oírse y de nunca acabar:

—Mire usted qué maldad; tratar de hacerle daño a un pobre viejo, que se desvive por servirnos.

—Y tan achacoso como está.

—Pero así mismo tan fiel y tan agradecido.

—Sería causarle la mayor pesadumbre si llegara siquiera a sospechar que no estábamos satisfechas de su trabajo.

—Capaz de morirse de pesadumbre si se nos escapara la más ligera frase que implicase un reproche.

—Y luego, si ese no era su oficio, como lo sabe todo el mundo.

—¿Ni qué tienen los extraños que hacer con lo que él haga en nuestra casa? ¿No arreglamos nosotras mismas, con nuestras propias manos, lo que él por inadvertencia o por olvido ha dejado de hacer?

—Y en fin de fines, —solía exclamar el General, poniendo punto final a las lamentaciones de sus hijas— ¿por qué hacer caso de semejantes majaderías? Así como así, el bueno de José vale sin duda mucho más que los tontos que lo critican.



Por lo expuesto se puede deducir lo que lograrían los pretendientes mejores recomendados cuando trataban de suplantar al español en su afortunada canongía. El codiciado empleo de jardinero de la casa presidencial, era, a no dejar duda, inamovible; don José, irremplazable.

EL JARDINERO DE LA VIÑETA

Y acontecían semejantes aberraciones precisamente cuando todo en nuestra vida política se sentía amenazado de radicales cambios; y leyes, instituciones y propósitos, ideas y sentimientos, comenzaban a resentirse de las tenidas por peligrosas novedades, que en la ceguera de la plena confianza, nos reservara lo porvenir. Sólo don José permanecía a pie firme y como de plantón en el puesto por tantos codiciado, y en donde parecía haber echado poderosas raíces, no menos resistentes que las del corpulento guamo y viejos nísperos a cuya sombra se regalaba diariamente con apacible siesta.

¿Qué privilegio lo exceptuaba de las mutaciones del tiempo, de los altibajos de la fortuna, de los vaivenes de la política, de la alterabilidad apetecida por los que no disfrutaban de prebendas, y del capricho de los poderosos, que de ordinario se complacen en remover hasta la paja fermentada de los estercoleros? ¿Qué fuerza incontrastable sostenía a aquél anciano valetudinario, inhábil para el desempeño de las faenas que se le habían confiado —porque tal había sido su deseo— en competencia con trabajadores expertos, vigorosos y listos, que pugnaban por sacarlo de cuajo, o de pilón, como quien dice, de sus campestres beatitudes?

Para muchos, era aquello un misterio. La permanencia indefinida de don José en un puesto para el cual carecía de competencia, y tan solicitado, pocos se la explicaban, y con razón gruñían los no favorecidos.

Seamos justos hasta con los más rabiosos postulantes: don José Refunfuño, como lo apodaban los malquerientes y envidiosos, era en verdad un jardinero singular, inconcebible, único en la especie, pues a creer lo que se murmuraba en las vecinas huertas, no sabía ingertar, ni poner un margullo, ni podar una parra, ni hacer siquiera un ramo de flores presentable, siendo, por el contrario, apto y muy apto para toda clase de barbaridades en el cultivo del jardín a su cargo, donde a no ser por un antiguo criado y un zagalón que le servían de peones, a los que mantenía en rigurosa disciplina como a tropa bisoña frente al enemigo, el hermoso jardín habríase convertido en selva virgen o en prosaico sembrado de hortalizas, a las que parecía decididamente aficionado el ya decrepito andaluz.

Pero en cambio, y cabe aquí el reverso de la medalla, si no le daba el naípe al viejecito por la floricultura, era el perro de guarda de la casa. Cojo y todo, y enclenque, era un fiero mastín, jamás dormido, y de continuo vigilante, ora se dedicara a las labores de su oficio, a las que obligaba sin provecho mayor, pero asimismo sin reparo, sus setenta vencidas navidades, ora armado del azadón o con la pala al hombro a manera de fusil bien portado, siguiendo el vario curso de las acequias de regadío, entre rosales y jazmines, o bien donde estuviera, en el rincón más apartado de la huerta, en las umbrosas avenidas de piso blando y profuso ramaje, pobladas de árboles exóticos, nunca perdía de vista la reja que separaba el patio del jardín, frente a la puerta de la calle; y cuando no alcanzaba a divisarla poníase inquieto, interrumpía a cada instante su lenta ocupación o su pesado andar, para prestar atento oído a todo ruido extraño que viniese de afuera, dispuesto siempre a acometer contra quien fuese osado a permitirse dentro de la casa la menor falta de respeto, o soñara siquiera en molestar al General o a su familia.

En circunstancias para él sólo apreciables en su excesivo celo, desaparecía súbitamente su aparente aunque no estudiada mansedumbre, oíasele gruñir como un perro de presa encadenado, y era de ver cómo se transformaban en sanguíneos, amenazantes y terribles, aquellos sus amortecidos ojuelos, pesados ya de sueño —¡de qué sueño!— y cómo chispeaban con extraño vigor hasta brotar siniestras llamaradas las pequeñísimas pupilas, en tanto que los canos y ásperos mostachos se le erizaban como las púas del puercoespín, dejando a descubierto, con la expresión feroz de una carucha casi desconocible, los agudos colmillos de canino irritado.

No eran frecuentes, sin embargo, semejantes relampagazos de viril energía, en que la sangre de su raza, recalentada en nuestra zona, se le subiera a la cabeza, revelando lo que pocos sabían y que difícil se les hiciera sospechar: el temple de aquella alma. En aquel cuerpo endeble, disminuído de talla, enflaquecido y encorvado, sombra de lo que fué, habíase erguido veinte años antes la arrogante cerviz de un legionario de los diez mil y más con que intentó Morillo la pacificación de Venezuela, tras la rota de Urica y la carnicería de Maturín. Uno de

EL JARDINERO DE LA VIÑETA

aquellos bravos probados en Zaragoza o en Gerona y en los duros encuentros, acá, en la tierra americana, contra las lanzas de nuestros ínclitos llaneros. De los muy pocos que no blanqueron con sus huesos la cima de nuestros montes, la dilatada superficie de nuestras llanuras, y que sin duda más feliz que los afortunados de su clase entre sus compañeros, había encontrado, por obra de su valor sereno y de su buena estrella, refugio digno de sus canas en aquel pedazo de tierra tan querido, donde tranquilos y confiados se deslizaban los días postreros de su larga existencia, tan rudamente combatida antes de guarecerla —¡quién lo había de creer!— en el hogar de los que tuvo un día por implacables enemigos.

Impacientes habrá que quieran de una vez, sin más preámbulos, rasgar el velo del misterio y llegar de un tirón al hecho culminante de la historia del viejo legionario, transformado como en los cuentos de hadas en apacible jardinero; bien se me alcanza y no lo echo en olvido; pero habrán de esperar aún breves instantes a que llegue el momento conceptualo oportuno, de cambiar el idilio en sanguinoso drama.



Le amanecía temprano al viejo jardinero, quien más que el sol madrugador y andariego, esperaba impaciente todas las mañanas, a oscuras todavía y cual ligera sombra recorriendo las calles del jardín, la apetecida aparición de las primeras galas de la aurora; y luego, con deleite, la copiosa avenida de fecundantes dardos de fuego y luz, donde bañaba el entumecido cuerpecillo antes de dar comienzo a la diaria tarea, gloria y contento de sus amortecidas sensaciones.

Pero no era el despabilado viejecito el único madrugador en aquella morada. De ordinario a las cinco, si no antes, todavía entre dos luces, abríanse los postigos de un aposento del piso alto que dominaba el arbolado de los nísperos, y a poco rato, todo el balcón, en donde aparecía, bajo dosel de enredaderas, aspirando las matutinas auras, el Páez de aquella época, todavía en plena vida, lleno de fuerza y bríos como en los días de sus memorables hazañas, vestido ya y dispuesto cual todas las mañanas a montar a caballo.

Cuando esto acontecía, atento siempre el viejecito al menor ruido que se produjera en la casa, trataba desde el lugar donde se hallara

de ver en lo posible la diaria aparición, como la del sol, para él tan deseada; e irguiendo con pedantesca gallardía el enteco y encorvado cuerpecillo, cuadrábase de firme en sus debilitados jarretes, ya casi sin aplomo, y llevando la diestra de revés a la cinta de su sombrero de anchas alas, sin cuidarse de la distancia, ni de ser o no visto, saludaba militarmente, y muy de prisa se venía hacia la reja.

El ruido ocasionado por la apertura del balcón provocaba otros ruidos que se sucedían lentos en el silencio de la mezquina luz crepuscular: ténues primeros, lejanos, indistintos, luego más definidos, próximos, sonoros. Alguien tose o bosteza; suenan discretos pasos; rechina la cerradura de una puerta, que de fijo ha de dar a la cuadra, porque resuena al propio tiempo un agudo relincho, y se percibe el pausado mugido de las vacas en el abierto establo.

De la ciudad vagos rumores comienzan a venir. Todo despierta, se despereza y se remueve, procurando alejar la pesadez del sueño. La lucha por la vida va a principiar de nuevo. Apercíbese a ella cuanto alienta; cada cual a su modo y con las armas que la naturaleza o la razón le han concedido. Coros, trinos, gorjeos, como para animarse a recibir el nuevo día y dar comienzo a la batalla, entonan en el huerto los alados cantores; y pían entre las ramas las numerosas crías, o al borde de los nidos, mientras golosas no se arrojan a las maduras frutas.

El sol arropa el espeso follaje; incendiados penachos parecen las copas de los árboles. Las quemantes aristas penetran entre la ramazón y en la hojarasca, que recobran el lustre de la vida. Como lluvia de fuego descende la onda rubia, se filtra en lo cerrado del bosque; quiebra sus lanzas de oro, sus mil saetas deslumbrantes en la profusa pedrería que sobre la esmeralda de las hojas ha engastado el rocío; se extiende como polvo diamantino en la menuda arena de las chispeantes avenidas, saltando a trechos desiguales por lagunas de sombra para ir a revolcarse con incomparable travesura sobre alfombras de fresas y perfumados tapices de violetas.

Galán apasionado, libertino, acaricia el sol con voluptuosidad todas las flores: las besa, las colora de subido rubor, y esencia embriagadora les extrae que da pródigo al viento como trofeo de su victoria. Y así las pomas de los naranjos, de los mangos, convierte en oro cincelado; en reluciente plata transforma la extensa red de las acequias

EL JARDINERO DE LA VIÑETA

de regadío, y en líquido cristal los chorros de la fuente, que arqueados saltan al rebotado estanque con sonora cadencia.

¡Qué fiesta de colores, de luz, de melodías, de besos ardorosos y suspiros, en el vasto sembrado lleno de sol, envuelto en tibia atmósfera de exquisita fragancia! ¡Qué despertar, qué júbilo, cuando la noche le cede el campo al día, las sombras a la luz, la soñada quimera a la esperanza!

¡Oh, morada! ¡oh, jardín, de inolvidables, gratísimas memorias, años más tarde fecundo oasis de dorados ensueños, donde tus rosas, como mis ilusiones, no era fácil contarlas, ni se extinguían jamás: donde a la vida de las pasiones tempestuosas, de las nobles creencias, desperté como maravillado en la penumbra de un astro superior que descendía al Ocaso entre siniestros resplandores, amparado empero en la excel-situd de su grandeza, de su gloria inmortal, de sus grandes servicios a la Patria!



Con la luz y el calor, aumenta el ruido, el movimiento. Un oficial a medio vestir, con el pantalón de ordenanza y calzadas las botas, sale del cuarto bajo, vecino de la escalera, a proveerse de agua en la pila del patio, a tiempo que a bañar un caballo llega un mozo de cuadra.

Abre el portero la puerta de la calle, y las alegres voces de los soldados de la guardia, calle por medio acuartelados, invaden las avenidas del jardín atrayendo a la reja al cuidadoso jardinero.

Algunos militares, abotonado el uniforme y con el sable al cinto, entran al corredor, toman asiento en los prefiles, y charlan en voz baja con los edecanes de servicio, no bien despiertos todavía.

Y resuena, como nota simpática, entre el lejano estrépito de las cornetas y tambores, el peculiar de la vajilla que anuncia el desayuno.

Y baja el General pausadamente la escalera, a punto de las seis. Saluda con llaneza al grupo de oficiales puestos de pie para esperarlo. Dirige a alguno una afectuosa frase, una chanza oportuna. Detiéndose en el patio, acariciando las crines del caballo, tembloroso de frío después del baño, al que ve ensillar como lo tiene de costumbre. Da algunas

órdenes; y solo, de ordinario, y muy despacio, se dirige al jardín, donde invariablemente, rebosante de infantil alegría, lo espera el viejecito jardinero fingiéndose emboscado tras un macizo de jazmines o de tupidas cepas de otras plantas, haciendo la pantomima de apuntarle con el mango del azadón, a guisa de fusil, y espetándole luego a quemarropa, con voz gangosa pero intencionada, la misma frase, mil veces repetida, que a entrambos rejuvenece y electriza:

—“No me atropelle, General, porque lo tiro”.



Por preocupado que amaneciera el ilustre guerrero, la intencionada pantomima de su fiel jardinero, y la frase, como sacramental, con que la terminaba, parecían poseer el don precioso de devolverle el buen humor perdido, parte esencial de su carácter bondadoso y sencillo; de apartar de su espíritu las inquietudes que no lograban distraer otras preocupaciones, y de engolfarlo, como por obra de encantamiento, en los caros recuerdos de su gloriosa juventud, dédalo de hazañosas, innumerables aventuras guerreras, cuyo término resolvían de ordinario atrevidos combates o sangrientas batallas.

Y, caso raro, aunque no singular entre los hombres de elevado espíritu que a sí propios se deben lo que son, que han combatido noblemente con poderosos enemigos de quienes guardan como preciado timbre la memoria, ya sin rencores ni ofuscadoras pequeñeces, de las virtudes que los enaltecieron, de los méritos que a la postre es de justicia reconocerles, y del arrojo, pericia y valentía que en ellos sus contrarios llegaron a vencer, aquel humilde aplauso, grotesco si se quiere, pero sincero y entusiasta, que en sí encerraba la repetida frase y pantomima de un oscuro soldado, vencido por los años, su enemigo de ayer, le llegaba más hondo al corazón y lo satisfacía más ampliamente que todos los aplausos, rebuscados elogios y lisonjeras frases de sus asiduos cortesanos.

La voz del enemigo haciéndole justicia a su valor heroico, a sus virtudes generosas, era como la voz unánime y desapasionada de la posteridad; y en primer término, la de los impetuosos tercios españoles, si empecinados y crueles en la lucha, justicieros después, cuando la propia gloria realza el nombre de Bolívar y el de sus tenientes principales.

EL JARDINERO DE LA VIÑETA

Aquella voz era la voz de España, de la madre orgullosa "de haber dado a la América, con la pujanza de su raza, la soberbia altivez de sus mayores".

Si el viejecito andaluz, sobrado de las lanzas de nuestros intrépidos llaneros, era un monomaniaco halagador, jamás le importunaba, por la circunstancia especialísima, a más de las razones aducidas, de que en la celebración del hecho recordado con la sempiterna pantomima, iban a medias el general y el soldado, los contrapuestos bandos, el vencedor y el vencido.

Así no es de extrañar que a la amenaza cómica del audaz jardinero contestase el arrogante General con amable sonrisa y cariñosas frases, preámbulo invariable de familiar conversación.

Entreteníase en ella recorriendo el jardín, retardando a las veces su paseo de a caballo, distraído con la campechana rusticidad y naturales agudezas de su consentido servidor, a caza siempre de un polvo de rapé que no tardaba en ofrecerle, complaciéndose en darle pasto a la avidez senil con que el despreocupado viejecito introducía en la caja de oro sus dedos trémulos, terrosos, tratando de atrapar lo más posible del aromático tabaco, que luego se introducía en las narices a recios empujones, cual si atacara una pieza de a cuatro, ennegreciendo con el sobrante que a su pesar no había podido atapusarse, las cerdas blancas e hirsutas de sus fieros mostachos.

Estas escenas, que le dieron al vejete español no escaso lote de importancia, no sólo entre los criados y soldados, sino hasta entre personas de elevada posición oficial, se repitieron sin interrupción hasta la muerte de don José; y, como de rigor, la aventura dramática simbolizada en la repetida pantomima llegó a ser popular.

No una vez sino ciento, la había narrado Páez, y he aquí como llegó a nosotros, muchos años después de fenecido el inolvidable jardinero, y cuando el león ya viejo, aunque imponente todavía, no alentaba sino por obra de sus pasadas glorias, en la tristeza y pesadumbre de la guerra civil.

La desastrosa campaña de 1818 en la que infausta suerte nos reserva la derrota sangrienta de La Puerta, la inútil y porfiada carnicería

de Ortiz, la sorpresa del Rincón de los Toros, la indecisa jornada de Cojedes y el completo desastre de La Laguna de los Patos, ábrese sin embargo bajo los gloriosos auspicios de una hazaña estupenda. A la cabeza de cincuenta jinetes de su guardia apresa cañoneras españolas que protegen a San Fernando e impiden al ejército patriota pasar el río e ir a hostilizar en Calabozo el campo de Morillo.

Con 2.000 hombres bien equipados y armados, había remontado el Libertador el Orinoco desde la histórica Angostura, ansioso de incorporar a Páez y de emprender la reconquista de la antigua Provincia de Caracas, en poder de las armas realistas desde 1814.

En el hato de la Cañafistola, a cuatro leguas de San Juan de Payara, avístanse por primera vez aquellos dos atletas del genio y la osadía; y Páez, maravillado ante la superioridad del hombre singular cuyo destino corresponde a los destinos de la Patria y de no escasa parte de la América ibera, desciende del Olimpo a donde lo elevaran sus insignes proezas y el voto de los patriotas de Occidente, tras las rudas lecciones de la adversidad en Venezuela y en la Nueva Granada, y sin mezquina emulación ni menguado pesar reconoce a Bolívar como Jefe Supremo, y se pone a sus órdenes.

Apresadas las cañoneras, con asombro de todos los que tal hecho presenciaron, el ejército patriota, 2.000 infantes y otros tantos caballos, pasa el Apure y sigue a Calabozo, donde Morillo, el generalísimo de las armas del Rey, había fijado su Cuartel general.

Con gran sigilo avanzan nuestras tropas hasta cruzar el Guárico y luego el Orituco, acampando en su margen derecha, sin que el jefe español hubiera tenido un sólo aviso de la aproximación de nuestras fuerzas a su desprevenido campamento.

Así fué grande su estupor, cuando al amanecer del día menos previsto sabe que le han llevado de los propios corrales de la ciudad todo el ganado, y mira luego acuchillar en su presencia los 300 jinetes del regimiento de Húsares de Fernando VII, único cuerpo de caballería que tuviese a la mano; al propio tiempo que por obra del belicoso ardor de Páez y sus llaneros, pero sin plan preconcebido, trábese recio empeño en las afueras del poblado con los infantes españoles, quienes resisten de manera admirable, según el testimonio del propio Páez,

EL JARDINERO DE LA VIÑETA

las violentas acometidas de nuestros lanceros pertinaces, formando cuadros fulminantes erizados de bayonetas, hasta entrada la noche.

Sorprendido Morillo por la presencia del Libertador en el corazón de las llanuras con fuerzas suficientes para disputarle la victoria, y encontrándose él desprevenido, sin acopio de víveres ni mayor repuesto de armas y municiones, y sobre todo sin caballos para procurarse el ganado indispensable al mantenimiento de sus tropas, júzgase perdido si no logra escapar de tan conflictiva situación ganando la serranía más próxima. Y a par que esto medita y se apresura a ejecutar aquella misma noche, acontece que el Libertador, ya decidido a poner sitio a Calabozo hasta exterminar el enemigo, cambia de aviso, urgido por el ardiente anhelo de apoderarse de Caracas, aun dejando a las espaldas tan poderoso núcleo de contrarios, sin dar oído a las reflexiones y prudentes consejos de sus principales tenientes.

Caracas lo deslumbra, lo atrae con poderosa fuerza de razonados argumentos que él mismo se propone; y cede a la idea fulgurante de tornar victorioso a la ciudad natal, que abandonara en medio a la catástrofe de 1814 perseguido por Boves.

Y no hay poder capaz de disuadirlo. Levanta el ejército que ya se apresta a descansar; cruza otra vez el Guárico por el paso de San Marcos, y sigue a El Rastro, camino de Caracas, donde acampa, dejando frente a Calabozo con el valeroso Iribarren, un escuadrón de observación.

Al amanecer del día siguiente, cuando se apresta a continuar la marcha flanqueando al enemigo, llégale aviso de haber a media noche evacuado Morillo la ciudad, sin que se sepa a punto fijo la dirección de su derrota. Profundamente contrariado, revuélvese Bolívar, ocupa a Calabozo, toma nuevos informes respecto al rumbo que siguen los realistas, y horas después lanza todo el ejército en la persecución.

Lleva Páez la vanguardia, toda caballería, y a trote largo se encamina por la vía de El Sombrero.

Favorecidos por la noche, cruzan a obscuras las contrarias columnas, como rápidas sombras, la dilatada pampa que de los muros de Calabozo va a rematar en las colinas y montículas, que, con el nombre de galeras, limitan hacia el Norte la llanura.

Igual empeño muestran en realizar sus opuestos designios, igual tenacidad y fortaleza en escapar y perseguir. La distancia de algunas leguas que nos llevaran al principio de la persecución los tercios españoles, la ganan en pocas horas los jinetes del Apure.

Alcanzada la retaguardia de Morillo, da comienzo la lucha, empéñanse violentos tiroteos, cargas impetuosísimas y reñidos combates, amenazando en convertir en completo desastre la ya precipitada retirada si no logra el ejército español ganar otro terreno, que al fin alcanza, oponiendo a su vez a nuestros temerarios jinetes serias dificultades.

A la llanura limpia, a los palmares, sigue la ceja de monte, la colina, el repecho, la profunda hondonada, el pedregal sonoro y las tortuosas quiebras del terreno.

La luz del día, la claridad de las estrellas iluminan a todas horas los repetidos choques y la desesperada resistencia de aquellos batallones que se alejan jadeantes, agobiados por el calor y la fatiga, bajo el peso de los altos morriones y otros arreos incompatibles con el sol abrasador de las llanuras, no deteniéndose sino el tiempo preciso, indispensable para cobrar aliento y devorar la sangrienta ración de carne chamuscada que le disputan sus perseguidores.

Nuestros jinetes se esfuerzan en dar caza a los rezagados de Morillo. Numerosos prisioneros hace rápidamente la vanguardia patriota. Era de verse la emulación y el empeño que ponían los llaneros en acosar a sus contrarios.

En los abiertos claros de sabana, la caza era más viva, menos dudoso el resultado. En todas direcciones suenan tiros aislados o cerradas descargas, y se miran arremetidas de lanceros y columnas de polvo nublar el cielo. Ya en La Uriosa nuestros caballos le habían arrebatado al enemigo poco más de cuatrocientos prisioneros.

Pero Morillo insiste en disputarnos el camino y a las veces la victoria, apoyando sus briosos infantes en las abruptas eminencias, en el paso de los ríos y en los tupidos arbolados, burlando la tenacidad y los esfuerzos de Páez y de Bolívar, en la montuosa serranía.

Poco antes de llegar a El Sombrero, donde tras recio choque y sangrienta pelea termina la persecución, de hecho imposible a causa

del cambio de terreno, nuestros jinetes de vanguardia alcanzan a divisar desde un recodo de camino, en la extendida sabaneta que limita a lo lejos el río y su poblada ribera de jarales, a un soldado español solo y al trote, el fusil echado sobre el hombro, y empeñado en ganar y guarecerse en el tupido bosque.

La premura que pone el retrasado legionario por alcanzar a incorporarse a la retaguardia de su bando, provoca en nuestros llaneros vivo apetito, no exento de codicia, de impedirle realizar tal propósito, y disputándose antes de haberla en mano la presa y sus despojos, unos cuantos jinetes mueven las bridas de sus potros para lanzarlos en persecución del fugitivo, cuando Páez, que acierta a incorporárseles con buena parte de su guardia, repara al punto en lo que ocurre, y dejándose guiar por su carácter impetuoso, dado a humoradas y aventuras, les grita deteniéndolos:

—Quietos, muchachos, ése me toca a mí.

Y a todo escape se lanza a dar alcance al fugitivo.

Los corridos jinetes, tascando el freno de la disciplina militar, detienen sus caballos y se quedan inmóviles como sus compañeros de la guardia, contemplando con marcada ansiedad la escena pintoresca a la par que dramática que se ofrece a sus ojos.

Aquel soldado aislado, herido en una pierna, a duras penas puede correr para escapar: fatigado, jadeante, con el fusil al hombro, y agigantado por el alto morrión de los granaderos de *El Infante*, se destaca en la limpia sabaneta a la viva luz de la mañana, atrayendo todas las miradas, y aguijoneando en Páez vehementísimo anhelo de nacerlo prisionero.

El continente airado de aquel hombre en medio de la derrota que padecen las armas españolas, pone de manifiesto su energía personal y la fiereza de la raza en lucha con la adversidad. Orgullosa se siente de verse solo, arropado, puede decirse, por tantos enemigos; y así quizás se dice con despechada valentía: —Mejor, no les tocaré ni a bocado.

Con todo, al verse perseguido por un solo jinete, aprieta el paso procurando escapar. Vano empeño: el pujante lancero que lo ha esco-

gido por su presa logra alcanzarlo cuando lo menos media milla lo separa del jaral suspirado.

—No corras más —grita Páez, blandiendo la poderosa lanza—. Ríndete sin temor, que te ofrezco la vida.

Lleno de impávida arrogancia párase el español, y echándose a la cara el pesado fusil, apunta tranquilamente a Páez, que no le es desconocido por haberle visto muy de cerca en la ruda jornada de Mucuritas, y le replica con estoica bravura:

—No me atropelle, General, porque lo tiro.

Sorprendido de tamaña osadía, detiene el interpelado su caballo, y el fiero legionario, echándose de nuevo el arma al hombro, prosigue al trote su camino.

Una segunda arremetida del insigne llanero detiene de nuevo al soberbio soldado, quien a los halagos y amenazas que se le dirigen opone siempre con extrema arrogancia la boca del fusil, repitiendo la misma frase amenazante:

—No me atropelle, General, porque lo tiro.

Interesado en atraerse, que no en matar a aquel valiente, prodiga Páez halagüeñas ofertas y simuladas cargas contra su intrépido contrario, sin lograr seducirlo ni menos acobardarlo, oyendo siempre de sus labios la misma enérgica respuesta.

Y se prolonga la temeraria escena por ambas partes llena de gallardía, hasta poner fuera de sí al héroe de las pampas, quien fastidiado al fin de tan porfiado y tenaz arrojo y osadía, arremete a la postre ciego de ira contra el impávido español, gritándole frenético, a punto de atravesarlo con la lanza:

—Tira con mil demonios, que has de llegar primero a los infiernos.

—¡Qué he de tirar, si está vacío! —le replica el soldado, evitando la tremenda lanzada y arrojando el arma inofensiva entre las patas del caballo.

—¡Vacío! —repite Páez, lleno de admiración ante la estoica impavidez de su contrario; y revolviendo el fogoso alazán, alta la lanza y sonreído: —Vamos a ver, —agrega.

—¡Recoge ese fusil!

El español recobra el arma.

—Pásale la baqueta.

Por tres veces la varilla de hierro vibra sonante en el fusil vacío.

Luego se hace mostrar la cartuchera y el morral: sin un solo cartucho, ni pedazo de pan.

—Muy bien —le dice Páez—. Eres todo un valiente, y puedes vanagloriarte de haberme fastidiado. ¿Estás herido?

—Sí, señor.

—¿Cuándo te hirieron?

—Ayer tarde. Por eso me he atrasado.

—Te haré curar. Y si quieres servir conmigo te daré un puesto en el ejército.

—Agradecido, General; pero no acepto.

—¿Por qué no?

—Porque la vida que hoy le debo no puedo deshonrarla tirándole a los míos.

—Entonces, ¿qué deseas?

—Incorporarme a mis banderas.

—Está bien. No se dirá que no has comprado con tu serenidad y con tu audacia el derecho de volver a los tuyos. Vete.

Y el español, como espantado del desenlace singular de tan dramática aventura, le hace el saludo militar profundamente conmovido, échase el arma al hombro y emprende al paso su triunfadora retirada, dejando pasmados de sorpresa a los impacientes escuadrones patriotas, testigos de aquella escena singular, a quienes Páez, con ademán olímpico, revolviendo su caballo, impide acometer al fugitivo.

Horas más tarde trábese la pelea en el paso del río, donde, apoyada en la opuesta barranca, la infantería realista disputa a los patrio-

tas la victoria con notable ventaja. Rechazados nuestros bisoños peones con numerosa pérdida, toca a nuestros jinetes cruzar el río por otro paso, envolviendo las posiciones españolas; pero cuando ello se efectúa y emprenden acometer de flanco al enemigo, quedan de pronto sorprendidos de no encontrar sino los muertos y algunos heridos en la posición abandonada, por haberse Morillo puesto a salvo con todo el grueso de sus tropas, trepando por escabrosa serranía.

Entre los muertos y heridos tendidos en el campo de este postrer combate, encuentra Páez al soldado español que tan gallardamente se le había impuesto con un fusil vacío en la mañana de aquel día; y como lo hiciera recoger para curarlo, el viejo legionario, casi moribundo, reconoce a su vez a su generoso vencedor, y es fama que le dijo suspirando:

—Ahora, mi General, si no para el otro mundo, con usted hasta el fin de mi vida.

Y cumplió su promesa. Y por más de veinte años durmió apacible siesta en el hogar de los que tuvo en otros tiempos por implacables enemigos, a la sombra del corpulento guamo o de los viejos nísperos del ameno jardín de La Viñeta.



Dr. Fernando Rey

EDUARDO BLANCO

El Autor

www.libtool.com.cn

ANTE LA ESTATUA

DE

PAEZ

EN EL ACTO DE SER INAUGURADA



CARACAS
IMPRERÍA BOLÍVAR
1905

Deferencia del Dr. Santiago



En vísperas de la inauguración de la estatua del General José Antonio PAEZ, el Presidente Castro inspeccionó las obras de la nueva Plaza de la República. Figuran en la fotografía: 1 — D. Ramón Tello Mendoza, Gobernador del Distrito Federal; 2 — Dr. Arnaldo Morales, Ministro de Fomento; 3 — Gral. Alejandro Ibarra, Ministro de Relaciones Exteriores; 4 — Gral. Diego Bautista Ferrer, Ministro de Relaciones Interiores; 5 — General Cipriano Castro; 6 — Gral. Juan Vicente Gómez, Vice-Presidente de la República; 7 — Dr. Cecilio de Castro, Ministro de Hacienda; 8 — General en Jefe José María García-Gómez, Ministro de Guerra y Marina; 9 — Gral. R. Castillo Chapellín, Ministro de Obras Públicas; 10 — Don Eloy Palacios, escultor, autor de la estatua; 11 — Gral. Francisco de P. Terán; 12 — Dr. Juan José Abreu; 13 — A. Guerra Toro (fotógrafo) y 14, Gral. Juan C. Gómez. — Caracas: Mayo de 1905.

VICTORIOSO EN CARABOBO

www.librosol.com.cn



El GENERAL PAEZ - en 1821.

Señor Comandante Eduardo Blanco

Presente.

Caracas mayo 1° de 1863

www.libtool.com.cn

Me estimado Eduardo La resolución que U. ha tomado de retirarse del servicio, y consiguientemente de mi lado, confieso á U. que me ha causado sorpresa y pesar.—Yo que profeso á U. el cariño de un padre, me creía querido de U. como si fuera mi hijo—parecíame que nada era bastante á alterar esa concordia de afecto. Pero su alejamiento voluntario pone en tortura esa convicción.

Yo no debo aceptar como fundamento para exigir su retiro del servicio, el que la República no va á necesitar de defensores armados. Creo por el contrario que en la crisis que atravesamos, y hasta que no se resuelva favorablemente, lo cual no será muy en breve, militares como U. no deben colgar sus espadas. Sin embargo como una prueba de afecto en el concepto de que motivos poderosos de otro género lo han inducido á U. á dar ese paso, mandaré que se le otorgue su retiro.

Creame siempre su muy afecto amigo.

José A. Paéz

Señor Comandante Eduardo Blanco.

Presente.

Caracas mayo 1° de 1863.

Mi estimado Eduardo. La resolución que U. ha tomado de retirarse del servicio, y consiguientemente de mi lado, confieso á U. que me ha causado sorpresa y pesar.—Yo que profeso á U. el cariño de un padre, me creía querido de U. como si fuera mi hijo—; parecíame que nada era bastante á alterar esa concordia de afecto. Pero su alejamiento voluntario pone en tortura esa convicción.

Yo no debo aceptar como fundamento para exigir su retiro del servicio, el que la República no va á necesitar de defensores armados. Creo por el contrario que en la crisis que atravesamos, y hasta que no se resuelva favorablemente, lo cual no será muy en breve, militares como U. no deben colgar sus espadas. Sin embargo como una prueba de afecto en el concepto de que motivos poderosos de otro género lo han inducido á U. á dar ese paso, mandaré que se le otorgue su retiro.

Como siempre su muy afecto amigo,

JOSE A. PAEZ



ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

en el acto de ser inaugurada, el 23 de Mayo de 1905 en la Plaza
de la República, El Paraíso, en Caracas.

Ciudadano General Cipriano Castro, Presidente de la República:

Compatriotas:

EN BRONCE AL FIN! En el glorioso bronce: el llanero inmortal,
el héroe legendario, el fundador de la República!

Tarde ¡oh, Patria! muy tarde para tu propia gloria y tu justicia, ostentas hoy de modo escultural en el Olimpo de tus grandes hijos, de tus preclaros bienhechores, al más prestigioso al par que combatido de tus antiguos paladines. Para ello, acontecimiento trascendental, circunstancia propicia á vencer no el olvido, que no cabe ser olvidado lo que honra y enaltece, sino á desagruar la patria historia y el patrio heroísmo, necesario ha sido que otro héroe, enamorado cual nuestros héroes clásicos de la gloria inmortal, sin dolientes tristezas por nuestras augustas excelsitudes, y ardiendo en el santo amor de la Justicia y en el más acendrado de la Patria, descendiera un día como violento alud de la alta sierra andina; probara el temple de su alma y de su espada en cien recias batallas; escalara audaz la tremante montaña del Capitolio patrio, preñada de tempestades y de rayos; se irguiera en ella vencedor hasta de las más intransigentes ofuscaciones banderizas; y viniera á romper con el invicto acero, la murada puerta del limbo tenebroso, donde la mezquina rivalidad y el dolor de la ajena fama,

pretendieran mantener *ad perpetuam*, la figura resplandeciente del primero de tus egregios hijos ¡Venezuela! en las lides de la emancipación, después del Padre de la Patria.

La puerta del oprobioso antro cae hoy hecha pedazos al golpe de la espada de Cipriano Castro. Huyen las sombras en mala hora opuestas á la luz, y reaparece á nuestros ojos el insigne batallador y el magistrado insigne, aquí en la cima del sacro monte de nuestras libertades, recibiendo en la olímpica frente esclarecida el beso de la gloria; así como en la férrea lanza de las portentosas heroicidades el fuego reverberante del almo sol que le sirvió de nimbo al primado de nuestros semi-dioses.

¡Sí! ahí estás! ¡oh pujante dominador de las más temerarias empresas! "Todos te reconocen por el marcial denuedo, por la figura atlética, llena de majestad, conque plugo á la naturaleza asemejarte al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que vive aún en la memoria de los pueblos americanos exornada de atributos mítológicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero". (1)

Ahí estás! Es el mismo batallador de las estupendas hazañas, émulo de los más brillantes paladines, consagrados por altísimas ejecutorias en la memoria de los hombres!

Es él! El invencible! El pregonado á todos los vientos por los clarines de la Fama! El Cid Campeador de nuestras épicas tradiciones! El Páez incomparable de 1819! Sin igual en los fastos de la intrepidez y la osadía... Y ése, el corcel indómito de las fabulosas empresas; de las mil recontadas heroicidades: ímpetu irresistible en "El Yagual"; reto osado en "La Miel"; huracán de fuego en "Mucuritas"; asombro en "El Diamante"; pasmo en "Las Queseras"; y símbolo de libertad consagrado por siempre en nuestro escudo, después de "Carabobo".

Así triunfante, ¡oh Páez! Así como te vemos te ofrendó el destino el inmarcesible laurel de todas las victorias! Bien estás en tu fiera arrogancia! Tu formidable brazo blande la ponderosa lanza, rayo exterminador en las batallas, y consagrado quedas á la posteridad, en el supremo instante de inaudita osadía, de intrepidez inconcebible, al gritar á tus lanceros: "Vuelvan caras!" en el campo inmortal de "Las Queseras"!

(1)—"Venezuela Heroica".

LA HISTORIA militar de este hijo afortunado de Venezuela, ¿a qué narrarla? Escrita como está con hechos refulgentes en nuestros fastos populares, nadie la ignora, y vive al par de las sucesivos y más recientes glorias de la Patria, como dechado de nuestro ayer esplendoroso y ejemplo imperecedero de probadas virtudes.

No existe, nó, un sólo corazón venezolano que no se haya sentido estremecer hasta el delirio del entusiasmo, con el recuento de las proezas casi mitológicas, de aquel campeón extraordinario; y que luégo no palpíte poseído de noble orgullo al saludar en tal héroe á un compatriota.

No obstante, no pára allí su nombradía ni la excelsitud de su destino. Otra faz de su vida, otros arranques de su alma generosa, lo encumbran á porfía. Ascendamos á beber en la fuente de la verdad histórica, las auras vivificantes de aquellos días genésicos de la libertad y la República.

Asistamos á la transfiguración de Aquiles en sacerdote de la Ley. La fulgurante, deslumbradora espada, ocúltase improviso entre un manojo de laureles, como se esconde momentáneamente el lampo del astro-rey tras nacarada nube; y ver se deja en la risueña aurora de otra época, que á manera de escudo protege el haz sagrado donde brilla el rayo de la guerra, la toga del Magistrado eximio, con que se complementa la dualidad galardonada por la gloria á quien nombramos Páez.

Hasta hoy, los aplausos ruidosos, las alabanzas encomiásticas, los ditirambos hiperbólicos, se han prodigado únicamente al héroe, al brazo poderoso, al genio militar; otorguémosle ya, siquiera sea un recuerdo, al íntegro repúblico, al reorganizador, si no al creador de nuestras democráticas instituciones.

Abramos, señores, el gran libro de nuestros desastres y de nuestras victorias: amarguras y triunfos que nos consagran ciudadanos de una Nación altiva y soberana; y veamos cómo se desenvuelven en la paz, los acontecimientos que en la guerra alcanzaran mayor relieve y poderosa intensidad.

Para el privilegiado caudillo de las pampas, como para los más de sus egregios conmillones, fué la lucha elemento de vida y numen tutelar, á cuyo impulso asciende Páez, entre huracanes, á la región suprema donde sólo se mantienen las águilas. Luchar, vencer, tornar á combatir y no flaquear jamás en el propósito jurado de libertar la Patria, empeño fué de tan esforzados campeones. Pero la guerra magna, la formidable guerra de nuestra independencia, pregonera de triunfos y prodigios, plegaba al cabo de quince años de persistente lucha, las gigantescas y ensangrentadas alas. Apagado quedaba el estridor de las batallas, vencido y asombrado el secular dominador. Con los albores de una nueva éra, conceptuada de rehabilitación, para los pueblos redimidos, prevalece sobre el esfuerzo trágico, la aspiración sublime á cimentar la República victoriosa y sus instituciones, en la inquebrantable base del derecho, de la justicia y de la ley. Aunque insegura todavía la paz, dada la efervescencia de las pasiones que no alimenta ya la cruenta lidia, vigoriza y alienta toda tendencia generosa. Apacibles rumores de políticas controversias, que en breve han de trocarse en explosiones sediciosas, se sustituyen al fragor de las armas, y el campo de la ardorosa lid, esterilizado por el continuo batallar, tétrico, pavoroso, poblado de rencores y de crueles memorias, durante tantos años, reverdece á la luz de nuestro iris victorioso y se cubre de palmas y de flores.

Nuevo sol alumbrá nuestro cielo: sol radiante, fecundo en gérmenes propicios á la libertad y á la democracia, ganadas para siempre con el esfuerzo bélico y la virtud patriótica, de aquella generación incomparable, que vió surgir del seno mismo de las colonias españolas, las nuevas nacionalidades emancipadas por Bolívar: creaciones del genio y de la espada.

Y otros días vienen y se imponen con la sanción de los hechos consumados, á los días transcurridos en el afanoso batallar: días también de combates, de sacrificios, de meditaciones austeras, de lógica gestación de acontecimientos civiles, engendrados al calor de las ideas surgidas tras el centelleo de las lanzas y los estampidos del cañón. Y así como la guerra tiene apremios violentos, en que todo se sacrifica á la necesidad suprema de vencer; la paz impone exigencias ineludibles. . . Cubrir las desnudeces, las deformidades y las úlceras, originadas por el desgarramiento del derecho individual y de los intereses colectivos en una larga lucha, con el manto de la clemencia, del orden adminis-

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

trativo y los fueros de la justicia, es misión sacratísima cuando con ello se le devuelve al pueblo, en cambio de la sangre derramada, libertad y progreso.

Aquellos hombres, los del ímprobo esfuerzo, habían dado á la Patria cuanto poseían, sin regatearle un sólo sacrificio, hasta hacerla independiente y soberana de sus posteriores destinos.

Bolívar, como el Zeus griego, ceñido de relámpagos, la espada-rayo en la potente diestra y arrebatado por el ciclón de las batallas, había cruzado la América española desde el Avila altivo hasta el Desaguadero, fulminando los enemigos de la Patria. Sin reposo en su obra redentora, posado había la planta audaz en las más altas cimas, apagado con su tonante voz el bramido de los volcanes, el fragor de las pasiones concitadas, y llevado del uno al otro océano nuestras banderas victoriosas, resistiendo el furor de todas las tempestades... Su altísima misión cumplida queda: de esclavos hace libres; de vastos territorios sometidos al cetro de Castilla, naciones soberanas: y fué la Gran Colombia, y el Perú y Bolivia; y afianzadas en sus derechos autonómicos quedaron Chile y la Argentina.

La alteza del hijo máximo de Caracas no tiene límites, ni quien en la Historia la supere. El Héroe, el Independizador, había llenado su destino; destino excelso que los singulariza no solamente entre los más esclarecidos batalladores por la libertad en aquella su época, sino entre los más conspicuos capitanes y civilizadores de todas las edades!

Mas, ahí no consolida el Libertador su magna obra, aunque lo intenta á su manera de Júpiter tonante, con la severa disciplina del campamento; acaso sin mayor fe en las instituciones tantas veces proclamadas, por efecto de errada apreciación, justificada más ó menos, en cuanto á la moral política, y á las tendencias disociadoras que minaban no pocos de los pueblos libertados. Pueblos anárquicos por naturaleza, difíciles de armonizar en ideas colectivas, recelosos y desconfiados entre sí, sometidos al rigor de la fuerza, desapoderados y levantiscos en la paz, que ambiciones mezquinas seducen y extravían, procurando escisiones profundas, cual las que ahondan con ahinco las envanecidas medianías á raíz de todo intento afortunado, de toda victoria trascendental, esclarecida, cuando la gloria corresponde en justicia á un hombre extraordinario.

No obstante, pues, su preclara inteligencia, su ingenio, su energía, fracasa el Libertador en el propósito de afianzar á Colombia por medio

de una Constitución esencialmente conservadora; y agotada la poderosa naturaleza humana en la gigantesca labor de su destino; herida de pesar su noble alma en la dolorosa certidumbre de no poder vivir en su obra predilecta; dice adiós á la vida, y déjase morir con inmensa amargura. . .

Sin el lazo de aquella incontrastable voluntad, ya en el ocaso de su redentora misión, las tres naciones que reunidas, formaron á Colombia, pugnan por desunirse. Venezuela da la primera, como en toda ocasión, el atrevido ejemplo. El pacto que estrechaba el peligro común, la voluntad del Padre de la Patria y las necesidades de la guerra, se rompe al fin, y desaparece la Gran Colombia junto con su creador.

Imponíase con apremio para Venezuela el desmembramiento de la Gran República militar, en las postrimerías del Libertador, como lógica consecuencia de poderosas causas que á nadie se ocultaban; prevaleciendo entre ellas, la que de modo cruel y persistente aguijoneaba, de muy atrás, el puntilloso orgullo nacional, —mejor—, venezolano, á recuperar su autonomía, y salir de la penumbra, del alejamiento en que se le mantuviera de los negocios públicos, de las decisiones gubernativas, de la política palpitante, opuesta á veces á las liberales aspiraciones de la Patria del 19 de Abril y del 5 de Julio, simple Departamento asaz remoto, del todo múltiple gobernado por Bogotá, donde al sólo querer de la Metrópoli se hacía luz ó tinieblas. Mientras que Venezuela, la iniciadora del gran proceso bélico, *caput maxima* y formidable espada de la Revolución, cuyo esfuerzo titánico sembrado había de incontables victorias el Continente Sur Americano, y enrojecido con la sangre generosa de sus hijos las perpetuas nieves de Los Andes; las llanuras de Junín, las cumbres y hondonadas de Ayacucho, los ventisqueros de la que hoy es Bolivia y los torrentes y caudalosos ríos, en apartadísimas regiones, donde los cerriles potros del Apure, tras reñidas jornadas abrevaban siempre vencedores; permanecía como olvidada, como excluída, del concierto civilizador de las otras naciones, no apurando en la copa de la fraternidad política que le ofrecía en rigor la hermana prepotente, sino lo amargo de su condición subalterna, cuando orgullosa de su esfuerzo, de su gloria, no superada ni igualada, capaz sentíase con sobra de razón, de ser cabeza y centro intelectual del vasto imperio libertado por su hijo inmortal!

Todas estas razones y otras de mayor peso no apuntadas, por respeto y amor al Padre de la Patria, no se le escapan al propio Liber-

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

tador. Ellas conturban su ánimo apesarado, con especialidad en los últimos días de su vacilante poder... De "imprescindible y necesaria" califica la separación de Venezuela ante sus íntimos amigos, esforzándose en legitimarla en la opinión de sus Ministros. Más claramente la insinúa luégo dándose á meditar en la manera de efectuarla y en los medios más adecuados; medios que han de venir acordes con sus propios propósitos y con las exigencias de la política, ya entonces para él tempestuosas y crueles.

En rigor histórico, la separación de Venezuela era cosa resuelta en el criterio de Bolívar. La unidad de aquel inmenso todo pugnaba con las aspiraciones, enérgicamente manifestadas, al fraccionamiento de las partes. No daña á sus autores el hecho en sí de la disolución de la Gran República; y caso de pecar, como se ha dicho, por la oportunidad, (rechazada cual ha de ser por parricida, la virulencia de algunos exaltados, y por innecesaria la crueldad de los decretos conminatorios contra el augusto escarnecido), fué aspiración de toda Venezuela con muy contadas y raras excepciones. Libremente expresado el propósito de la separación por todas las Municipalidades del Gran Departamento, lo suscriben y encabezan los más eminentes ciudadanos. (1) Y sin vacilaciones, debe decirse que partió del corazón de nuestro pueblo el anhelo trascendental á recuperar su autonomía.

Ahora bien: si Colombia la grande, la inmortal Colombia fué Bolívar; Venezuela, la indómita y gloriosa, sometida al imperio fecundo de las leyes, fué Páez! A su amparo se fundan las libres instituciones patrias; á su amparo la justicia y la ley son reverenciadas. Marte inviste á Minerva con la absoluta soberanía del pueblo redimido por las armas, y leyes sabias, generosas, benéficas en suma, para los tiempos que corrían, emanan del Congreso Constituyente de 1830, protegidas y sustentadas por el perínclito caudillo de las pampas, cuya abnegación, como ofrenda propiciatoria en el altar sagrado de la Patria, no se hace esperar.

Así dirígese al Constituyente al abrir éste sus trabajos, diciendo: "... Mi espada, mi lanza y todos mis triunfos militares, están sometidos con la más respetuosa obediencia á las decisiones de la ley... Yo devuelvo á la soberanía del pueblo las facultades de que me había investido... Lleno de placer me considero desde hoy reducido á la

(1)—Véase la nota al fin del discurso.

clase de simple ciudadano...". Y ésto no fue dicho solamente con los labios, sino llevado á la práctica con hechos y procedimientos irrecusables.

Las más conspicuas inteligencias en las letras, las ciencias y las armas, rodean al héroe ciudadano, quien ante la majestad de la República rinde la espada prepotente, la temida espada, que de la oscura condición de pastor, en las llanuras del Apure, lo había elevado al solio augusto de Director Supremo de los destinos de la Patria.

¡Oh fortuna la tuya, batallador magnánimo! Si alguna gloria emular puede la de tus marciales proezas, es la fúlgida, inmarcesible gloria cívica, que corona tu frente con renovados y pomposos laureles!

Ya no será hueste impetuosa de centauros, la que al clamor de bélicos clarines lleves á la victoria tras encarnizados combates: sociedades científicas, agrupaciones de letrados, Municipalidades y Congresos, te acompañarán en la nueva labor de conquistar el mayor caudal posible de bienes generales, para resarcir la Patria amada de los desastres de la guerra. Y si de nuevo te toca combatir, no será sino por sostener el pacto ya jurado, defender de extraviados propósitos las instituciones proclamadas, y consolidar la República democrática sobre la base inconvencible de la Constitución, reclamando piedad para con los vencidos, como en 1836!

Y ¡qué transformación! ¡Qué cambio más singular y civilizador! Aquella su ingénita arrogancia y su porfiada terquedad de los días juveniles, en las guerreras aventuras, cede y se inclina ante la alteza de la Ley: deidad severa á quien le rinde culto reverente, y ante quien se prosterna como el más dócil y humilde de sus conciudadanos!

Nadie en justicia, negarle pudo nunca tan eximias virtudes, en las que resplandece la probidad por sobre todas. Mas no sorprende semejante elevación de sentimientos, en quien magnánimo y generoso por naturaleza, pasó gallardo y sin mancilla por las terribles represalias de la guerra á muerte, y tuvo siempre proscritos de su alma el odio y la venganza... Y distintivo característico de su gran corazón, fué la bondad risueña, no la austera, realzada por un vivo destello de alegría juvenil, que no amenguaron ni los dolores ni los años; conservando hasta el fin de sus días un férvido entusiasmo por los ejercicios corporales en que predominaba, por las épicas narraciones que sabía cincelar con extremada gracia, é iluminar con genial colorido; así como se complacía en violentísimos contrastes, como el de la música melódica

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

de tenues ritmos melancólicos, que convida á soñar vagarosas idealidades, y el estruendo de los rugientes bronces, de los sonoros atabales, de los vibrantes y agudos clarines que el ánimo avigoran y enardecen. Ni era menos entusiasta admirador del valor extremado, el desprendimiento generoso y la virtud humilde.

Si más deseáis saber de aquella alma superior, abrid la Historia, interrogad las nativas tradiciones, compulsad nuestras épicas leyendas, no desmentidas ni amenguadas, y colmados serán vuestros deseos. No obstante, permitidme apuntar, aunque someramente, dos hechos nada más, que bastan á revelar todo un carácter.

III

RETROCEDAMOS un instante á los remotos tiempos de la ruda labor, del combatir á muerte por la anhelada libertad. . .

Allá, á lo lejos, la extendida sabana. . . con el sol alto. . . y un recio cuerpo de jinetes, la flor de los lanceros del Apure, que va de prisa de una á otra batalla. . . ¿Quién lo rige? Lo imagináis, presumo. Y van con él la fe en el triunfo, la seguridad de la victoria. . . La hueste va callada, es consigna el silencio y se aleja serpeando en la llanura. . . Improviso resuenan airadas voces en los escuadrones de vanguardia. . . ¿Cuál la causa? Fruncido el ceño la inquiere Páez, y ordena callar al atrevido que osa violar sus órdenes. . . Los caballos al trote, levantan de la abrasada pampa nubecillas de polvo, y continúa la marcha como antes silenciosa. . . No tarda, empero, en repetirse el ruidoso altercado; no ya voces violentas, sino gritos rebeldes, estallan con estrépito. . . Nuevo requerimiento. . . mayor desobediencia! La insubordinación á cara descubierta hace alarde de audacia!

Colérico, refrena Páez el espumante potro, se empina en los estribos con terrífica arrogancia y á voces pide el nombre del temerario á quien se apresta á castigar. . . Con estentóreo grito lo dice al punto un mocetón robusto y altanero, de reconocida valentía, que entre remolinos de polvo hace caracolear su fogoso alazán. . . Un rayo surge: es la desnuda espada del invicto Caudillo que salta á tierra retando á singular combate al insolente que ha osado replicarle. En la improvisada palestra, extenso circo que forman los llaneros del Estado Mayor

y de la escolta con el pecho de sus caballos, no se hace esperar el desafiado. Los enardecidos adversarios se acometen, crúzanse relampagueando los aceros, y rápidos se asestan ó se paran las repetidas estocadas, en medio del silencio y la completa inmovilidad de los espectadores. Un desarme violento cambia la faz del duelo: libres las manos, los extendidos brazos se entrelazan con furia en poderosa lucha de cortísimos instantes. El más pujante de los membrudos gladiadores derriba á su contrario con formidable esfuerzo; se estremece la tierra al recibir el golpe de aquel pesado cuerpo que le arrojan con extrema violencia; y el vencedor, que siempre lo fué Páez en toda lucha singular, hinca en el pecho del vencido la oprimente rodilla, tira de la daga que lleva en la polaina, y cual los antiguos caballeros en los Juicios de Dios, va á rematar á su adversario con el golpe de gracia, cuando recobrándose de pronto, arroja lejos el arma amenazante, vuelve á su estado de ingénita bondad su alma exaltada, y golpeando con cariñoso gesto el hombro del vencido: "Levántate, —le dice— y vé á cumplir con tu deber".

Y prosigue su marcha la silenciosa hueste, que va de prisa de una á otra batalla, sin que nadie se maraville de cuanto acaba de ocurrir!

IV

A Si, entonces, cuando joven, guerreaba; cuando por la escala de la gloria comenzaba á ascender. . .

Ahora, en la cima, bajo el dosel de púrpura en la curul suprema; desceñidos los arreos militares; feliz, glorioso, amado; en la plenitud del Poder, de los honores, del respeto afectuoso de sus conciudadanos; cuando días felices y más preciados galardones parecía reservarle el destino, y propios y extraños digno lo conceptuaban del alto Magisterio y del aplauso de los pueblos civilizados, la Patria impone á Páez un sacrificio singular; único acaso entre los más extraordinarios que registra la Historia; y asombrada contempla con orgulloso regocijo, la más sublime prueba de abnegación del hijo esclarecido, quien va á arriesgar por ella cuanto ha alcanzado á poseer, y hasta la vida, en oscura emboscada.

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

Ni aun cerrado el proceso de nuestra independencía, llegó á ser definitiva en Venezuela la suspirada paz, debido entre otras causas, á la perseverancia criminal de un célebre salteador de apellido Cisneros, como bien lo sabéis, que encaprichado en continuar la guerra á la cabeza de una banda de foragidos, jactábase de ser al propio tiempo el sustentador de los supuestos derechos de Fernando VII, en el inmenso territorio emancipado. Aunque activa y constante persecución se le había hecho y se le hiciera, sin éxito realmente afortunado, acontecía que tras porfiada lucha y sangrientas escaramuzas, tornaba á reaparecer el infatigable guerrillero más osado y más fuerte, al amparo del terror casi supersticioso que infundía en las poblaciones rurales, cómplices por la fuerza de sus incontables fechorías. La astucia y el coraje de esta bestia montaraz, dominadora de las selvas, que incendiaba indefensas aldeas y asesinaba y combatía con pavorosa ferocidad, no tenía límites. Al frente de su temida banda, nunca excedente de doscientos facinerosos, le había costado á Venezuela, en los últimos once años, muchos millones, preciosas vidas, el completo aniquilamiento de algunos batallones ilustrados en las grandes batallas de la Independencia, y el descrédito del Gobierno entre la gente campesina, sometida al brazo secular de semejante malhechor.

Para exterminarlo ó reducirlo á la obediencia de las nuevas instituciones, todo había sido ineficaz: la fuerza, la astucia y el halago. . . Y sin embargo, confiado Páez en su ascendiente personal, pone por obra un nuevo plan de seducción; y no se hace esperar largo tiempo el codiciado instante en que Cisneros, de buena ley ó aparentemente sojuzgado, ofrezca someterse; pero á condición expresa, de que las bases del ajuste serán estipuladas en su guarida de los montes de Lagartijo, con el General Páez en persona, quien habrá de ir completamente solo á tan insólita entrevista.

Y aconteció, lo que no era de imaginarse, por estupendo é inaudito: la aceptación de semejante reto!

Sin vacilar arriésgase el Primer Magistrado de la República, á las terribles asechanzas de tan singular aventura; y con escasa escolta, después de detenerse en Suata algunos días, con el propósito de insinuarse en el ánimo de aquellos vecindarios, sometidos á la influencia de Cisneros, dirígese al montuoso paraje donde aquel nuevo empecinado ha fijado sus reales. Y llega al pie de la montaña, y envía á avisarle que viene á tratar con él de su entrega al Gobierno, como ha sido

pactado... Y regresa el comisionado, suplicando al ilustre guerrero que no intente subir al campamento de semejantes desalmados, donde lo esperan para sacrificarlo... Páez sonríe, exclamando con estoica tranquilidad: "Que sea lo que Dios quiera!" Luégo, monta á caballo, y agrega dirigiéndose á sus alarmados edecanos: "Ustedes han de esperar aquí; y si no vuelvo antes de puesto el sol, digan á Venezuela que he muerto en su servicio...". Y sereno, confiado en su destino y únicamente precedido por un guía, emprende la ascensión al espantable monte, donde acaso le esperaba el suplicio.

Oh! cuántas cosas gratas dejaba atrás, y más y más distantes en su ascensión sublime: Gloria, Poder, Fortuna, honores y respetos! Cuanto el hombre de bien aspira á merecer y disfrutar: ya conquistado! En cambio, á juicio de los que sólo ven los hechos materiales ¿qué le esperaba? Una oscura emboscada y el hecho inconcebible de un sacrificio estéril, que bien podía eludir, y que muy pocos en su caso hubieran aceptado. Pero, por sobre toda consideración para aquella alma superior, una fuerza invencible la impulsaba: el amor á la Patria! El santo amor á la tierra que nos dió la vida! E iba adelante hacia el peligro tenebroso, con el mismo entusiasmo con que mil veces había corrido en campo abierto al frente de sus intrépidos llaneros; y daba cara á aquel peligro oscuro, como lo hiciera en "Las Queseras".

En un recodo de la empinada senda, abierto, claro, y en éste aliñados, el arma presta en actitud amenazante, como á la aproximación de esperado enemigo, la terrífica banda, con su salvaje y agigantado jefe á la cabeza: fiero, sombrío, apoyado en una carabina y mirando ascender, no sin asombro, como quien duda de lo que ven los ojos, y llegar hasta él, solo é inerme, el impertérrito, famoso paladín de la pasada guerra, el Caudillo inmortal, el Supremo Magistrado de Venezuela!

Sin poder dominar su aturdimiento, cerciorado cual está de que aquél viene solo: "Páez! —le grita Cisneros— cómo te atreves á venir hasta aquí? Qué es lo que tú pretendes?" —"Entenderme contigo —contesta tranquilamente el General—, para ponerle término á esta guerra, que aniquila á la Patria, la Patria tuya y mía...".

El pretense sostenedor de los derechos de Fernando VII vacila en replicar; luégo animándose: "Está bien, no te creía tan temerario; y sin embargo, piensa que aun puedo con mis doscientos compañeros luchar contra todas tus tropas; más todavía: que poner puedo á precio

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

tu cabeza, ya que has tenido la audacia de venir, ó lo que es peor, rompértela á balazos". —"Lo que no harás" —asegura Páez con impávida calma—. —"¿Y por qué nó?" —grita el bandido con exaltación—. —"Porque á mi seguridad personal has empeñado tu palabra". —"Y te atienes á ella", —rearguye el bandolero con sarcástica sorna—, añadiendo en seguida: —"No hablemos más de eso, pero antes de entrar en otros tratos, mándales alguna evolución y el ejercicio de fuego á estos muchachos, que ya verás cómo se desempeñan...".

No objetó Páez semejante proposición, aunque ya se juzgaba en las garras del tigre que pretendía domar! Con su natural desenfado, sobreponiéndose á sí mismo en altivez y audacia, acepta el nuevo reto; desmóntase con reposada lentitud, pone la brida del caballo en manos de uno de aquellos contumaces, y adelantándose con marcial continente hasta quedar al frente de los alineados foragidos, blande el frágil junquillo que llevara en la diestra, cual si fuera una espada; y con voz poderosa, tras dos ó tres rudimentarias evoluciones, manda á cargar de firme los fusiles, que ya estaban cargados.

Poseído Cisneros de indecible estupor ante la heroica gallardía de aquel hombre extraordinario, obsérvale asombrado; y en el supremo instante de la terrible prueba, cuando Páez levantando el junquillo grita: "Apunten!" y todos los fusiles se tienden hacia él, cual si fueran á fusilarlo á quema ropa, y la orden de fuego hincha el robusto pecho del guerrero como ola de sangre; el ensimismado bandido, subyugado de admiración, hace presto á los suyos la señal de levantar las armas; un formidable estruendo repercute en la tremante montaña y doscientas balas pasan silbando por sobre la cabeza del vencedor en Carabobo, mientras Cisneros, prosternado á sus plantas, exclama con violenta emoción: —"Páez! me has vencido! En adelante cuenta conmigo hasta la muerte".

Y el Presidente de la República, regresa á la capital acompañado de Cisneros.

 AL fué el héroe, señores, mimado por la fortuna y por la gloria, que le dió á nuestros fastos poderosos relieves. Su vida militar abarca y llena el cielo de nuestra independenciam; su vida cívica, se encierra propiamente en el espacio que le plugo al destino mediana entre dos fechas de incontestable trascendencia para la renaciente Venezuela: la proclamación del Pacto Fundamental de 1830, aurora resplandeciente de nuestras patrias Instituciones; y la catástrofe política de 1848...

Un grave error, aunque inspirado en el bien de la Patria, cambió de súbito su brillante destino. Palideció su refulgente estrella; las soliviantadas pasiones hicieron caso omiso de la gratitud y la justicia; y oyó á las muchedumbres inconscientes gritarle como al Cristo: "Crucifícale! Crucifícale!..".

Después, lo arrebató en sus olas la tempestuosa mar de nuestras luchas intestinas. Lo flageló el odio; lo explotó, sin remordimientos, el mezquino interés, la ambición temeraria de no pocos de los que tuvo á la postre por amigos; sin que por ello, desvanecida la nube tempestuosa, dejara de reaparecer ante la Historia y ante el mundo, grande por sus virtudes cívicas, como por su heroísmo singular... Y así probó, como dijo el poeta: "La mayor gloria y el martirio".

Y sobrevivió á cuantos ultrajes quiso la adversa suerte acumular para vencerlo, hasta alcanzar la tarde triste de la ancianidad menesterosa, ausente de la Patria, antes de desaparecer entre las sombras de la muerte, en extranjero suelo, si para él hospitalario y generoso, de respetos sociales y admiradora deferencia, sin las ternezas del hogar nativo, sin los afectos de la tierra querida, por él tan suspirada.

No obstante vive, y vivirá, señores, mientras palpita un corazón venezolano, y sea leída nuestra historia, y orgullosa en su altivez patriótica se sienta Venezuela de haber dado á la gloria este otro inmortal.

Ayer, una alma generosa conquistó puesto notable en nuestros fastos, repatriando con pompa inusitada los restos del Campeón Esclavizado. Hoy, un guerrero ilustre, cautivo de la Fama, enamorado de la gloria, transforma el polvo inerte en bronce escultural, y á la noble emulación y al aplauso de las nuevas generaciones patrias lo presenta, guiado por el más noble sentimiento de equidad y justicia, en este

ANTE LA ESTATUA DE PAEZ

sitio, que hoy también se inaugura, con el nombre por todo extremo memorable para el Héroe agraciado, de "Plaza de la República".

Bien estás, oh! pujante batallador en tu actitud heroica, al lanzar aquel grito estupendo, colmo de la osadía! Muy bien simbolizado quedas en el héroe homérico de nuestra epopeya; sin que haya temor de que se olvide, que en el audaz centauro cuyas hazañas despiertan y sacuden las poderosas fibras de nuestros bélicos instintos, estará siempre presente el Magistrado eximio, el fundador de la República! Y bien venido seas, oh! bronce tutelar, cuando la Patria revive tras mortal agonía y dolorosísimos quebrantos; y otro de sus hijos, ya de épico renombre y probadas ejecutorias, reclama con generoso intento, para mantenerla á la altura de sus sagrados fueros, de su renombre histórico, todas las energías de sus conciudadanos y todos los prestigios de sus antiguos héroes.

Compatriotas! Saludemos en el glorioso bronce que atrae vuestras miradas y vuestros corazones, la dualidad feliz y afortunada que en él se simboliza: el Héroe magno y el Magistrado excelso, timbre precioso de nuestra gloria militar, y de nuestra gloria cívica.

De José Antonio Páez, no lo dudéis, podrá decirse siempre: que honró á su Patria y honró á la humanidad.

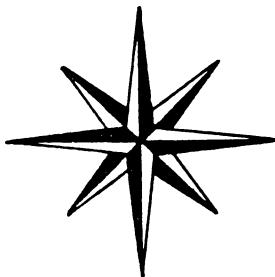
Ciudadano General Presidente de la República: de muy alto, señor, de lo más alto; de donde irradia para el hombre toda luz, todo bien, toda gloria imperecedera; de la cima de la conciencia universal, recibid, señor, el ferviente homenaje de gratitud y aplauso de vuestros compatriotas, que respetuosos como vos de los fueros sagrados de la justicia, aman también cual vos á la Patria y orgullosos se sienten de sus preclaras ejecutorias.

EDUARDO BLANCO.

23 de mayo de 1905.

N O T A

Generales Santiago Mariño, José Francisco Bermúdez, Juan Bautista Arismendi, Carlos Soubllette, José Tadeo Monagas, Lino de Clemente, Judas Tadeo Píñango, Ramón Ayala, Francisco Esteban Gómez, A. Valero, Francisco Conde, J. Carmona, Francisco Avendaño, Cordero, etc., etc., y Diego Bta. Urbaneja, Alejo Fortique, Miguel Peña, Angel Quintero, José María Vargas, Santos y Vicente Michelena, Francisco Javier Yanes, Antonio Leocadio Guzmán, Martín Tovar y Ponte, Andrés Narvarte, Antonio José Soubllette, Juan Alvarez, Jorge Grau, Eduardo A. Hurtado, Matías Lovera, Pedro Machado, José Hilario Sistiaga, Andrés Albizu, José Manuel de los Ríos, José Manuel Landa, Francisco Toribio Pérez, Juan José Pulido, Antonio Febres Cordero, Ramón Delgado, Bartolomé Balda, Francisco Unda, Juan de Dios Picón, Juan de Dios Ruiz, Agustín Chipía, Ricardo Labastida, Domingo de Briceño, N. Osío, Bartolomé y Juan Manuel Manrique, José María Fortique, Carlos Cabrices, José Vicente Unda, Ramón Burgos, Andrés Torrellas, Concepción Reyes Piñal, José de la Cruz Perozo, Agustín Armario, José María Olivares, José Eusebio Gallegos, Juan José Romero, Miguel Arismendi, Francisco Gutiérrez Corrales, Francisco Roo, Joaquín Osío, Francisco Ribas, José Cecilio Acosta, Juan José Michelena, J. M. Alegría, Juan J. Herrera, Fernando Figueredo, Pedro Guillén, Simón Yanes, Narciso Rodríguez, Pablo Arvelo, Juan Pablo Burgos, Jesús Rodríguez, Hilarión Unda, Manuel Nucete, Antonio María Vale, Fermín Toro, Manuel María Aurrecochea, Rafael Acevedo, Jerónimo Sucre, Martín Villasmil, José Vicente Mercader, Manuel Quintero, Pedro Pablo Díaz, Diego Morales, Rufino González, Tomás Lander, Ramón Troconis, Manuel Cala, Rafael de Guevara, Manuel Olavarria, José T. Unda, José María Tellería, Vicente Huizi, Francisco J. Pérez, Manuel Urbina, Francisco Mejía, Eduardo Hurtado, Juan E. González, D. Navas Espinola, Luis Troconis, etc., etc., etc.



CORONACION

www.libtool.com.cn

DE

DON EDUARDO BLANCO

Caracas· 28 de julio de 1911.

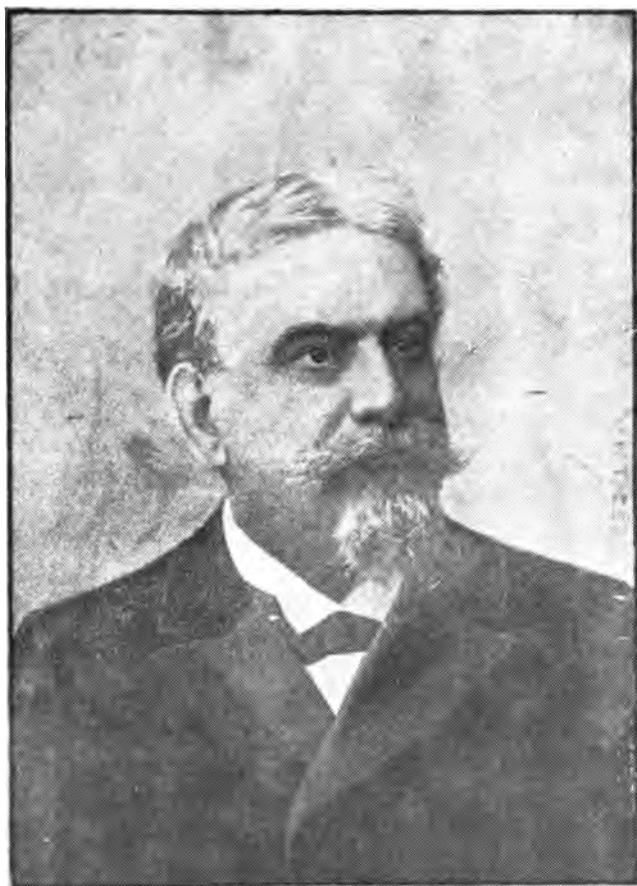


LIT Y TIP. DEL COMERCIO
MCMXI

Archivo de Raúl Carrasquel y Valverde.

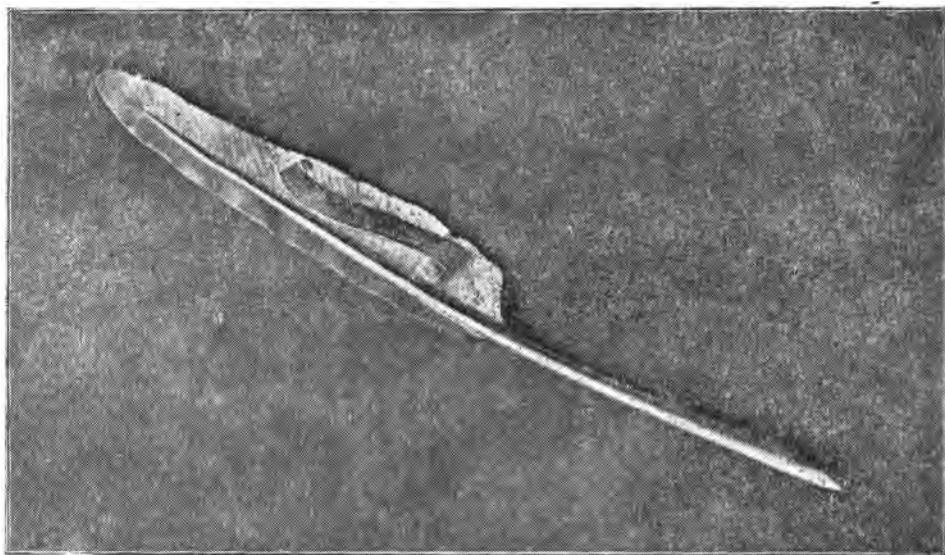


www.libtool.com.cn



Don EDUARDO BLANCO
Caracas - 1911.

www.libtool.com.ar



Corona y Pluma de Oro que le ofrendaron a Don Eduardo Blanco en la Velada de la Coronación, la noche del 28 de julio de 1911, en el Teatro Municipal.



CORONACION DE DON EDUARDO BLANCO

LA FIESTA DEL 28 DE JULIO

CORONAR DE flores la frente de un cantor egregio era en la Grecia mitológica y luego en la Grecia de los juegos olímpicos considerado como deber de alta delectación, y cumplíanla gozosos aquellos seres excepcionales, felices poseedores de la intuición de lo bello, y del más noble sentimiento artístico, al punto de que ningún otro pueblo de los tiempos ya idos ni de los actuales ha logrado superarlos.

Así después de largos siglos de barbarie y tras otros largos siglos de cultura reapareció en la humanidad la veta del Arte, extraviada mas no extinta y siempre latente, la cual se hace visible en gayas exteriorizaciones para revivir aun cuando no sea, sino por breves instantes, la tradición leyendaria que nos refiere cómo Píndaro, dormido a la falda del Monte Sagrado, probó la miel de las abejas del Himeto, y supo devolverla en versos que endulzaron las penas y los días de sus oyentes coetáneos y luego de sus pósteros lectores.

Tal puede decirse de la fiesta que la sociedad de Caracas, en representación de todo el País, ofreció, en la noche del 28 de julio, al egregio cantor de las glorias patrias, al insigne literato don Eduardo Blanco, anciano que es blasón de Venezuela y timbre de su raza.

La Apoteosis del bardo fué iniciada por un intelectual, jurista de renombre, el doctor Emilio Constantino Guerrero, cuando en virtud de un precepto de la Constitución ocupó el solio presidencial, en abril

CORONACION DE _____

del año pasado; iniciativa que confió en carta pública a una Junta compuesta por los señores doctores Agustín Aveledo, Miguel Páez Pumar, J. M. Núñez Ponte, Rafael Acevedo y Víctor M. Ovalles, todas personas de indiscutible competencia. Esta comenzó la tarea que se le había encomendado, hasta llevarla a feliz término, gracias a la cooperación del pueblo venezolano, siempre dispuesto a premiar el mérito de sus hombres prominentes.

En la noche del 28 de julio, día escogido para la Apoteosis, la Sala del Teatro Municipal, bellamente exornada y ennoblecida con las efigies de los compatriotas ilustres en las ciencias, las letras o las artes, parecía una sola joya rutilante. En el patio, en los palcos, en las tertulias y en todas las localidades, ponía la mujer caraqueña la bella nota de su rostro, de su traje, de su elegancia y de la gracia, herencia española o morisca, que la hace incomparable con ninguna otra mujer de ningún otro lugar.

Allí estaban confundidos, en democrático concurso, el frac del diplomata, la charretera del militar, el traje del civil y la humilde blusa del obrero, concurrentes todos a la glorificación no de una obra de exterminio sino del cantor de nuestra epopeya, de un hombre que se ha hecho ilustre sin costar ni una lágrima a su Patria.

De pronto en aquella compacta reunión se hizo un silencio augusto. Era que se descubría el escenario y comenzaba la Apoteosis. Apareció don Eduardo Blanco, en un ángulo, rodeado por la Junta Directiva; por el otro ángulo nueve damas de nuestra alta sociedad, descendientes de Próceres de la Independencia, que representaban las nueve musas mitológicas. Allí lucían Clío, Caliope, Erato, Melpomene, Talía, Terpsícore, Euterpe, Polimnia y Urania, personificadas en las gentiles señoritas Tulia Páez Pumar, María Luisa Urbaneja, Mercedes Páez Pumar, Rosalbina Feo Calcaño, María Luisa Aguado, Isabel Dolores Urbaneja, Mercedes Monagas, Berta Ayala y María de Lourdes Monagas. También aparecieron en el escenario entre tanta flor de gracia y tanto austero ciudadano, los Héroes Emancipadores perpetuados por arte de escultura, e inmortalizados por Blanco con el prestigio de su estilo, ocupando sitio de preferencia en aquella fiesta patriótica que también en grande parte les tocaba. Y además una hermosa alegoría representativa del libro "Venezuela Heroica", la cual fué objeto de admiración para el público espectador.

Comenzó el acto con la lectura que hizo el señor Eduardo Porras Bello de la antedicha carta del doctor Guerrero, y después de un elegante exordio de la muy inteligente señorita Tulia Páez Pumar (Clío), ornaron las musas las sienes del cantor con una simbólica corona áurea, quien recibió la ofrenda lírica profundamente conmovido y dió las gracias al pueblo que así lo coronaba en palabras sinceras y con la forma de todo lo que vierte su pluma milagrosa.

Después la señorita Carmen Andrade, galana flor del pensil ecuatoriano, trasplantada a los verjeles avileños con ocasión de los júbilos centenarios, tuvo para el bardo frases que fueron como suave rocío para su emocionado corazón.

Luego fueron cumpliéndose sucesivamente los demás actos del programa. Ocuparon el sitio tribunicio el bachiller Juan José Aguerrevere, quien declamó correctamente un hermoso soneto de don Felipe Tejera; el joven Faustino Hurtado Sánchez leyó una magnífica composición de Antonio J. Calcaño Herrera, titulada "Venezuela Heroica"; el señor José Antonio Villavicencia, Director del Colegio de San Vicente de Paúl, en nombre de los demás institutores capitalinos, dedicó, en períodos brillantes y entusiastas la Ofrenda de los Colegios de Caracas: una rica pluma de oro; el doctor Rafael Acevedo, joven juriconsulto, cuya modestia es gemela de su mérito, leyó una bien escrita composición sobre "El Libro", en la que evidenció la influencia de éste en la cultura de un pueblo; la graciosa señorita María Dolores Domínguez Armas, leyó un magistral soneto de Udón Pérez; el sabio doctor Pedro Manuel Arcaya presentó la Ofrenda de la Academia de la Historia; el venerable don Pedro Arismendi Brito, el vate de la musa siempre joven, quien presentó la Ofrenda de la Academia de la Lengua; el joven poeta Andrés Eloy de la Rosa, quien recitó unos primorosos versos del doctor Luis Bouquet, escritos expresamente para el acto; el inspirado poeta y diplomata colombiano doctor Alfredo Gómez Jaime, recitó unos versos suyos, dedicados al Adalid de Carabobo, versos dignos del héroe y declamados de modo irreprochable como correspondía a la fama de que goza el poeta; y, finalmente, el doctor Félix Quintero, orador de altos quilates, quien en grandilocuente discurso supo cautivar al auditorio con la magia de su verbo.

Por último, a los sonos inmortales del Fausto de Gounod, comen- zaron a llover sobre la orlada frente del antiguo Ayudante del Aquiles

CORONACION DE _____

de las Queseras, rosas rojas como la púrpura pagana, albas como el candor de las vírgenes cristianas, lirios, azahares, claveles y todo un fantástico enjambre de pétalos multicolores, que envolvió al bardo en una fragante nube vaporosa; y a la deslumbrada imaginación del cronista pareció que don Eduardo iba a desaparecer, envuelto en la idea niebla florida, para ascender al Olimpo griego donde habitan los Dioses y los Héroe, Olimpo que él ha forjado con la punta de su pluma a nuestros abuelos Libertadores.

DIEGO BAUTISTA URBANEJA.



www.libtool.com.cn

INICIATIVA DEL DR. GUERRERO

Caracas: 21 de abril de 1911.

Señores doctores Agustín Aveledo, J. M. Núñez Ponte, Rafael Acevedo, Miguel Páez Pumar y Víctor M. Ovalles.

Presentes.

Apreciados compatriotas y amigos:

Interrumpo las nobilísimas labores de ustedes, para presentarles una idea patriótica que, en sus manos, desde luego estará como en las cumbres del éxito.

No todo en la vida ha de ser afán por el mañana. Si subir sin descanso es la ley, también de cuando en cuando hemos de mirar hacia los lados para solazarnos con la obra de los demás trabajadores.

Hay una corona de luz que, en la frente de los pueblos, los hace acreedores a la contemplación de los siglos. Grecia y Roma pudieron conquistar grandes títulos al renombre en la posteridad, con el ruido de las armas y con el genio de sus ínclitos guerreros: Atenas, deteniendo en Maratón los cinco millones de soldados de Jerjes, es sublime; Roma, llevando sus águilas vencedoras por toda la faz de la Tierra, maravilla y pasma; pero Grecia y Roma no habrían pasado a la posteridad, si la pluma, con ese hilo de oro con que engarza los acontecimientos a las páginas del libro, no hubiese dado existencia a aquellas épicas hazañas, y colocado aquellos héroes con la cabeza hundida entre las nubes, y los pies descansados sobre las mayores cimas de la Tierra.

La pluma! las letras! he aquí un oriente de la vida por donde surge un sol que alumbr a la humanidad. Las letras lo son todo: por éllas conocemos lo pasado, y como cóndores atrevidos, nos abalanzamos

CORONACION DE

sobre lo porvenir; por ellas visitamos a Adán en su encantado Edén; flotamos con Noé sobre las turbias aguas del Diluvio; vemos a Pentápolis ardiendo en llamas, las mismas en que siempre habrá de consumirse el vicio; hablamos con el Patriarca en su portátil tienda; vemos a Platón, idealizando al mundo, y a Aristóteles, materializando lo ideal; presenciemos las injustificables luchas de las razas: semíticos y jaféticos devorándose en todas partes: en Grecia, en las luchas médicas; en Italia, en las guerras púnicas; en la Europa toda, en la irrupción horrible de los Bárbaros; oímos a Jesús, predicando el Evangelio de las Naciones en el sublime día de la Montaña, y lo vemos, expirante, por redimir a la humanidad entera, en la triste colina del Calvario; presenciemos las persecuciones a la naciente Iglesia, y vemos a los mártires en el Circo, devorados por las fieras de los bosques; y en el potro y los tormentos, por las fieras humanas; asistimos a las Capitulares de Carlomagno, y admiramos la unidad y el poder de aquella inmensa hegemonía; ceñimos al pecho la Cruz roja, y marchamos con Godofredo a la conquista de la Tierra Santa; vemos las lides caballerescas del Feudalismo y la dominación de los reyes absolutos; y después de ese letárgico sueño de siglos, asistimos al despertar de los pueblos: Cromwell, triunfante en Inglaterra; los Estados Unidos, libertados en Saratoga; Francia, ardiendo en ese incendio espantoso y magnífico de su estruendosa Revolución; Suramérica, independiente, envuelta en el pendón del iris y coronada la sien de gloria, desde el Orinoco soberbio, hasta la rica California, y hasta las hermosas tierras asiento un día del Araucano invicto!

Las letras son alas con que la mente vuela por todos los espacios de la vida; el pedestal de granito que levanta la estatua del genio, y lo exhibe a través de las edades.

Las grandes obras honran a los pueblos, como los descubrimientos científicos, o las hazañas inmortales.

Grecia vive tanto por Salamina y Mantinea, como por los poemas de Homero, por las tragedias de Sófocles y Esquilo, por los libros de Plutarco y de Tucídides; Roma es Virgilio, Horacio, y Cicerón, y Salustio y Tito Livio y Tácito. Si quisiéramos figurar a la España de Carlos V y Felipe II, como la Nación más grande de la Tierra, lo mismo sería representarla teniendo en la mano un mundo, que exhibiendo ante ese mundo un libro: el de Cervantes.

Nosotros, que apenas hemos cumplido cien años en los días que corren, poseemos, no obstante, un rico acervo literario. Bello solo bastaría para representarnos dignamente el día que concurriesen a certamen las Naciones de la Tierra.

Pero tenemos, sobre todo, un libro que constituye nuestra epopeya nacional: "Venezuela Heroica". Nadie como Eduardo Blanco ha sabido embocar la trompa del Poeta ciego para vivificar el polvo de las tumbas y representar a nuestra vista esa tragedia grandiosa de catorce años, durante la cual se repitieron entre nosotros todas las épicas proezas de la Historia.

Libro de talento y de saber, de alma y de nervio, de estilo y de poesía, él encarna nuestro pueblo y anima nuestro pasado. Al leerlo, sentimos que nuestra raza está en pié, y que nos comunica su vigor; y es que, con él, asistimos nuevamente a nuestra lucha emancipadora, y oímos el clarín sonoro que nos invita a pelear, y braceamos otra vez en la feroz batalla, y movemos el cañón, y disparamos el fusil, y mezclamos nuestra sangre con la sangre de nuestros héroes, y pasamos por sobre charcas rojas para ir a colocar la enseña tricolor sobre el rendido baluarte de los enemigos de la Patria. Bolívar nos manda nuevamente vencer o morir; y Páez cautiva flecheras y canoas para atravesar el Apure; y Ribas ahuyenta de La Victoria al formidable Boves; y Bermúdez ordena al sitiador de Barcelona que la abandone "porque él llega"; y Urdaneta se sostiene en su sitio, resuelto aún a morir; y Cedeño y Plaza sucumben al pretender ellos solos someter a un batallón; y Ricaurte asciende por el iris al alcázar de la Gloria para sentarse en su silla de inmortal. Y todo ello magnificado con aquel verbo ciclópeo, que pocas veces oyó el mundo; y con aquel estilo como el rayo, que ilumina y truena, que conmueve y electriza.

El Petrarca fué un día coronado en Roma por sus divinos versos; España abrió la Alhambra para deponer en las sienas de Zorrilla, merecido lauro; Francia celebró fiestas a la aparición de la Historia de los Girondinos, y todos los pueblos han tributado algún homenaje excelso a aquellos autores que los han dotado con el tesoro de una obra singular.

Nosotros debemos ofrecer al autor de "Venezuela Heroica", en nombre de la Patria, una corona de oro, que simbolice la gratitud

CORONACION DE _____

nacional; y quiero que sean ustedes, justicieros y nobles, los que inviten al País a tejerla con los áureos hilos de modestas dádivas, y los que se la presenten en acto público y solemne, el 5 de julio de 1911.

En vano querrá él excusarse de recibirla: la Patria le impone el deber de aceptarla, porque es élla la que más se honra recompensando los esfuerzos de sus hijos.

Particularmente estoy a sus órdenes, como contribuyente espontáneo y como servidor de esa Junta.

Con sentimientos de la más alta consideración y aprecio, soy de ustedes su atento s. s. y compatriota,

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

Caracas, 24 de abril de 1911.

Señor doctor Emilio Constantino Guerrero, Encargado de la Presidencia de la República, etc., etc., etc.

Presente.

Muy distinguido compatriota y amigo:

Motivo de alta honra ha sido para nosotros la carta pública, notable por todos conceptos, fecha 21 del corriente, con la cual se ha dignado usted favorecernos, y que contestamos llenos de la más grande satisfacción patriótica.

El asunto no puede ser más grato ni más interesante, no ya para nosotros sólo, mas también para el País entero, como quiera que, por sobre la magnificación propuesta para el eminente escritor que ha perpetuado en cuadros imperecederos la gloria histórica y las hazañas épicas de nuestra amada Patria resplandecerá, como es justo, bañada en luz de amor, la excelsa imagen de la Patria misma, cuya ha de ser la corona ceñida a los méritos insignes de uno de sus hijos predilectos.

Nosotros no podemos corresponder a la entusiasta misiva de usted, diciéndole a secas que accedemos cordialmente a su deseo, rebotantes

de gratitud por la representación social con que usted nos inviste; y que, confiados en la unánime acogida de los venezolanos, probaremos a llevar a cabo un proyecto de tan elevada trascendencia moral, y tan peregrino en nuestro tiempo y en nuestro medio, no acostumbrado a semejantes nobilísimos tributos en obsequio de los hombres de Letras.

La idea de usted, tan bellamente concebida cuanto primorosamente expresada, pide que la consideremos con detención celebrándola con la más cumplida loa, mayormente cuando descubrimos en ella un propósito singularmente venezolano y patrióticamente educativo, cual es reanimar el espíritu de nuestra juventud, tan desfigurado por el mal ejemplo e infidencias de una generación senescente, y atraerla, merced al leal cultivo del ingenio, a proezas que son flores galanas de alma viva, a triunfos que no se logran con riego de sangre ni de lágrimas, a glorias purísimas, inmarcesibles, que se recogen en los campos del Ideal, fragantes como aromas de Belleza, de Bien y de Verdad.

Quisiéramos medir y exponer, cual es debido, la magnitud y el alcance de este argumento de usted, tan propicio para la circunstancia histórica en que estamos, en la cual, so pena de muerte, debemos usar sin reservas de ningún linaje, todos los recaudos hábiles a enderezar los rumbos e ideales de la juventud, para asegurar nuestro porvenir, encauzar por vías diferentes y más claras el movimiento de nuestra vida republicana, y rehabilitar a la Patria quitándole del rostro la erubescencia de sus feos y voluntarios infortunios.

El núcleo joven necesita esas lecciones, que formarán en su alma el concepto y sentido cabal del patriotismo; y por él, en mira de su gloria, con fé en la excelencia de sus destinos y en la transformación social a que está llamado, nosotros recibimos con satisfacción y ufanía el encargo que usted nos encomienda desde el subido puesto en que, con agrado de todos los venezolanos, la ley le ha colocado.

En el curso de la centuria que llevamos de existencia soberana ha descollado ciertamente, en conmemoración de nuestra magna epopeya, el libro "Venezuela Heroica", libro en que palpita intensa el alma venezolana con su índole gloriosamente bélica, encarnación del valor y de la raza que tanto ha ilustrado al mundo; y su benemérito autor, con las luces de su rico talento y de su admirable fantasía, ha entonado el canto más hermoso al esfuerzo titánico de la Independencia,

CORONACION DE _____

iluminando nuestros fastos para mantener radiante e indefectible, en pro de la posteridad, tanto hecho pasmoso, tanto sacrificio magnánimo, ofrendado en el ara augusta de la Libertad y la Justicia.

Don Eduardo Blanco ha librado así, de los estragos del olvido y del tiempo, todos los trofeos que constituyen las más valiosas prendas del orgullo nacional; él ha sublimado para siempre a los héroes: muy justo es que la Patria agradecida se honre, sí, festejando al cantor de los héroes, otorgando cumplido galardón al hijo que ha salvado y magnificado las proezas de sus óptimos y más espléndidos recuerdos.

Ese libro no debe salir de las manos de la juventud, cuyo ánimo podrá avivarse, con el aliento robusto que de él trasciende, para las recias luchas que le reserva el porvenir, y se enardecerá al fuego del amor patrio con el ejemplo fecundo de los adolescentes, que cambiando el aire apacible de las aulas por el humazo ahogante de los campamentos, tuvieron alma fuerte para ascender bien de veces, como Ribas su modelo, a la cumbre de la victoria y de la inmortalidad. Por eso nos atrevemos a recomendar al Gobierno disponga para este Centenario la reimpresión de "Venezuela Heroica", que, leída en los hogares venezolanos, entone las fibras flácidas del patriotismo amortecido.

Muy honroso nos es felicitar a usted por este elevado pensamiento suyo, que contribuirá no poco a la exaltación de nuestro País, a la tensión y vigor de su organismo y carácter, y que valdrá de poderoso estímulo para el culto del talento y de la virtud, eternas víctimas hasta hoy en la ruina de nuestros desastrados desórdenes.

Nos place anunciar a usted que en esta fecha nos hemos constituido en Junta, conforme a su indicación y han quedado elegidos Presidente, Aveledo; Tesorero, Ovalles; Secretario, Acevedo; y Vocales: Páez Pumar y Núñez Ponte.

Al expresar a usted los más íntimos votos por su felicidad y por que señale con huella brillante su paso por la Presidencia de la República, nos suscribimos atentos compatriotas y amigos:

**Agustín Aveledo - V. M. Ovalles - Rafael Acevedo -
M. Páez Pumar - J. M. Núñez Ponte.**

www.libtool.com.cn

LA CORONACION DE DON EDUARDO BLANCO

Discurso de la señorita Tulia Páez Pumar

En la noche radiante de la apoteosis de don Eduardo Blanco, la inteligente señorita Tulia Páez Pumar, en el coro de las nueve hermanas armoniosas, hubo para sí, ceñida de lauro egregio, la trompeta y el libro, los nobles atributos de Clío, la severa Musa de la Historia.

Sus palabras, que a continuación reproducimos exentas de falsa retórica, tuvieron la gravedad que cumplía a quien supo perpetuar la memoria de los héroes en páginas imperecederas como el mármol.

La señorita Tulia Páez Pumar es poseedora de un estilo sobrio y elegante. En "El Corresponsal" y en "La Semana" de esta ciudad publicó primorosos cuentos y artículos con el pseudónimo de "Talía". Aún no había trocado la corona de hiedra por la de laurel, cuando se daba a pensar, con exquisita ternura, sobre trascendentales problemas sociales.

Es para nosotros motivo de júbilo engalanar nuestras columnas con el discurso pronunciado en el acto de la coronación del autor de "Venezuela Heroica":

—Yo soy en todas partes inextinguible antorcha que ilumina con vivos resplandores los poéticos, tristes, alegres o gloriosos recuerdos de épocas lejanas: me cierno en las alturas sobre las vanas grandezas y las reduzco a la nada con el eco de mi voz; bajo el fondo de profundos abismos y, como el minero arranca a la tierra puros y cristalinos brillantes, encendidos rubíes y fragmentos de oro coronario, así mis pupilas investigadoras arrancan al abismo de los tiempos, brillantes obras inmortales, rojas gotas de sangre guerrera, oro purísimo de nobles acciones y a tan preciadas joyas, por mí los pueblos levantan estatuas, construyen arcos, bendicen y proclaman los nombres de aquellos seres dignos de la inmortalidad y de la gloria.

Con una sola palabra que pronuncien mis labios, en donde parecía no haber una tumba, edifico magníficos templos, panteones majestuosos que no podrán destruir con sus manos sacrílegas: venganzas, envidias, odios ni la misma ignorancia, pues siempre despierta, soy ángel cuida-

doso que cubro con mis fuertes alas, los martirios, reputaciones y glorias de aquellos que, comprendidos o no por sus contemporáneos, fueron dignos de ver sus nombres en mis brillantes páginas.

Soy jardín inmenso que doy en profusión: deseadas flores de merecido aplauso para aquellos que, sacrificando sus vidas, dieron libertad, riquezas, instrucción y honras a la Patria o a la doliente humanidad; gallarda palma para los héroes que sucumben, coro virginal para los mártires. Soy luz que esclarece la obscura noche en que viven pasadas grandezas y pasados genios; juez severo que condeno las traiciones, debilidades, injusticias y bajezas, de aquellos que no recuerdan que existo, de aquellos que, por satisfacer abominables pasiones, olvidan que basta una sola palabra pronunciada por mí, para destruir toda una vida de fama y de inmerecida gloria.

Soy fiel testigo de la verdad, inagotable manantial de buenos consejos y de sabia prudencia: sin mí se viviría en la más vergonzosa ignorancia de cuanto nos ha precedido, de lo que nos rodea y de todo lo que podemos prever; por mí conoce la humanidad el bello y grande idilio de la creación; soy el arca sagrada que guarda el divino perfume del doloroso y sublime drama del Calvario; soy incomparable página de música sublime, que interpretada por mis elegidos, hago oír sonoros acordes que imitan el golpear de las armas, estampidos de cañones, paso fuerte y seguro de valiente y organizada caballería que al resonar en el corazón de los pueblos los hace latir con más violencia, pues esos acordes traen a la memoria sublimes acciones, heroicas batallas y grandes victorias a las cuales deben su libertad y progreso. Soy faro luminoso, guía del pensador, que surca el proceloso mar de las ideas; rayo destructor que incendia la inmerecida gloria; justísima balanza en donde pesa la posteridad las acciones de sus antepasados y divina inspiración que idealiza la realidad del arte, los tormentos del odio y los gocijos de la fama.

Soy la escuela común del género humano, tan útil a los grandes como a los pequeños, a los que gobiernan como a los que obedecen; pero más, mucho más necesaria a los fuertes que a los débiles; porque, ¿quién podría acercarse a ellos, rodeados como están de la infranqueable muralla de aduladores viles que los corrompen y extravían? ¿Quién les haría comprender que no son dueños, sino servidores de los

pueblos; que el odio y la desconfianza son amargos frutos de quien siembra tiranías, y que la posteridad adornará sus frentes con la inmortal corona de la gloria, o los dejará sumidos en el horrible caos del olvido, según hagan felices o desgraciados a los pueblos, cuyos destinos les ha confiado la Providencia? Tengo el sublime privilegio de volverlos al bien, porque solamente yo puedo hablar sin temor, hacer que enmudezca la adulación y juzgar con severidad irrevocable. Sí, yo arranco la máscara a los tiranos y exhibo a los ojos de la posteridad el horror de sus almas; censuro y condeno la falsa virtud; flagelo los vicios, e indico con segura mano el abismo de males y de crímenes, que en sus continuos extravíos juzga valle amenísimo la imperfección de la raza humana: Calígula, Nerón y Domiciano oyeron regocijados los frenéticos aplausos de sus contemporáneos, se vieron casi divinizados mientras vivieron, pero yo dejé caer sobre ellos mi severo fallo y hoy ¿quién puede pronunciar sus nombres sin sentir el horror, el espanto y la ira que producen los crímenes? En cambio, mientras exista el mundo, los nombres de Tito, Trajano y Marco Aurelio, gozarán eternamente del respeto, la veneración y el amor que despiertan en el corazón de la humanidad los nobles autores de las grandes acciones.

Estoy viva y de pies en todas las edades con sus propios colores y especiales trajes, con sus propias virtudes y especiales vicios. Ejercio las prerrogativas del augusto tribunal, al que comparecen todas las generaciones; imprimo a los actos realmente grandes el soplo de la inmortalidad y a los vicios la nota de infamia que no podrá borrar la acción de los siglos. Disipo el prestigio fascinador de las riquezas y de todo ese falso brillo que deslumbra, y, demuestro con medios que persuaden y con los más elocuentes argumentos, que no hay nada en el hombre, más grande, ni loable que el honor y la probidad. Enseño a descubrir el brillo y la belleza de la virtud, por más que la oculte la pobreza y la oprima la envidia; hago aborrecibles el crimen y el vicio, aunque ocupen los más altos puestos y aparezcan adornados con la púrpura.

Todos los siglos tienen sus corrientes y soy la escogida para bautizar en sus aguas los cerebros privilegiados de los historiadores: en Herodoto aparezco aureolada de luz, en el fondo de los tiempos heroicos, y me extiendo por todas las edades tomando posesión de los siglos. Romántica y llena de infantil ingenuidad, tengo facilidad asom-

broza en descripciones y diálogos y con gracia natural, poética elegancia y exquisito candor, logro, sin olvidar la malicia, insinuarme lentamente en el corazón del hombre. Al principio se me ve como un astro entre celajes, pero resplandezco, después, llenando el puro azul de los cielos con mis eternos fulgores. En Tucídides es tal la fidelidad de los cuadros que mis páginas parecen admirables pinceladas de Miguel Angel, y es que los ojos del alma saben pintar mejor que los del cuerpo. Con Tito Livio contemplo las grandezas del pasado que preparan el porvenir y amo la libertad como el don más precioso del hombre. Con Salustio hago florecer en César la más bella caridad, la más sublime clemencia. En Tácito soy moralista inflexible que ocupa la curul del genio y fulmina terribles sentencias; juez que llama a la barra a los Césares convictos y sin apelación los condena; látigo que flagela; escarpelo que deshace los músculos fibra a fibra; hierro candente que imprime marca indeleble en la frente de los tiranos.

Ante mí tiemblan y se llenan de pavor los hipócritas, se estremecen y humillan las testas coronadas y sienten en su interior, el terrible grito de la conciencia los viles y malvados, porque soy suprema justicia, radiante verdad, eterna protesta e inexorable anatema de los crímenes convertidos en tiranos y de los vicios en viles cortesanos; ¡Soy la Historia...!

Uno de los mayores beneficios que la Providencia puede otorgar a la humanidad es el nacimiento de uno de esos seres privilegiados, dotados de la llama de mi genio, animados por mi firme voluntad, guiados en todas sus acciones por mi amor al bien y a la justicia; seres que escojo para revelar las grandes y fecundas verdades, y en las que hago reflejarse, por medio de grandes y generosas acciones, el poder benéfico de la Divinidad.

Pero con tristeza he visto que la mayoría de esos seres no recibieron de sus contemporáneos la merecida apoteosis; casi todos fueron víctimas de injusticias, de envidias y calumnias; sus vidas fueron larga cadena de martirios y desengaños y solamente, al desaparecer de la escena del mundo, yo, la Historia, exenta de pasiones, justísima en mis fallos, los muestro como fueron y hago ofrendar a la posteridad ante sus tumbas, las coronas y aplausos que debieron recibir mientras vivían. Sí; casi siempre ha sido necesario ¡oh muerte! que triunfes y arrebatas la vida de los genios, de mis escogidos, para que pueda hablar y

para que la humanidad al oírme comprenda sus grandezas y se incline ante ellos... www.libtool.com.cn

Oh, tú, venturoso mortal! que gozas del inmenso privilegio de asistir a la hora del triunfo, de oír los aplausos que tributan a tu obra, de sentir los latidos de justo orgullo con que tu corazón recibirá la áurea corona que la Patria te ofrenda; y este triunfo y esos aplausos, yo, la Musa de la Historia, los recibo con íntima y orgullosa satisfacción: porque soy quien ha dejado caer en tu cerebro el raudal de mi ciencia; quien cubriéndote con fuerte armadura hice que extrajeras del insondable mar de los recuerdos gloriosos, blancas perlas y rojos corales de justas y sangrientas batallas, que dieron a tu Patria la deseada Independencia; soy la que ha hecho resonar en tu cerebro y en tu corazón los guerreros clarines de Boyacá y Carabobo; soy, en fin, la que ha inspirado a tu pintoresca pluma, mojada en la pura tinta del patriotismo, las bellas descripciones que se leen en las páginas de tu "Venezuela Heroica".

Y en esta noche para tí grandiosa y llena de recuerdos; en esta noche en que sin duda pasan por los ojos de tu Patria las ínclitas hazañas, heroicas batallas y gloriosas victorias de sus Libertadores; en esta noche, cuya fecha será eterno y satisfactorio recuerdo para tu corazón, yo, la Musa de la Historia, te ofrendo en nombre de la heroica Venezuela la inmortal corona de la Gloria.

(De "El Universal").

PALABRAS DE DON EDUARDO BLANCO

www.ibtool.com.ch

Compatriotas:

¡Qué honra! ¡Qué mayor esclarecimiento!. . . Casi me veo tentado a dudar de cuanto me acontece!

Vencida mi esquivéz a todo señalamiento personal, no por obra de vanidad sino en acatamiento a la perseverante decisión, a la infinita benevolencia de los honorables iniciadores y patrocinadores de este acto, conceptuado por ellos de trascendental eficacia para las letras patrias, héme aquí, amigos míos, en la esplendorosa claridad de tan insólito suceso, abrumado por vuestra generosidad, por vuestro aplauso, sin palabra propiamente adecuada a expresar lo que siento, sometido a todos los nobles impulsos del corazón, a todas las exaltaciones del pensamiento, a todos los deslumbramientos peculiares al hecho extraordinario motivo de esta fiesta, así como al espectáculo halagador e imponente que a mis ojos se presenta.

Desde esta cumbre, donde me colocáis a mi pesar breves instantes, mi alma, toda vuestra, asciende en alas de vuestros propios anhelos y de las facultades con que la habéis enaltecido a la región sublime del patrio Olimpo, y a los manes de nuestros inmortales lleva orgullosa de vuestros sentimientos esta oblación propiciatoria; que no a mí, ingenio narrador, y nada más, de épicos heroísmos, sino a ellos, nuestros magnos patricios, nuestros libertadores, nuestros héroes; a ellos todos los del supremo esfuerzo, objeto primordial de nuestra admiración, de nuestro orgullo, del amor idolátrico que ha levantado altares en nuestros corazones a sus virtudes y a su gloria, es a quienes sin duda ha de ufanar esta solemne manifestación que aquí, bajo su égida, nos congrega.

Y tú, el primero del patrio Olimpo en jerarquía gloriosa, almo sol de lumbre inextinguible; tú que en la frente ostentas el excelso laurel arrebatado en lid gallarda a la Victoria por tu ingenio sin par; tú, el hijo máximo de la América Hispana, el hijo insigne de Caracas, creador de pueblos, redentor de Naciones, Libertador y Padre de la Patria, acoge esta demostración como fervorosa promesa que te hacen

tus hijos: de no procurar en lo porvenir, al amparo de tu nombre, sino el verdadero engrandecimiento de Venezuela, la efectividad de sus instituciones, de su progreso, de sus leyes, de su libertad a muy alto precio conquistada, levantando así, por modo indestructible, nuestro propio decoro como el más digno pedestal de tu grandeza!

Expresado este voto reparador, ruégote proclamar, niña hechicera, gentil encarnación de la belleza y del amor, que en honra mía te has dignado simbolizar la austera musa de la Historia para ungirme como iniciado de su culto, con un divino soplo de tus labios, al poner en mis sienes esta joya inmarcesible; ruégote proclamar, en justicia y verdad, al par de tus encantadoras compañeras, rutilante constelación de estrellas: que en este instante, el más conspícuo de mi vida, yo a mi vez, como tú, no soy sino un símbolo; que esta corona abarca y ciñe conjuntamente la frente esclarecida de todos nuestros nobles pensadores: hombres de ciencia, historiadores y poetas vivos y fenecidos, que inspirados en el mayor concepto de cuanto al hombre dignifica han honrado la Patria, y a quienes les asisten sobrados títulos a la gratitud nacional:

**Y tu frente también ¡oh! Madre España!
Que a tus hijos de América les diste
Con la virtud heroica de tu sangre,
Tu hermosa lengua, tu coraje fiero.
Y la espada del Cid para esgrimirla
Contra toda opresión.**

En tal virtud sea bien venido el galardón que de tal modo alcanza a tanto eximio compatriota.

Mantener siempre vivo el recuerdo de los egregios hijos de este suelo, que ora con el ejemplo, ora con la palabra o con la pluma nos enseñaron a amar el Bien, a reverenciar como de emanación divina, la dignidad humana, será en toda ocasión prueba evidente del grado de cultura moral de un pueblo que se respeta y que sabe hacerse respetar.

CORONACION DE

Presentes en espíritu están en esta festividad nuestros maestros, sorprendidos acaso por tan raro suceso, pero no menos alentados por el fuego de vuestras aspiraciones a un honroso esclarecimiento encaminado a reconquistar la resonante nombradía de nuestros días genésicos. Días de victorias, de sacrificios, de portentos, que se me imponen como selva sagrada vedada al hacha cruel del leñador, mayormente en el período vaporoso de la lucha terrible: esfuerzo insuperable de una generación de bélicos instintos, si adormecida enantes en las regalías de la opulencia, en la indolente rusticidad del vivir sin mayores afanes, de súbito despierta, poseída de aspiraciones gigantescas, precoz en formidables bríos, concepciones geniales, heroísmos terríficos y perseverante tenacidad en el audaz propósito, hasta vencer lo conceptuado de invencible y estampar en el áureo escudo de la Patria el fulgente blasón que nos proclama, como pueblo, ennoblecido por la gloria.

En mi entusiasmo por nuestros justadores en tan cruento torneo, no los he imaginado sino revestidos de singulares atributos: duéleme rebajarlos de su espinado pedestal de semi-dioses.

Bronces, mármoles, libros, acopio de laureles y fúlgidas coronas, no bastarán a satisfacer la deuda contraída con semejantes pródigos de cuanto tiene por sagrado el humano egoísmo... Poned precio a la gloria que todavía nos presta sus fulgores y nos hace visibles!

Entonemos en su elogio el canto sublime de la epopeya; procuremos, con nuestra propia alteza, universal dilatación al recuerdo de sus virtudes; y en el concierto de las merecidas alabanzas culmine la poderosa voz de las nuevas generaciones, estimulada con el ejemplo de aquella intrépida falange de adolescentes, que en fecha memorable (1) supo inmolarse por la Patria.

Porque a vosotros, oh! espíritus investigadores y entusiastas, que os abastecéis en las enseñanzas de la experiencia y la sabiduría para las luchas de lo futuro, engalanados, en la hora presente, por la renovación constante de la vida con todos los primores de la juventud, es a quienes compete, en primer término, mantener de hoy más el fuego

(1) 12 de Febrero de 1814.—Defensa de La Victoria.

sagrado del amor a la Patria... No dejéis apagar la llama aún no extinguida que un día fue sol y le dió luz a un mundo! Reconfortad con vuestro aliento juvenil nuestra alma nacional; porfiad hasta transmitirle nuevos bríos y más nobles aspiraciones... Cuando de propio vuelo se puedan dominar culminantes alturas no caben desencantos. A nuestras repetidas postraciones en esta primera centuria de vida independiente, han respondido otros pueblos de América, más afortunados con expansivos encumbramientos: el Norte deslumbra...! El Sur resplandece! Nosotros, cual los modernos esparciatas, sólo repetimos, con orgullo, el nombre de la Patria! Abrid brecha vosotros con sano discernimiento en las limitaciones de todos los progresos: ello equivale a rechazar de nuestras políticas contenciones el expediente de la guerra... Salvo la augusta, emancipadora y creadora, la guerra nos ha sido funesta: escala descendente resultan a la postre nuestras luchas armadas. La razón, la verdad, la justicia, sólo en la paz cobran todos sus fueros y adquieren soberana omnipotencia.

A su amparo no será temerario sostener, faz a faz del pensamiento enervador, que lo que fuimos podemos serlo aún, pésele a los que dudan de la eficacia de la voluntad en la generación de los pueblos acongojados... no vencidos. A la luz! A la luz! sea el clamor inicial de todas vuestras energías... En la luz está Dios! Que es la suprema luz!

Descended, ahora es de rigor, amigos míos; descended hasta mí, hasta mi exigua intelectualidad, a la cual concedéis afectuoso relieve, y asistiéndome con vuestra bondad inagotable permitidme exclamar con ingenua franqueza: —"Fama!" "Renombre!" "Gloria!" Visión cautivadora de enloquecedores atractivos, no os he solicitado! Si venís a mí hoy, si acudís a presentarme con momentánea brillantez, regalo ha sido de un distinguido y generoso amante de las letras, quien, breves días en las alturas del Poder, dióse a esparcir con galanura de lenguaje, suma benevolencia y mayor profundidad de pensamiento, ideas fecundas y honrosas distinciones, encomendando la que plugo concederme a la eficacia y liberalidad de un grupo de sapientes, probado en las labores de venerable magisterio y presidido por quien el propio bien difunde, con desprendimiento nobilísimo, desde la cima de su filantropía. No imaginé jamás luciera para mí tan sorprendente claridad, acrecida en razón del concepto moral e intelectual de los

CORONACION DE

iniciadores y patrocinantes de esta solemnidad; mas debo confesaros, sin enojosa hipocresía sentimental, que en este instante por todo extremo sugestivo, sometido al influjo perturbador de mis íntimos sentimientos de satisfacción y gratitud, en medio de tantos esplendores y de tanta luz, pienso con amor, con ternura, en la sombra apacible de mis días sin relieve: sombra propicia a mis caros afectos, a mis renovados dolores, a la pesadumbre de otra corona de desgarradoras espinas, sobre la cual piadosamente colocáis la de vuestro cariño.

Amigos míos! Tras la nube de incienso que asciende de vuestros corazones hasta el Olimpo de nuestros inmortales, desaparece el símbolo elegido para glorificarlos; pero no ha de ocultarse a vuestros ojos sin protestaros una vez más, poseído de fervoroso reconocimiento, su gratitud, hondamente sentida: gratitud suprema, comparable tan sólo con vuestra inmensa y benévola generosidad.

¡Salve mil veces, Patria mía! ¡Salve, oh amada Venezuela!

CORONACION DE DON EDUARDO BLANCO

EL TEATRO

Allí cuanto representa entre nosotros una victoria del talento, un triunfo por el esfuerzo de la inteligencia, una página armoniosa escrita con la luz de la belleza femenina. Allí nuestros literatos, nuestros poetas, nuestros artistas; allí nuestras mujeres, tan dispuestas siempre a la acción generosa como al homenaje justiciero.

Entre flores, entre luces, las efigies de aquellos que dieron a las letras venezolanas cuanto poseyeron de oro en los cerebros: Bello, Juan Vicente González, Baralt, Maitín, Lozano, Pardo, Pérez Bonalde, los Calcaños y muchos, muchos otros, todos los que forman la radiante constelación de nuestras glorias literarias.

En la escena el espectáculo reverenciable de aquellas cabezas canas, entre las cuales destácase con arrogancia la del cantor de "Venezuela Heroica", la frente dispuesta a recibir de manos finas, de manos delicadas como un pétalo, la corona de oro forjada ante la orden imperativa dada por la admiración de todo un pueblo. Allí también resplandeciendo de inmortalidad, los bustos de los héroes can-

DON EDUARDO BLANCO

tados por don Eduardo Blanco; allí el de Bolívar, festonado de luces, parece presidir la fiesta con el gesto elocuente que fué un relámpago en Boyacá y otro en Carabobo; allí el de Páez, levanta la frente al infinito, acaso en la misma actitud que produjo el grito fiero de Las Queseras.

También, en simbólica alegoría, el libro inmortal, esa "Venezuela Heroica" en cuyas páginas están condensados los esfuerzos titánicos, la serie de sacrificios, el resplandor de soles que forman la historia de nuestra emancipación.

El cuadro, como véis, es digno del motivo; el marco es de estrellas; las Musas se destacan en una vaga media-tinta...

LA CORONACION

¿Cuándo fué el minuto del milagro? Cuando la hora rosada en que las Musas se vieron por la última vez en la corriente del Helicón, y luego encarnáronse en el alma de estas nueve muchachas de Caracas, tan lindas como ellas... No precisa la hora del milagro, pero he aquí que él se sucedió para gloria y regocijo de nuestros ojos, y que las preside, en nombre de Clío, Tulia Virginia Páez Pumar. De su boca, las palabras se escapan musicales, las palabras de salutación y de elogio al viejo que va a ser coronado, al noble viejo que es entre nosotros, por su actuación al lado del centauro pampero, una reliquia de la raza extinta de los semi-dioses.

María Luisa Urbaneja, Mercedes Páez Pumar, Isabel Dolores Urbaneja, María Luisa Aguado, María de Lourdes Monagas, Rosalbina Feo Calcaño, Mercedes Monagas y Berta Ayala, representaron al resto de las Piérides.

Llegado el instante solemne, las manos frágiles de la Musa dejaron en las manos de don Eduardo la corona de laureles de oro, en medio a un trueno de aplausos, cuyos rumores no se apagaron sino algunos minutos después.

EL AGRADECIMIENTO

Con voz que se hace trémula a fuerza de ser sincera, don Eduardo dice a Venezuela, en períodos resonantes, cómo es, de inmensa su gratitud, y cómo es que la Fama, el renombre y la Gloria se han llegado hasta él, sin ser por él solicitados. Cada frase, ameritaba un aplauso, cada pensamiento tenía un eco profundo en los corazones.

CORONACION DE _____

Honor de nuestras columnas fué ayer este discurso de don Eduardo Blanco, que él no pudo terminar de decir, porque la voz se le ahogaba en la garganta, de cara al momento de su vida para él más grande y conmovedor.

EL PROGRAMA

Cumplióronse las otras varias partes del Programa, y en los intermedios una orquesta compuesta por cincuentidós profesores, y dirigida por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, ejecutó con elegante precisión el "Guarany" de Gómez, una fantasía del "Mefistófeles" de Boito, una de las serenatas de Bosch, la "Alborada" de Oesormes y la marcha del "Fausto" de Gounod.

Los poetas, como era natural, llevaron su contribución a esta fiesta cuyo esplendor regocija nuestro patriotismo, y se recitaron versos inéditos de Felipe Tejera, Udón Pérez, A. J. Calcaño Herrera y Luis Bouquet.

La señorita Domínguez recitó con expresiva dulzura el siguiente soneto:

A VENEZUELA

En la coronación del doctor Eduardo Blanco

CÍÑE al Varón austero la corona
que en fresco mirto y en laurel temprano,
para su sien entretejió tu mano
y en luz bañaste de tu fértil zona.

Tan noble ofrenda ¡oh, índica Amazonal,
tu inmensa gratitud diga al anciano,
que en páginas con ritmo de océano
tu arrojo, un día, y tu poder pregona.

Y al fulgurar sobre su sien de armiño
ese emblema de honor y de cariño
que, aun inmortal, para su prez es poco;

Resuene el Himno en que tu gloria expandes,
desde el mar de Colón hasta Los Andes,
y de mi Lago azul, al Orinoco.

Udón A. Pérez.

Maracaibo, 1911.

Habló en nombre de la Academia de la Historia el doctor Pedro Manuel Arcaya, y el general Pedro Arismendi Brito, al hablar en nombre de la Academia Venezolana de la Lengua, hizo valer con orgullo la nieve de sus canas, y el entusiasmo de su corazón por toda idea levantada, ese entusiasmo que ha hecho de su Musa una eterna virgen primaveral.

El doctor Rafael Acevedo disertó largamente sobre la influencia de "Venezuela Heroica" en nuestro medio intelectual, y el señor José A. Villavicencio, al entregar la ofrenda de los Colegios de Caracas: una rica pluma de oro, habló con elocuencia.

VENEZUELA

Nunca mejor representada que en esta noche memorable, nuestra Patria sintió palpar su bandera al unísono con el corazón de Carmela Andrade, cuya simpatía es única y cuyos ojos se abrieron por la primera vez para contemplar el espectáculo maravilloso del sol ecuatorial, quebrando sus rayos de diamante sobre la nieve del Pichincha.

De sus labios cantarinos partieron los siguientes versos:

ALERTA! Los confines enormes de la Historia
viene atronando el eco del clarín de la Gloria:
despiértanse los Héroes, es toque de alborada,
y se acercan ceñidos la flamígera espada.....

Miranda, Freites, Lara y Ambrosio Plaza amable;
Ribas, Páez, Rondón, trinidad formidable;
Sucre, Salom, Ricaurte, en cariñoso abrazo...
y BOLIVAR, que emerge de encima el Chimborazo.

Todos están: un ruido de volcanes deshechos
se oye, es la respiración de todos esos pechos.
Una alondra, de pronto, lanza un trino en la rama

y se abre paso un hombre... y el Concurso lo aclama...
Silencio!.. **ES EL POETA**, de alma grande y estoica...
Y ES ESTA LA CORONA DE VENEZUELA HEROICA!

CORONACION DE _____

VERSOS A PAEZ

El poeta Alfredo Gómez Jaime, actualmente Encargado de Negocios de Colombia en esta ciudad, recitó en homenaje al autor de "Venezuela Heroica", los versos consagrados a enaltecer la gloria guerrera del Aquiles americano.

Gómez Jaime sabe decir los versos, dándoles intensidad. De aquí que a cada estrofa sucediera un largo aplauso, y que cuando evocara la figura del llanero, sembrando estrellas en el cielo venezolano con la punta de su lanza, un estremecimiento conmoviera el coliseo en todas sus direcciones, y los aplausos prolongados se convirtieran en una ovación.

LA APOTEOSIS

Terminado el discurso de orden a cargo del doctor Félix Quintero, quien se desempeñó con brillantez y lucimiento, se sucedió la apoteosis.

Claveles y rosas fueron cayendo en lluvia perfumada sobre el símbolo resplandeciente de "Venezuela Heroica"; claveles y rosas que al parecer caían desde el cielo, lanzados por angélicas manos; claveles y rosas de los jardines de esta ciudad que al dar "a la sagrada lid tanto caudillo", supo hacerse digna del canto homérico, y aprendió desde entonces a glorificar a sus hijos esclarecidos.

(De "El Universal").

A DON EDUARDO BLANCO

Para cantar patrióticas hazañas
Te prestaron aliento los condores,
La Fama áureo clarín, hondos rumores
El trueno que retumba en las montañas;

Las pampas expansión, ritmo las cañas,
Las cumbres altitud, los valles flores,
Trinos de primavera los alcores,
Paladines gloriosos las Españas.

Bolívar es el dios de los combates
Que en luz de aurora bañas, y que mudan
Del orbe el porvenir. . . Por eso entonan

Hoy su canto en tu honor nativos vates,
Las sombras de mil héroes te saludan,
Los cielos de la Patria te coronan.

Felipe Tejera.

VENEZUELA HEROICA

(Composición leída la noche del 28 de julio de 1911, por el joven
Faustino Hurtado S., en la coronación de Don Eduardo Blanco)

Mi voz es mi Patria, cuerda en inmensa lira;
mas-si una débil cuerda vibra por causa extraña,
toda la lira enorme se estremece y suspiru;
así al alzar mi acento, la Patria me acompaña.
La Patria! que en cien años tántas veces ha visto
a Caín, en la noche, volver ensangrentado;
y que en el negro Gólgota, alanceada cual Cristo,
nuestras crueldad e injurias ha siempre perdonado.
La Patria! que olvidando su propia desventura,
hoy se siente de rosas, pobre madre doliente,
y a uno de sus hijos, sonriendo con ternura,
exorna de laureles la venerable frente.

Callado cual las nubes que viajan en el viento,
como el judío errante sin encontrar reposo,
huye implacable el Tiempo. Las razas, ciento a ciento,
nacen, viven y mueren; el soplo del coloso
a Tiro, Atenas, Roma, colérico derrumba;
sólo, de entre la yedra del roto monumento,
sólo, cítara en mano, de esa espantosa tumba
se eleva, como un ángel, cantando el Pensamiento.

CORONACION DE

El Pensamiento humano —arco iris de oro;
de Norte a Sur tendido sobre el azul celeste—
que imaginó mil dioses y un Olimpo sonoro;
dió a las olas, sirenas; ninfas, al bosque agreste;
con hierros en el Cáucaso, entre la densa bruma,
bajo el buitre insaciable, puso al Titán vencido;
e hizo surgir a Venus, madre del cruel Cupido,
torciendo sus cabellos, de la nevada espuma.
Por él, héroes y justos gozan de eterna gloria,
vemos triunfar la Grecia de las hordas de Asia,
llenos de sangre cruzan los déspotas la Historia,
y hermosa es siempre Elena, y encantadora Aspasia.
¿Quién iguala a ese mago de la prosa y el verso?
¿quién niega que es divino? si él dice "¡Levantaos!"
¿no se abren los sepulcros? y, como Dios del caos,
del caos del Olvido ¿no arranca al Universo?

El tiene sus apóstoles. Esos hombres sagrados
del buril y la lira, los Dantes y Herodotos;
cada siglo más grandes, leídos y admirados,
con aureola de estrellas en los tiempos remotos.
La Patria ama a sus justos; por eso es hoy dichosa;
por eso aquí sonriendo, por mano de una hermosa,
corona, agradecida, de inmarcesibles lauros
las sienas de un apóstol, cantor de sus centauros,
de esa legión rebelde de águilas altivas,
Bolívar, Anzoátegui, Páez, Ricaurte, Ribas...
¡Escultor de proezas en mármol de Carrara,
que en "Venezuela Heroica" se transforma en Homero,
y que formó su pluma de una astilla de acero
de la épica lanza del León de Payara!

Oh pabellón sublime! así como tu manto
cobijó la pujanza de los Libertadores,
bien merece ese libro, que les eleva un canto,
lucir en su portada tus alas tricolores.

En él, bajo tu égida, se eternice el prodigio
del grupo de estudiantes, bañados por la Gloria,
que arrebatan con Ribas, héroe del gorro frigio,
a siete mil centauros el triunfo en La Victoria;
viva la luz purpúrea de los valles de Aragua
cuando explosión inmensa de súbito se escucha,
y Boves, asombrado, desiste de la lucha,
mirando en San Mateo la gigantesca fragua;
el Aquiles de Apure que, en la boca la lanza,
sobre un caballo blanco, seguido de llaneros,
a las rápidas ondas del Arauca se lanza,
de frente a los cañones y húsares iberos;
y aquellos hombres férreos que, extrañamente mudos,
cruzan, el agua al pecho, las salvas llanuras
y en medio de huracanes, descalzos y desnudos,
escalan, como cóndores, las andinas alturas;
y viva Carabobo, donde como un Vulcano
la Libertad destroza los grillos de la raza,
se apearon para siempre, con la espada en la mano,
el bravo de los bravos y el impetuoso Plaza;
donde de sus corceles ante el templo de Jano,
Carabobo convulso, de cuya enorme lidia
"Valencey" se retira con su bandera al viento,
como en lucha con tigres, paso a paso, sangriento,
retrocede a sus selvas, un león de Numidia;
y fulgece Bolívar, que de opresión extraña
jura arrancar la América, sobre el Sagrado Monte,
y con su espada de oro, muestra a la madre España
que el sol, ya en sus dominios, desciende al horizonte.



CORONACION DE _____

Honra al patriota ilustre que une el canto al ejemplo,
Honor al hombre público, honor al noble anciano,
que enaltece las glorias del pueblo soberano;
y, al descender de un cargo, piso sin mancha el Templo,
y en su hogar se le encuentra con el libro en la mano.
La Patria orna a su apóstol de eternos resplandores,
pues ella, cuando cantan a sus Libertadores
a quienes dió la leche más blanca de sus senos,
tiene en sus bellos ojos una lágrima menos,
y brisas celestiales columpian sus colores!

ANTONIO JOSE CALCAÑO HERRERA.

OFRENDA DE LOS DIRECTORES DE COLEGIOS

Honorable Junta "Venezuela Heroica",
Señores:

Pequeño, ante la honra que la generosidad de mis compañeros hiciera recaer sobre mí, cuando designaran al más incapaz de entre ellos para que en su nombre llevase la palabra en este acto, sólo me presta fuerzas, por una parte, el culto que rindo a la obediencia cumpliendo los deseos de tan nobles adalides de la ciencia, y por la otra, lo trascendental y sublime de tan bella como justiciera fiesta, en donde, al recuerdo de nuestras glorias pasadas, enmudece el cerebro y sólo escucha el corazón.

Mas, ¿qué decir ante los esplendores de esta fecha memorable, primera de cuantas registrará nuestra historia, en que congregado en este recinto lo más granado y culto de la sociedad venezolana, viene, aunando todo el calor del patriotismo a fundir en el crisol de sus almas el oro de su admiración, que junto con el oro de la tierra habrán de formar la más hermosa corona que pueda ostentar sobre la frente el épico escritor de nuestra Independencia, soberbio clarín que entonando en los aires sus más brillantes acordes por la libertad de nuestro suelo va a confundirse con ellos, para ir, traspasando el azul, a perderse por los dilatados horizontes de la inmortalidad?

Y ¿cómo dejar oír mi humilde acento en este día grandioso en que todo un pueblo, lleno de dignidad y noble orgullo, viene a pagar

aquella deuda de gratitud que contrajeran, ya muertos sus mayores, con el hijo esclarecido que supo en alas de la fama pregonar sus victorias en el más bello poema de su emancipación, "Venezuela Heroica", arca magnífica en que la Patria, a la par que guarda el más rico tesoro de sus heroicos recuerdos, es el deleitoso encanto en que engreída muestra a la generación que se levanta aquellos de sus hijos que no cabiendo en el hogar que amante les brindara, se fueron a añadir a los espacios el más hermoso sistema en cuyo centro fulgura como gigante sol el alma de Bolívar, guerrero portentoso, dominador de imposibles, que semi-dios en la Tierra, también impuso al firmamento su cielo constelado de estrellas, y brilla aquí Carabobo al soplo prodigioso de su ingenio y allá Boyacá, nos muestra a los fulgores de su luz el nacimiento de Colombia y más al Sur Pichincha que como en eterno zenit sofrena al sol en la desigualdad de su carrera y Junín que desbordada en cataratas de oro siembra el Perú de inagotables minas y al fin fatigado y rendido cede a Sucre un pedazo de gloria y surge Ayacucho que dilata su lumbre como aureola de virgen.

Sí, "Venezuela Heroica", es el espléndido cuadro en que admiramos aquel torrente de amor, desinteresado y ardiente, que cultivado en algunos corazones fué a derramarse luego en nuestro estéril suelo convertido en arroyos de sangre para servir de riquísimo abono a aquella primera semilla de nuestro patriotismo.

Ella, el suntuoso templo en cuyos altares resplandecen sobre pedestales de gloria los mártires sublimes de nuestra emancipación y a donde la Patria en sus horas de dolorosa angustia lleva a la juventud adolescente para que reciban en él la comunión del patriotismo.

Ella también aquella formidable cadena que comenzando en La Victoria va a cerrar Carabobo por último eslabón construido con el acero centelleante del Genio de Colombia, para ostentar entre su férreo lazo, jadeante y exánime el robusto cuello del León Castellano, quien, generoso, escucha alborozado el heroico grito de independencia y gloria con que nuestro pueblo entusiasmado pregonar al Universo la libertad de un Continente, y olvidando su derrota, orgulloso, contempla su victoria, la victoria de sus hijos.

Ella, en fin, la reliquia sagrada, el álbum de la familia venezolana, donde conocemos a nuestros antepasados, no en esos retratos vulgares que el tiempo les arranca a nuestra vista, sino en ese retrato, sublime

CORONACION DE _____

y misterioso, que brota de la pluma a impulsos del cerebro y que al contrario de los primeros, el tiempo, como la sombra, sólo lo ha servido para hacer resaltar en él junto con el todo el parecido de la imagen, toda la realidad de su grandeza.

"Venezuela Heroica" es la vida de un puñado de muertos en el divino alcázar de la gloria. Pero, para describirlo era necesario conocerlo; Eduardo Blanco dejó vagar su pensamiento hasta los palacios del Dios Marte, recorrió el Olimpo, y cuando descendiera de nuevo entonando el himno de los inmortales, entonaba su propia inmortalidad, "Venezuela Heroica".

Nuestro pueblo le aclama lleno de admiración y de júbilo y cada pecho prende al calor de su entusiasmo el más hermoso laurel, cuyas hojas inmarcesibles entretrejidas por la gratitud y ofrendadas por el corazón habrán de simbolizar sobre sus sienes el íntimo abrazo de los vivos, como el más puro homenaje a la memoria de los muertos.

De igual manera, herederos de las mismas glorias y por tanto deudores de la misma gratitud, nosotros los Directores de Colegios de esta ciudad venimos a tributarle el testimonio de nuestra admiración y nuestro reconocimiento al ofrendarle en esta humilde pluma, a la vez que el emblema glorioso de sus triunfos presentes, el presagio de muy nuevos y aún más hermosos en el porvenir.

J. A. VILLAVICENCIO.

EL LIBRO

Composición dedicada a DON EDUARDO BLANCO, insigne autor de "VENEZUELA HEROICA", en la solemnidad de su coronación.

OBJETO simplísimo en su forma, el libro es en su esencia, en sus inagotables propósitos, venero inexhausto de aliento animador del mundo; ya enseñando como maestro; ora alegrando los cortos días de la existencia cual amigo fidelísimo y consejero el más discreto; bien

provocando con la amenidad de sus halagos la dicha del sosiego, cabe las frescas frondas y los jardines florecidos del ingenio y del arte, o manteniendo, merced a la contradicción, las luchas de las ideas, en torneos gallardos, donde los paladines del talento se estimulan y elevan sus espíritus en la defensa y con el triunfo de la verdad.

Bajo ese aspecto inabarcable, en su faz moral, el Libro es algo muy superior, con mucho, a todo concepto que se pueda expresar: es el alma de la humanidad formalizada en un ente concreto, tangible para el hombre.

Si queremos indagar los orígenes de la vida universal, el Libro es nuestro mejor guía: la Biblia, decano excelso, que en sus principios nos conserva aquellos de Moisés vetustos expedientes, los más antiguos testimonios, y cuyos folios guardan esa Ley de las leyes el Decálogo, incomparable programa de documentos, como dijo Le Play; libro siempre estudiado por los sabios, frecuentemente combatido, y nunca vencido en las contiendas: porque es riquísimo caudal de ciencia, de moral, de poesía; porque es la fuente donde el alma, en los estremecimientos que le causan las tormentas de la vida, apaga sus ardores y colma sus anhelos, arraigando en el corazón, en el mundo del sentimiento, las prepotentes fuerzas de la Religión que, al decir del notable historiador Weber "no es sola una faz, sino la totalidad de la vida interior; el destello divino de donde emanan todas las actividades intelectuales; el campo en donde brotan a la luz todas las diferentes flores del espíritu".

Si el amor a la sabiduría aguija nuestro estímulo para rendirla el mejor culto, el Libro revela los más recónditos secretos: nos trasporta hasta el remoto Oriente, y nos lleva a aspirar las auras prístinas que mecieron la cuna de la Filosofía, allá, en Mileto; luego, en Atenas, nos fascina con la imponente majestad de Sócrates, cuya égida fecundante se reproduce en sus escuelas y llega a culminar en el saber inmenso de Platón que, en tres torrentes, se precipita desde el Liceo, con Aristóteles, desde el Pórtico, con Zenón, y desde las Academias que arrulló el Cefiso, para confluir en aquella escuela itálica de Pitágoras, cuyos dogmas alimentaron la tendencia eleática de Jenofontes y las de Heráclito, Epicuro y Pirrón, pasando luego al Lacio, para allí transformarse en el eclecticismo de Horacio, en el socratismo elocuente de Cicerón

y en el estoicismo de Séneca, hasta quedar establecida en su sede romana, bajo la alianza que el idealismo griego y el teosofismo asiático pactaron en el neo-platonismo de aquella Alejandría, que fué como puente de oro por donde la Filosofía, ora pagana, ora ungida con el óleo cristiano, transitaba entre Atenas y Roma, para expandirse luego por todos los ámbitos del mundo con los impulsos que le imprimen Santo Tomás, Descartes, Leibnitz, la Enciclopedia y tanto cerebro formidable, hasta que en nuestros días, entre las contrarias inclinaciones de la materia, la razón y el espíritu, forcejea por regresar al paganismo de su origen.

El Libro es el maestro custodio del Derecho; augusta ciencia ésta de la equidad y de la justicia, baluarte y refugio del hombre en todos los conflictos de la vida, de su honor, de sus afectos; ciencia que por sí sola bastó a dar lustre y prez al pueblo más sabio y noble de los tiempos: Roma, y que se perpetúa consagrada por la sabiduría de los legistas: reyes, emperadores, pontífices, magistrados del pueblo, en esos monumentos inmortales que llamamos Institutas, Capitulares, Decretales, Partidas, Códigos. . .

El Libro es testimonio y vocero de esotra noble ciencia que conoce la estructura de nuestro organismo, ve sus actos y sus internas y externas relaciones, procura medios de mantenerlo en normalidad y en salud; inquiere, describe y clasifica sus más complicadas afecciones, y calma sus quebrantos por medio de fórmula eficaz o con la certera intervención del admirable arte quirúrgico; todo para combatir la ley inexorable de la muerte en alivio del dolor humano: ¡¡Santa profesión de sacerdotes abnegados de la diosa Caridad!!

El Libro nos habla el simbólico lenguaje matemático, y, con la exactitud del cálculo, analiza lo infinito, mide los espacios, predice maravillas y catástrofes. . . Pone en nuestras manos el Universo, y, si en alas de la Astronomía nos traslada a esas misteriosas regiones donde vagan millones de mundos por las órbitas que a su perpetuo movimiento trazó el dedo de Dios, y donde nos es dado contemplar todo cuanto es admirable en el estudio que hurtó la vista a Galileo al querer sorprender los arcanos del poderoso astro radiante que nos da luz y calor, y contribuye a la vida y la armonía de la Creación; con las ciencias geológicas nos precipita a los senos profundos del

Planeta, cuyos enigmas nos descifra analizando el tesoro de sus ricas entrañas y las titánicas luchas de los contrarios elementos en la circulación de fuego de sus venas.

En las infinitas armonías del arte musical, ese otro simbólico lenguaje del pentagrama, el Libro nos deleita, sublimando el sentimiento cuando canta con todas las alegrías, cuando gime con todos los dolores, cuando enardece la bravura del heroísmo en los combates, cuando conmueve el alma en los místicos deliquios del fervor religioso.

El Libro es preciosísimo joyel donde las musas desgranar los aljófares de la divina poesía; es norma del buen decir, que, preparada en la penosa gestación del silabeo, desde el modesto banco de la escuela, llega en la cátedra, en la curul, en la tribuna, a enseñar, a convencer, a fascinar con el poder de la elocuencia; es faro luminoso que, en medio a la selva oscura de la vida, alumbrar el áspero sendero del deber, y marca los abismos que a cada paso atraen con el vértigo producido por la pasión indócil; es el atalaya de la Libertad: la Prensa, que sólo temen y encadenan las propias culpas íntimamente acusadoras de la vil tiranía.

Finalmente, el Libro, en la admirable multiplicidad de sus aspectos, es también la Historia: árbol coetáneo del mundo y siempre fresco, que a la vera inmutable del tiempo vive con él, rejuveneciendo a cada instante con nueva savia; cuya raigambre, alimentada en sus primeros brotes por la remota tradición, la poética leyenda y el canto popular, se nutre luego con el abono que la mano del hombre saca de las entrañas de la tierra, removiendo las ruinas de los pueblos pretéritos, para arrojarlo al pié del tronco, que crece, y se agiganta, merced al hacinamiento de tumbas, armas, inscripciones, monumentos... Arbol a cuya sombra solazados y adormecidos por la varia fragancia del tupido follaje, leemos en cada hoja un nombre y una fecha, vemos en cada rama un pueblo, y en sus diversas flores, la virtud, el vicio, la infamia, el sacrificio heroico: porque allí viven juntas, la roja flor del crimen y la cándida flor de la inocencia.

Sirve también el Libro, acaso con iguales eficacia y poder que para el bién, para extender el mal; ya francamente cínico, ora capcioso y sutilmente encubierto con la opulencia de vibrante literatura o el atractivo de narraciones o de escenas más o menos verosímiles; influjo peligroso, por cuanto el hombre muéstrase más inclinado hacia todo

CORONACION DE

aquello que tiende a librarlo del yugo del deber halagando sus pasiones y excitando sus sentidos; pero así debe ser, puesto que el Libro, alma de la humanidad, fatalmente ha de llevar consigo toda la complejidad que a la formación de esa alma compuesta aporta el alma individual: por eso el libro mata u odia, es generoso o mísero, culto o ruin, áspero o delicado, torpe u honesto... con todo, supera siempre al individuo en la virtud de la sinceridad, que, bueno o malo, el Libro surge a la vida, y vive, y se nos muestra tal cual es. Contra su influencia perniciosa bastan los medios que no escapan al espíritu recto, pero que han de tener como agente primordial la voluntad firme y juiciosamente dirigida.



Toda tendencia ennoblecedora del espíritu es obra más perfecta que el necesario estímulo en pro del desarrollo de la belleza material: porque la nobleza del alma es luz sin la cual los cuerpos de mayor hermosura serán como los lirios de los campos en la lobreguez de las tinieblas. De aquí que la gloria del Libro, su perfeccionamiento, su apoteosis sean el más alto blasón, el progreso más útil, el triunfo más lisonjero de la dignidad y del honor de un pueblo.

Por eso nos colma el corazón de regocijo esta solemne fiesta en que admiramos nuestro cielo en todo el esplendor de su purísimo azul, limpio de esas nubes de tempestad y de ignominia que siempre lo interrumpen, pero que el sol de la justicia desvanece un momento, para hacernos gustar la primavera y atraernos con el aroma embriagador de las únicas flores dignas de engalanar con su belleza la centuriana frente de la Patria: las virtudes; bien sean las de los héroes máximos, artífices de maravillas sin cuento, génesis de nuestra nacionalidad; bien las de la constancia en el honor, que, aunadas con el preclaro ingenio, cantaron en forma excelsa aquellas maravillas; bien las de un talento generoso, que, acechando el instante oportuno, supo honrar la memoria de aquellos héroes con la demanda de merecido galardón para el egregio cantor de su heroísmo.

De hoy más el Libro dirá a las generaciones sucesivas que, en nuestros tiempos de emulaciones y egoísmos, hubo un día de digno culto para él en esta tierra, en donde la idea de libretar un Continente nació vigorosa y prosperó lozana, cultivada con paternal amor, defen-

didada con constante denuedo, ilustrada con sabia austeridad, santificada con noble martirio por los que fueron: España y Gual, Miranda y Roscio, Madariaga y Sanz, Sucre y Ribas, Páez y Mendoza, los Salias y Arismendi, Tovar y los Monagas, Urbaneja y Soublette, Piar, los Montillas, los Paz del Castillo, Urdaneta . . . y todos cuantos llenan la gloria de COLOMBIA, que es la gloria del MUNDO AMERICANO presidida por el insuperable genio de BOLIVAR.

De hoy más el poema que nos cuenta las hazañas de La Victoria, el sacrificio de San Mateo, la intrepidez de Las Queseras, los estragos de La Puerta y de Urica, los triunfos de Carabobo y Boyacá, y todos, en fin, los más rutilantes episodios de nuestra sublime epopeya nacional, traducida en la mirífica conjunción de dos vocablos: "VENEZUELA HEROICA"; ese libro de perdurable vida, hogar donde una mano experta pusiera en combustión los perfumes más exquisitos en holocausto a las divinidades de la Patria; ese libro, en los fulgores de su gloria, ha de iluminar también de hoy más en lo futuro, y por imposición de suprema justicia, el nombre de Emilio Constantino Guerrero, adalid asimismo de las letras, y quien, desde el más alto vértice de la Nación, con hidalga presteza, reclamó al pueblo el cumplimiento de una deuda patriótica de gratitud, mostrándole la limpia frente de don Eduardo Blanco, para que, al ceñirle áurea corona de laurel y mirto, se tribute a la Patria reverencia, consagrando las canas venerables de un patricio ilustre con el ósculo santo de la ofrenda.

Honremos, pues, el libro, pero honrémoslo siempre, en todo momento, por todos los medios adecuados, y creceremos en dignidad y en poderío; y andemos persuadidos de que los pueblos desatentos a sus sabias lecciones, los pueblos que no le dan su amor ni apoyan sobre él la dirección de sus destinos, terminan, enervados en pugilato infecundo con la fuerza.

El libro es talismán que salva las naciones; por eso es el mejor emblema de la Patria.

RAFAEL ACEVEDO.

www.libtool.com.cn

EPIGRAFE DEL CANTO A PAEZ

Dedicado al ilustre autor de "Venezuela Heroica"
en su coronación

Todo el prodigio del sin par llanero
resplandece en tu libro; en él, vibrante,
como en la heroica fábula de Homero
es gloria y luz tu inspiración gigante!

Edecán del magnífico lancero
que a La Victoria conquistó arrogante;
en tu apoteosis saludarte quiero
noble reliquia del honor triunfante.

Entre regios fulgores y armonías
tu Patria entera, con caricia franca,
quiere premiar tus altas bizarrías.

Lauros de fuego la ovación arranca,
y el magno sol de los augustos días
parece arder en tu cabeza blanca!

ALFREDO GOMEZ JAIME.

Caracas, 28 de julio de 1911.

PALABRAS DEL GENERAL PEDRO ARISMENDI BRITO,

Delegado de la Academia Venezolana en el acto de la coronación

EGREGIO COLEGA: Os traigo la palabra de la Academia Venezolana, Correspondiente de la Real Española. Debíais esperarla ciertamente de labios que tuviesen más elocuencia que los míos, pero no más derecho, como que en ese Instituto es de rigor el respeto a la antigüedad, y yo desgraciadamente soy el de más años entre los académicos, a la vez que por fortuna también el más antiguo de vuestros amigos, si me es permitida la grata inoportunidad de recordar, en tan solemne instante, cómo, en los mejores años de la vida, compartimos, no pocas veces, ora el vino espumoso de las alegres fiestas, ora el pan escaso y desabrido de los azarosos campamentos.

Y bien está a la Academia Venezolana acudir a arrogarse una buena parte de esta glorificación, si no porque, custodia del idioma, tiene manifiesta jurisdicción sobre el hermoso libro, conquistador de los fauleles que hoy se trasladan a vuestra frente; si no por el envanecimiento que éstos le inspiran, por el deber al menos que, como nobles y adictos colegas, tienen sus miembros de venir en auxilio de vuestra modestia, abrumada por el peso de esta insólita manifestación.

He mencionado los laureles que han dormido hasta ahora sobre vuestro libro, y que de ahí han subido a adornar vuestra frente, y los he mencionado por ser de absoluta oportunidad.

Sí; la lectura de un libro que hasta el presente es la más hojeada historia de nuestros máximos héroes aparece, por el momento, como el eco persistente del ruidoso entusiasmo patriótico de los últimos días y haciendo así más querido vuestro nombre, logra presentaros con vuestra pluma, no menos patriota que aquellos guerreros con la espada, en esa feliz conjunción que establece la fantasía por la cual al nombrarse a Aquiles se anuncia ya a Homero y que nunca ha dejado brillar una espada al pie de una bandera sin que al propio tiempo haya hecho resonar gloriosamente una lira.

Y ¡hasta dónde ha exagerado esa conjunción vuestro libro que mostrando el fulgor de los aceros reflejado en el oro de vuestra pluma

logra dar al estilo con la resonancia de los primeros, el brillo de joya del segundo!

www.libtool.com.cn

Los individuos de número de la Academia Venezolana, patriotas, todos de estirpe, y que para mayor decoro son, como vos, señor, cultores de la lengua de Cervantes, hacen, como lo véis, acto de presencia en esta glorificación, que así aparece vuestra, como del noble idioma en que escribís, y al ver que, más que complaceros, os duelen estos honores, no tienen rebozo en arrogárselos y en declarar envanecidos que ese generoso libro, que adoptan cariñosamente, constituye a la par de una brillante joya literaria, el homenaje más íntimo y menos controvertible que se ha hecho hasta hoy a la gloria de nuestra Patria y al renombre de nuestros héroes.

PALABRAS DEL DOCTOR PEDRO MANUEL ARCAJA,

en representación de la Academia Nacional de la Historia

SINGULAR favor me ha dispensado la Academia Nacional de la Historia al designarme para expresar su complacencia por este hermoso acto, comisión gratísima que vengo a desempeñar gustosamente porque fiestas como la que presenciamos son testimonio fehaciente de cultura y nobles sentimientos en las sociedades que las realizan.

Profunda satisfacción ha causado a la Academia Nacional de la Historia el honor que hoy se discierne a don Eduardo Blanco, uno de sus más meritorios individuos y ciudadano digno por todos respectos de las más altas distinciones. Honor muy merecido es éste, recompensa justa, premio bien ganado porque en verdad don Eduardo Blanco con su libro "Venezuela Heroica" levantó un monumento imperecedero a las glorias de la Patria y élla debía manifestarle su gratitud como ahora lo hace.

Este libro, señores, perdurará porque es el exponente de las cualidades excelsas del alma venezolana, adormecidas en ocasiones y como muertas, pero que siempre se han revelado en las horas trágicas de nuestra Historia, y son en los humildes, la virtud de la abnegación y en todos la fácil exaltación del ánimo al calor de ardientes entusiasmos.

Ellas, cuando estuvieron orientadas por un pensamiento verdaderamente trascendental, el de la Independencia de la Patria, transformaron en héroes los caudillos y en falanges libertadoras la masa de los soldados anónimos. Después, por carencia de grandes objetivos, empleamos mal esas mismas cualidades en infecundas contiendas civiles y de allí que forzosamente degenerasen, pero su raíz aún vive en el fondo del alma popular.

El entusiasmo que es fe ciega y optimismo que no mide obstáculos movía a nuestros héroes a aquellas pasmosas empresas suyas que hoy nos deslumbran. El eco de ese entusiasmo incontenible vibra en los relatos de "Venezuela Heroica" como en aquel de Las Queseras del Medio que inmortalizó grabándolo a perpetuidad en la memoria de las gentes del grito "Vuelvan Caras" proferido por Páez que encarnaba en ese momento todas las audacias de que es capaz el pueblo venezolano.

No parece, señores, sino que tanto hubiera conmovido a don Eduardo Blanco la remembranza de los grandes sucesos de nuestra Historia que al cabo su espíritu hubiera llegado al mismo grado de exaltación del de nuestros Próceres durante la magna lucha y así le hubiese sido posible describir con vivo colorido sus proezas. En efecto, los capítulos de "Venezuela Heroica" no son frías narraciones sino cuadros llenos de vida como pintados por quien hubiera asistido a las batallas, oído el estampido del cañón, los hurras estruendosos del triunfo y los ayes dolientes de las víctimas y hubiera contemplado aquellos espectáculos de épica belleza cuando al sonido de las músicas marciales, en la llanura inmensa, iluminada por el brillante sol tropical, bajo el azul purísimo de nuestro cielo contra los batallones realistas a quienes engrandecían y multiplicaban los espejismos de la caldeada pampa, se precipitaban los ágiles escuadrones patriotas, los terribles lanceros que hallaban el más intenso placer en jugar temerariamente la vida. Sin duda, señores, el autor de este libro halló su inspiración en las proclamas de Bolívar que guardan en sus frases relampagueantes el alma de aquellos sucesos portentosos, porque fué por la sugestión de su genio como pudieron realizarse, por las irradiaciones de energía de su voluntad incontrastable.

Señor Don EDUARDO BLANCO: La Academia Nacional de la Historia os presenta sus más cordiales y sinceras congratulaciones.

www.libtool.com.cn

HOMENAJE AL AUTOR DE "VENEZUELA HEROICA"

el día de su coronación

CUADRA bien en la frente del anciano
La corona de auríferos laureles,
Pues de la patria historia trazó fieles
Los episodios con diserta mano.

Porque ha llevado allende el océano
Cual en alas de olímpicos corceles,
En alto los simbólicos carteles
Del límpido blasón venezolano.

Prez! al varón, que da a la Patria gloria
Sin tributo de sangre ni de llanto,
Que las páginas manchan de la Historia.

Alcen las ninfas del Anauco en tanto
En honra de su cívica victoria,
De la lira al compás pomposo canto.

DOMINGO GARBAN.

PALABRAS DEL POETA ANDRES ELOY DE LA ROSA

www.libtool.com.ch

Respetable auditorio:

AL VENIR a suplir mi palabra la palabra del doctor Arminio Borjas en la recitación de unos versos gallardos por valientes, confieso que soy audaz a la vez que complaciente. Audacia que me arma contra los temores de mi Raza; complacencia que me acerca mucho a los buenos hijos de mi Patria.

Patria y Raza que nacieron quién sabe en qué surco amable de esta tierra y quién sabe de qué noble entraña ibera; Raza que concibió esclavitudes dando en fruto libertades; Patria que para abrir sus puertas de Independencia construídas con la madera de muchos corazones, tuvo para sus goznes la fundición de todas las espadas y fué aceite, señores, la sangre de todas las heridas; Patria, que si se ha hecho tumba para sus pasados héroes legendarios, ha sido siempre cuna para sus viejos heroísmos; Patria, en fin, en donde portadores de la pluma han llegado a hacerse Homeros; Goyas, los legítimos maestros del pincel y en donde cada soldado pensando en Ayacucho, ha sabido ser un Carabobo!

Esta heroica Venezuela tiene abierto un camino de inmortalidad por entre los desfiladeros de los años. Adelante, muy cuesta arriba, van los Libertadores con un brillo de sol a las espaldas y un brillo de gloria en los aceros. Detrás de la Libertad sigue la Ciencia y con la Ciencia el Arte.

Cómo van de brazo los Cecilio Acosta, los Vargas, los Andrés Bello, los González, los Rojas, los Tovar, los Michelena, todos ellos hijos de la Fama, que dejando atrás lo negro de la vida, se despidieron de nosotros casi con la cabeza blanca.

Y si no nos quejamos de esa ausencia ni lloramos esos muertos, es porque tenemos todavía la Gloria derramada entre los vivos: allí está Tito Salas, el pintor sublime, que puesto de pié sobre el pedestal del genio, se levanta joven y gallardo como un semi-dios del Arte; aquí, Don EDUARDO BLANCO, el venerable señor del suave rostro y los cabellos canos, cantor ilustre que ha puesto en lengua de oro todo lo que de oro tiene nuestra Historia.

CORONACION DE _____

¡Venezuela! deja pasar por esta escena de tu Gloria y de tu Vida el viento más perfumado de tus campiñas y el más fuerte de tus cumbres, para que se lleve, bajo el ala, el rumor de esta apoteosis por toda la América Española.

¡Señor de las nueve musas!, el verso también os viene a coronar! Oíd el canto.

VENEZUELA HEROICA

AL POETA QUE CORONA UN PUEBLO, EN TESTIMONIO DE ADMIRACION:
A DON EDUARDO BLANCO

(Composición leída el 28 de julio de 1911 por el joven
Andrés Eloy de la Rosa)

“Tú que despiertas mi genio, oh
“arpa mía, desciende del muro en
“donde estás suspendida en medio
“de los escudos: que la oscuridad
“que vele el pasado se disipe a tus
“acordes: haz revivir a mis ojos los
“héroes muertos”.

(Ossían - Poemas gaélicos)

I

¡Poetas de Morvén, bardos de Escocia
A la par trovadores y guerreros
Que alzábais al final de las batallas
El himno altivo del combate fiero;
Poetas de la vieja Caledonia

Que en medioevales tiempos
Cantábais las hazañas milagrosas
Y los amores de los héroes muertos;
Tú, dulce Ossían, a quien amó Malvina

Con un filial afecto,
Y en tu vejez sin luz fue, generosa,
Como ánfora sagrada de recuerdos
Para guardar tus cantos
Y recoger tus versos;
Tú, cantor de la Iliada,
Tú, peregrino ciego,
El de la blanca barba,
El de inspirado genio,
El de armoniosa lira
De épicos cantos, inmortal Homero;
Tú, triunfador armado de pentámetros,
Tú, divino Tirteo,
Cuya lira fué espada,
Cuya espada fué el verso,
Venid: y a los fulgores de la luna,
Junto a un bosque de mi indiano pueblo
Escuchad las proezas portentosas
De nuestros héroes muertos,
Cantadas por el bardo
De mi nativo suelo
A quien tú, dulce Ossían, prestaste el brillo
De tus himnos guerreros,
Y a quien diste las épicas trompetas
De tu poema, Homero,
Y a quien cediste el fuego de tu alma,
Oh divino Tirteo! . .

II

Aquí bajo la sombra de una ceiba,
O de un bucare de follaje espeso,
Bajo la lluvia de sus flores rojas
Que semejan la sangre los muertos,
Depositad las arpas, oh Poetas!
Para que cante en su cordaje el viento:

CORONACION DE

Concentrad el espíritu
Para pensar en legendarios hechos,
Y del bardo que narra nuestras glorias
Oíd el canto épico,
Que la epopeya de la Madre augusta
Empieza ya con inspirado acento:
"El estruendoso ruido de las armas (*)
"Ni su crugir siniestro
"No despertaba en nuestros altos montes
"Los adormidos ecos.
"La cautiva España, abandonada
"A su destino acerbo,
"El pesado sopor de los esclavos
"Sufría resignada en el silencio.
"Nadie le hablaba halagador lenguaje
"De las proezas en que aprende el pueblo
"A venerar el suelo en que se nace
"Y a amar el sol que fecundó ese suelo.
"Mudos se sucedían
"Los tiempos a los tiempos
"Sin que los padres a los hijos diesén
"El vino del recuerdo
"Que conmueve las almas por glorioso,
"Que exalta los espíritus guerreros
"Y que el orgullo patrio
"Alimenta y embriaga con ejemplos.
"Sin fastos, sin memorias
"Y sin otros recuerdos
"Que el bochornoso ultraje
"Hecho a la libertad de un mundo nuevo
"Por las férreas plantas
"Que cien aventureros
"Dejaron estampadas

(*) Los versos que ven entre comillas son una paráfrasis del principio de la Introducción de "Venezuela Heroica", de Don Eduardo Blanco.

"En la altiva cerviz de todo un pueblo
"Nuestra historia era un libro de hojas vírgenes
"Que en no remoto tiempo
"Ostentaría los sonoros ritmos
"De un himno gigantesco"

.....
.....

III

Y pasaron los años,
Y corrieron los tiempos,
Y despertó el esclavo
Y se sintió sacudimiento intenso
Que conmovió las bases de granito
Del mundo americano.
Y como un reto
De muerte o libertad, se alzó Bolívar
Frente al León ibero...

.....

Y oíd! Es "La Victoria!"
Y ved! Es "San Mateo!"
¡Vibran las trompas épicas
Como una tempestad! ¡Revienta el trueno
Fulguran los relámpagos!
¡Ruge el cañón soberbio!
Densas nubes de humo
Empañan el zafiro de los cielos..
¿Qué pasa? ¿Qué sucede?
¡Que sobre los escombros del "Ingenio"
Ricaurte se remonta a lo infinito
Sobre un carro de fuego!..

CORONACION DE

.....
"Valencia"... "Maturín"...!

www.libtool.com
Aquí la Patria

Dejó un girón de su vestido egregio!..

Aquí, rotas las alas,

Detuvo el Triunfo su naciente vuelo!..

Oíd! El bardo canta:

"De la sangre

"De esos mártires nuevos

"Renacerá triunfante la República:

"Dios muestra con su dedo

"Un gran proscrito que el Caribe cruza,

"Si rota el alma, de esperanzas lleno".

IV

Y escuchad! Canta el bardo

La atrevida "Invasión de los seiscientos",

Canta "La Casa Fuerte"

Y de "San Félix" el combate cruento,

Y canta "Matasiete"

Y "Queseras del Medio",

Legendario combate de Centauros

Digno de ser cantado por Homero,

Y a "Boyacá" y a "Carabobo" ensalza

Con el clamor de sus clarines épicos...

Decidme, nobles bardos

De los pasados tiempos,

¿En las heroicas lides

De vuestros semi-dioses y guerreros

Hubo una lanza que brillase tanto

En los combates con fulgor intenso

Como la lanza del invicto Páez?

¿Hubo un "Negro Primero"

Que rasgando el dormán ensangrentado

Para mostrar el pecho

Donde enemiga mano

Dejó surcos abiertos

Dijese: "General, vengo a traerle

"Mi adiós, porque estoy muerto"?

VI

Ossión, Ossión! Tus nobles descendientes
También su sangre a nuestra Patria dieron:
Con la "Legión Británica"
Se confirmó la fama de tu pueblo,
Nada faltó: ni el sacrificio heroico
Ni el sereno valor de tus guerreros:
Nada faltó: ni el bardo
Para cantar la gloria de tus hechos!

VII

Cuando las notas vuelan
Del sonoro instrumento,
La vibración en el espacio flota,
Se va esfumando en el espacio inmenso,
Y desfallece en las aéreas ondas
Bajo el azul del cielo
Cuando los pueblos alzan
El lábaro sagrado del Derecho,
Los ecos del clarín de la victoria
Persisten en el alma de los pueblos.
Toca a los bardos conservar latente
La vibración de los brillantes hechos,
Y eco de las batallas es el Libro
De donde surge generoso ejemplo
Que fortalece el alma vacilante
Cuando envilece el despotismo al pueblo.

VIII

¡Generación naciente, no en el ocio
Gastéis de vuestras fuerzas el acervo!
No viváis olvidados:
No paséis en silencio!
¡Felices los que mueren cuando todo
Retumba con la fama que obtuvieron
Porque sus nombres llenarán la Historia,
Y llorarán las vírgenes por ellos! . . .

* * *

CORONACION DE _____

Coronad al cantor: su altiva frente

Destella luz en el nativo suelo

Y a su conjuro surgen

Las magnas sombras de los héroes muertos.

Su voz es epopeya:

Su Libro, cofre de joyeles regios:

Su canto, Marsellesa que recorre

El diapasón del trueno:

Sus frases, oro de gloriosa herencia:

Su fin, la Patria: nuestro honor su objeto.

Y recordad, al recordar las páginas

De su poema excelso,

Que la herencia sagrada nos obliga

A luchar con denuedo

Por conservar incólume el legado,

Y acrecentar la fama de este suelo

Donde no caben, a la sombra augusta

De tanto mártir generoso y bueno,

Ni oprobiosos tiranos,

Ni débiles, ni viles, ni protervos!

LUIS BOUQUET.

DISCURSO DE ORDEN DICHO POR EL SEÑOR DOCTOR FELIX QUINTERO

Honorable señor Presidente y demás Individuos de la
Junta "Venezuela Heroica",

Señores:

ESTREMECIMIENTO de gloria sacude el gran mundo de Colón, desde las golpeadas riberas del Caribe, hasta la tierra antártica habitada por el araucano indomable. La nota épica y sonora vibra por todos los ámbitos de la América Tropical, y reflejándose sobre el dorso del Ande majestuoso sus ecos han recontado a la vieja Europa las hazañas inmortales, los titánicos esfuerzos y los sacrificios heroicos, que consumaron en no lejano día estos pueblos, para gozar de las dulces frui-

ciones de la Libertad y alcanzar las inmanentes prerrogativas de la Soberanía y de la Independencia.

Y este siglo, que abre sus puertas al progreso, con las maravillosas conquistas de las ondas eléctricas, rápidas como el pensamiento mismo que transmiten y como él invisibles y misteriosas, y con el portento de la navegación aérea, que hace de la atmósfera un poderoso rival de los caminos de hierro, y un émulo peligroso de los dominadores del océano, el siglo XX, digo, presenta también á la contemplación de la humanidad el magnífico espectáculo de ver la heroica y caballeresca Iberia, rebosante de júbilo, celebrar en íntima confraternidad con sus colonias de ayer, los solemnes festivales centenarios, conque el patriotismo americano ha querido dejar imperecedero en memoria de los tiempos, el recuerdo de la conmemoración de la fecha genésica, donde nacieron estas opulentas comarcas á la vida republicana y á las prácticas del derecho y de la democracia.

Y Venezuela, que por una predilección del destino, fué la escogida por el Genio de América para lanzar, la primera, el sublime reto, ha hecho alto en la pendiente de dolores y desastres á donde la condujeran infortunios pasados, y con la faz sonriente y henchida de esperanza, renace á palpar, y aguijoneada por su olímpico atavismo, hace de presente en estos días clásicos, si no con los deslumbramientos de una próspera ventura, sí con el entusiasmo patriótico que se enardece en el fondo del corazón, cuando surge á la mente la obra gigantesca de Bolívar, quien convierte la noche tenebrosa de la esclavitud en una radiante aurora de bellos y esclarecidos ideales.

Y esta hermosa fiesta, que por circunstancias especiales ha venido á formar parte de las muy patrióticas decretadas y presididas por el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, para celebrar el 5 de Julio de 1911, comprueba lo asentado, porque darse cita en este amplio Coliseo, el Poder, con toda su autoridad y su sanción; con sus maravillosas manifestaciones, el talento; la música, con sus arrobadores embelesos, que hacen olvidar las amarguras del vivir; la poesía, con la indescriptible belleza de su arte; y en fin, la mujer, esa deidad subíime, que ya arrastra con su desdén al fondo de insondable abismo, ora eleva con sus encantos á la felicidad y á la ventura; congregarse repito, tan sugestivos elementos, para tributar espontáneo

y brillante homenaje al gallardo autor de "Venezuela Heroica", es una demostración de verdadero patriotismo, que enaltece al pueblo venezolano y le despierta el estímulo para las magnas empresas, donde se agigantan los hombres y las naciones hasta llegar á la cumbre de las grandezas humanas.

Pero mucho había de faltar en tan selecto conjunto. Nuestro helénico orador, que á semejanza del celebérrimo de Atenas, se remonta como el águila á las alturas donde nace el rayo que fulmina y se quiebra la luz en hermosa cinta de bellísimos colores, para extasiar el auditorio con su verbo siempre elegante y castizo, no puede ascender á esta tribuna, y como la ley del contraste hace resaltar más á los grandes, se me escogió á mí, quien no presenta otros títulos para merecer tanta honra, sino los que dan la admiración profunda y el entusiasmo ardiente, que despiertan en mi espíritu las resplandecientes glorias nacionales.

Después de esta excusa, vuestra indulgencia se impone.

El numen tutelar de la Patria, inspira a don Eduardo Blanco, cuando escribe su épico libro, y por eso la Iliada venezolana, recoge en sus páginas brillantes todo el caudal de grandeza y de majestad que necesita para fascinar; toda la luz de purísima blancura y de nítidos cambiantes que dilata la imaginación por los espacios de la fantasía, donde se forjan las creaciones homéricas; todo el heroísmo de una raza legendaria, que ha culminado siempre como los astros luminosos, despidiendo haces de claridades infinitas, en una palabra, el soberbio ardor del patriotismo todo, que conmoviendo las fibras del sentimiento nacional, pregona en períodos esplendentes las batallas peleadas por los héroes de la Libertad, cuyas gloriosas proezas, sustituyen los espectros humillantes del coloniaje, con los deslumbradores atractivos de la República.

Y no solamente "Venezuela Heroica" estriba su enorme trascendencia en la forma y manera bosquejadas, sino en su profundo fondo filosófico y moral, porque levantar el espíritu público, mantenerlo siempre predispuerto para acometer todo género de sacrificios por la Patria, recordarle en todo tiempo los hombres y los hechos que han cautivado la atención universal por lo insólito de sus hazañas y por el resultado grandioso de sus consecuencias, y todo esto, revelado en estilo sublime y con las bellas figuras literarias, secretos del buen decir, es haber

pensado hondamente en la filosofía y en la moral, y hacerse acreedor del alto renombre con que la sociedad de Caracas, y en general la de Venezuela entera, distinguen al insigne autor del famoso libro, que, pasando por sobre la insidia de pasiones bastardas, llegará a la posteridad rodeado del sólido prestigio que caracteriza por siempre las obras imperecederas.

Cuando el espíritu, fatigado por las inconsecuencias de las terribles luchas por la vida, duda de la eficacia de los grandes ideales, y se entrega abatido y triste al escepticismo, que lo esteriliza y lo deprime; cuando el corazón anonadado por el sufrimiento, siente tardar las acompañadas pulsaciones y debilitar sus energías, haciendo palidecer las nobles pasiones, que lo levantan y enaltecen; cuando la voluntad decae y en sus ruinas funestas sepulta el carácter, la más hermosa de las prerrogativas del hombre, entonces, ábrase a "Venezuela Heroica" por una de sus primeras páginas, y se encontrará con José Félix Ribas, quien en la jornada inmortal de La Victoria, inflama el corazón con los sentimientos del más fiero heroísmo, enardece la voluntad con la heroica resolución de vencer o morir y deslumbra el espíritu con la visión sublime de la Patria, que, ahogada en la sangre de sus hijos, demanda el exterminio de la tiranía, para poder contemplar en su estrellado cielo el sol esplendoroso de la Libertad.

Y más adelante aparece sobre su indómito corcel el llanero impertérrito, quien, al bote de su ponderable lanza, hace trepidar las esmeráldicas llanuras, como agitadas por causas misteriosas. Es Páez el legendario, es Páez el homérico, que se prepara con sus escasos centauros para acometer la más atrevida empresa que registran los anales de la guerra, desbaratar en pocos instantes el ejército aguerrido, prestigio de la Ibérica Monarquía, y emerger entre todos sus compañeros de aquel entonces como la genuina personificación del coraje de los venezolanos, cuando defienden una santa Causa y se inmolan en aras de levantados y humanitarios principios.

El "Vuelvan Caras" de Las Queseras del Medio, es la expresión sublime inspirada por el heroísmo más acendrado, es el "quid divinum" de la Victoria en aquel momento supremo, es la voz de la pericia y de la estrategia militares de todos los tiempos, condensadas en dos palabras, y es por último el clarín de la fama, que perpetúa de manera

tan gallarda, brillante e insólita en la Historia contemporánea, la memoria de un héroe, que al bañarse en los esplendores de la gloria conquista las serenas regiones de la inmortalidad.

Hagamos alto y tomemos aliento. El Libertador presencia aquella lucha casi mitológica, y en elocuente Proclama que la posteridad ha guardado cuidadosamente como el modelo más perfecto de la literatura guerrera, aplaude, celebra y sanciona el estupendo triunfo republicano; y como arrebatado por un torbellino de excelsa emulación, se precipita sobre los enhiestos ventisqueros de escarpadas montañas, aspira allí el éter puro de aquellas libres altitudes, tiende su mirar de fuego sobre el dilatado suelo granadino, concibe el titánico plan que sólo su mente abarcadora de espacios y de mundos, podía fraguar, y a la manera de esos asoladores rayos que se desprenden de lo alto en las plácidas noches de verano, calcinando y pulverizando todo lo que a su vertiginoso descenso opone resistencia, así Bolívar cae de improviso sobre el campo inmortal de Boyacá, destruye a Barreiro, lo aprisiona en compañía de las intrépidas huestes, acelera su derrotero marcial, entra en medio de ovación delirante a la famosa capital del Virreinato de Santa Fé, y al conjuro de su esplendente espada surgen coronados por la gloria los Estados Unidos de Colombia.

Abísmase la inteligencia del hombre ante la concepción portentosa de la campaña trasandina, y asómbrase la razón más aún, de la constancia, celeridad y precisión desplegadas por el Libertador para llevarla a cabo y sacar las inmensas ventajas derivadas de aquel triunfo colosal; prodigios del Genio, maravillas de esos seres superiores, venidos al mundo para verificar extraordinarias transformaciones, que modifican, trastornan y cambian la vida de los pueblos y conducirlos por rumbos extraños a la posesión de un porvenir risueño, donde puedan servir con los dones regalados por la Naturaleza al desenvolvimiento del progreso y a los adelantos de la civilización.

Dos años más, y la Corona de Castilla perdería para siempre el codiciado feudo, cuya dominación le importaba un acervo de sacrificios, riquezas y desvelos, que a otra que no hubiera sido la Roma de la época moderna, la habría abatido hasta su completo aniquilamiento. Dos años más, y los relámpagos de Carabobo eclipsarían las fulguraciones con que Boyacá había deslumbrado a la América. Dos años

más, y Bolívar con su incontrastable carácter y su actividad casi sobrehumana, haría a Venezuela dueña de sus propios destinos.

Suspéndese el ánimo al pensar en aquel duelo olímpico, combinado por el Genio de Colombia con todos los recursos inagotables de su alma, inmensa como el Universo donde campea y fecunda, como la infinita fuente de donde dimana, para sellar el proceso sangriento de una lucha aterradora y despiadada que había trocado en vastos eriales y necrópolis extensas, los frondosos y exuberantes valles de la Patria.

Sobre las sabanas de Carabobo va a librarse la postrera y más trascendental de las batallas, para la existencia soberana de la Nación. En el andar de los días discurre el 24 de junio del año de 1821 y cual dos gigantes separados por odios implacables, que quisieran al primer empuje de sus coléricas bravuras quedar aventados en la candente arena, así aquellos dos potentes ejércitos pretenden en formidable choque, solventarse las sangrientas deudas, acumuladas por terribles rencores en tantos años de combates cruentos y de principios y tendencias contrapuestos.

El encuentro es titánico. Se destrozan, se arremeten los batallones de héroes, se clarean las filas, retroceden para volver a cargar con más ardor bélico, heroísmos indescriptibles se suceden. El relincho de los caballos, el chisporrotear del fusil, las imprecaciones guerreras, el estruendo del cañón, las épicas proezas son incontables, la confusión espantosa y el humo de la pólvora oscureciendo aquella estupenda tragedia, que más bien ofrecía el dantesco panorama de un incendio devorador provocado por el Semi-Dios americano, para que se consumiera la arrogante autoridad castellana y surgiera de sus cenizas, exornada con los arreos de la Victoria y a la sombra de gloriosos e inmarcesibles laureles, la libertad de este pedazo de hermosa tierra americana.

La mágica noticia de Carabobo corre por toda la América y se transmite hasta las más apartadas comarcas, y junto con ella va el nombre glorioso de Bolívar, quien a los esclarecidos títulos de Libertador, Genio de Colombia, Semi-Dios Americano, agrega otro, más grato a su corazón de patriota y más prestigioso y sugestivo para las páginas de la Historia, el de Gran Padre de la Patria.

Lo narrado en pálidos tonos, y toda nuestra vida homérica la dice "Venezuela Heroica" en ese lenguaje épico, privilegio de los talentos

CORONACION DE _____

elevados, para los cuales no se hace esperar la justicia. Tal acontece hoy, que por iniciativa de un ilustrado joven Presidente, se reunió la honorable Junta, presidida por el austero sabio, a quien nadie disputa la vanguardia cuando se trata de las glorias patrias, para preparar esta solemne sesión, donde la imparcial y bella Clío, pone en manos de don Eduardo Blanco, autor de la sublime Epopeya, la hermosa presea, simbolizadora de la admiración y gratitud de sus compatriotas.

Recíbidla, señor, como el tributo máspreciado ofrecido a vuestros relevantes méritos, y ceda el campo vuestra natural modestía a la satisfacción intensa que ha de proporcionaros el refulgente lauro, el primero de esta clase adjudicado en Venezuela, porque él, ya en las tranquilas tardes de vuestra existencia, os dirá cómo la generación presente ha sabido agradecer las producciones con que vuestro ingenio engrandece la Patria cantando sus puras y resplandecientes glorias en la obra inimitable, fundamento granítico donde descansa el empinado pedestal de vuestra personalidad literaria, y de vuestro acendrado patriotismo.

Y sean estas lides hermosas de culto civismo, el augurio venturoso de la perdurable confraternidad entre los venezolanos, para que bajo la égida de esta paz garantizada por el orden, el respeto y la tolerancia pueda la Patria entrar con paso firme y seguro a la posesión de lisonjeros destinos, donde la envuelvan para no eclipsarse jamás, el progreso con sus fúlgidos resplandores y la civilización con sus portentosas conquistas.

"VENEZUELA HEROICA"

Al Dr. Emilio Constantino Guerrero.

ESTA NOCHE se efectuará en el Teatro Municipal el acto de la Coronación de Don EDUARDO BLANCO, el eminente autor de "VENEZUELA HEROICA".

Muy digno de semejante homenaje juzgamos al Cantor de nuestras glorias épicas, pues en ese libro admirable se rememoran con entusiasmo y brío los hechos culminantes de nuestra Epopeya.

"Venezuela Heroica" es el libro de la Patria, y ello justifica la fama y popularidad alcanzadas por esas páginas flamantes, en las cuales se siente palpitar el alma vigorosa del autor.

Se dirá que "Venezuela Heroica" no es propiamente un libro de historia, pero es la exaltación del patriotismo en un poema lleno de episodios brillantes, de rasgos sublimes y descripciones de tan intensa vida, que el ánimo se conmueve y nos sentimos propensos a aplaudir, sin discutirlo, todo cuanto allí se dice de los héroes y de sus estupendas proezas.

Pero no es, como pudiera creerse, un entusiasmo irreflexivo el del autor, sino el reflejo de arraigadas convicciones y de un espíritu genuinamente patriótico, que siente todo cuanto exterioriza con una viveza tal de colorido, que pasma y maravilla.

A Bolívar y la pléyade de nuestros Libertadores, se les rinde en esas páginas culto de admiración y gratitud, y sus portentosas hazañas parecen como esculpidas en un bloque de mármol.

Y hay trozos en "Venezuela Heroica" de tan marcado relieve, que tienen la alteza, la vehemencia y el brillo deslumbrante de la pluma apocalíptica de Víctor Hugo.

La circunstancia muy rara entre nosotros, donde realmente no existe el hábito de la lectura, de que esa obra haya alcanzado una quinta edición, indica, de manera elocuente, cómo el pueblo venezolano ha apreciado los hermosos cuadros trazados por la pluma de tan noble escritor.

Leer un trozo de "Venezuela Heroica", es algo así como darse un baño en la piscina de la inmortalidad y sentirse reanimado con el espíritu de patriotismo que emerge de esas brillantes páginas.

Conceptuamos apropiada la lectura de tan bello poema a los que sientan decaer el ánimo o duden de las energías latentes del pueblo que llevó a cabo hechos de tal naturaleza, que no deslucirían en la historia militar de la Grecia de Milcíades, la Roma de Escipión o la España de Viriato.

De ahí que consideremos, no sólo justo, sino necesario, el homenaje que se rendirá en breve al insigne autor de "Venezuela Heroica", porque él constituye, además, un noble estímulo para las Letras patrias.

CORONACION DE DON EDUARDO BLANCO

La cabeza apolínea de don Eduardo Blanco soportará muy bien esa corona de oro, por ser un tributo de la gratitud nacional a quien, con su pluma coruscante, ha coronado a la Patria con el nimbo de la inmortalidad.

Venezuela tenía una deuda de gratitud con el eximio cantor de nuestras glorias patrias y nada más oportuno que cerrar las fiestas centenarias con la coronación de nuestro Homero.

¡Salve, ilustre cantor de la Epopeya, salve!

VICTOR MANUEL OVALLES.

Caracas: 28 de julio de 1911.



BAJO EL SIGNO DEL AVILA

www.libtool.com.cn

EDUARDO BLANCO

Y

LA GENESIS DE "VENEZUELA HEROICA"

POR

SANTIAGO KEY - AYALA

LOANZA CRITICA





DON EDUARDO BLANCO

DAMOS agradecidas gracias al magnífico Maestro Dr. Don **SANTIAGO KEY AYALA** por su bondadosa autorización para incluir en este libro de homenaje a Don **EDUARDO BLANCO** sus admirables páginas sobre el glorioso autor de "**VE-NEZUELA HEROICA**", de quien fué fiel amigo y colaborador fervoroso.

Ediciones L. A. V.
RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE.
Director.

www.libro.com.cn
¡ mi hijo.

¡ osacabos que principios la vida, en medio á
su conquras de la patria, sin públen virtudes
por imitar, ni ejemplos sanos que seguir, ni as-
piraciones nobles que admirar, y amenazados por
el desecimiento de todos los principios que
leen al alma y rigorizan el corazón; á osacabos
sedición setas osadros -históricas, reflejos de
de las pasadas glorias de Venezuela, en que
aprecar de la ondul de mi pluma, brillan esta
luz como resplandeciente la alta virtud de
aquellas heras, osada que, digna, altiva, res-
petada, levantaron la patria á la altura
de las pueblos civilizadas.

Cuando la cimiento pernicioso de nuestras
políticas pasiones permite inductos, pesados, en
cuando marchite el accionero los feblancos
osacos de nuestra patria, osadros; cuando
la duda penetra en osacabos, osadros, y el
vil materialismo osadros de osadros en os-
cuerpo la radiosa claridad del espíri-
tu; cuando osadros del hábillos osadros,
por alcanzar un ideal que hulla de osadros due-
lo, ~~osadros~~ osadros a osadros osadros os-
gulla humilladas, y os asalte el desprecio, y
osadros yo entricis en tentaciones de despreciar
la tierra en que nacisteis y maldear la patria;
osadros este libro, osadros osadros osadros,
y deberos á osadros padre, si en la tierra que
osadros osadros, un sentimiento noble y osadros
osadros, osadros á las osadros de osadros, osadros

E. Blanco
La osadros de 1878.

Dedicatoria hasta hoy inédita. Don Eduardo
Blanco la escribió para la Primera edición de
"VENEZUELA HEROICA" - 1883.

Deferencia del _____
Doctor D. Oscar Augusto Machado.

"VENEZUELA HEROICA"

www.libtool.com.cn

DEDICATORIA INEDITA

A mis Hijos:

A vosotros que principiáis la vida en medio de las congojas de la patria, sin públicas virtudes que imitar, ni ejemplos sanos que seguir, ni aspiraciones nobles que admirar, y amenazados por el descreimiento de todos los principios que enaltecen el alma y vigorizan el corazón; a vosotros dedico estos cuadros históricos, reflejos de las pasadas glorias de Venezuela, en que a pesar de la rudeza de mi pluma, brilla resplandeciente la alta virtud de aquellos héroes que, digna, altiva y respetada levantaron la Patria a la altura de los pueblos civilizados.

Cuando la simiente perniciosa de nuestras políticas pasiones germine en vuestros pechos; cuando marchite el desengaño las blancas rosas de vuestros puros sentimientos; cuando la duda penetre en vuestros corazones y el vil materialismo se esfuerce en oscurecer las radios claridades del espíritu; cuando cansados del batallar continuo por alcanzar un ideal que huyó de vuestro suelo, sintáis vuestro orgullo humillado, y os asalte el despecho, y como yo entréis en tentaciones de despreciar la tierra en que nacisteis y maldecir la patria: abrid este libro, recorred sus páginas y deberéis a vuestro padre, si no la dicha que deseara ofrecer, un sentimiento noble y generoso, extraño a las miserias del presente.

EDUARDO BLANCO.

Caracas, julio de 1883.





www.libtool.com.cn

BAJO EL SIGNO DEL AVILA

EDUARDO BLANCO Y LA GENESIS DE "VENEZUELA HEROICA"

Se escribieron estas páginas para leerlas ante un grupo de amigos, a modo de conferencia.

Se editan hoy, en corto número de ejemplares, con el fin de conservar entre unos cuantos devotos de las Letras, noticias que interesan a la Historia.

HAY MUCHO de pueril y candoroso en las llamadas revaluaciones literarias. Un crítico, una generación, se arrogan el privilegio del acierto y revisan los juicios de los críticos y de las generaciones anteriores. Desde luego, ese nuevo juicio no tiene más valor absoluto que los precedentes. Cuanto al relativo, no podría tampoco pronunciarse si es mayor o menor: el hecho de haber sido el último en hablar, no otorga patente de acierto. Pero, en definitiva, el mérito absoluto de los autores, aun de los más grandes, —y de éstos, más que de los pequeños— siempre está en tela de juicio. No hay, no puede haber, valuaciones definitivas. El gusto de las generaciones, cambiante por el mero mecanismo de la vida, obra milagros. Da muerte, a veces en garrote vil, a reputaciones que se decían consagradas; resucita reputaciones que se juzgaban muertas; enciende en gloria imprevista nombres que fueron siempre oscuros, como otras estrellas "nova", prendidas de súbito en la soledad de los cielos. Milagros que duran por unas cuantas generaciones, a veces por una sola. No hay grande escritor que no

haya sido menospreciado por gentes dilectas. Medianías de una época son ídolos de otras.

Tales revaluaciones tienen, sin embargo, como toda crítica, un valor preciso. Si no nos dan la estimación positiva de lo criticado nos dan, en cambio, un concepto muy aproximado de los críticos. Además, tomadas en conjunto, simulan el relieve de los autores mismos. Constituyen una serie de diferenciaciones, de la cual podemos deducir lo que es permanente y lo que es aluvial en la obra y en el espíritu humano.

Quiero hablar hoy de un escritor que vivió hasta ayer entre nosotros, y para quien ha comenzado ya la posteridad. Su fisonomía, individual, no colectiva, se desprende por sí sola de la generación literaria a que perteneció cronológicamente. Así, con fisonomía singular, se ofreció a sus contemporáneos y se ofrece a los que inmediatamente le han seguido. Levantó entusiasmos duraderos, y alguna obra suya alcanzó el mérito envidiable de ser tenida por algo consubstancial con la patria, como el gran poema nacional, cifra y transfiguración de la nacionalidad. "Venezuela Heroica" fué nuestra *Ilíada* y Eduardo Blanco, el anunciado, suspirado Homero de nuestra *Epopéya*.

EDUARDO BLANCO parece el más indicado de nuestros viejos escritores para intentar con su obra una revaluación: quiero decir, una valuación nueva. Educadas las generaciones que le han sucedido, por los fríos maestros del positivismo, vale la pena de preguntar cómo resiste el cálido entusiasmo de EDUARDO BLANCO al contacto frígido de una crítica científica o seudocientífica. Si ha de helarse en definitiva el generoso fuego que es una antorcha en "*La Victoria*" y "*San Mateo*" y errar como fuego fatuo de declamación vacía, o si ha de fundirse la corteza glacial para que las almas de los hijos se abrasen hoy, como se abrasaron ayer las de los padres, en llama de orgullo y ambición de sacrificio ante el espectáculo del valor heroico.

Con todos esos distingos, voy a hablar del hombre y de la obra: de la obra, primero, y luego del hombre y otra vez de la obra y el hombre. Hablaré a un tiempo del uno y de la otra, por más que parezca ir contra la lógica y contra los principios críticos, y por más que repugne a mi propio espíritu la repetición. Es, sencillamente, que en EDUARDO BLANCO la obra y el hombre son una cosa en sí, y no es posible intentar siquiera el quebranto de esa unión irrompible.

Porque, precisamente, el carácter más resaltante en EDUARDO BLANCO es el de ser el autor de su obra. Y entiéndase que para mí, como para todos, la obra de BLANCO es "Venezuela Heroica". Sus demás trabajos, novelas, cuentos, —hasta un drama— no son su obra. No es el autor de "Cuentos Fantásticos", ni el de "Zárate", ni el de "Lionfort", ni el de "Fauvette": EDUARDO BLANCO es el autor de "Venezuela Heroica". Así, cuando el propio día de su muerte inició que los venidos después de él al dolor y al placer de las letras, le rindiésemos homenaje de cariño, nuestro homenaje fué: al autor de "Venezuela Heroica". Sobre él y no sobre otro alguno, había caído el símbolo de la coronación, ante la ciudad que agasajó su juventud desbordante y cubrió de flores su ancianidad, aunque entristecida, vigorosa.

Insistiré en este punto más adelante. Hay libros que no guardan con el hombre que los escribió la relación íntima y psicológica de la obra con el autor. Vale la pena de estudiar en nuestro caso si esta relación existe. Pues, al tratarse de EDUARDO BLANCO, el punto adquiere una significación nueva. Precisa decirlo sin cobardes rodeos. Desde los propios días de su irrupción a plena luz en el proscenio de la fama, se le ha negado por muchos, la paternidad de su libro.

Fué, y lo tengo bien averiguado, uno de los grandes dolores de su vida. En su yo intelectual, como en su yo civil, escogió el fátum para herirle, con sabia crueldad, la entraña que en él era soberana, su corazón de padre.

Primero fué el rumor oscuro y anónimo que asaltaba su probidad literaria. Como él hubiese salido de la sombra y la anonimia en letras, para colocarse de súbito en la luz y el renombre literarios, partió de la oscuridad y de la anonimia el grito ponzoñoso. No es BLANCO el primero herido así, ni su caso el sólo ejemplo de tal precio de dolor reclamado y pagado por la gloria del triunfo. No una sino muchas veces se ha empurpurado la misma flecha con la sangre triunfal de escritores y artistas.

A "Venezuela Heroica" se le han dado en secreto los más diversos padres. Frente al espectáculo del éxito feliz hay espíritus poco elásticos que reaccionan con violencia. Gentes hay también, de generosa elasticidad espiritual. Ante la victoria ajena se expanden y son capaces

de contener el ajeno triunfo. Otros no lo pueden. Carecen de expansibilidad. Su rudo material se rompe, y estallan instintivamente, sin conciencia del acto, en cascotes informes que si no matan, hieren.

A "Venezuela Heroica" se le han dado los padres más absurdos. El severo y sobrio Yanes. El correcto y majestuoso Fermín Toro. Un deudo del propio Blanco, de ignotas aficiones literarias, entre cuyos papeles se habrían hallado los originales del libro. Hasta aquellos dos poetas, que la naturaleza y el dolor hicieron hermanos, los Manrique Jérez, cuyos versos estaban rimados con sangre de alma y cuyo romanticismo quejumbroso era legitimado por el más cruel infortunio.

Podría ser de cualquiera el libro resonante, con tal no fuese de quien lo había escrito. Y mientras se buscaban autores increíbles, allí estaba denunciada por mil signos como patente, la paternidad legítima de EDUARDO BLANCO. Digámoslo ahora para repetirlo dentro de un momento: es en verdad el autor de su libro; porque lo es en el hecho y el hecho puede probarse; sobre todo, porque él era "Venezuela Heroica" viviente y "Venezuela Heroica" era EDUARDO BLANCO hecho frases y fijado en hoja de papel y letra de molde.

Rota la Gran Colombia y muerto Bolívar, el caudillo ideal y genial, queda Páez como caudillo natural de Venezuela. Es el pueblo sintetizado en una figura representativa de sus heroísmos, sus astucias, sus arranques de generosidad, sus docilidades admirables, sus frecuentes rebeldías, sus marchas increíbles y sus hazañas legendarias. Las clases civiles se rinden a la realidad; se apoyan en el pueblo hecho poder, en la roca viva puesta al descubierto, y sobre ella comienzan a reconstruir las capas aluviales de cultura que lavó y arrastró la creciente de la revolución. Páez viene a ser el centro mecánico de una evolución cultural. Su caso será típico. El caudillo departirá llanamente en los corredores de su mansión con los hombres de pensamiento, se interesará en los problemas de cultura universal y nacional; en cambio, apenas interrumpido el respetuoso silencio y el atento escuchar por un elogio cortesano o una observación aguda, narrará sus proezas con ingenua sencillez pictórica, que las hará más vivas y admirables. Así será hasta el fin de su carrera, cuando, anciano combatido, lindero de la derrota, ya culto y siempre vigoroso, reuna en torno suyo una juventud dorada

que sabe danzar y combatir, amar y morir, bailar en los salones de Caracas y pasar hambre y sed en el cerro o en la pampa. La voz del caudillo asume entonaciones paternas. Riñe a los jóvenes por sus locuras, por sus audacias excesivas; pero en el fondo, todas esas diabluras le halagan. Ser edecán de Páez vale por ser capaz del sumo desprecio de la vida, del sumo desafío a la muerte. Sus edecanes se llaman Venancio Pulgar, EDUARDO BLANCO... El valor y la audacia de Pulgar hacen creíbles las más estupendas hazañas. Puede suponerse que no tenían límites. Son historia y parecen fábula.

EDUARDO BLANCO, valeroso, audaz, de gallarda jactancia, de voz armoniosa, de porte varonil, es mimado de los salones. Su vigor físico cede sólo al del propio Páez. Su fuerza es tanto muscular como nerviosa. Postrado en cama a consecuencia de una hemorragia, BLANCO recibe la visita de un amigo. El médico le ha prescrito reposo por temor a la ruptura de vasos sanguíneos, pero el enfermo tiene ganas de bromear, y da un chasco a su visitante. Cuando el amigo toma su mano que parece inerte bajo el cobertor, ésta se anima y sin que nada lo anuncie, ejerce una presión creciente, inquietante, irresistible, que el visitante no podía sospechar, y le deja confuso y dolorido.

Páez a caballo se detiene un día con sus edecanes ante un cañoncito de bronce desmontado cuyo peso podría desafiar la fuerza de quien no fuese un atleta de circo.

—¡A ver, —dice— cuál de estos muchachos hace lo que los viejos..!

Se desmonta, y levanta el cañón entre sus brazos sin mayor esfuerzo. El llanero recuerda los primeros tiempos de su gesta, cuando en combates singulares con sus tenientes reivindicaba su aptitud y posición de caudillo. Es un reto paternal, pero es un reto, y va enderezado a EDUARDO BLANCO. El edecán lo entiende. Apéase y reclama todas sus fuerzas para levantar el cañón. Lo consigue, pero sus venas se rompen y vomita sangre.

Tienen los tiempos en su rustiquez algo de caballeresco y medieval. Se ama y se pelea. Hay torneos y cortes de amor. La guerra civil, porfiada, saca a luz noblezas y crueldades de la raza. Actos de ferocidad repugnantes unos, otros de nobleza fabulosa. En el seno de las familias, como en la gesta de la Independencia, se dividen los

ánimos entre los partidos contendores. Noticias que vienen de afuera exaltan a unos y consternan a otros en la misma casa. Y en horas de calma, bajo el techo de la propia sala, en torno de la mesa de caoba, a la luz de la lámpara familiar, muchachas hermanas, primas, amigas, cosen juntas, entre bromas inocentes, divisas rojas y amarillas, éstas para los federales, aquéllas para los centrales, cada cual para el hermano o para el novio.

En ciudades y pueblos triunfa la fiesta ruidosa de los toros coleados. Cólmanse puertas y ventanas del gentío, y por la calle atronada del tropel, pasa veloz y pesada a un tiempo, la res, seguida de jinetes que se disputan la cola y el lazo de cintas que las muchachas prenden al vencedor del bárbaro torneo. A veces un jinete pierde los estribos y va a estrellarse contra la acera; un caballo cae y los demás atropellan con sus cascos al caballero caído; un coleador revienta las correas de su montura y va a dejar en el muro cercano una mancha sangrienta.

Alarmado Páez por una serie de accidentes fatales, prohibió a sus edecanes ejercer el coleo. Cierta día el caudillo presenciaba, circuido de oficiales a caballo, la fiesta popular. Ondeaban las grímpolas en ventanas y puertas sobre las cabezas de mujeres hermosas; de alero a alero chirriaban al viento los flecos de papel de colores abigarrados. En las bocacalles, cerradas por vallas, talanqueras y palizadas, se agrupaban los espectadores. Venía el toro calle arriba, a gran trecho de los jinetes, y cerca de donde estaba Páez, de un gran salto salvó la talanquera y escapóse por la calle vecina. Desconcertados los perseguidores, sofrenaron sus caballos. El alma llanera de Páez, impasible hasta entonces, se le asomó íntegra a los ojos e incendió su cara.

—“Es posible —dijo con rabia— que lo dejen ir!”... y a sus edecanes: “tumben esa m...!” Fué un relámpago. No tuvo tiempo de retirar la autorización. Lanzáronse los caballos tan fogosos como sus amos y casi a un tiempo salvaron también la talanquera. Obra de pocos segundos, el toro rodaba pesadamente sobre las piedras de la calle.

Otra luz, distinta atmósfera. En cierto momento, cansados los partidos contendores, central y federal, pensaron transigir sus diferencias. Se preparó una entrevista de los caudillos, quienes habían de encontrarse en tierras de Carabobo. Encontráronse en efecto Páez

y Falcón y cabalgaron el uno al lado del otro en derecha de la casa de la conferencia. Iban con ellos oficiales brillantes, y un espíritu cordial animaba a entrambas comitivas, como si de pronto se hubiese levantado el viento nuevo que había de barrer odios, preocupaciones y rencores. Llegaron a una altura donde la Sabana de Carabobo se ofrecía clara como en un lienzo de artista. A una frase de Falcón, Páez rompió a hablar de la gran batalla de 1821. "Allá estaba Bolívar"... "Por allí entramos"... "Allá se plantó la Legión Británica"... Lentamente el viejo caudillo se iba animando, y se le oía con recogimiento. Revivía aquellas horas que fueron para él de gloria suprema. Aunque hablaba para todos parecía dirigirse como por costumbre a EDUARDO BLANCO, que le quedaba cerca. El campo de Carabobo se animaba; resucitaban los escuadrones y los regimientos y se chocaban con estrépito. Formábanse en cuadro los derrotados españoles, y los llaneros montaban los infantes a la grupa de sus caballos para ir a estrellarse contra el enemigo... De pronto Falcón, caudillo y poeta, pone su mano en el hombro de EDUARDO BLANCO: —"Joven, —exclama— está usted oyendo la Iliada de los propios labios de Aquiles...!"

Epoca a la vez caballeresca y brutal, de grandezas y miserias, de construcción y regresión, línea de contacto entre dos sociedades perfectamente definidas, una que se va y una que adviene. La generación que hizo la Independencia entrega directamente, sin intermediarios, a la generación que llega, sus recuerdos idealizados por la distancia. La juventud junta en una sola imagen la pintura real de la guerra que presencia y en que es actora, con la pintura idealizada de la guerra de sus padres. Mezcla de realidad y fantasía, de verismo y entusiasmo lírico, ella engendrará a "Venezuela Heroica"!

Concluida la guerra larga de cinco años, los viejos partidos combaten una y otra vez más desangrados, cada vez más borrosos: al fin, no son ya sino sombras de partidos, y sus odios, sombras de odios. Vuelto a la vida civil, BLANCO alternativamente viaja, conspira, lee, y... escribe. Porque un buen día los corrillos y los salones de Caracas saben con sorpresa no escondida que EDUARDO BLANCO se ha despertado escritor. Don Felipe Tejera nos cuenta en los "Perfiles Venezolanos" la sorpresa de la nueva inesperada, y cómo la sorpresa fué

la primera razón de aquella sospecha que prohibía al mimado en los salones ser recibido en el lecho de las Musas.

¿En qué atmósfera intelectual se preparó la transformación? ¿Cuáles padrinos tuvieron en la pila bautismal y cristianaron el recién venido? Tejera nombra a Hugo. Sea; pero yo pondría antes que el nombre del anciano olímpico, el del gascón encantador, misionero del amor a Francia en América, conquistador de almas por el ingenio y la sonrisa.

Los franceses no sabrán jamás cuánto deben al viejo Dumas, padre de mosqueteros inmortales. En la historia de la conquista de América para Francia, son del viejo Dumas los más frescos y fragantes gajos de laurel. Los enciclopedistas se adueñaron de la juventud filosofante. Montesquieu, de los hombres maduros. Lamartine, del corazón de las mujeres y de los donceles de veinte años. Víctor Hugo, de los rebeldes y los declamadores. Cada uno actuó en cierto grupo y en cierta modalidad espiritual. Dumas se instaló familiarmente entre las clases medias del espíritu, y de allí se extendió en todas direcciones. Se codeó con los jóvenes estudiantes, estudiosos y revoltosos; con las señoritas reflexivas y soñadoras; con los amigos del ingenio, con los imaginativos, con los de corazón bien puesto. Sus libros se recibían como amigos viejos de la casa y se leían en común. Difundió el alma de Francia, no por un aspecto, sino en conjunto, y en las formas más amables. No popularizaba abstracciones sino objetivaciones concretas. Hizo convivir a sus lectores con los personajes históricos de Francia. Barajó con tal destreza lo real y lo fantástico, la historia y la leyenda, que dió a los hijos de su fantasía, vida de historia y a los personajes históricos, vida y prestigio de leyenda. Así, la historia y los hombres de Francia alcanzaron en América una comprensión mayor y sobre todo más viva, que los hechos, tan gloriosos y tan nuestros, de España. El buen rey Enrique IV se hace popular; Catalina de Médicis, aborrecida; Carlos IX, despreciado. Se admira a Richelieu; se ve de reojo a Mazarino; entran Turenas y Condés en el rango de las grandezas familiares y la imaginación amiga de aventuras políticas, se solaza con las ingeniosidades y las audacias de La Fronde. Dumas prepara el terreno y lo dispone a recibir los más diversos gérmenes espirituales. Es la corola que seduce con levedad y matices de pétalo, para que vuele por tierra de América el polen de Francia. Es la gracia triunfadora, avanzada inquieta y ágil de un ejército invasor.

Como el romanticismo político y filosófico de la Enciclopedia fecundó la imaginación de los padres, el romanticismo literario de 1830 fecundó la de los hijos. No sin lucha, aunque victoriosamente. La savia de españolismo rústico puede advertirse en la energía de los pensamientos y de las expresiones. Hoy, como ayer, en el añoso y duro tronco hispano se ingertan cual en un patrón rico y vigoroso, a prueba de plagas, los galas flexibles del pensamiento francés. EDUARDO BLANCO nació para las letras bajo tales signos. En su niñez vió ante sí desde los bancos de la escuela, la figura estafalaria y gordiflona de Juan Vicente González; tembló alguna vez a la voz atiplada y a la severidad un tanto mentida del maestro; pero del grande escritor, metido pedagogo, sólo conservó recuerdos cariñosos, picantes anécdotas, el amor a Francia y persistente hasta incorregible descuido de los preceptos gramaticales voceados en la cátedra.

Fácil fué en su ánimo la victoria del francesismo sobre el pseudo-romanticismo y el academicismo, ambos de cepa española, imperante en la mayoría de sus contemporáneos escritores. El amor a Francia se le fué con la vida. Ya anciano, y Correspondiente de la Real Academia Española, su corazón y su manera continuaron franceses. Francés por el amor a los rasgos y las frases de ingenio, por el colorido, por el encanto inagotable de su verbo de *causeur*. Si el Dumas de los mosqueteros alumbró los sueños vacantes de su juventud, el Dumas de "Catalina Howard" y "Cristina" de Suecia, Racine, el de "Atalía", Víctor Hugo, el de "Hernani", ocuparon los últimos pálidos reflejos de su entusiasmo. En sus últimos tiempos vibraba con la epopeya napoleónica, seguida paso a paso en Memorias de la época y en los estudios de Federico Masson.

Tuvo de la historia el concepto épico, la visión caballerescas, el sentido pintoresco y sonoro. Era el gran encanto de su conversación. Más que hablar, pintaba. La estatura eminente, el rostro olímpico, el cuerpo vigoroso, la voz robusta, el acento de sonoridades simpáticas, el gesto amplio y el tono tan flexible, que traducía el color y la emoción. Nació para narrar y era narrador infatigable. No cansaba, ni se cansaba. Yo le oí cien veces, cuando él era Ministro y yo, Director de Instrucción Pública, y conservo clara la visión de la figura y la impresión del acento. Veo el saloncillo estrecho donde el Ministro tenía su despacho y el narrador su tribuna. El *causeur* logró un triunfo

que no había soñado el Ministro. Los empleados de los Ministerios reservan sus votos más enérgicos para los tertulianos que llegan a la hora de cerrar los trabajos del día y prolongan con su charloteo la estada del Ministro y la tortura de los subalternos. Pero, con EDUARDO BLANCO, sus empleados éramos sus primeros voluntarios tertulianos. Las anécdotas seguían a las anécdotas; los cuadros, a los cuadros. Desfilaban pinturas de escenas y hombres, verdaderos cuadros vivos hechos a brochazos resueltos. Iba muriendo la luz del día en el gran patio del Capitolio. Bajo la ventana del despacho, se ensombrecía el agua del estanquillo somnolente. Negro volvíase el espeso follaje de la magnolia y las grandes flores de mármol vaciaban sus aromas, con la sombra, en el estrecho saloncillo. Ya de borrosos no se veían los rostros de los tertulianos. Y entonces, como por fuerza, levantábase la tenida, porque el Ministerio, previsora medida de empleados anteriores, no tenía más luz que la generosa y barata del día...

Era un pintor nato, seducido por la música. Pintó y musicalizó con la palabra; y hubiera podido hacerlo con el pincel, y la pluma del compositor. Joven, cantaba a la ventura, y un músico profesional hallaba en sus cantos, entre reminiscencias de óperas, motivos originales. Cuanto a sus aptitudes de dibujante eran tan espontáneas y fáciles, que pudo utilizarlas como recurso de expresión en circunstancias muy singulares. Hallóse un día en Nueva York ante el mostrador de un gran almacén, con perfecta ignorancia del inglés y obligado a las compras más diversas. Intérprete, ninguno a mano. Y no entendía ni lo entendían. El apuro duró poco. Don Eduardo sacó papel y lápiz. Fluían unos tras otros los dibujos y amontonábanse en torno al comprador las compras, y los curiosos, atraídos por aquella manera de hablar, tan primitiva y a la vez tan "fin de siglo". Al concluir, los yanquis le hicieron una ovación.

Creo que la vida se le ofrecía en su aspecto dinámico. No recuerdo entre sus pinturas, cuadros estáticos. Al menos, lo que él narraba con preferencia, eran las escenas de gran movimiento: caballos encabritados, gestos soberbios, cambios rápidos, de los cuales daba una impresión precisa con la modulación del acento, la interpretación mímica, elegante y correcta. Hasta me atrevo a pensar que, pues la música sugiere la impresión de las cosas movibles, su amor a la música no

era sino forma de su amor al movimiento. Y quizá nacía de allí mismo, su visible instinto dramático!

Los hombres que había conocido, ¡cómo los pintaba! Los había sorprendido en momentos estéticos y de ellos retenía la visión estética de sus vidas. Ora es Páez en la plenitud del poder, que se revuelve gallardísimo, contra un elogio cortesano: —“¿Ven ustedes este Páez de Mata de la Miel, de Mucuritas, de Las Queseras, de Carabobo? . . . Pues jamás pude sostener la mirada del General Bolívar!” Ora es Narvarte, centralista, adorado de amigos y adversarios. Ora Pinto, el impetuoso. Ora Bruzual, soldado sin miedo, espejo de caballeros, estrellita y blasón de las armas federales. Por aquel saloncillo del Ministerio de Instrucción Pública pasaron, llenos de vida, cual otros tantos mosqueteros inmortales, unos con la nobleza de Athos, otros con la ingenuidad de Porthos, el valor sin flaquezas de Aramis, la irresistible simpatía de d'Artagnan. Y alguna vez cruzó también, deslumbrante de blancura, enorme en su fragilidad de lirio, el gran Papa León, el gran Papa de ensueño, tal cual un día cruzó de una a otra puerta, botón de niebla luminosa, por el gran salón de audiencias del Vaticano.

Oyéndole, siempre tuve el dolor de que tantas figuras vivaces, tantos hechos revividos, tuvieran la fugacidad de las cosas efímeras y volvieran para siempre a la nada, muertos que fuesen la voz y el gesto capaces de traerlos a la realidad presente, perdidos para el Arte, perdidos para la Historia. Y me empeñé en decírselo. El pensó entonces fiarlos a la pluma. Pero yo de antemano sabía que al pasar al papel habrían de dejar en el camino el jugo de frescura, la viveza de las tintas, el desarrollo nervioso y el súbito concluir en que la voz del narrador rimaba sin desviaciones artificiales la corriente del pensamiento y el latido del generoso corazón.

Porque el arte de EDUARDO BLANCO era instintivo, ingenuo, y la cultura, si ampliaba su campo, no le daba nuevas dotes. Libre era su talento, al que las trabas artificiales robaban soltura y hermosura, como al potro mostrenco que en su juventud vió él correr a carrera tendida por hatos y dehesas.

En 1875 aparecieron los primeros ensayos literarios de Blanco. Los años siguientes vieron la aparición en “La Tertulia” de los primeros Cuadros Históricos. En 1883, los cuadros, transformados, unieron sus notas en una sinfonía ilustre. Y fué “Venezuela Heroica”.

Título sonoro, hecho para pronunciarse con la boca llena de la grandeza de las palabras. Fué un acierto instintivo. Título feliz y afortunado. Condensaba el contenido; sonaba a marcha triunfal, a "cortejo de paladines" y se popularizó rápidamente. Llegó a conquistar el alma de las multitudes. Se hizo proverbial. Cuando se habla de algo que desborda la realidad, que sacude y estremece de entusiasmo, hidalguías, noblezas, sacrificios, capaces de estirar hasta el límite de resistencia, la fibra humana, y se está ya entre el pasmo y la duda, se dice sencillamente: "eso es Venezuela Heroica".

Bajo el título, como bajo una bandera, cuadros de luz, donde se chocan voluntades con voluntades, al fuego de un sol incendiario, en medio a la naturaleza primitiva como las almas de las masas combatientes, en valles estrechos o en la pampa sin vallados. Son cuadros, grandes lienzos, donde el autor pinta con tal energía fogosa, que asistimos a la batalla, no como espectadores indiferentes, sino como partícipes interesados en el dolor del desastre y en la honda emoción de la victoria. Porque en todos ellos se triunfa al fin, aun cuando sea al precio de angustias y de invaluable sacrificios. Blanco no pinta la derrota, que significaría la inutilidad del esfuerzo, ni la victoria fácil, que valdría por premio no merecido, sino el éxito conquistado por las virtudes viriles de la inteligencia, el valor, la constancia. Su libro es profesión de fe en los milagros de la voluntad. Es una oda en cinco estancias al carácter. Los cobardes y los débiles no caben en su elogio. Aquella generación robusta que combatió por España y contra España en tierra de América y demostró tan formidable reserva de energías para la obra de la voluntad, le provee de momentos estéticos admirables. El deber, la pasión, el santo orgullo, la subliman, y el autor, siguiéndola de cerca, y el lector, arrastrado por el narrador, confunden sus almas en un soplo de fe, de orgullo y de entusiasmo: Venezuela Heroica.

Todo ello es historia, pintada con fuego, cantada con brío, pero historia al fin. Blanco no inventa: pinta lo que ve; pero lo que ve, al pasar por su alma se incendia de súbito, y arde en la pintura como una antorcha, y luz de antorcha anima los hombres y los hechos. A noventa grados de la historia fría, aquí se siente el fuego tropical de un ardor generoso. Su interés por lo que pasa ante su vista no es el del botánico apacible que estudia la respiración de las hojas, ni

el del zoólogo que sigue en paz el desarrollo de un combate de hormigas. Los que allí se chocan no son raíces de plantas, ni tenacillas de insectos, sino ideales de pueblos, y pasiones de hombres. Son además su raza, su pueblo, esos que saben rendir la vida y rendirla con tanta gracia. La raza es pródiga de gestos caballerescos y el alma caballeresca de Blanco se complace en la gallardía de los retos, y en la prestancia de los paladines. Su visión es la heroica; su vocabulario, el de la epopeya. Hasta empresta a las visiones antiguas el aliento que hizo posibles y reales a las imaginaciones ardientes las figuraciones del mito; los jinetes son centauros; los combatientes, ciclopes. Van con Boves las infernales furias. Con esas visiones antiguas alternan visiones medioevales. Paladines que arrojan el guante y bajan al circo; caballeros que al rendir el alma la envían con un mensaje orgulloso a la dama de sus pensamientos, que es la Patria. Triunfen o mueran en la lucha, todos vencen la flaqueza humana, todos, los de uno como los del opuesto bando, se abrasan en el mismo fuego.

Cuando un hecho glorioso se cumple a sus ojos, cuando una hazaña formidable destaca a un hombre del montón anónimo, Blanco no distingue si ese hecho y ese hombre cobran su fuerza ideal en la bandera del rey o en la bandera de Miranda. El entusiasmo pone a vibrar las cuerdas de su laúd hidalgo, su pulmón robusto se hincha y la voz plena, sin temores, se eleva, y el canto envuelve al paladín como una toga y consagra su frente con una corona. Apoteosis de Venezuela; apoteosis de las más nobles virtudes civiles, apoteosis del alma española: "Con la espada del Cid triunfó Bolívar; la histórica tizona blandíala un descendiente del héroe de Vivar".

Pero el ropaje de leyenda no excluye siempre las líneas rudas de la realidad. Pormenores veristas aquí y allá dejan al descubierto la carne viva donde muerde con furia el dolor; las pequeñas miserias; todas las menudencias que achican a los héroes, humanizan a los dioses de la epopeya y carcomen la leyenda. El autor ha visto la guerra; y la verdad presenciada se impone en la pintura. El paisaje siempre triunfador; el vocerío del combate criollo; las nubes de polvo; los caballos sin jinete y los jinetes desmontados que recorren el campo. Hasta allí no más, porque el cantor no tiene ojos para las pequeñeces grotescas ni las crueldades menudas... Blanco tiene el sentido de la multitud y no consiente en abstraer al individuo de la masa, sino cuando el

individuo se agiganta o se empina sobre el montón, sublimado en la cólera, el valor o el sacrificio. Pero entonces, "pone su nombre en la canción"; sopla en su honor la trompa y pone a retumbar en los ecos las sílabas del nombre. En cada cuadro hay así uno, dos, tres, erguidos sobre el pedestal oscuro, sublimemente oscuro de los anónimos.

Blanco es particularmente feliz en los retratos. Los pinta con trazos de fuego. Son retratos vivos, retratos dinámicos. Las líneas se retuercen, se estiran, se encogen, torturadas por la emoción, la angustia, la esperanza, la desesperación. Recordad: Ribas en *La Victoria*; Páez en *Las Queseras*; y sobre todo en *Carabobo*. Bolívar y Boves, frente a frente en *San Mateo*; el joven Villapol, cuando se levanta moribundo a vengar a su padre; el Negro Primero despidiéndose de su caudillo. . . Sólo Juan Vicente González, entre nosotros, ha retratado así. E involuntariamente se recuerda que en los bancos del colegio, oyó Blanco la palabra del coloso.

Blanco obtiene sus efectos por los procedimientos más sencillos, por la aplicación subconsciente de una virtud literaria. Es ingenuo. Se entusiasma y entusiasma. Echa afuera lo que lleva en el corazón y lo induce en los corazones ajenos. Ve lo que está pintando y dice lo que ve. Como siente con fuego, como no está viciado por el servilismo de los preceptos, ni por la hipocresía literaria que desvía la pluma, su prosa responde a las pulsaciones de su fiebre. Cuando describe las impresiones encontradas y violentas, cuando narra la lucha interior y el combate exterior, alcanza su mayor fuerza y escribe cláusulas soberbias. Sin propósito deliberado, por intuición certera, adopta el tiempo verbal del presente. La frase corta, rápida, nerviosa, tiene chasquidos como una serie de chispas eléctricas. Somos testigos y espectadores de un drama. También nuestro corazón late corto y con ansia. Hasta que llega el triunfo y la frase cobra amplitud y la cláusula se ensancha y acaba en himno, y el corazón también se liberta y se dilata y se colma de sangre. Merced al ritmo sostenido de su prosa, fácil es advertir en ella endecasílabos rotundos, sobre todo en los finales de cláusula. Mas, guardémonos de celebrarlo, como se ha hecho con otros escritores, a título de originalidad. Ocurre el caso del modo más natural en la prosa castellana rítmica. Porque el endecasílabo combinado con el heptasílabo es forma natural del habla castellana. Su importación del italiano, acto de perspicacia, alcanza honores de

restitución. En nuestra lengua tenía de antemano el clima y el terreno propicios, y por tanto florece en una primavera interminable.

Animado a mayores empeños por los halagos del éxito, Blanco hizo hasta seis ediciones de "Venezuela Heroica", y fué aumentando el número de cuadros. Como ya el tiempo, gran corrector de erratas, le hubiese enseñado que no todas las coronas son de triunfo, desvanecido el mareo de la juventud, puso ojos, no ya sólo en los heroísmos besados por la victoria, sino también sobre los heroísmos lacerados que van al sacrificio inútil. El cuadro de horror de la Casa Fuerte, la vía crucis que remata en la toma de Maturín, El sitio de Valencia, nacieron de esa evolución.

Una y otra vez convirtió sus miradas a los tiempos heroicos. Escribió *Las Noches del Panteón*, proyectó *Las Campañas del Sur*. . . La crítica le enrostró que la trompa se enronquecía y no vibraba tan sonora, tan conmovedora como antes.

¿Era que el escritor palidecía, se borraba, se empequeñecía? En veinte años las almas no eran ya la misma alma. Revoluciones políticas, profundos cambios sociales, trastornaban la relación del autor con su público. A la estagnación académica sucedía una renovación de ideales filosóficos y literarios. Semillas nuevas exóticas germinaban envueltas en el reciente aluvión depositado por el tiempo. Al calor de ciertos conceptos científicos cerníase sobre los espíritus jóvenes un espíritu de análisis, no probado aún por la experiencia del fracaso. Por ley de reacción, hasta por reacción étnica en algunos, se llamaba a censura la obra de los predecesores. Donde los padres pusieron "heroísmo", los hijos quisieron leer "egoísmo"; donde escribieron "historia", los hijos, con el escepticismo de las decadencias, dijeron "leyenda", "fábula". Tampoco Eduardo Blanco era "el mismo". El amargor en los labios y cansancio en los músculos. A los ideales del conspirador alucinado, sucedieron los desencantos, los dolorosos descubrimientos del hombre de poder. Viajó por tierras y libros. Abrió nuevos balcones hacia la vida, y si no los cerró del todo, al menos entornó los de su juventud.

Pagaba la experiencia con mucho de su mejor tesoro. Su entusiasmo debió encauzarse, y perdió en parte la facultad de correr sonoro y libre. Su mayor fuerza era la ingenuidad, el ímpetu generoso, el

caballeroso arranque. El escritor, al aumentar su caudal, y el hombre, al acrecer sus vínculos con la vida, perdían mucho del arranque y del ímpetu.

Pero la crítica no era justa cuando estimaba la alteración tan honda como parecía. Los tiempos no eran ya los del alumbramiento de "Venezuela Heroica". Batidos los sueños presuntuosos de generaciones megalómanas, por la dura realidad, los espíritus, en la exageración del desencanto, negaban los entusiasmos desinteresados, el ánimo de sacrificio, el hecho heroico y el canto ingenuo. El vino de la epopeya parecía falso, demasiado dulce, bueno sólo para damas, juvenuelos y provincianos.

Sin embargo, "Venezuela Heroica" no perdía su viejo prestigio. La quinta edición hecha en 1904, se agotó quizá más rápidamente que las cuatro anteriores. Al comprender en un anatema desdeñoso a los viejos escritores de la generación anterior, los jóvenes cuidaban de separar dos o tres nombres, y entre ellos siempre estaba el de EDUARDO BLANCO. Entiéndase bien: el EDUARDO BLANCO de "Venezuela Heroica".

¿Era un resto de ingenuidad persistente, un tributo, digamos póstumo, al libro generoso que había sacudido las fibras del adolescente, la regeneración de una cuerda hecha a vibrar con cierta nota que responde con su resonancia otra vez cuando la nota vibra? ¿O era la comprensión del momento histórico en que "Venezuela Heroica" fué escrita? Por seductora que sea la teoría mística del valor perenne de la obra de arte, el factor histórico entra siempre en el juicio que se forma de ella. Virtudes serán de la obra antigua, las que fueran mácula o baldón de la obra contemporánea. ¡Cuántos retrasados, blanco de burlas, tienen por toda culpa esa de haber venido demasiado tarde! Aun las obras maestras han de remozarse con arreglos y comentarios, que son, ni más ni menos, afeites en rostro de vieja, para aparecer con frescura y lozanía de eterna juventud. Salvando siempre a "Venezuela Heroica", se le enrostraban a la obra nueva de Blanco, fallas que bien podían advertirse en el libro famoso.

Fenómeno a un tiempo individual y social, la obra de arte resulta serlo cuando convergen y con ella se añudan el corazón del escritor y el corazón de su público. Que varíe uno de ellos y se deshace el

nudo encantado. En el caso de Blanco creo que el público había cambiado más que el escritor. Pero él había infundido en su obra capital aliento de joven y con su propia juventud de edad y de corazón, la hizo joven y capaz de durable juventud!

¿Por qué habría de pedirse a "Venezuela Heroica" lo que no promete, ni podía prometer? No nos ha ofrecido historia científica, ni precisión de datos numéricos, ni filosofía determinista. Nos ha ofrecido cuadros históricos, y cuando la pintura de una batalla no puede leerse, según dice Zumeta del cuadro de *Las Queseras*, "sin que le quemem a uno el rostro los fognozos de los fusiles", cuando la pintura no está por debajo de los datos que se poseen para el momento, se está dentro del arte de la Historia. Más que en los conceptos, la sublimación de los hechos se vincula en el acento de pasión que alienta el libro, más en el tono de la música, que en la letra del himno. Pero lo que fué sueño del escritor es realidad de arte. Al menos los venezolanos leemos todavía sus cláusulas vibrantes, y no podemos leerlas con frialdad, sino que resonamos con ellas y un soplo de orgullo nos besa el alma, y levanta de ella con vida nueva el polvo de oro de esperanzas y fe en el destino de la Patria.

Tales libros no pueden proscribirse, ni su función prescribe. Bien haya el hombre de ciencia que somete al análisis frío (a veces tan frío, que recuerda la frialdad de los cuerpos sin vida) los mitos, las tradiciones y las leyendas, y separa con celo experto la conjetura del hecho, y nos dice lo que puede creerse y lo que debe repudiarse. Pero bien haya también, y más aún, el poeta cuando exalta lo que debe exaltarse y sepulta lo que ha de sepultarse y deja en las sombras la sombra y pone a resplandecer lo que es luz, siquiera sea la luz fosforescente con que alumbra su camino rastrero la luciérnaga humana.

EDUARDO BLANCO es un temperamento del mediodía que escribe para un público del Trópico. Canta las proezas guerreras de un pueblo que las ha dejado escritas en tal extensión del Continente, y con tal relieve, que no es fácil borrarlas ni olvidarlas.

Mientras la guerra sea condición de vida y la aptitud para vivir, condición de gloria; mientras los pueblos necesiten héroes, y canten los que tienen, y los forjen cuando no los posean; mientras haya para las muchedumbres ciegas y rebañegas hombres-faros que vuelven luz

la sombra de la ruta y son guía segura como estrella de magos, los libros de la estirpe de "Venezuela Heroica" no tienen porqué justificar su derecho a la vida y al aplauso. Afortunados son los pueblos donde han podido escribirse. Haber tenido héroes en carne viva, no para guardarlos egoístamente, sino para derramarlos por otros pueblos; tener historia, que es historia y casi toca en leyenda; haber realizado obra de pueblo y poseer quien haya sabido cantarla, son títulos, no para renunciarlos, sino para defenderlos con imperio.

Alguna vez manos irreverentes han querido mover la pesada armadura del caballero que celebró con gallardía tanta las hazañas de sus mayores. Vano afán de arribistas. Pasado el ímpetu de la juventud vigorosa, el propio caballero no lo pudo. Al cantor lastimado faltábanle fuerzas para repetir con la ingenuidad de antes aquel grito que todavía se oye, porque fué un grito del corazón. Igual acontece con muchas otras obras literarias. Son como una expansión súbita de todas las energías, de todas las potencias creadoras del escritor. La conjunción feliz, acaso no vuelva a producirse. Y en la obra entera del escritor resplandece el trozo, la página, el libro, el cuadro ungido, como entre estrellas vacilantes un Sirio refulgente. Del fenómeno, que no es raro siquiera, la enemiga anónima quiso extraer consecuencias malévolas. EDUARDO BLANCO no sería, ante el balcón de la fama, sino el Cristián barbilindo que sube por la escala de seda a recoger el beso que otro supo encender en los labios de Roxana.

A la sospecha, reptil en lo oscuro, podemos oponer el testimonio claro de Felipe Tejera. Tejera, escritor, metido en aventuras tipográficas, fué censor y editor de Blanco. En el descuido cordial de conversaciones familiares, me ha contado a menudo el nacimiento de "Venezuela Heroica": cómo el autor novel llevaba a La Tertulia sus originales embrollados e incorrectos, frescos de entusiasmo y de tinta; cómo, cuando se trató de ponerlos en libro, le convenció Tejera de que precisaba una refundición: el censor amigo, que fué temprano devoto de la lengua pura y la sintaxis correcta, objetaba, reclamaba, proscibía en ocasiones párrafos enteros. Blanco, algo menos que ciego en cosas de gramática, y muy respetuoso de Tejera, se dejaba guiar y traía una y otra vez los originales, atendidas en tercio o en quinto, las indicaciones del censor. La probidad de Tejera es uno de los caracteres salientes de su vida, toda pulcritud y decoro. Su testimonio, conclu-

yente. Mucho después ví, con propios ojos, reproducirse las escenas de la primera edición de "Venezuela Heroica". Cuando la Imprenta Bolívar acometió la edición quinta, era Blanco Ministro de Instrucción Pública. Veíanse entre él y Tejera las pruebas de imprenta en el despacho del Ministro. Ya entrado en años, el autor consagrado defendía ante el censor giros y frases queridos. Algunas veces las necesidades de aquel torneo y el cariño para mí de entrambos contendores, me reclamaron fuese el diminuto grano de hierro bastante a fijar en una dirección mejor que en otra la tremulante brújula. Y pese a un amigo piadoso que siempre me encontró demasiado académico, casi invariablemente propendí a inclinarla del lado de Blanco. No porque hallase infundadas las sabias razones de Tejera, sino porque siempre creí que más cuadraba al genio literario de Blanco y de su libro, antes que el paso disciplinado del bridón inglés, el fulgurante correr del potro de la pampa.

Mas, de no existir el ajeno testimonio autorizado y terminante, quedaría, no menos terminante, el propio: vale decir, no el interesado e intencionado de quien depone en propio juicio, sino el que, sin intención ni propósito, iban gritando su figura, su acento, su conversación, mil gestos y mil rasgos de su vida. Escritores hay, por cierto, cuya fisonomía individual es la antítesis, la negación, tal vez, de su fisonomía literaria. Son dos hombres antitéticos, inconciliables, unidos a un solo nombre. El conocimiento que hacemos de autores a quienes amábamos por sus libros, nos deja con frecuencia sorpresas muy dolorosas, impresiones de desvío y disgusto. Blanco era su libro hecho hombre: no era inferior a su canto; más bien, había en él una potencialidad que no estaba toda en su libro. Le oí muchas veces párrafos parlados, tan plenos, tan sonoros, tan vivos, que no fueran mejores los más celebrados de "Venezuela Heroica". Al calor del entusiasmo nacían hechos. La transcripción neta del taquígrafo les hubiera bastado; la lima del crítico los habría deformado, como un forceps entremetido en un parto natural. Quien leyó sus cuadros y a él le vió y oyó, sin prevenciones ni resquemores de lucha, juntó sin duda posible ambas imágenes en una sola imagen estereoscópica de poderoso relieve.

El continente señorial, el porte olímpico, le hacían inconfundible. Una tarde, ya en la de sus días, pasó a nuestro lado, grave, triste, enflaquecido, un tanto doblada la talla eminente; las manos atrás,

cual rendido en parte al desplomo de sueños e ilusiones. Pasó. Varios que formábamos corro le saludamos. Un instante después se acercó a nosotros un extranjero, un español, que le seguía con la mirada, y dirigiéndose a mí, preguntó: —¿Puede saberse quién es ese caballero? Buen venezolano, —respondí a la pregunta con otra pregunta: —¿Por qué desea usted saberlo? —“Ah!, —me dijo el español, subrayando la frase con tono de convicción y entusiasmo—: porque no puede ser sino un gran personaje”.

Figura heroica hecha ya por la Naturaleza para el bronce o el mármol, alentaba en ella el mismo soplo que encendería su libro. Su coronación, saludada como una bandera de blanco lirismo desde el grave Capitolio, fué un acto doblemente simbólico y estético: la despedida a dos generaciones que se iban al polvo entrelazadas. Un sabio escritor inglés llama farsas a las coronaciones y celebra la entereza de Campoamor, que rechazó la propia. EDUARDO BLANCO, desencantado, dolorido, poseído ya por la curiosidad inextinguible del más allá, ansioso del nirvana que sería redentor... se dejó coronar. Ni vanidad ni falta de entereza: orgullo de paternidad herida para la cual sonaba el himno glorificador con notas de reparación. “Quieren coronarme, —díjome entonces, con abatimiento hondo que rezumaba pena—. ¡Si yo tengo mi corona de dolor!” Lloraba. El grito le nacía del alma. Lloraba singularmente al último de sus hijos muertos, aquel Armando, de sabroso ingenio, cuya silueta gentil vive para siempre bañada en luz sonriente sobre el cristal de los “Sermones Líricos”. Se dejó coronar porque su pueblo y la ciudad amada curasen con gesto definitivo el dolor de la paternidad literaria negada. Se dejó coronar, por “Venezuela Heroica”. Y mientras caía la corona de laureles en su frente, suave, dulce, invisible, caía otra de paz y olvido sobre su corazón. Ya podía morir.

Su figura caballeresca se completa con rasgos de bondad tolerante. Ministro y tenido por aristócrata, estaba al alcance de todos; su despacho era la prenda común de cuantos querían asediarse. Los porteros, empleados felices, sin otra consigna que dejar paso franco. Abogado de pobres, en su cartera de Ministro cabían hasta mil solicitudes, tantas como en su bondad. Defendía a capa y espada a las infelices maestras de escuela. Un día (los tiempos eran duros) dividió en secreto su sueldo en gran número de lotes y los repartió entre las maestras

de mayores afanes. Era el gerente espontáneo de los artistas que buscaban pensión. Sus amores fueron grandes amores: la familia, la Patria, los amigos, Páez, la armonía, el color, la línea, el movimiento. En horas de intimidad me confesó que sólo había tenido un odio: odio intenso que vencía a los años.....

Su obra parece destinada a larga vida. Nuevas generaciones irán, ¡quién sabe por cuánto tiempo! a buscar en ella el vino de fuego que embriaga y hace creer en paladines, héroes y gestas. Alguien, pensando en que la epopeya soñada ya no ha de escribirse, reclamará para su figura el bronce, para sus huesos el panteón. Yo pediría que los dejaran confundirse con el pedazo de tierra que él mismo eligió por sepulcro. Su puesto ideal no está dentro del Panteón. Está en el frontis, como un gran bajo-relieve heroico. Llegó tarde para ser también paladín de la epopeya. Halló levantado y lleno el templo, y no cabiendo en él, se empinó gigante y grabó su nombre en la fachada, donde resplandece al sol de su tierra en llamas de oro. Cuando partió para el Misterio de donde le hacían señas sombras queridas, los jóvenes le rendimos el homenaje que él hubiera ambicionado, juntando su nombre con el de "Venezuela Heroica". Tal vez, la posteridad los consagre juntos en un monumento de amor. Sería sencillo, sin rebuscamiento, cual fué el impulso que le llevó a cantar la justa heroica. Se levantaría frente al templo de los dioses: la madre ubérrima, volviendo a su regazo los mil héroes anónimos que fueron pedestal de la victoria. Y a los pies de la madre imponente, un caballero gallardo rinde su corazón, por toda ofrenda.



Caracas, 1916.

FRENTE A UN RETRATO DE EDUARDO BLANCO

En la Asociación de Escritores Venezolanos.

ME ha sido impuesto el honor de participar en este bello homenaje, por un amable privilegio. Ha bastado para hacerme romper, con un paréntesis, mi retiro de la participación oral en actos públicos. El privilegio se funda en el carácter de testigo afortunado que fui de la presencia y el trato del hombre ilustre cuya fisonomía acaba de entregarse a la veneración y al celo de los miembros de esta Asociación y de cuantos comulguen con ella en sus tareas y homenajes. Van desapareciendo quienes se deleitaron con la palabra elocuente, emotiva, sonora, flexible, de Eduardo Blanco y con el ambiente de irresistible simpatía que emanaba de su persona y de su habla.

Y como ese título, en el caso es meramente personal, habrá de perdonárseme que mis conceptos, justos y entusiastas, desde luego, no ofrezcan al auditorio, más de lo que puedo ofender: una impresión personalísima.

Mis impresiones —las que voy a tratar de traducir— son de recuerdo. Aunque están vivas y coloridas en mi memoria, es dudoso que yo logre animarlas para quienes ahora me honran con oírme. De modo que mis palabras deshilvanadas y pálidas, antes resonarán en mi propio espíritu, que en el ambiente de este recinto. En tiempos más cercanos a la desaparición de don Eduardo —tratamiento éste, sin énfasis, donde, del modo más natural, entraban con iguales proporciones, el respeto y el cariño—, yo he evocado a propósito de él, con amplitud y acaso con fidelidad, mis recuerdos. O estaba más fresca la impresión, o era yo quien tenía más fresco el espíritu. Ahora

siento que no podré realzar, como quisiera, como debiera, la luz a cuya guía andaba más diligente la memoria. Sé que os defraudo. Y lo confieso.

Un retrato que se inaugura, como signo de homenaje, por una agrupación, máxime si es una agrupación de escritores, agrega a su valor intrínseco, individual, suyo, un significado bien distinto, bastante complejo. El retrato es un símbolo, con todos los innúmeros aspectos y consecuencias del símbolo; y una obra de arte, con todos los aspectos y las consecuencias de la obra de arte. Tanto el símbolo como la obra de arte son intermediarios de expresión y comunicación. Poco valdrían si no hubiese espíritus hechos para captar la irradiación de vida que ellos contienen y esparcen. Hay un sentido explícito con el retrato de Eduardo Blanco en la Asociación de Escritores Venezolanos. Significa un ejemplo bien lúcido, de comunión simbólica. Dice que a la figura expresiva y expansiva de Eduardo Blanco responde una agrupación comprensiva. Que los ideales vivos en el espíritu del escritor, los que se asomaron a su pluma, a su palabra, volando desde el nido de su corazón, no mueren, no quieren morir; que una Venezuela, aún idealista, sucede con derecho a la Venezuela Heroica.

Comprender el heroísmo, sentirlo, expresarlo y cantarlo, con toda ingenuidad, con entusiasmo, con la robustez nutrida por la ingenuidad y el entusiasmo; saberse capaz de él, fué la hazaña máxima de Eduardo Blanco. Porque él, escribiendo "Venezuela Heroica", fué un héroe, sólo retrasado en el tiempo. No que el resto de su obra literaria en conjunto sea pobre de las condiciones garantes del recuerdo, la admiración y el homenaje. Al través de toda ella encontramos la estela del mismo espíritu alto, robusto, generoso. Los personajes de sus novelas y de su teatro no pueden negar la paternidad caballerescas. Pudiera decirse que Eduardo Blanco no encontraba en sí la materia tosca de que se fabrican personajes desheredados de la simpatía, sin ternura y sin nobleza. Poseía la salvadora alergia por lo feo y mezquino, lo opaco y lo chato. Apenas libre de las sugerencias de las lecturas juveniles, su instinto lo condujo a guiarse por las impresiones vividas; volvió la vista hacia el panorama y los hombres de la patria. Su obra asume entonces un carácter donde la realidad es raíz y tallo coronado por la flor del entusiasmo. Luce en alguna obra inédita pinceladas de exquisita ternura. Mas su instinto pictórico del color y

el movimiento, lo llamaban hacia un paisaje y un lienzo que reclamarían, no el fino pincel miniaturista, sino el pincel heroico. Encontró el lienzo en la Epopeya. Su pincel, coloreado, cálido, pintó el gran drama; pintó el paisaje, los hombres, la victoria y la derrota, el heroísmo del triunfo y el heroísmo del sacrificio en la desgracia.

En su obra literaria, señaladamente literaria, él habla por sí. Mas en su obra máxima, donde sus cualidades nativas encuentran el campo a él reservado por un destino a la vez justo y sabio, Eduardo Blanco, hablando por sí, habla por todos nosotros. Habló por la generación, que soñó, acometió y realizó la Independencia. Había estado en comunión personal con algunos de los más grandes de ella, y con uno entre todos, al cual amó y veneró en su juventud, y dedicó luego tal devoción que duró lo que su vida. Habló por su propia generación. Habló por las generaciones que la han seguido. Tengo fe en que habló también por nuestra posteridad. Grandes voces ilustres y elocuentes han subrayado y cantado las glorias de la patria. Las hay de todas las intensidades y de todos los tonos. La de Eduardo Blanco se distingue, no solamente por la intensidad, y por el tono, sino más que todo, por el timbre. Su voz de escritor pareciera resonar con el timbre de su voz física, rica de armónicos, coloreada, fácil, flexible, como para ceñirse a todas las modalidades del asunto.

Acabo de referirme a la voz física de Eduardo Blanco. Hace un momento he expresado que un retrato es germen de impresiones muy complejas. Pensaba al decirlo, en las impresiones personalísimas sugeridas en mí por el retrato que preside nuestros corazones, a la vez que el recinto, en estos momentos. Por hábil y poderoso que sea el artista; y aunque el artista sea la propia maga suprema, la luz, mal podría suplir la ausencia de la voz. Sensible falla, vacío irreparable en casos como el de Eduardo Blanco. Era Don Eduardo, hombre mentalmente dinámico. No con dinamismo desordenado y estridente, sino con dinamismo espiritual, rítmico, armonioso. Fué dinámico en sus cuadros de batallas, en sus retratos hablados o escritos, en sus anécdotas vivas, animadas, nutridas de ser y de color. Yo, que le ví y le oí tántas veces, no puedo contemplar su retrato sin experimentar la impresión personalísima de tal vacío. Tengo frente a mí un Eduardo Blanco estático, no dinámico; mudo, no elocuente. Yo quisiera pedir y obtener del retrato: habla, habla. Estoy cierto de que si así pudiera acontecer,

si él rompiera a hablar, os sentiríais de pronto cautivos. Acercaríais, por instinto impulso. Vuestro asiento. Quedaríais presos del encanto de su palabra. Os daríais cuenta de que se han echado de pronto cerrojos de oro a las puertas de este salón. Se detendrían todos vuestros relojes para no contar el tiempo. Y si se hiciese de tarde y la luz se fuese, continuaríais sin notarlo. No es todo fantasía. Tal ocurrió cien veces en un saloncillo del Capitolio a la caída de la tarde, cuando Eduardo Blanco hablaba con sus empleados y amigos, pintando retratos vivos, refiriendo anécdotas gloriosas y caballerescas, embelleciendo y ennobleciendo la Historia. Había tal armonía entre su palabra y su ademán, que en la obscuridad, oyendo el timbre flexible de su voz, adivinábamos sin verlo, el timbre de su rostro y el timbre de su gesto.

Cerraré estas palabras con un episodio que he relatado en otra ocasión. "El continente señorial, el porte olímpico, lo hacían inconfundible. Una tarde, ya en la de sus días, pasó a nuestro lado, grave, triste, enflaquecido, un tanto doblada la estatura eminente, las manos atrás, cual rendido en parte al desplome de sueños e ilusiones. Pasó. Varios que formábamos corro le saludamos. Un instante después, se acercó a nosotros un extranjero, un español, que le seguía con la mirada, y dirigiéndose a mí, preguntó: "¿Puede saberse quién es ese caballero?" Buen venezolano, respondí a la pregunta con otra pregunta: —¿Por qué desea usted saberlo? —Ah!, —me dijo el español, subrayando la frase con tono de convicción y de entusiasmo—: "porque no puede ser sino un gran personaje".

Y el gran personaje era a la vez —y por lo mismo— un gran corazón. Su figura imponente, su fisonomía que en los retratos suele aparecer arrogante y hasta fiera, se aplacian humanísimas en los actos de bondad, juntando a su propio dolor la comprensión del dolor ajeno. Caballero del heroísmo y de la gloria, lo era también del dolor y la desgracia.

SANTIAGO KEY - AYALA

1948.

NOTA DE COMPLEMENTO

www.libtool.com.cn
EDUARDO BLANCO Y LA GENESIS DE "VENEZUELA HEROICA".

En el año de 1920 hice una edición privada del ensayo que tenía escrito sobre la personalidad y la obra inmortal del autor de "Venezuela Heroica". César Zumeta, a quien más tarde envié un ejemplar, me escribió entonces una carta, admirable como suya.

Por ser de elogio para mí, la guardé inédita dieciocho años. Luego, cuando el reloj de la Patria, con doce vibrantes campanadas (*) nos recordó que un siglo antes vió la luz en Venezuela el hijo ilustre destinado a cantarla con acentos de sinceridad y robustez insuperadas, me advertí a mí mismo de un deber por cumplir. Y dí al público la nobilísima carta del pensador y prosador maestro, como ejemplar ofrenda suya, de artista, venezolano y caballero, al artista, venezolano y caballero que se llamó en la vida y se llama en el corazón de la patria, Eduardo Blanco.

S. KEY - AYALA.

Caracas, 25 de diciembre de 1939.

París, 12 de agosto de 1921.

Mi querido amigo:

Qué bello regalo el de su EDUARDO BLANCO: Docto y lírico: pulcro en la apología, en el decir y en el pensar. Es el monumento que usted pide para él, moldeado ya en perenne cristal por el fervoroso entusiasmo de su justicia.

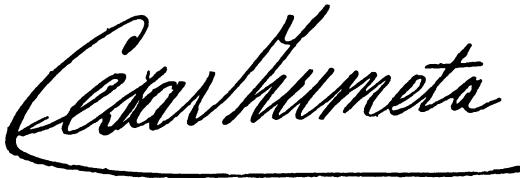
(*)—Eduardo Blanco nació en Noche Buena, justamente cuando la familia, reunida para la cena de Navidad, oía la cuarta campanada del reloj que anunciaba la medianoche.

Había oído el silbido de la sierpe; pero siempre creí como usted que EDUARDO BLANCO y "VENEZUELA HEROICA" eran carne y espíritu consustanciales: dos aspectos de una misma entidad individual.

Le confieso que, leyéndolo, he sentido pena de haber censurado las "NOCHES DEL PANTEON". He vuelto a leer aquella amargura y, por más que le llamo "el mago de la V. H.", que con la punta de su varita reveladora hace desparramarse la luz en explosión de claridades", por más que pido: "reponerlo en el alto pedestal de su bien merecido renombre" y digo que todos sus pecados quedan "remitidos con sólo el cuadro inmortal de Las Queseras", me doy perfecta cuenta de que al paladín en cuyo continente apolíneo se refugiaba el alma de nuestro señor don Quijote, no le debíamos sino tributo de hondo cariño. Y si él viviera, no a usted, sino a él le diría el acto de mi contricción leal y férvida, por lo sandio de mi irreverencia.

¡Qué bello regalo el suyo a nuestras letras! Y cómo lo honra y destaca!

Suyísimo,

A handwritten signature in black ink, reading "César Humata". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal flourish at the bottom.

www.libtool.com.cn

HISTORIA EN "LONG - PRIMER"

DE "MECENADAS"

PARTE de la historia intelectual de Venezuela es la acción intermitente, en ocasiones inconsciente o interesada, de Mecenás. Virgilio y Horacio por supuesto contribuyen al cuadro con la pincelada trágica o cómica. De las aventuras, dolorosas o grotescas, de obras, autores y protectores, he logrado formar una colección de episodios que en ausencia o presencia de Mecenás bautizo "mecenadas". No todo es censurable o risible en tales aventuras. Hay acciones nobles y gestos altivos. Hay el gesto del decoro lastimado; la conciencia del autor; el amor paterno que reclama para el hijo de su cerebro y de su corazón, vida digna y nombre límpido.

Escribo en el día de Reyes del año de 1945, rey también de la dinastía cristiana; rey niño de apenas seis días de nacido. Estoy pensando en cuáles ofrendas hayan traído los tres Reyes para el infante. Doy cabida al sueño optimista. Quiero creer que los tres magos se han acordado para ofrendar cada uno una letra. Melchor descubrirá la P, oculta bajo su manto, y la depositará sobre la cuna. Gaspar lo imitará, poniendo una A en seguida de la P. Baltasar completará la ofrenda agregando una Z resplandeciente. Y luego los tres adorarán al niño y a la palabra mágica. La buena nueva será anunciada a todos los meridianos y paralelos del globo y una sola voz de alivio y esperanza se elevará del mundo. Seamos hoy optimistas. Separemos de las mecenadas la calderilla oscura, y saquemos a relucir el oro de los gestos propios de caballeros andantes, mosqueteros y trovadores.

En los finales del siglo XIX, caballeros andantes y mosqueteros teníanse por difuntos. Una oración, cuando no una sonrisa burlona, para los que fueron y no tornarán. ¿Quién dijo muerte? De impro-

viso uno de ellos se levanta de la fosa y comparece ante el mundo estupefacto. Es "trovador y aventurero". Desprecia el oro. Es poeta con la pluma y ~~con la espada~~ ~~Hace~~ versos de factura perfecta. Los canta o los dice con admirable maestría. Responde a una alusión grosera con una bofetada envuelta en una frase ingeniosa. Tira con desenfado la bolsa de sus escasos haberes. Y resucita a otro que parecía enterrado. Del fondo de un asiento de teatro surge el mosquetero entusiasmado por el gesto. D'Artagnan se adelanta para felicitar a Cyrano trinunfador y redivivo. D'Artagnan no está solo. Ha renacido toda una época. Las multitudes del siglo ilustrísimo en la ilustrísima ciudad de París se apretujan para ver y admirar la nariz de Cyrano. Es que bajo la nariz grotesca están, la lengua ingeniosa, el corazón henchido de nobleza y valentía, la mano fuerte que tira de la bolsa y de la espada. A la salida del teatro, la entusiasmada multitud cree reconocer en un caballero que pasa, al evocador de Cyrano: Edmond Rostand! Edmond Rostand! No es Rostand. El caballero anónimo ha saboreado el beso de la popularidad de labios de Lutecia, como Cristian el beso de Roxana ganado y merecido por Cyrano.

Y hay entre los gestos de Cyrano, la espléndida afirmación de su código de principios frente a los consejos de Le Bret que le insta a ser flexible para alcanzar el triunfo y la gloria. No buscará los favores de los mecenas traicionando su personalidad y deformando su obra. Nada quiere deber al César. Podrá perderlo todo, más ha de salvar lo que vale para él por cima de los favores, el triunfo y la misma gloria, su penacho arrogante de mosquetero inmaculado. "Non. Merci". Y en una tirada de versos admirables, este "merci", irónico e indignado, se repite de salto en salto, resplandeciente como un lema escrito con letras de fuego.

Hemos tenido en Venezuela mosqueteros que han sabido decirle al César: No. Gracias! El Cyrano de Rostand no había nacido aún. Mas ya se daban por estas tierras los hombres capaces del gesto de Cyrano.

Es indudable que Guzmán Blanco tuvo ilustres mecenadas. Están entre los mejores haberes de su figura histórica. Señalan y dictan su nombre en monumentos a la verdad indestructibles. Tuvo también mezquindades que se interponen entre su personalidad y sus sueños de inmortalidad y de grandeza.

Cuando **Eduardo Blanco**, luego de publicados en la prensa con excelente éxito sus Cuadros históricos, se dispuso a refundirlos en libro con el título, llamado a ser famoso, de "**Venezuela Heroica**", Guzmán ofreció con espontaneidad costear la edición y proteger al autor. Su egolatría no quedaba satisfecha con la honra de amparar la obra perdurable. Quiso que su nombre se uniera a la fama del libro, pidiendo que le fuera dedicado. **Eduardo Blanco** pronunció las palabras de **Cyrano** con el acento de **Cyrano**. El, también fué mosquetero: No. Gracias! Estaba pobre; se enagenaba el favor del César. Ese día dijo a su familia: "Sé que los perjudico a ustedes con la resolución que he tomado, pero, déjenme hacer eso por mi nombre". Se editó el libro en la Imprenta Sanz donde su amigo del corazón, Felipe Tejera, pobre también, luchaba con las dificultades de la vida. El costo de la edición se cubrió por los suscritores. **Eduardo Blanco** pudo poner con orgullo al frente de su libro la dedicatoria sencilla y elocuente: "A mis hijos". Glosó esta dedicatoria en una página autógrafa de gran amargura que sus hijos han conservado (1).

También su noble amigo Felipe Tejera hizo el gesto de **Cyrano** frente al mismo Guzmán Blanco. Esta vez se trató del Compendio de Historia de Venezuela escrito por Tejera para la enseñanza. El autor, según es sabido, condena la declaración de guerra a muerte en la proclama de Trujillo. Era su convicción, y la sostuvo con firmeza. Guzmán le ofreció la protección oficial para una nueva edición, con tal borrarse la opinión condenatoria de la guerra a muerte y prolongase la historia hasta los días contemporáneos (que llenaba Guzmán con su nombre y su ilustreza). Le prometió formalmente que en esas condiciones, el libro sería declarado texto de obligatoria enseñanza en los planteles oficiales. Tejera se negó a satisfacer las condiciones. Guzmán no le guardó por ello rencor personal, pero abrió campaña contra el libro, so capa de defender a Bolívar. Sin embargo, el compendio de Historia, de Tejera, ganó aplausos dentro y fuera de Venezuela, logró numerosas ediciones y fué por muchos años texto de enseñanza.

Otro episodio, final por hoy, también referente a Felipe Tejera. Es de bien distinto aspecto, mas guarda la misma contextura moral. Fué Tejera amigo personal del Presidente Andueza Palacio. Su amistad

(1)—La dedicatoria autógrafa e inédita hasta hoy mencionada por el Dr. Key-Ayala, se publica en este libro (páginas 181 y 182). - Raúl Carrasquel y Valverde.

era desinteresada y fuera de la política, actividad ésta repulsiva a Tejera desde su juventud. Creada la cátedra de Literatura en la Universidad Central de Venezuela, fué designado para explicar la asignatura Felipe Tejera a quien sus aficiones y dilatados estudios señalaban para el cargo. No había en el país precedentes que seguir. Tejera aplicó las doctrinas de los tratadistas extranjeros, las amplió o modificó según la vasta experiencia adquirida en el trato consuetudinario con los más grandes maestros del habla castellana; introdujo aspectos nuevos en la enseñanza y, sobre todo, enlazó la asignatura con las letras nacionales, empleando numerosos ejemplos pedidos a la obra de nuestros mayores poetas y prosistas. De sus lecciones se formó el libro "Manual de Literatura". Solicitó el autor se le declarase texto de enseñanza por el gobierno y se le concedió de acuerdo con el dictamen de una comisión compuesta de Rafael Seijas, Pedro Arismendi Brito y Marco-Antonio Saluzzo. Andueza patrocinó la edición del libro en la Imprenta Nacional. Tejera se lo dedicó en justicia y por impulso espontáneo. Así, por espontánea, sincera y comedida, la dedicación afrontó los días tempestuosos en que el nombre de Andueza hubo de soportar anatemas tremendos por razón de la infausta aventura continuista. No corrió la suerte de tantos padrinazgos oportunistas cuya duración es la del buen tiempo. En ocasión de desgracia, cuando las salpicaduras de la tornadiza política anunciaban represalias, en un medio donde la voz serena de Tejera podía ser escuchada, su actitud consecuente fructificó en pro del Mecenazgo a quien había dedicado con justicia su libro.

Santiago KEY-AYALA.



www.librool.com.cn

Para el que siempre ha
querido la memoria de
Eduardo Blanco; al Sr.
Raúl Carrasquel y Valverde
muy cariñosamente sus
amigos.

Raúl Blanco

Comando de Armas - Mérida

VENEZUELA HEROICA 2/3/50

Dgo. 15, 1950

Presente y condecorado
Fuerza de Bombas
Guatemala de Maricao

Raúl Adolfo
CARRASQUEL Y BLANCO

J. Tomba

Manuel Tomba

Ante-portada interior de una vieja edición de "Venezuela Heroica".

RAUL _____
CARRASQUEL
Y VALVERDE

www.libtool.com.cn

VISPERAS CENTENARIAS

LA NATIVIDAD DE EDUARDO BLANCO

A Alfredo Zuloaga-Blanco
Ex-Corde.

Caracas, 17 de noviembre de 1939.—Serán los de hoy raudos, veloces comentarios fantochísticos a la proximidad de una efemérides asaz grata a los caraqueños y que patrióticamente debe serlo por igual para los venezolanos todos, de obscura o clara color, de pura o mestiza cepa, empinada como ha de estar por sobre toda clase o matiz de procedencia e ideologías. El cercano día navideño, 25 decembrino, será el centenario de la natividad de Don Eduardo Blanco.

De blasonado linaje, de mantuano abolengo, vástago del matrimonio de Don Domingo Blanco y doña Josefa Planas, nació en Santiago de León y del Avila don Eduardo Blanco, el 25 de diciembre de 1839. Tras extensa e intensa vida, luchadora y venturosa, agobiada de epinicios y laureles, en la misma ciudad falleció el preclaro prócer del talento y del talante, el 30 de enero de 1912, seis meses después de su solemne Coronación en el proscenio rojo del Teatro Municipal, la noche memorable del 28 de julio de 1911.

Oportunamente publicó este Semanario jocoso-democrático el justiciero Acuerdo de la Academia Nacional de la Historia, de fecha 28 del pasado mes de octubre, con honores a Don Eduardo Blanco en la conmemoración de su primer centenario. Y "Fantoques" se propone tributar al laureado escritor, en la fecha propicia, su cálido, macizo, ferviente homenaje. Sea éste un leve anticipo a las solemnidades propuestas por los académicos.

De eminente justicia son la insinuación de la Academia Historiográfica a los congresistas federales para que decreten la traslación de los restos de Don Eduardo Blanco al Panteón Nacional y la solicitud al Gobierno para que ordene la edición de las obras completas del insigne polígrafo caraquense, algunas de las cuales permanecen inéditas.

También insinúa la supradicha Academia la realización de un espléndido acto cultural en ofrenda y memoria de Don Eduardo, del que sería nota culminante el montar por artistas compatriotas su drama "Lionfort". Tal solemnidad requerirá preparativos y ensayos rigurosos.

Fué Eduardo Blanco militar (y en su mocedad, en la veintiañada, Edecán de José Antonio Páez durante el ciclo de la Dictadura Páez-Rojas), escritor, novelista, comediógrafo, historiador, estadista al mismo tiempo que poeta íntimo, con ribetes humoristas, como se verá luego, y tribuno descollante, y siempre, toda la vida, un Señor, perfecto Gran Señor, doblado de ciudadano integérrimo, acrisolado patriota.

Como Ministro de Instrucción Pública del General Cipriano Castro, 1905-906, decretó e inauguró el busto de Arturo Michelena en el Jardín de la entrada del Ministerio de entonces, en el Capitolio, y fué el implantador en el País de la simbólica Fiesta del Arbol y resultó notable el discurso que pronunciara el primero de esos días escolares.

Se inició como novelista en 1875 y en 1882 publicó su novela nacional "Zárate". Más tarde publicó sus famosas "Tradiciones Epicas". Otra de sus obras es "Fauvette", novela. La gloria perenne la ganó con su "Venezuela Heroica" y esa consagración inmarchitable le valió asimismo íntimas congojas y agrias decepciones de las que salió vencedora e inmaculada su racial reciedumbre anímica.

Académico de la Lengua y de la Historia y de ambas fundador. El Presidente Rojas Paúl y el Ministro de Fomento, Vicente Coronado, lo designaron por exuberancia de merecimientos, en 1888, para fundar la segunda en honrosa camaradería con José de Briceño, Martín J. Sanabria, Jacinto Regino Pachano, Amenodoro Urdaneta, José María Núñez de Cáceres, Ezequiel González, Julián Viso, Jacinto Gutiérrez Coll, Rafael Seijas, el colombiano Diógenes Arrieta, Marco-Antonio Saluzzo, Laureano Villanueva, Raimundo Andueza Palacio, Teófilo Rodríguez, Antonio Parejo, Felipe Tejera, Level de Goda y Pedro Arismendi Brito ("Soy de los Britos de Chacachacare"). Fué el suyo el sillón S, —que a su muerte heredó Laureano Vallenilla Lanz—, hoy vacante.

En "Venezuela Heroica" sublimóse el genio literario de Eduardo Blanco. La dió al público con suma modestia, temeroso de la magnitud del asunto, bajo el tímido subtítulo de "Cuadros Históricos". Todos saben que Don Eduardo pintó, esculpió, cantó con soberana maestría los episodios cumbres de la gesta emancipadora, del romancero nuestro: La Victoria, San Mateo, Sitio de Valencia, Maturín, Invasión de los Seis-

cientos, la Casa Fuerte de Barcelona, San Félix, Matasiete, Las Queseras, Boyacá y Carabobo. (1821).co De ahí que nos parezca muy laudable la iniciativa de la Academia Nacional de la Historia, en el Acuerdo que comentamos, que recomienda al Ejecutivo de la República la pronta erección de "un grupo escultórico en bronce que simbolice el tema del libro de Eduardo Blanco, "Venezuela Heroica". Este monumento estará constituido por figuras simbólicas del esfuerzo colectivo de los venezolanos, sin personificaciones concretas de próceres, comprendiendo el heroísmo de las mujeres y de los niños y el sacrificio de los héroes anónimos que dieron a la Patria su valor, su esfuerzo y su sangre".

Arriba aludimos a las insospechadas dotes festivas de la esquiwa musa del forjador de "Venezuela Heroica"; daremos de seguidas valiosa muestra del humorismo del prócer. Son versos íntimos, copiados fielmente por el cronista de la dedicatoria de un ejemplar de "Noches del Panteón":

A mi querido amigo el General Francisco Batalla

Estas "Noches", mi buen Paco,
Que yo llamo "Del Panteón",
Humo son de mal tabaco.
Tal se ha dicho y no hay cuestión.

Me las pides porque quieres
Distraer la ociosidad
De las horas sin placeres
De tu impuesta honestidad.

Bien lo sé; pero te advierto,
Caro amigo, que a pesar
De mandarte el libro abierto
Lo has de volver a cerrar;

O no temen los clamores
Guzmaniácos, tus oídos,
O aristárquicos furores
Provocar entre quejidos.

RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE

www.libtool.com.cn
Pero vaya otra advertencia
Por si aplaudirme te ocurre:
Entre temor y conciencia
Sé muy cauto, el bulto escurre.

Mas si el caso a ello te obliga
Te aconsejo hacerlo quedo,
No sea cosa que se siga
Pecado como el de Ledo.

Ahora, el libro, cierra pronto,
Escóndelo en tu capote,
O te bautizan de tonto
Críticos de capirote.

Tu afectísimo,

Eduardo Blanco.

Caracas, julio 31 de 1895".

Casó Don Eduardo también en Caracas y con una caraqueña ilustre, su prima, doña Trinidad Blanco y Toro, de los Blanco de la familia materna de Don Simón Bolívar y Palacios Blanco. Gran hogar y nobles frutos. Nieto de Eduardo Blanco y mosqueteril heredero de su talento, de sus ideales de belleza y patria —a su lado en Tierra de Jugo— fué Armando Zuloaga - Blanco, apolíneo y marcial retoño de Venezuela heroica...



Semanario
"Fantocheas"
Caracas.

CENTENARIO DE DON EDUARDO BLANCO

A Luis CHURION, caraqueño, poeta.

Caracas, 27 de diciembre y 939.—La propia, precisa fecha centenaria pasó inadvertida para la patria chica y la grande patria de don Eduardo Blanco. Fué el lunes 25, día de Navidad. Ni un retrato, ni una breve nota conmemorativa en los periódicos luneros, lunáticos o lunancos. La Academia de la Historia olvidó presto su reciente y conceptuoso Acuerdo de homenaje, ampliamente comentado por "Fantoches" en doble oportunidad. Acaso la privilegiada familia cumplió en silencio y soledad íntimos el piadoso, augusto deber.

Después, fiambres, salieron en los diarios notas escuetas y aisladas sobre la honrosa efemérides caraqueña, nacional, prez de la casta y del idioma. Mala suerte la de los caraqueños en una vocinglera democracia extranjerizante y oportunista, tan pagada del presupuesto, el cine y el cinismo, la radio, las fotos y el petróleo y sus pingües derivados; jugosa éra de cajas registradoras...

Inexplicable mutismo, condenable indiferencia esos en torno al centenario del natalicio del autor de "Venezuela Heroica". Pensemos para disculpa y desagravio de la República que todo eso se debió a la inoportuna y terca dolencia de nuestro caro Luis Correa, Secretario y férvido animador de la Academia de las historias (cual dice su miembro Pedro Emilio Coll) y la intempestiva ausencia del jurista y ex-ministro Cristóbal L. Mendoza (IV de ese nombre), representante del gobierno venezolano en la Conferencia de Ministros de Hacienda no ha mucho celebrada en Guatemala, y Director actual de la mentada Academia. ¿Quedó acéfalo el Instituto venerable?

Tales soledad y silencio en nada amenguan la gloria perenne, la fama perpetua de Eduardo Blanco. Ningún monumento acrecentará la alteza de su nombre esclarecido como las pasadas, numerosas y futuras ediciones de su libro consagratorio: "Venezuela Heroica". El tiempo y las escuelas primarias aumentarán el caudal de sus lectores y así crecerá y será inmortal su justa celebridad.

Tras diligente búsqueda al fin logramos el hallazgo de un ejemplar del fascículo que la "Litografía y Tipografía del Comercio" editó con todos los antecedentes y pormenores de la Coronación de don Eduardo Blanco, en el Teatro Municipal, la noche del 28 de julio de 1911, por iniciativa del doctor Emilio Constantino Guerrero en carta pública del 21 de abril de 1910, siendo Presidente de la Corte Federal y de Casación y como tal Encargado de la Presidencia de la República, a los doctores Aveledo, Páez-Pumar, Acevedo, Núñez Ponte y Ovalles, quienes a poco formaron la Junta "Venezuela Heroica". Con datos de ese folleto nos referiremos, en obligada síntesis, a tan merecida apoteosis que fué de los actos más notorios de los festejos del Centenario de la Independencia.

Fastuosa solemnidad, fácil de imaginar. Noche de esplendor social, político, literario en la Caracas de entonces. El proscenio decorado con bustos de próceres y efigies de literatos e historiadores patrios. Un gran libro simbólico de "Venezuela Heroica"; la Junta organizadora, los académicos de la Historia y de la Lengua. El busto y el recuerdo de José Antonio Páez, de quien Eduardo Blanco, juvenil, fué Edecán predilecto, llenaban el ámbito y las mentes de la gran sala bermeja. Versos, discursos. El maestro Pedro Elías Gutiérrez, otro caraqueño estimabilísimo, dirigía la orquesta de cincuenta y tantos profesores. La Coronación fué emocionante: la señorita Tulia Virginia Páez - Pumar (Clío) puso en las sienes blancas de Eduardo Blanco, a los 74 años de vida procerca e integérrima, la corona de oro. Las otras ocho Piérides fueron encarnadas por las garridas señoritas Berta Ayala, Mercedes Páez-Pumar (hoy musa y compañera de Eduardo Carreño), María Luisa e Isabel Dolores Urbaneja, Mercedes y Lourdes Monagas, María Luisa Aguado, Rosalvina Feo-Calcaño, ataviados con albas y austeras clámidas helénicas.

El majestuoso anciano laureado dijo un maravilloso, eternecido, emocionado discurso de gratitud, inconcluso por el sagrado tropel de sus lágrimas. Espléndido el programa de la velada de la Coronación de Eduardo Blanco. En su honor se recitaron poesías de don Felipe Tejera, Udón Pérez, Antonio José Calcaño Herrera y Luis Bousquet. A nombre de la Academia de la Historia disertó el doctor Pedro M. Arcaya, y el adusto y férreo general don Pedro Arismendi Brito habló campanudamente por delegación de la Venezolana de la Lengua. El benemérito institutor don José Antonio Villavicencio peroró con elocuen-

cia al entregar a don Eduardo una rica pluma de oro como ofrenda de los Colegios **caraqueños; o el doctor** Rafael Acevedo hizo el elogio de "Venezuela Heroica" y de su ilustre creador, y el discurso de orden lo dijo con engallado, clamoroso énfasis, el doctor Félix Quintero. La bella señorita ecuatoriana Carmela Andrade recitó un vibrante soneto en loor a don Eduardo. También Colombia, representada por su Encargado de Negocios, el alto poeta Alfredo Gómez Jaime, rindió su admirativa oblación al coronado escritor. El soneto "A Venezuela", de Udón Pérez, merece ser reproducido:

**"Ciñe al Varón austero la corona
que en fresco mirto y en laurel temprano,
para tu sien entretejió tu mano
y en luz bañaste de tu fértil zona.**

**Tan noble ofrenda ¡oh, índica Amazona!
tu inmensa gratitud diga al anciano,
que en páginas con ritmo de océano
tu arrojo, un día y tu poder pregoná.**

**Y al fulgurar sobre tu sien de armiño
ese emblema de honor y de cariño
que, aun inmortal, para su prez es poco;**

**Resuene el Himno que en tu gloria expandes,
desde el mar de Colón hasta Los Andes
y de mi Lago azul, al Orinoco".**

Meses después, el 30 de enero de 1912, falleció Don Eduardo Blanco. Ya es hora de que sus pavesas sean trasladadas al Panteón Nacional. Bien estará por la eternidad al lado de los héroes su máximo cantor. Más tarde, sin plebleya impaciencia, vendrán los honores estatuarios.

Ese día podremos repetir lo que don Eduardo Blanco dijo, con aquella su formidable y sonora voz viril, al comenzar su magnífico discurso en la inauguración de la estatua ecuestre de Páez —obra de Eloy Palacios— en la plaza de El Paraíso, un día nacional del lejano 1905, como Edecán que fué del Centauro y como Ministro de Instrucción Pública de Cipriano Castro:

¡EN BRONCE AL FIN!

Raúl CARRASQUEL y VALVERDE.



ARMANDO ZULOAGA-BLANCO

Caracas - 1905 — 1929 - Cumaná

ARMANDO ZULOAGA BLANCO fué hijo de Don CARLOS ZULOAGA y de DOÑA JOSEFINA BLANCO DE ZULOAGA, hija dilecta del ilustre Don EDUARDO BLANCO.

Nació en Caracas el 4 de Junio de 1905 y murió heroicamente en Cumaná el 11 de Agosto de 1929. Sus restos fueron trasladados a Caracas en 1936 y sepultados en "Tierra de Jugo" al lado del Abuelo inmortal.



www.nbtool.com.cn

Redoble de Romancero

MIENTRAS PASA EL FERETRO DE ARMANDO ZULOAGA BLANCO

A Doña **Josefina Blanco de Zuloaga**,
madre procerca y mártir, suprema
encarnación de la Patria, con todo
mi afecto, dedico.

“Como todo lo que se relaciona con las grandes
manifestaciones de nuestra naturaleza, el heroísmo
tiene también su voluptuosidad, su embriaguez,
sus espasmos”.

Eduardo Blanco.

(“Venezuela Heroica”. “La Victoria”).

FIERAS sordinas redoblen
de las pretéritas cajas,
voces gemelas del bronce
del que emularon las salvas,
cuando, bronce y parche a un tiempo,
las proezas empujaban,
para enronquecer de siglos
sobre el fragor de las cargas...

¡ARMANDO!, fresco retoño
de las encinas sagradas,
anacrónico heroísmo
de tanta aurora preclara,
bien se avienen con la tuya
redobles que se olvidaban,
y que de nuevo saludan
el Fénix que en ti reencarna
de las cenizas ilustres
en que durmiera la Patria!

Soplen los ínclitos Númenes
sobre canteras del Avila
y fijen en sus contornos
el ademán que demandas:
cazador de antiguos sueños,
en tu moderna Cruzada
que por caminos de oriente
resplandeciste en el alba!
Alba fugaz de tu vida
como bandera enastada,
pero de luto, en un duelo
patricio de viejas castas!
Alba en insólito eclipse
de noches rudas y bárbaras
bandera de siete soles,
en ascensión de montañas,
hecha a batir horizontes
con sus flamíferas alas!
Alba y bandera, eso fuiste,
mellizo emblema de Patria:
alba que muere en el orto,
bandera a medias izada,
sobre su ocaso imprevisto,
como en un rito de lágrimas!...

¡Plasmen los ínclitos Númenes
el ademán que demandas!

Yo evocaré en mis canciones
la magnitud de tu hazaña:
hazaña de antiguos tiempos,
cuando en su recia peana,
aquél que engendró milagros
¡hombres y pueblos creaba!
Y te evoco, y me figuro
que de un capítulo saltas
de Venezuela, la Heroica,
para en acciones cantarla.

Y así, calzada la espuela,
y el corazón en la adarga,
reto de orgullo en la frente
que altivas plumas reclama,
sobre tu potro de ensueño,
blanco rocín de las pampas,
—el mismo que en el escudo
fatiga sendas heráldicas—
como a perderte en las nubes,
nieta gentil de la fábula,
pisando polvo de estrellas,
rumbo a la aurora cabalgas . . .

¿A dónde vas, caballero?

¿Cuáles empresas te afanan,
que donde amores tenías
tristes amores dejabas?

¿A dónde vas, que por noble,
que por muy pródigo, nada
pudo faltarle a tu imperio
de dominador de almas?

Ojos nublados te lloran
dolientes voces te llaman;
en ínsula de leyenda
que abre su flor entre palmas,
sueños que te hablan de bodas

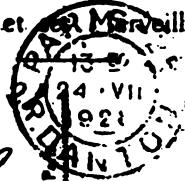
hilos de ausencia devanan;
y en tu mansión solariega,
por aquel sol que le falta,
tu madre se está en las noches
tejiendo un velo de lágrimas!
¿A dónde vas, caballero,
cuando el amor te esperaba?...
¿A dónde vas, que te dejas
mieles de madre a la espalda,
y al eclipsarse tu día
caerá la noche a sus plantas,
dándole un luto de sombras
en una puesta sin alba?...
Mejor que nadie responda
leyenda que es tu casa:
—voy a morir por mi tierra
donde mi sangre lo mandó...

Ya te vió el abuelo ilustre.
Ya el doble perfil recata,
sobre su marco de glorias,
viril orgullo de casta.
Brillan los ojos de fuego
donde dormían las águilas;
la sonrisa que aureolan
augustas hebras de plata,
te ofrece la bienvenida
con que los dioses acatan.
—¡Hijo! —murmura el abuelo—
yo te dí nodriza brava
para mecerte en la cuna
con sus olímpicas dianas;
nodriza de fieros cantos
que leche de honor te daba,
te la metió por las venas
para después ofrendarla.
Poblé tus bosques de mirtos

y de sonoras cigarras
que daban gusto a mis manes
cuando en tus labios cantaban;
de mi bélica zampona
yo te cedí la arrogancia;
yo mis laureles te diera
para que tú los segaras;
mas de todas mis ofrendas
tú preferiste la espada,
pudiendo triunfar con todas
porque a tí todas te cuadran.
¿Quién se sorprende? ¿Quién duda?
¡Si por las venas te andaba
mi canción que te impelía
con voces de Capitana!
Yo te ví reñir por élla;
yo te alenté en la batalla;
tu sangre mojó mi pluma
para mi póstuma página! . . .
Yo escuché la voz doliente
que dió la ciudad primada,
en el rumor de su río
y en el temblor de sus palmas!
La ciudad que hace cien años
llora, en supremas nostalgias,
su cóndor de níveas plumas,
primogénito del águila;
la ciudad, huérfana y madre,
creyó ver en tu mirada
la fiel sonrisa del hijo
que se tragó la montaña.
—¡Abel! —clamó— como el mío! . . .
¡Son ellos los que se marchan! . . .
¡Siempre se van sonriendo! . . .
¡Ya mis pupilas alcanzan
cómo pudo haber caído
mi cóndor de plumas blancas! . . .

Hotel des Tournelles - 10 Rue de la ...
LES ÉDITIONS ARTISTIQUES - LIP Bonne.
Paris et ...
www.libtool.com.cn

Paris: 23-julio-



Querido Raúl

Recibe desde
esta un buen
abrazo de un
amigo de siempre
Armando

Francisco Ferrer, Imp. 3, Cité Bergère - P.

Señor Raúl Carrasquel y Valverde -

cas - Venezuela
San Antonio

Armando

Paris: 9-5-28.



Muy querido amigo
Desde este Quartier
latino, pleno de la
vieja alma bohemia
del Paris eterno te
recuerdo siempre con ca.
Armando Zuloaga Blanco

Made in France - Fabrique en France

Octavio

Señor Raúl Carrasquel y Valverde -
Elite.
Carracas.

Venezuela

Hotel des Tournelles - 10 Rue de la ...

www.libtool.com.cn

NUEVO PRESIDENTE
DE LINEA AEROPOSTAL
VENEZOLANA



BENEVOLENCIA Y ESTIMULO
PARA LAS EDICIONES L. A. V



www.libtool.com.cn

NUEVO PRESIDENTE DE LA LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

Coronel Luis A. Calderón

DESDE el 15 de enero de 1954 fué elegido Presidente de la LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA, el señor Coronel Luis A. Calderón Galvis, quien había retornado de España en noviembre de 1953.

El Coronel Calderón, nativo de San Cristóbal —13 de noviembre de 1913—, egresó de la Escuela Militar y Naval el primero de enero de 1935 como Oficial de Marina y prestó dos años de servicios en la Armada Nacional. Ingresó en 1937 en la Escuela de Aviación Militar y obtuvo el Diploma de Piloto en el mismo año. De inmediato se incorporó a las unidades tácticas de las Fuerzas Aéreas en la especialización de cazas. En el año de 1941 la Superioridad lo envió a Estados Unidos de Norte América para seguir un intenso curso de tecnificación en las Escuelas de Randolph y Kelly Field de San Antonio de Texas y de entrenamiento táctico en Hamilton Field, San Francisco de California.

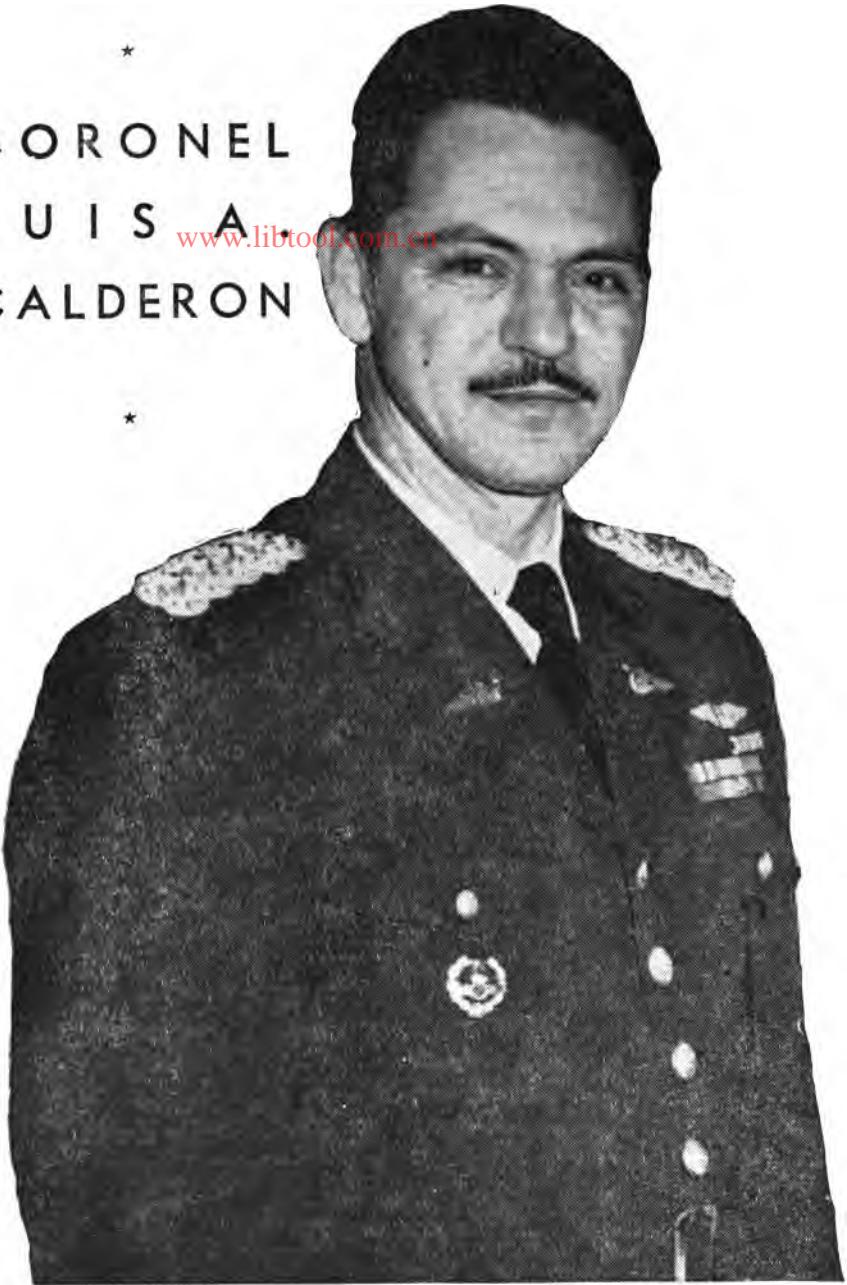
De regreso a Venezuela en 1943, fué nombrado Instructor de Vuelo en la Escuela de Aviación Civil "MIGUEL RODRIGUEZ", en Maracay, con gran aprovechamiento para sus discípulos. Luego pasó al servicio de la LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA y actuó de Piloto durante dos arduos años (1943-1945) y al mismo tiempo desempeñaba la Jefatura del Departamento de Instrucción de Vuelo en la Escuela de Aviación Militar de Maracay, hasta el 18 de octubre de 1945. El día 22 de octubre de 1945 fué designado para el mando de las Fuerzas Aéreas en Caracas, funciones que finalizaron en octubre de 1947.

De noviembre de 1947 a julio de 1951 desempeñó el cargo de Agregado Aeronáutico de la Embajada de Venezuela en Washington. De agosto de 1951 a noviembre de 1953 siguió un Curso de Estado Mayor Aéreo en la Escuela Superior del Aire en Madrid, España.

El señor Coronel Luis A. Calderón, militar académico, ilustrado y ecuanime, estudioso y dinámico, es un veterano Oficial de las Fuerzas Aéreas Venezolanas, educado en rígidos principios de disciplina científica y administrativa. La AEROPOSTAL VENEZOLANA ha de progresar y prosperar ilimitadamente bajo la certera dirección del Coronel Calderón, su nuevo y caballeroso Presidente.

★
CORONEL
LUIS A.
CALDERON
★

www.libtool.com.cn



Luis Calderon

FUTURAS EDICIONES:

CESAR ZUMETA: Páginas Magistrales. Compilación y Prólogo del Dr. Luis Beltrán Guerrero. — ANTONIO SMITH: Poesías Completas. Prólogo del Dr. Víctor José Cedillo. — Coronel SANTOS JURADO: Retablo Colonial. Prólogo de Luis Correa. — JESUS SEMPRUM: La Enseñanza del Castellano y Otros Estudios. — JUAN VICENTE GONZALEZ: Mesenianas. — Tradiciones Populares, compiladas por D. TEOFILO RÖDRIGUEZ (1885). — FELIPE TEJERA: Perfiles Venezolanos. — CARLOS PAZ GARCIA: La Daga de Oro. — Versos de Rafael Recao (Selección y Prefacio de Víctor José Cedillo). — Libretas Genealógicas, por D. FELIPE FRANCIA. — Estudios Históricos del Dr. ANGEL CESAR RIVAS. — RUFINO BLANCO - FOMBONA. — Trabajos de JUAN ROHL. — JOSE DOMINGO DIAZ: La Rebelión de Caracas. — Ensayos Bibliográficos de Don MANUEL SEGUNDO SANCHEZ, con prólogo y notas del Profesor PEDRO GRASES. — Poesías de GABRIEL E. MUÑOZ, VICTOR RACAMONDE, ALEJANDRO ROMANACE, TOMAS IGNACIO POTENTINI, RAFAEL MARCANO RODRIGUEZ, ISMAEL URDANETA, RAFAEL MICHELENA FORTOUL, ANGEL MIGUEL QUEREMEL, MIGUEL LORENZO MUÑOZ. Obras humorísticas de MIGUEL MARMOL (JABINO), FRANCISCO PIMENTEL (Job-Pim) y LEONCIO MARTINEZ (LEO). — TERRA PATRUM, por Luis Correa. — Biografía del Doctor LUIS EZPELOSIN, por Luis Villalba - Villalba. — Páginas Selectas de Don LUIS LOVERA CASTRO, RICARDO JOSE CASTILLO y MARIO TORRES RODRIGUEZ. — Obras Completas de Don JOSE AUSTRIA. — Prosas y Poesías de RAFAEL BRICENO ORTEGA. — Antología de Poetas Tachirenses. — COFIAS, NIEBLAS Y MOLINOS, por RAMON HURTADO. — Crónicas Venezolanas, por PEDRO DE REPIDE. — Cuentos Grotescos, por JOSE RAFAEL POCATERRA. — Cuentos de LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL y CARLOS ELIAS VILLANUEVA. — Poesías Completas de F. LAZO MARTI y ALCIDES LOSADA. — Anecdotario Venezolano, por Juan José Churión (EL BACHILLER MUNGUIA). — Poesías de LUIS CHURION, EMILIANO HERNANDEZ, JUAN DUZAN, DOMINGO MARTINEZ, JUAN MIGUEL ALARCON, RAFAEL BENAVIDES PONCE, ELIAS SANCHEZ RUBIO. — NOTAS Históricas, por Don LUIS ALBERTO SUCRE y RICARDO URBANEJA. — Páginas Escogidas de LEOPOLDO LANDAETA. — Glosas de Lecturas, por EDUARDO CARREÑO. — Antología de JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE y M. V. ROMEROGARCIA. — Poesías Antiguas y Modernas de JOSE TADEO ARREAZA CALATRAVA. — Versos de LEOPOLDO TORRES ABANDERO, ROMULO MADURO, JUAN ESPAÑA, GUSTAVO PARODI y CAMILO SANTOS MICHELENA. — Humorismo y Costumbrismo, por EUGENIO MENDEZ y MENDOZA, DANIEL MENDOZA Y MAX LORES. — Historia Patria, por LINO DUARTE LEVEL. — Apostillas Icarías, La Lítera y El Avión, por RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE.



BENEVOLENCIA Y ESTIMULO PARA LAS EDICIONES L. A. V.

“EPISTOLARIO INTIMO” de Teresa de la Parra

Raúl Carrasquel y Valverde, activo, entusiasta, hombre de experiencia en el periodismo, ha dado el mayor impulso a las publicaciones literarias de la **Línea Aeropostal Venezolana**.

Diez volúmenes se han publicado hasta ahora y en ellos se ha recogido la producción de escritores distinguidos, de hombres y mujeres contribuyentes a la cultura nacional.

Entre estas obras, la última que se ha editado, contiene las cartas íntimas de **Teresa de la Parra**. Es interesante el conocer, por medio de una correspondencia, el espíritu de un escritor, sus tendencias, sus reacciones en la intimidad. El libro está hecho para el público, mas las cartas, destinadas a la amistad o a la familia, son algo distinto. En ellas hay esa despreocupación del que no cree que ha de ser leído por grandes grupos, por el público erigido en juez de los que escriben. Por lo tanto, los lectores pueden acercarse por este medio a su autor preferido, al que han hojeado en la gran obra literaria, de un modo más sencillo, más suave, más cercano a la vida privada.

Teresa de la Parra es una de las figuras más interesantes del mundo intelectual venezolano. Acerca de ella se ha escrito mucho, y se sigue escribiendo. El espíritu de esta mujer, vertido en sus obras, ha dejado impresa la huella de una evolución. En muchos aspectos uno de sus libros, “*Ifigenia*”, encierra una protesta, es el punto inicial de la transformación de la mujer venezolana, un paso dado hacia la vida moderna a la que ella ha incorporado su capacidad intelectual.

Nos complace esta publicación que sirve de ratificación al interés despertado por Teresa de la Parra en nuestro medio. Y es grato reseñar la incorporación de las cartas de la gran escritora a los documentos que servirán para guiar a las futuras generaciones en el estudio de su época, y la parte activa y el gran rendimiento que en este sentido está prestando Raúl Carrasquel y Valverde.

LUCILA PALACIOS.

"Elite", N° 1.478, enero 30 de 1954.

ALAS VENEZOLANAS HAN DISTRIBUIDO 65.000 EJEMPLARES EN DIEZ EDICIONES

Luis Yépez conoce a medio mundo, a todo el mundo. Por lo tanto nadie más autorizado para calificar con una concisa expresión a mucha gente, a tantas personas. De modo que si del poeta Yépez, Raúl Carrasquel y Valverde pudo decir "que este Luis es constantemente sereno", muy acertado estuvo Yépez, el poeta, en contestarle:

—Y este Raúl constantemente inquieto.

—La activa inquietud de Raúl Carrasquel y Valverde es contagiosa. Sin la dinámica inquietud que Raúl, el primer periodista icario de Venezuela, comunicó a Rafael Arráiz, quien fuera presidente de la LAV, la empresa no hubiese hecho un paréntesis en sus específicas actividades, un paréntesis extraño para ciertas mentalidades reducidas.

Contagiada por Carrasquel y Valverde, la directiva de la Línea Aeropostal Venezolana supo desviarse felizmente de ese criterio secamente mercantil de los negocios, y comprender que la mejor publicidad para sus rutas y sus aviones era irse por los aéreos caminos de la cultura. Y así la empresa no se ha conformado con establecer horarios y derroteros, sino que por las vías del cielo está llevando el libro venezolano a los más apartados rincones del país y aun al exterior.

—Son diez las obras que desde diciembre de 1951 hemos publicado —dice Carrasquel y Valverde— y ahora con el "Epistolario íntimo" de Teresa de la Parra, las letras venezolanas están llegando en nuestros aviones hasta Lisboa, Madrid, París y Roma.

Y es como si Teresa de la Parra estuviese realizando un nuevo viaje, como si la escritora volviese a las ciudades extranjeras que ella supo querer para mejor amar, en la comparación, a su propia Venezuela.

La entrevista que Carrasquel y Valverde concede al reportero es informal y se realiza en el ambiente grato de la librería que regenta ese Luis Yépez, quien, propietario y patrón de sí mismo, ha logrado más que la necesaria libertad económica, esa que él llama la "libertad de espíritu".

Raúl Carrasquel, estupendo conversador, charla sobre muchas cosas. Pero nos limitaremos a la información que nos dió sobre las ediciones literarias de la LAV:

—Del primer libro que publicamos —fué "La Hora de Ambar", de Ramón Hurtado— se hizo un tiraje de tres mil ejemplares. El segundo, "La Calle y los Caminos", de Pedro Sotillo, subió a 5.000. El éxito nos obligó a tirar 7.000 ejemplares de "Los Monosílabos Trilíteros de la Lengua Castellana", de Santiago Key Ayala; y finalmente con el Nº 10 de la serie, con el "Epistolario Intimo" de Teresa de la Parra, hemos llegado a los diez mil.

Mientras Raúl Carrasquel y Valverde nos proporciona los datos, el reportero va sumando: las diez ediciones aumentan a la suma global de 65 mil ejemplares que se han venido distribuyendo de una manera absolutamente gratuita. Y así se comprueba la meritoria labor de divulgación de los valores literarios venezolanos que está realizando una empresa comercial.

José RATIO - CIARLO.

"El Nacional", miércoles 13 de enero de 1954.

EL "EPISTOLARIO INTIMO" DE TERESA DE LA PARRA

En las Ediciones que patrocina la Línea Aeropostal Venezolana y dirige con magistrales aciertos el distinguido escritor y periodista Raúl Carrasquel y Valverde, acaba de aparecer el "Epistolario Intimo" de Teresa de la Parra, formado con cartas de la ilustre autora fallecida, a Rafael Carías, con quien le unió una prolongada y cordialísima amistad.

Sirve de irreprochable y estupendo prólogo a la obra un magistral ensayo biográfico de la autora por el distinguido escritor don Rafael Carias que fué también su privilegiado corresponsal en doce años de desinteresada y buena familiaridad. Nos da el regalo de una visión inédita para nosotros de la admirada Teresa, traída cariñosamente al marco de lo cotidiano en las múltiples expresiones de su verbo y en los sutiles efluvios de aquel singular espíritu de mujer caraqueña que cultivó entrañablemente una suprema pasión literaria, recogiendo en sus creaciones la grata y transida realidad de la ciudad colonial fin de siglo con sus "casas chatas", y su existencia llena de reminiscencias interiores e incruentos sacrificios espirituales, con sus chismes de buen o mal tono, y aquello que advierte ella misma también con un poco de fastidio, el microbio de la envidia que nace en el organismo de un envidioso, e invade por contagio hasta los organismos incapaces de producir envidia; a los no envidiosos.

Este Epistolario es quizás también lo más absoluto de Teresa. Se nos da ella como era. Exquisitamente humana; gozosa del éxito de su primer libro en tierras extrañas y deliciosamente molesta porque en Caracas no lo habían acogido con cariño. Le duele la voz agria de la censura y del reproche que le va de la ciudad de su adopción, y lo cual atribuye a la envidia-pandemia, a un exagerado patriotismo, y a la incomprensión de moralistas de criterio estrecho.

Parece que las gentes —pocas gentes por cierto— se sintieron molestas por lo de las "casas chatas" y de las severas costumbres, sobre las cuales se insolenta María Eugenia Alonso.

En realidad aquella crítica, vista a través del lente del tiempo transcurrido, era el tributo sincero y mejor a sus méritos. Tal vez ahora con las inacabables atenciones que exige el vivir agitado de nuestra época, hubiera pasado en silencio su libro, porque no era ella, como lo apunta, aficionada al "réclame", y los críticos por el mero gusto de serlo han desaparecido poco a poco de nuestro medio. Se fueron también con la Caracas de los techos rojos que vertiginosamente ha desaparecido en los últimos años.

Del 1930 en adelante declina la salud de Teresa. Se quema su espíritu como lámpara votiva. Otras preocupaciones le van saliendo al paso. Abriga la esperanza de curarse, y este mismo afán de recuperar la salud se refleja en sus actividades. Lucha con libreros y tra-

ductores, y esperando la próxima primavera para venir a Caracas, emprende su último viaje a España, donde muere en Madrid el 23 de abril de 1936. Sus Cartas son un verdadero tesoro para llegar al conocimiento real de su carácter y de su personalidad de mujer.

Debemos, pues, a **Raúl Carrasquel y Valverde** el rescate para la gloria póstuma de **Teresa** de estas páginas llenas de invalorable unción humana.

Pedro José VARGAS.

"La Esfera", N° 9.609, lunes 11 de enero de 1954.

Notas y Noticias

"LA LOCURA DEL OTRO"

CARACAS, octubre 26 de 1953.—La Línea Aeropostal Venezolana, bajo la presidencia del señor **Rafael Arráiz**, ha proseguido la publicación de sus ediciones que tanto bien y utilidad procuran a nuestras letras. Son ya nueve los volúmenes que ha publicado dicha empresa al cuidado de ese espíritu vivaz y emprendedor que es el escritor **Raúl Carrasquel y Valverde**. Porque es lo cierto que si la confianza y autonomía en esta labor han sido otorgadas por el periodista **Arráiz**, no es menos cierto que **Carrasquel y Valverde** ha puesto lo mejor de su entusiasmo y buena voluntad en la obra, lo que significa corresponder a aquellos objetivos del señor **Presidente de la LAV**.

Obras de escritores ya desaparecidos y contemporáneos han venido integrando esta publicación regular, de autores venezolanos. Tales las páginas límpidas y armoniosas de "La Hora de Ambar", de **Ramón Hurtado**; los versos originales de **Pedro Sotillo**, en "La Calle y los Caminos"; la sutileza romántica y sencilla del larense **Ezequiel Bujanda**, los trabajos folklóricos "Cantares de Venezuela", de **Paco Vera Izquierdo**; "Monosílabos Trilíteros de la Lengua Castellana" de **Don Santiago Key - Ayala**; "Fuente de Amargura", de **Cruz Salmerón Acosta**; "Selecciones Literarias y Periodísticas", de **Nicanor Bolet Peraza**, y "La Biografía de José Tomás Boves", por **A. Valdivieso Montaña**.

Ahora Raúl Carrasquel y Valverde y Rafael Arráiz, pioneros de estas ediciones, completan el número nueve con la publicación de la segunda edición de "La Locura del Otro", obra póstuma del malogrado gran poeta Luis Enrique Mármol. Consideramos que se trata de una publicación completa, pues allí predominó no sólo el espíritu de divulgación de las poesías de Mármol sino otro, más elevado y sentido: el de rendir tributo sincero y noble a la memoria del poeta.

En esta como en innumerables ocasiones, Raúl Carrasquel y Valverde ha demostrado esa característica tan suya de la mística de la amistad que es dón que lo enaltece, como una prenda invaluable. Porque cuando se ejercita, como un sacerdocio, la amistad insoslayablemente, sobre todo en estos días tan colmados de hipocresías y vanalidades infructuosas, la calidad humana de su poseedor reluce con brillo propio y dice mucho y alto del cariño y del amor que son, como lumbres de bondad. El señor Carrasquel y Valverde, quien vivió horas interminables en clima literario, cuando había aún verdadera pasión por las letras y un profundo interés en labrarse un estilo y una originalidad, porque la vocación literaria y el afecto intelectual no eran cosas efímeras, ha sabido mantener esa llama viva por la literatura aún cuando la obra no cuaja en el libro, como es de desearse, habiendo quedado para la charla substancial como lección perenne. Lástima que aquellas sabrosas crónicas icarias y aquellas páginas denunciadoras de un estilo armonioso y pulcro, no estén cobijadas cabe el techo cordial del volumen. La experiencia es dura y la incomprensión menguada de las generaciones sucedáneas. Por ahí, cuando de vez en cuando, en una de esas tardes avileñas, encontramos al festivo Raúl y le preguntamos, cuasi le recriminamos su ausencia de la pluma, aquella pluma que manejaba con gracia, replica: "¿Y para quién se escribe, pues ahora no hay lectores, y la misión de escribir es un afán que no se cumple debidamente, porque la gente no lee y piensa sólo en el ciclótico ambiente modernista y modernizante, de las baratijas, de los deportes, de las carreras de caballos y de algo más productivo para sus arcas y destructivo para la elegancia del espíritu?". Lo doloroso reside en la verdad de Don Raúl. Entre nosotros se publica mucho y no se lee o se lee poco. No hay, como antes, aquel fervor por las buenas lecturas y por lo venezolano. Todo ha quedado rezagado a lo efímero y trivial. Los tiempos actuales son atómicos y una ausencia del esfuerzo constante y de la mística predomina en todos los campos

del espíritu. Pero así... y todo, estos pioneros de la pasión literaria y de las buenas obras, alzan su bandera de sueños e ilusiones y las ponen a vibrar en los aires alegres de la Patria, ondeando en el remozamiento de una vida proclive a la nostalgia y a la fantasía. De ahí, de esas canteras espirituales, las periódicas publicaciones de estas ediciones LAV, en las cuales anima un doble propósito: difundir los valores cuyas obras estén agotadas, por una parte, por la otra, tributar homenaje a nuestros grandes escritores y poetas desaparecidos.

La entrega número nueve ha correspondido al tomo de poesías de Luis Enrique Mármol, "La Locura del Otro".

Difícilmente se hubiera dado a la estampa una publicación tan completa no sólo por el contenido de la obra sino por los contornos que rodean el homenaje, que despiertan admiración y hacen más atractiva su lectura. Quiso Raúl Carrasquel y Valverde —vuelco de cariño inextinto hacia el grande compañero y poeta de su generación, la del 18— rendir tributo cabal a la memoria del bardo venezolano en la ocasión del 27º aniversario de su muerte.

Además de integrar, el tomo en referencia las poesías de Luis Enrique Mármol, se publican también otros trabajos desconocidos totalmente para las nuevas generaciones literarias, como son los "Pastiches Criollos", en los cuales se aguza el ingenio creador e imitador del poeta. Ingenioso y genial, Luis Enrique Mármol se nos muestra en estos pastiches, no sólo el poeta de fino estilo sino el agudo humorista que había en él. Sube de punto nuestra admiración cuando advertimos que, precisamente, en los años cuando comenzaba su madurez poética era ésta no tan sólida y perdurable, su obra que aún inconclusa —porque su muerte le sorprendió tan joven— está presente suficientemente para consagrarlo uno de nuestros más altos líricos. Y a la altura de treinta años vibra incólume su poesía, como un mensaje eterno, porque es eterna ella.

¡Cuánta obra más densa hubiera legado a las letras y a las generaciones de la República este ingenio del verso castellano. Pero la muerte se interpuso en lo más encendido de su existencia y del florecimiento de su pasión creadora! Como para completar el propósito del homenaje tan justo como hermoso, digno del poeta, se insertan en estas páginas la salutación que este maestro "millionario de la palabra" en el verso inmortal, José Tadeo Arreaza Calatrava, da al ado-

BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

lescente bardo, cuando aún contaba éste 18 años; el ensayo que sobre el poeta y su poesía escribiera su compañero en letras Augusto Mijares; una carta de Pedro Emilio Coll para Luis Enrique Mármol refiriéndose al pastiche que éste le dedicara y en donde aquél califica a Mármol de "más fino y comprensivo espíritu" y a los pastiches como "la crítica que tenemos de los estilos y pensamientos de los escritores venezolanos de nuestro tiempo". Se insertan también versos y prosas de compañeros y admiradores de Luis Enrique con motivo de su temprana y trágica desaparición. Firman estos homenajes fraternales en el mensaje de fervor literario: Raúl Carrasquel y Valverde, Alfredo Arvelo Larriva, Enrique Bernardo Núñez, Antonio Arráiz, Ramón Hurtado, Rafael Michelena Fortoul, P. Ermíny Luigi, Marco-Aurelio Rodríguez, Augusto Mijares, Francisco Caballero Mejías, Fernando Paz Castillo, Jesús Marcano Villanueva, Agustín Silva Díaz, Vicente Fuentes, Agustín Aveledo Urbaneja, Arturo Castrillo, Ramón Díaz Sánchez, Francisco de Rosson, José Ponce Bello, Luis Loreto, Armando de Guaya, J. M. Rondón Sotillo, Francisco Manuel Mármol, Jesús Enrique Lossada, Héctor Cuenca, Miguel Angel Ovalles, R. Betancourt, Rafael Carreño Rodríguez, Alejandro Borges, José Ignacio Esteves y un breve ensayo crítico de José Fabbiani Ruiz en torno a Luis Enrique Mármol, publicado en enero de 1953.

Convencidos estamos de que esta empresa comercial (la Línea Aeropostal Venezolana) además de su misión específicamente liberal cumple esta noble y hermosa de divulgar nuestros valores literarios de ayer y de hoy. Ojalá prosiga en este empeño generoso la citada compañía aérea para bien y orgullo de su nombre y de su obra venezolanista.

Pedro Antonio VASQUEZ.

"El Universal".

PALOS DE CIEGO

LA LOCURA DEL OTRO (poesía), Segunda Edición. - PASTICHES CRIOLLOS. (Revisados y Aumentados). - Número 9 de las Ediciones Gratuitas de la Línea Aeropostal Venezolana - Caracas, 1953.

Los amados de los dioses mueren jóvenes. La muerte convierte en estatua viva la pureza y la pujanza de los sueños no empañados;

magnífica la obra realizada y llena de un último sentido trascendente la obra por realizar. Paulo Emilio Romero, en la generación de 1883; Luis Castro entre la gente del 28; Luis Enrique Mármol, muerto a los 29 años, en 1926, pertenecen a esta legión de poetas jóvenes a quienes la muerte aureola de radiantes diademas, sin sombras de impurezas mezquinas, tal un Keats en la lírica inglesa o un García Lorca en la reciente poesía española.

Temperamento de alejandrino dentro del portmodernismo venezolano, es el de Luis Enrique Mármol. Proviene del Partenón y del Foro: de la "armonía griega" luminosa y flexible en sus estrías de mármol ondulante; y de la fuerza colosal y recia, expresión severa y connatural de un orden, y no caricatura de ese orden. Su héroe ideal es la Juventud, el Optimismo, ese que se revela en su ser "jovial y entusiasta en el fondo" aunque se le encontrara a menudo "solo, callado, en los labios un dejo de amargura". Tal contraposición de actitudes íntimas se traduce en las dos facetas del escritor: los versos que rezuman nostalgia, hastío; los "pastiches" y otras glosas que revelan al humorista. Humor de buena ley, que es sonrisa y no rictus, como flor de amargura esperanzada.

Siente al Amor como una añoranza de la presentida que ha de venir o como filial cariño; siente al Dolor como una reacción del alma, "erguido orgullo" por el Ideal ante la chatura del medio; siente al Odio, como una imposición del deber moral ante lo grosero y canallesco de la existencia.

Estos sentimientos de amor, dolor y odio "le inquietaban de luz y sombra" —contraste del color—, "de desaliento nunca". Después: "vinieron unos monjes negros —desaliento, dolor de quimera frustrada—, pequeñez, vicios, practicismo—, todo el tesoro de una edad avanza— y paulatina e incansablemente— borrarón la historia del héroe del alma —que perennemente— soñaba en la cumbre más alta".

No creemos en lo fundamental de ese desaliento: es solamente el desaliento ante la impotencia temporal del ensueño, que se convierte en poderosa fuerza de idealidad, si sabemos que no afectó a su vida ni la pequeñez, ni el vicio, ni el practicismo. Es la reacción del ideal herido, del Gulliver orgulloso de ser gigante ante un mundo de lujuria y mercantilismo —orgullo del idealista de incontaminada clámide— pero también de un Gulliver humano, que ante el rumor de los besos

BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

de una pareja de enamorados, siente igualmente la tristeza de ser gigante, por profunda consustanciación humana. Esa es su tristeza: la tristeza de no ver un mundo noble y generoso, tristeza que se transforma, en el buen lector, en optimismo por la verdadera vida: la del espíritu. Ciertamente que el poeta es "el enlutado", pero el enlutado que va hacia sí mismo, en un mundo en que "todos iban desorientados" porque perseguían inmediatos fines materiales.

Si Baudelaire y Schopenhauer han vertido ajenjo de fastidios y filosofías en la copa de Luis Enrique Mármol, el hastío del poeta, desesperanza de un mundo imperfecto, es a la vez optimismo de un mundo mejor, sin lágrimas y sin envidias, sin bajas pasiones ni torpes instintos. Por eso murió en plenitud de juventud, en cuanto ésta significa lucha contra la ruindad, ensoñación de un mejor destino.

El colibrí —"todo una loca vibración inmóvil"— es símbolo de su poesía. Cual la flecha del filósofo aletea, el colibrí reposa en el vértigo del vuelo: contraposición del reposo y de la acción, como que, para el poeta, "la Acción era el reposar de su vida", "y el Ensueño la más alta de sus hazañas".

La contraposición de sensaciones de color y de movimiento son expresión de contraste de estados anímicos; no por más resplandeciente es menos fugaz la luz de la bengala: la luz de esta poesía, pálida pero firme, se desovilla a sí misma como el huevo luminoso de la vela: no se extingue hasta que se acaba su propia cera, pero alumbraba siempre, en su tenuidad persistente, la noche oscura del mal.

El alma del poeta, al sentirse "sin fe, desorientada", tiene una causa explícita: "la vacía mezquindad ambiente". ¿Cuál es esta vacía mezquindad? Puede ser "la angustia indesechable de la novia lejana", melancolías por duelos familiares, pero, sobre todo, "por la dulce Patria este dolor de amor —cuya inmensidad íntima cabe en cada dolor!". Ahí está la protesta civil; inconformidad de una generación —la llamada del 18— rebeldía intelectual que ha de estudiarse siempre, en la etapa juvenil de sus representantes subrayando su oposición con las formas estatales entonces prevalecientes.

Temperamento de alejandrino, hemos dicho. Las características de este temperamento, constante histórica universal y repetible, han sido señalados por Faguet y completadas por Sanín. "Pero quiero vivir, gozarlo todo, —lograrlo todo y que lo pierda todo". No es el

epicúreo que satisface únicamente en el disfrutar; es el estoico, a quien no importa perder el bien hallado. ¿Cuál es su filosofía? "Si eres dueño de tu alma, ella es guía segura. — ¿A qué indagar de dónde vienes y a dónde vas? . . . ¡Mientras vivimos somos inmortales!". Y más allá: "lo que llamamos alma no está en nosotros mismos: —somos la lente sólo: el alma está en las cosas!". Ese "no indagar" es indagar en el alma múltiple de las cosas, cada una con su filosofía distinta y aceptable, reflejada en la eternidad del espíritu que descifra los enigmas. Espíritu inmortal, aunque sea más mortal que las cosas su envoltura; porque las cosas no serían —estarían, simplemente— sin el espíritu que las descubre.

"Capacidad de percibir preferentemente las medias tintas, las ideas evanescentes, los conceptos que oscilan muellemente entre la verdad y el error", son características señaladas por los críticos en el temperamento alejandrino. Los paisajes, en Mármol, reflejan "parques anémicos, mohosos, carcomidos", crepúsculos diluidos, soles ictéricos, inventados otoños, nieblas inconsútiles. . . todo ello evanescencia, esfumino.

Ella, la personificación del amor, es para él "la imperfecta perfección de abstracción, como lo ve en su *Auto-Pastiche*; ella no está individualizada, puede ser rubia, morena o blanca, a todas adora, pero siempre será "la pálida Presentida".

Muchas cosas más restaría me interpretar sobre el poeta en un examen detenido de su obra. Comienza a publicar Luis Enrique Mármol un año antes de morir Rubén Darío. Logra sortear la soberana influencia modernista. Ya esto es triunfo de la personalidad sobrepujante de un poeta menor, trasunto de decantada influencia al través de una sensibilidad original y exaltada. Su tono de monocorde nostalgia no conduce al pesimismo negador: la ventana del "claro recuerdo" está abierta, redentora de nihilismos, a la salvación moral e idealista.

Los *Pastiches* colocan a Luis Enrique Mármol en la línea de nuestros críticos. Son, según Coll, "la mejor crítica que tenemos de los estilos y pensamientos de los escritores venezolanos de nuestro tiempo" (1924). Los "pastiches" dedicados a Arvelo Larriva, Díaz Rodríguez, Vallenilla Lanz, Vicente Dávila, Gabriel Espinoza, Ramón Hurtado, Ramos Sucre, cuyos estilos literarios habían llegado, entonces, a su definitiva evolución, serán caricaturas imprescindibles para estudiar en lo futuro la

BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

estilística de los mismos. Crítica indirecta, sabia y sutil, hecha con aparente desenfado. Burla burlando, el buen humor cava en las esencias de hombres y de estilos. Este subgénero literario del "pastiche", que en la Argentina ha cultivado con acierto el poeta y autor teatral Conrado Nalé Roxlo, en su *Antología Apócrifa*, está desde hace tiempo solicitando quien lo reviva entre nosotros. Ahí tiene —lo repetimos— filón para poner a prueba sus dotes tantas veces demostradas, el ingenio fino y travieso de Aquiles Nazoa.

¿Qué agregar sobre lo material de la edición? Casi siempre omito estos datos. Mas urge aplaudir a la Línea Aeropostal, generosa divulgadora, y a Raúl Carrasquel y Valverde, quien en su amistosa devoción, y con los ribetes de su valleinclano barroquismo, ha realizado tan completo acopio de materiales para mayor lustre del nombre de Luis Enrique Mármol y de la cultura nacional. A Raúl se debió la primera edición póstuma de *La Locura del Otro*, y ahora esta nueva, completada con los *Pastiches Criollos*, publicados e inéditos. Gran corazón de mosquetero, señor del adjetivo, ¿cuándo, Raúl Carrasquel, vuelves por los fueros de la pluma? ¿No observas vacante el puesto de la crónica, en el que no quisiste continuar en nuestro país a Gómez Carrillo? Renovarse es vivir, decían tus maestros, querido Raúl.

Luis BELTRAN GUERRERO.

Papel Literario de "El Nacional", N° 3.663, jueves 5 de noviembre

"LA LOCURA DEL OTRO"

En Ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana, que dirige Raúl Carrasquel y Valverde, ha aparecido la segunda edición de "*La Locura del Otro*", libro póstumo del malogrado e insigne poeta venezolano Luis Enrique Mármol, muerto en Valencia en edad temprana, a los 29 años el 17 de setiembre de 1926. Esta publicación conmemora el quincuagésimo sexto aniversario del que fué el más original lírico de su generación.
de 1953.

El libro contiene también los *Pastiches Criollos*, admirable género de crítica en prosa y verso, donde Mármol burla burlando, repara irónicamente estilos y pensamientos de escritores y poetas de su tiempo. Aparecidos entonces en "El Universal" esos Pastiches fueron admirados en toda Venezuela extendiendo y dilatando la fama del autor, lo cual prueba una vez más que se puede derrochar ingenio en la obra comedia y seria, y no llegará élla tan rápidamente a la masa de lectores como ocurre cuando la comunicación se establece entre artista y público por la escala simpática del humorismo. El poeta llega primero al alma de la muchedumbre por las sendas eternas del Quijote, que por el camino luminoso de la poesía alquitarada y culta.

Mármol no es el poeta de la tristeza ni de la desolación como a simple vista parece. Más sensible, más sincero que la juvenil parvada que se abre paso en las letras en aquel momento de su aparición, su canto está impregnado de la tristeza que mana del irrespirable ambiente de falta de libertad que entonces prevalece en Venezuela. El poeta aspira siempre a tener derechos de cantar las grandes emociones de la vida; siente nobles arrestos que sólo a duras penas disimula tras un temprano pesimismo como ocurre con el canto de "El Extranjero" que indudablemente es su obra ejemplar. Hay en ella tanto que sonaba extraño en el momento en que aparecía, de tal modo que su verdad rompe los moldes del simbolismo, espaciándose y haciéndose cada vez más comprensiva para las generaciones que luego le siguen.

Es una rara y elocuente poesía futurista que busca la eternidad de la forma treinta y dos años después de concebida. Lo mismo ocurre con aquel poema corto: "Todos Iban", dedicado por su autor a Augusto Mijares, y que luego exorna la portada de un cuaderno de cuentos cortos de Pedro Sotillo: "Todos iban desorientados; perseguían un objeto próximo; unos iban a su trabajo, otros al trabajo de otros" . . .

Luis Enrique Mármol en su corta vida fué además de poeta, periodista, cuentista, cronista, humorista, traductor del francés, inglés y portugués, crítico y ensayista. Colaboró en todos los diarios y revistas importantes del País. Coronada su carrera de abogado la muerte lo sorprendió en Valencia cuando ya se consagraba con éxito al ejercicio de su profesión.

La "L. A. V." rinde un tributo de justicia a su memoria al patrocinar la segunda edición de sus obras, y presta invalorable servicio a las letras patrias.

"La Esfera", N° 9.526, lunes 19 de octubre de 1953.

"LA LOCURA DEL OTRO",

Verdad Subjetiva del Mundo y de los Hombres

En la última de las ediciones que ha venido publicando "Línea Aeropostal Venezolana", bajo la entusiasta dirección del muy nombrado y caluroso periodista Raúl Carrasquel y Valverde, acaba de aparecer el poemario "La Locura del Otro" del nostálgico, sentimental y filosófico poeta Luis Enrique Mármol. Además, vienen incluidos en la misma edición los celebrados Pastiches del poeta, con los cuales juzgó graciosamente la prosa o el verso, de los escritores y poetas de su época. La edición es de lo más completa que se pueda desear; y, bien merecido lo tiene el homenajeado, porque es uno de los poetas más esenciales —pese a la juventud en que murió—, con que cuenta la lírica venezolana de ayer, de hoy y de siempre.

Ya nos había dado gusto la lectura del libro del inmortal poeta Mármol, en un ejemplar amarillento de su primera edición, que compramos, hace años, en una "librería de acera" de las que abundan en Caracas; pero el verso que escribió Luis Enrique Mármol, es de esa poesía a la que debemos regresar siempre por imperativo del sentimiento. No se agota nunca su lectura; así la repasemos una y otra vez, en el papel o en la memoria. Y es que la poesía de este noble cultor venezolano, está llena de verdad y belleza; no es ella, ni mero malabarismo de palabras, ni pura filosofía, ni vacua imaginación; sino la verdad subjetiva del mundo y de los hombres, realizada con la acuarela mágica del verbo poético. . . Es poesía profunda, dolorosa, y sin embargo, grata. Se ve en ella, que le nació al poeta de una ingente necesidad anímica; de aquí su razón de ser eterna; esto es, de su tiempo, querida y respetada por todos sus compañeros, y tan nuestra también.

Es tan de Moleiro, Paz Castillo o de Carrasquel y Valverde; como de Vicente Gerbasi, Rojas Guardia, Oswaldo Trejo o de Nefthalí Noguera Mora. Es una poesía intemporal, por haber sido escrita con una tremenda sinceridad sentimental y lírica.

A través de "La Locura del Otro", se descubre la inquietud y la angustia en que se consumía la vida del poeta, por buscarle a su vecino el Hombre, su hermano, un más claro y alto derrotero espiritual; era el de Mármol un afán generoso —como el de todo artista de verdad—, por revelarle a su amigo o al desconocido sentimental, el otro mundo, ese que viven los poetas auténticos, según la concepción orteguiana. Para Mármol la vida no era dulce, sino torturante, aguijoneadora y falaz; como lo comprendía todo, todo lo sufría; pero es ley maravillosa que sólo se salvan aquellas almas, a quienes el dolor elige fatalmente. En su estupendo poema, intitulado: "Todos Iban", exalta su personal padecimiento, cuando escribe: "Todos iban desorientados, —y el enlutado hacia sí mismo—. Y, quién acaso crééis que era el "enlutado"? Pues Luis Enrique Mármol, que llevaba el luto, que como legajo imperecedero y cruel, le amaneció en su espíritu.

No menos interesantes que las poesías de Luis Enrique Mármol, son sus Pastiches, en los cuales quiso retratar —y lo alcanzó— las cualidades y defectos literarios de su tiempo. Quienes hemos tenido oportunidad de conocer los estilos literarios que tan fielmente imita el poeta Mármol; podemos mejor apreciar su ingenio, para ver y comprender las sutilezas de la literatura. No pueden leerse los pastiches por él dejados, sin una permanente sonrisa; pues el reverso de todo lo que se ha realizado originalmente, tiene siempre cierto sabor de humorada o comicidad, tal como acontece con los pastiches escritos por Luis Enrique Mármol, y que por primera vez se publican en libro.

Pero no conforme con la publicación de los textos de que hemos hablado, su entrañable amigo y compañero de generación, Raúl Carrasquel y Valverde, se da a la no muy fácil tarea de recopilar, para completar el volumen, todos los homenajes que en poesía o prosa rindieron al poeta en la hora de su muerte. El libro, que consta de 250 páginas, está hecho con una gran admiración y un hondo cariño hacia la vida y la obra del caraqueño poeta, que supo cantar como un pájaro altivo, desde su propio y conmovido corazón.

BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

Creemos que con la publicación de esta obra, así como de las anteriores, ya publicadas por la Línea Aeropostal Venezolana, contribuye esta Institución a divulgar nuestros grandes valores intelectuales, que junto con los que se afanan por las cosas de "la baja vida humana, por la vida de la tierra", como escribió Don Miguel de Unamuno, coadyuvan a integrar el patrimonio plural de la nacionalidad venezolana, que tan volandera y eternamente se pasea en el pensamiento y la poesía, en el pincel, el pentagrama y el buril de sus artistas.

Tócanos, finalmente, expresarle las gracias al amigo y fino espíritu de Raúl Carrasquel y Valverde, quien ha tenido la gentileza de obsequiarnos este magnífico volumen del poeta Luis Enrique Mármol, y aprovechamos para felicitarlo por este acierto y los anteriores, con cuyas selecciones ha enriquecido primorosamente nuestra bibliografía con altos valores literarios del ayer cercano, que injustamente se van extinguiendo para las más recientes generaciones, tan necesitadas como las anteriores, de conocer los más destacados exponentes espirituales de la nacionalidad.

José CAÑIZALES MARQUEZ.

"La Calle", 13 de octubre de 1953.

Nota Bibliográfica

"LA LOCURA DEL OTRO"

Caracas, octubre de 1953.—La Línea Aeropostal Venezolana acaba de publicar la segunda edición de "La Locura del Otro", de la cual es autor Luis Enrique Mármol, poeta venezolano fallecido en 1926. Corresponde esta entrega a la N° 9 de Ediciones LAV. Impresa en los Talleres de la Imprenta Nacional, Caracas, 1953.

"La Locura del Otro", Pastiches Criollos, por Mármol, fué cuidadosamente revisada por don Raúl Carrasquel y Valverde, y corresponde a este poeta el honor de haber iniciado y dirigido la publicación de dicha obra en sus dos ediciones. La primera fué impresa en 1927.

La Línea Aeopostal Venezolana, de la que es Presidente el señor don Rafael Arráiz, L., realiza labor plausible y provechosa al editar interesantes obras de venezolanos que se han distinguido ya en el verso, ya en la prosa. Y Luis Enrique Mármol fué poeta de los buenos y para muestra traemos su VIEJO ROSAL, escrito el año 18:

**"La tristeza se enrosca como una yedra en torno
de sus ramas cansadas y sus hojas marchitas;
enantes su alma fuera fragancia de las citas
de amor, en bravas tardes henchidas de bochorno.**

**"Y hoy es sombrío; acaso de sus tiempos mejores
sentirá la nostalgia: un anhelo de flores
se abrirá en su inconsciencia, angustiando su vida . . .**

**"—Doloroso rosal, hermano mío, espera,
que pronto con su savia pondrá la primavera
en tu verde más triste la rosa más sentida!"**

Poesías de belleza suma. Un poeta que conoce su arte y que en cada estrofa va dejando la huella de su inspiración artística.

Y cabe traer a estas líneas aquellas estrofas que le dedicara el poeta Alfredo Arvelo Larriva al autor de "La Locura del Otro":

**—La Locura del Otro se llamaba
tu libro inédito.
La Locura del Otro ha de seguir llamándose
tu libro huérfano.**

**Y tu muerte, poeta, significa la Locura del Otro . . .
Para hundir en la Nada tu juvenil nobleza
el Destino se ha vuelto local**

Esta Obra de Mármol contiene 246 páginas. Comprende "Pastiches Criollos". Carta Prólogo de Pedro Emilio Coll, Pastiches Inéditos, Carácter —a la manera de Antonio Arráiz, El Arti-Ficio, Avant Soiree, Simbólica Orfebrería Turgida, a la manera de Henrique D'Sola. La Corrida de Siempre. Super Silueta, A la manera de Tomás Sarmiento (Ch. Molina), y otros muchos.

BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

La LAV, en sus ediciones dirigidas por don Raúl Carrasquel y Valverde, está publicando libros sumamente interesantes. Unos en prosa, otros en verso. La LAV tiene en preparación para su futuro próximo obras de: Teresa de la Parra (51 Cartas). Prólogo de Rafael Carías. Carlos Borges, "Poemas, Prosas y Oratoria". Eduardo Blanco, "Las Noches del Panteón". César Zumeta, "Opera Omnia".

Anterior a la segunda edición de "LA LOCURA DEL OTRO", desfilaron en Ediciones LAV obras de los siguientes escritores y poetas: Ramón Hurtado, Pedro Sotillo, Ezequiel Bujanda, Santiago Key-Ayala, Paco Vera Izquierdo, Cruz Salmerón Acosta, Nicanor Bolet-Peraza, A. Valdivieso Montaña.

De nuevo tenemos nuestra palabra de aliento para las Ediciones LAV y deseamos sigan en su ya trazada línea de publicar y reeditar obras de venezolanos que han enaltecido y enaltecen con su pluma el nombre de Venezuela.

"La Religión".

Erasmus M. COLINA.





SUMARIO

L A S N O C H E S D E L P A N T E O N		Página
DON EDUARDO BLANCO, retrato por Antonio Herrera Toro		5
Escudo e Historial de la Familia BLANCO		6
LAS NOCHES DEL PANTEON. El Fantasma (Cuadro I)		11
En el Templo (Cuadro II)		24
A la Voz de la Fama (III)		33
La Gran Visión (IV)		56
Ápoteosis (V)		63
Después (VI)		73
 EL JARDINERO DE "LA VIÑETA"		 83
 ANTE LA ESTATUA DE PAEZ (Discurso: 23 de mayo de 1905)		 103
Carta autógrafa del General PAEZ		102
Dedicatoria Inédita de "Venezuela Heroica" (1883)		181
 CORONACION DE D. EDUARDO BLANCO (28 de Julio de 1911)		 123
 SANTIAGO KEY-AYALA		
Eduardo Blanco y la Génesis de "Venezuela Heroica"		183
Frente a un Retrato de Eduardo Blanco		204
Carta de César Zumeta a Key-Ayala		208
De "Mecenadas"		210
 RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE		
I.—Visperas Centenarias		215
II.—Centenario de Don Eduardo Blanco		219
Retrato de ARMANDO ZULOAGA-BLANCO (11 de Agosto de 1929)		222
 JACINTO FOMBONA PACHANO		
Redoble de Romancero		223
Autógrafos de Armando Zuloaga-Blanco (Fin)		230
 BENEVOLENCIA Y ESTIMULO PARA LAS EDICIONES L. A. V.		
Coronel Luis A. Calderón, nuevo Presidente de la Línea Aeropostal		233
Notas Periodísticas		235



**“LAS NOCHES DEL PANTEON”, El Jardinero de “La VIÑETA” y
“Ante la Estatua de Páez”, por don EDUARDO BLANCO (Tercera
Edición), Volúmen XII de las Ediciones Gratuitas LINEA AERO-
POSTAL VENEZOLANA, se terminó de imprimir el día Lunes
31 de Mayo de 1954 en los Talleres de la Imprenta Nacional,
en Caracas-Venezuela, bajo la dirección y vigilancia de
RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE.**

L A U S D E O .

¡PLUS ULTRA!



www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

*09284-SB
5-20
CC

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

